





NAIRO



Andrés López López

NAIRO



Titulo original: Nairo
Andrés López López ©
Latín Sport. 2025 ©

Fotografía de la portada: Mauricio Vélez
Edición gráfica: Omar Arom Vásquez. Edita ediciones S.A.S
Diseño: Antonio Salamanca Monrossi. Edita ediciones S.A.S
Bogotá, Colombia

Impreso en Colombia
Panamericana Formas e Impresos

ISBN: 978-958-5598-83-6
Miami, Florida

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede reproducirse o transmitirse por ningún medio electrónico, mecánico, incluyendo fotocopiado o grabado mediante cualquier sistema de almacenamiento de información sin el permiso escrito del autor – editor

2250 SW 16TH Court; Miami FL 33145
Latinsportstv.andres@gmail.com
@andreslopezl

Dedicatoria

“A Nairo, porque, tras cada uno de sus pedacitos, hubo un país que volvió a creer.

Y a quienes, con su talento, paciencia y fe, contribuyeron a dar forma a estas páginas.

Escribir también es subir un puerto: requiere coraje, resistencia y compañía.

Gracias a todos los que, junto a mí, pedalearon en este camino”.



Nota del autor

Este libro nace del asombro. Del asombro que provoca ver a un niño de tierra fría convertirse en leyenda, sin más a su favor que sus piernas, su fe y su infinita terquedad. Contar la historia de Nairo Quintana es un acto de justicia, pero también de resistencia. Porque, mientras el mundo aplaudía a otros, él, con silencio y coraje, nos enseñaría que la grandeza también habla en boyacense.

Nairo no es solo un ciclista, es un símbolo, de los que vienen de abajo, de los que se caen y se levantan, de los que llevan el país en el pecho, incluso ante la adversidad. Este libro es mi forma de agradecerle y de compartir con ustedes ese milagro humano que, de niño, pedaleaba en las carreteras empolvadas de Boyacá y terminó ganándoles a los gigantes de Europa.



Índice

Introducción	13
-1- Orígenes	25
-2- Todos crecen, hasta Caliche	39
-3- Ay papi, yo quiero ser doctor	49
- 4 - La primera bicicleta	55
-5- Juan Pistolas	61
-6- Pistolitas	67
-7- De regreso a la vida	71
-8- La panadería	77
-9- El viacrucis del ciclista	81
-10- A Tope	89
-11- Paola	97
-12- El cuñado Belmer	105
-13- Don Próspero	113
-14- Me voy para el Ejército	119
-15- Luisa Fernanda	129
-16- Europa	133
-17- Rúsbel Achagua	137
-18- El profe Luis Saldarriaga	143
-19- Tour de l'Avenir	149
-20- Alfredo Quintana y el Mono Jojoy	159
-21- La Gobernación	163
-22- Belmer: con lo que me gane, le pago	167
-23- Nuevas noticias	173
-24- Paola II	177
-25- La primera casa	185

Anexo fotográfico.....	191
-26- La otra casa	199
-27- Corredores miserables.....	203
-28- José.....	211
-29- Te toca hablar con mis papás.....	215
-30- Doña Eloísa.....	223
-31- El Movistar.....	227
-32- La Ruta del Sur.....	235
-33- Paola III.....	239
-34- La niña está embarazada.....	245
-35- El Pit Bull.....	251
-36- Día de la Independencia.....	255
-37- Los oportunistas.....	261
-38- Las bicicletas del presidente Santos.....	265
-39- Familia es familia.....	269
-40- Ángel y demonio.....	279
-41- Rivalidad o envidia.....	283
-42- Giro de Italia 2014.....	289
-43- La estabilidad.....	299
-44- De estrato uno a cinco.....	301
-45- Tour de Francia 2015.....	305
-46- La Vuelta a España 2016.....	311
-47- Tres años de cal y de arena.....	315
-48- Mikel Landa.....	321
-49- Eusebio Unzué.....	325
-50- Arkea.....	337
-51- Los mejores amigos.....	345
-52- El atropellamiento y sus efectos.....	349
-53- La policía francesa.....	353
-54- Don Luis.....	361
-55- Un héroe de carne y hueso.....	367
-56- Los dolorosos en 2023.....	371

Introducción

En el corazón de Colombia, en un remoto y modesto hogar de ladrillo, Eloísa, una madre que esperaba a su cuarto hijo, sabía, por la experiencia de los partos anteriores, que su chinito estaba a punto de nacer. Los dolores eran fuertes, pero ella ya estaba acostumbrada. En cada contracción pensaba cómo sería su bebé. De pronto, un grito, el último que dio, la dejó sin fuerzas, con su cuerpo lleno de sudor, y se escuchó el llanto. El llanto de su hijo que finalmente llegó al mundo. El doctor se lo recostó en su regazo. Eloísa no tuvo fuerzas para incorporarse, pero una enfermera entendió lo que quería, así que le acercó el niño a su rostro. Eloísa le dio el primer beso y su hijo dejó de llorar como por arte de magia.

Así fue como un día soleado nació ese niño que pudo llamarse Pedro o Juan. Poco importaba. Nadie sabía quién era y mucho menos quién llegaría a ser. Sin embargo, sus padres lo bautizaron con el mayor orgullo como Nairo Alexander.

Nairo no nació siendo un campeón, ese campeón que hoy día conocemos, ese campeón que sentimos tan colombiano, tan nuestro, como cualquiera de nuestros ídolos de quienes portamos la camiseta. Fue todo lo contrario. Antes de su creciente ascenso, era un niño más. Y, justamente, de ese muchacho se trata esta historia.

Nairo Alexander Quintana, un niño cuya piel oscura contrastaba con la intensidad de sus ojos llenos de esperanza. Esa esperanza que era tan profunda que podría decirse que su destino ya estaba escrito. Es como si el universo supiera desde antes en quién se iba a convertir. Desde sus primeros suspiros, su vida se entrelazó con la lucha diaria por la supervivencia, un reto que lo hizo madurar mucho antes de lo que cualquier niño debería.

Creció en una pequeña vereda enfrentando la dura realidad de la pobreza, el racismo y el rechazo por su apariencia. Siendo moreno, campesino y considerado feo por algunos, su camino hacia el ciclismo profesional estuvo plagado de humillaciones. A lo largo de los años, su pasión por la bicicleta y su férrea determinación lo impulsaron a entrenar incansablemente en las montañas de Colombia. A medida que pedaleaba cuesta arriba, también luchaba contra los prejuicios que le decían que esa diminuta figura no pertenecía al mundo del ciclismo. La fuerza de sus piernas al pedalear era tan grande como el deseo de los envidiosos de que no lo lograra. Así que Nairo no solo tenía que enfrentarse a las grandes pendientes montañosas, sino también a aquellos que, para sus adentros, siempre desearon que no alcanzara su sueño. De esos enemigos envidiosos o malvados, muchos se quedaron en el pasado, en el olvido. Otros lo siguen persiguiendo como una sombra acosadora que luchan para que no alcance sus metas. Pero Nairo sabía que su talento y su espíritu eran más fuertes que cualquier adversidad.

Desde la tierna edad de seis años, los rayos dorados del amanecer acariciaban su piel mientras se sumergía en las labores de su hogar. Levantarse antes de que amaneciera era su rutina, acompañada por el canto del gallo y el aroma de tierra mojada. Ayudaba a sus padres en el cuidado de un par de vacas que tenían, alimentaba las gallinas y trabajaba con su mamá hombro a hombro en el arduo trabajo de cosechar frutas y verduras para vender en el puesto ambulante que tenían afuera de su casa.

La abarrotada plaza mayorista, donde vendían también sus productos, era un hervidero de vida y caos, donde los gritos de los vendedores y el

bullicio de los compradores creaban un telón de fondo perfecto para que sobrevivieran muy pocos.

A pesar de la pobreza y las dificultades que rodeaban su vida, Nairo se negaba a que los límites impuestos por su entorno definieran su destino. Quizá ni él mismo entendía qué pasaba. Tenía frente a él la vida que le estaba tocando vivir, pero hasta la más pequeña de sus células le gritaba que eso no era para él. Sin embargo, nada podía hacer en ese entonces. Ese mundo era lo único que conocía. Y cuando le quiso dar rienda suelta a sus pensamientos de superación, lo único que consiguió fue que se burlaran de él. Pero esas burlas le daban más fuerzas. Solo que ya no las compartía con nadie. En las noches, cuando se acostaba cansado después de una rutina diaria tan pesada para un niño, sus sueños volaban, volaban alto y, en ese horizonte de colores, no había nadie que le dijera que no lo podía lograr. Nairo se quedaba dormido con una sonrisa dibujada en su rostro; hasta que de nuevo llegaba la hora de levantarse, aún a oscuras, para comenzar de nuevo el ciclo.

Mientras sus pequeñas manos trabajaban en el campo, soñaba de nuevo, solo que esta vez despierto y con esos sueños recibía el día. Imaginaba un destino diferente, uno donde sus esfuerzos y determinación lo llevaran lejos de la pobreza que asfixiaba a su familia y su comunidad.

Y de nuevo la noche, esas noches eran un refugio para sus sueños. Bajo el cielo estrellado de su vereda, Nairo se encogía en su humilde cama y cerraba los ojos con fuerza, esta vez sabiendo que para que sus sueños se hicieran realidad, debía pedirle a Dios. ¿Y cómo no hacerlo, si desde niño era muy creyente? Y así, orando se volvía a quedar dormido. Soñaba con un mundo donde la bicicleta sería su pasaporte hacia la libertad, donde sus piernas serían sus alas y donde la meta final sería su superación personal. Ese era su sueño, su ilusión y su anhelo, pero, más que eso, un propósito marcado desde que tiene uso de razón. Ese sería desde el primer día hasta hoy, el motor de su vida.

Desde los seis años de edad, Nairo había cargado con el pesado fardo de la discriminación y el rechazo que los pueblos vecinos le habían impuesto. La escuela, aunque debía haber sido un refugio de aprendizaje y amistad, se convirtió en un campo de batalla para él. Sus compañeros, cegados por sus prejuicios, le hacían burlas hirientes hacia su origen humilde y su apariencia. Pero Nairo, lejos de doblegarse ante la crueldad, mostraba que estaba hecho de acero. La crueldad y el acoso de sus compañeros no le hacían mella. Cada vez que algo lo hería y una lágrima se atrevía a aparecer en sus ojos, de nuevo el dibujo de la bicicleta en su mente, borraba todo rasgo de tristeza. Esa bicicleta era su ancla, su apoyo, su ilusión y, por ahora, solo en su mente, era su vida.

Esa bicicleta le regresaba la fuerza. La misma fuerza que lo llevaba a defender a otros desfavorecidos a puñetazos, también lo impulsaba a mantenerse firme en la determinación de construir un futuro mejor. Sus puños se convertían en un escudo protector para aquellos que no podían defenderse por sí mismos. Era el valiente defensor de los débiles y el guardián de la justicia en un mundo que a menudo parecía estar en su contra.

A pesar de las lágrimas que a veces inundaban sus ojos en la soledad de su habitación, Nairo se negaba a ser víctima de las circunstancias. Cada golpe de la vida, cada humillación en la escuela, solo avivaba la llama ardiente de su determinación.

Nunca faltó un compañerito cruel, como solo los niños saben serlo, que se burlara de su pobreza, de su camisa de uniforme que era la misma del año anterior, o de sus zapatos que le quedaban un poco grandes porque eran los que había dejado su hermano mayor. Doña Eloísa sabía que aun servían. ¿Para qué gastar lo que no tenían? ¿Para darles gusto a unos niños que no saben lo que cuestan las cosas? No, señor. Eso no iba a pasar en su casa. Sus brazos siempre estuvieron abiertos para recibir a sus hijos. Con Nairo no fue la excepción. Ella sabía consolar el dolor causado por los compañeros arrogantes que no se daban cuenta de que eran aún más pobres que la

familia Quintana. Lo más triste para Nairo fue que, en muchas ocasiones, mientras sus compañeros se reían de él, buscaba con la mirada el consuelo en algún maestro y este, también se estaba riendo solapadamente. Nairo aprendió que solo contaba con sí mismo. Si no se hacía fuerte, nadie lo iba a defender. Sabía que debía superar estas pruebas para alcanzar la grandeza que intuía en su interior.

La adversidad forjó su carácter como el acero en su yunque. Mientras otros se doblegaban ante las dificultades, Nairo se erguía aún más alto, desafiando al destino con una confianza inquebrantable en sus propias habilidades. Su lucha contra la discriminación y el rechazo no solo le enseñó a resistir, sino también a creer en sí mismo y en su capacidad de superar cualquier obstáculo en su camino hacia la cima del ciclismo mundial.

No fue una tarea fácil. En su casa, de una forma u otra lo criticaban por andar en bicicleta. Igual en la escuela, porque nadie podía progresar a través de ella. La gente como él, de campo y campesina, tiene otro tipo de aspiraciones y sueños. Si el bisabuelo es campesino, el abuelo también tiene que ser campesino, y el hijo y los hijos de los hijos y así, formando una cadena generacional interminable. Los más rebeldes que se niegan a este destino solo tienen una salida: pertenecer al ejército. Esto quizá hacía más cuesta arriba la lucha de Nairo. Esa lucha era contra un modo de vida ya establecido, contra un modo de pensar, era una lucha contra el sistema. Una lucha que él estaba dispuesto a ganar. Siempre supo que iba a tener un porvenir, aunque se burlaran de él, seguía diciendo que no se iba a quedar viendo cómo la pobreza lo consumía.

Sin embargo, en medio del oscuro túnel de adversidades que era su vida, un rayo de esperanza brillaba con una luz especial. Una niña, un poco menor que él, a la que Nairo amaba en secreto, vivía en una casa cercana. Esta niña, cuya sonrisa era un destello de luz en sus días sombríos, representaba una llama de optimismo en su existencia. De pronto la bicicleta no era lo único que se dibujaba en su mente. Ahora esa bicicleta estaba acompañada. A pesar

de las amenazas veladas de los padres de ella, Nairo encontraba ingeniosas formas de comunicarse con Paola. Sus conversaciones clandestinas, llenas de risas y promesas susurradas al viento, se convertirían en un refugio para ambos en medio de la hostilidad que los rodeaba. A través de los encuentros clandestinos, compartían sus sueños y esperanzas, manteniendo viva la chispa del amor en sus corazones, a pesar de las barreras impuestas por el mundo exterior.

Y a medida que ese amor ingenuo iba creciendo en un mundo de colores como solo los niños enamorados pueden ver, también fueron creciendo las ganas de muchos por separarlos. Nairo y Paola, esa pequeña que era de su mismo color de piel, con un cabello negro azabache que le llegaba a la cintura, con la sonrisa más hermosa que él haya visto alguna vez, solo tenía oídos para sus palabras.

La vida de Nairo dio un giro inesperado cuando tenía apenas 13 años; un punto de inflexión que marcaría su destino. Dos amigos, igualmente apasionados por las bicicletas, lo introdujeron de verdad al deslumbrante mundo del ciclismo. La primera vez que se subió a una bicicleta, sintió una libertad que nunca antes había experimentado. El viento acariciaba su rostro mientras pedaleaba con una alegría contagiosa, dejando atrás la monotonía del campo. Ya era hora de cambiar la costumbre que tenía hundido en resignación a los jóvenes colombianos. Nairo se sentía orgulloso de sus raíces, de su familia, de la tierra, hasta de los animales de su corral. Pero también empezaba a sentirse orgulloso de tener una vida y no tenía por qué seguir repitiendo el consuetudinario patrón. Su papá era campesino a mucha honra, y él lo ayudaba con gusto, con pasión, pero soñaba con otro futuro para él y eso no estaba mal. Eso era volar, era creer en sí mismo.

Pronto, descubrió un talento innato para el deporte, se aferró a esa idea que le gritaba que las ruedas de la bicicleta eran una extensión de su ser. Sus movimientos fluidos y gráciles, mientras se deslizaba por las carreteras polvorientas de su vereda, dejaban a todos los que lo veían boquiabiertos.

Cada giro de las ruedas lo acercaban un paso más a su destino, una carrera contra el tiempo y las circunstancias que definiría su vida.

La oportunidad de demostrar su valía finalmente tocó a la puerta de Nairo cuando un amigo de su padre, un hombre de armas tomar y aficionado al ciclismo, lo desafió a una carrera en bicicleta. Con una bicicleta que parecía más un conjunto de piezas en ruinas que una máquina de competencia, Nairo aceptó con una sonrisa retadora. La carrera, dicen quienes estuvieron ahí, fue una epopeya de determinación y espíritu indomable, donde la pasión de Nairo superó con creces la falta de equipo adecuado. Cruzó victorioso la línea de meta, con una costilla rota, pero su alegría fue efímera.

La vida de Nairo siempre ha estado rodeada de una extraña circunstancia: le ha dado oportunidades, le ha permitido sortear grandes desafíos y tener muchas alegrías, pero por cada una de ellas, parece que le quita algo. Esta vez no fue la excepción. Cuando Nairo cruzó la meta con el dolor insoportable de tener la costilla rota, su mirada buscó de inmediato la casa de Paola y allí estaba ella, con su sonrisa, con su cabello azabache que a él le encantaba, pero también estaba el destino, ese que le decía que, por un triunfo obtenido, debía entregar algo a cambio. Esta vez lo que le quitó ese destino implacable fue su salud.

Una extraña enfermedad lo arrojó a un oscuro abismo, postrándolo en cama durante seis largos meses. Fueron tiempos de incertidumbre y soledad, donde la bicicleta, su eterna compañera, estaba lejos de su alcance. Sin embargo, durante ese periodo de inmovilidad, la determinación de Nairo brilló más intensamente que nunca. Pasaba horas soñando despierto con volver a subirse a su bicicleta y conquistar las cimas más altas, una metáfora de su propia lucha por superar las adversidades.

Lo más difícil de una extraña enfermedad, es entender que por muchos estudios que hicieran los médicos, no sabían dar un diagnóstico. Ese fue el caso de Nairo. Alguno decía que su mal tenía que ver con el hecho de

haberse roto la costilla, otro decía que nada tenía que ver y, mientras su salud se mermaba cada día más, su mamá lloraba con lágrimas de impotencia. Con gusto hubiera dado su vida para su hijo, pero la realidad no funciona así. Las oraciones al cielo no se hicieron esperar. En lo más profundo de su corazón, Nairo sabía que Dios escuchaba los rezos de su mamá y las ingenuas oraciones de él para que pudiera levantarse de nuevo de la cama, pero el milagro aun no sucedía y los días seguían pasando. Nairo ni siquiera tenía fuerzas para asomarse a la puerta de su casa y, cuando finalmente lo hizo, ya Paola no estaba allí. Había desaparecido como un espejismo. Esto lo llenó de tristeza. Por primera vez sintió su corazón tan roto como su salud. Ya nada se podía hacer.

En esas horas que se convirtieron en días y esos días en meses, seis, para ser exactos, Nairo entendió que, si no salía de la cama, la misma se lo tragaría como el gran monstruo que es. Así que, de nuevo, la fortaleza interior se apoderó de él y así, silente, sin explicación, sin diagnóstico, como llegó la enfermedad, se fue.

Cuando finalmente se recuperó y regresó al mundo de las dos ruedas, lo hizo con una pasión renovada, ganó innumerables carreras en su departamento y más allá de sus fronteras, pero su motivación iba más allá de los podios y los aplausos. Su sueño ardiente era sacar a su familia adelante y cada pedaleada era un paso más hacia ese anhelado destino.

En medio de la tormenta de su vida, la figura diminuta de su madre emergía como un faro de amor y apoyo incondicional. Ella era la roca en la que Nairo se apoyaba, un faro que iluminaba su camino en medio de la oscuridad de la relación tumultuosa con su padre. Nairo se esforzaba incansablemente por ser un buen hijo y hermano, manteniendo sus lazos familiares fuertes, mientras avanzaba hacia sus metas en el ciclismo. Su madre, con su fortaleza y amor, era el motor que impulsaba a Nairo a superar los desafíos que se interponían en su camino hacia la grandeza.

El mundo comenzó a conocer el nombre de Nairo Quintana, cuya historia se había convertido en un ejemplo de coraje y determinación que había surgido de la más profunda humildad. Los titulares de los periódicos y las pantallas de televisión se llenaron de su imagen, destacando su asombroso ascenso desde los campos de cultivo y las adversidades de su infancia, hasta las empinadas carreteras de las competencias ciclistas más prestigiosas del mundo. Era el “negrito de Boyacá”, “NairoMan”, el niño de los sueños inquebrantables, por el que nadie daba nada, y ahora parecía tocar el cielo con sus manos.

Pero justo cuando Nairo estaba en lo alto de su carrera, una oscura sombra se cernió sobre su camino. Esa sombra no era más que uno o varios enemigos encubiertos. La traición de uno o de algunos en los que había depositado su confianza y amistad, se convirtió en un torbellino que amenaza con arrastrar todo lo que había construido con tanto esfuerzo. Una prueba que no fue lo suficientemente perjudicial como para acusarlo, pero tampoco lo suficientemente clara como para exculparlo, lo dejó en una especie de limbo. ¿Quién lo quiso perjudicar de ese modo? ¿Quién puede sentir tanta envidia o placer de dañar la buena reputación de una persona para quien lo más importante es su tierra y su público? ¿Quién se supo meter a su círculo más cercano? Un ciclista del nivel de Nairo, como todos los demás, solo come y bebe lo que le dan los miembros de su equipo; sin embargo, esa confianza se vio truncada por un corazón despiadado, cuyo único objetivo fue dañarlo. Después de eso, lo quisieron ver desplomado. Y aunque Nairo tiene demasiada fuerza, como para dejarlos ganar, en este momento está cansado de nadar contracorriente. ¿Se va a dejar vencer? Ya lo veremos.

Por ahora, se trata de secretos oscuros y agendas ocultas que salieron a la luz, socavando su confianza y cuestionando su integridad.

Pero la traición no se limitó solo a equipos y personas. Los entes reguladores del deporte, en quienes se suponía que debía confiar para mantener un terreno de juego justo y equitativo, también jugaron un papel en la tragedia

que se estaba desarrollando. Decisiones arbitrarias, y sanciones injustas para la mayoría, comenzaron a socavar su carrera, sembrando dudas en la mente de quienes lo admiraban.

Nairo, en medio de ese torbellino de traición y desafíos, tuvo que recurrir a una fuerza interna que ni él mismo conocía. Cada pedaleada se convirtió en un acto de resistencia contra aquellos que buscaban destruirlo. Cada vez que sale en su bicicleta, como en aquellos tiempos de niño, transforma el pedaleo en una batalla en la que espera terminar de defender su posición en el mundo del deporte, su honor y su legado.

A medida que el mundo observa con asombro su lucha épica, su historia se vuelve un símbolo de perseverancia y determinación en medio de la adversidad. A pesar de las artimañas y obstáculos que intentan derribarlo, Nairo sigue demostrando que el espíritu humano es capaz de superar incluso las pruebas más desalentadoras. Su historia nos recuerda que, a veces, las mayores batallas se libran fuera de la carretera, en la arena de la integridad y la valentía.

En medio de la oscuridad de la conspiración, Nairo Quintana demuestra una vez más su carácter indomable, como una llama que se niega a extinguirse ante la tormenta. Su historia es una epopeya moderna, tejida con hilos de lucha incansable, amor inquebrantable y resiliencia incomparable. Su figura diminuta se erige como un faro de luz y esperanza para todos aquellos que enfrentan día a día obstáculos en sus vidas.

Su vida es un testimonio vivo de que, cuando el mundo parece estar en nuestra contra, la voluntad humana y la pasión es capaz de todo, incluso cuando la carretera parece empinada y sin fin, nuestros sueños tienen el poder de elevarnos a lugares que antes solo podíamos imaginar.

La historia de Nairo Quintana no es solo la de un ciclista valiente, sino la de un ser humano extraordinario que encarna la esencia misma de la resiliencia

y del colombiano de a pie. Su legado trasciende las competencias ciclísticas, resonando en los corazones de todos los colombianos. Nairo nos enseña que, en última instancia, somos los arquitectos de nuestro destino, y que nuestros sueños, no importa cuán desafiantes parezcan, tienen el poder de llevarnos a lugares inimaginables. Su historia nos recuerda que la verdadera grandeza reside en la fuerza interior que nos permite levantarnos una y otra vez, sin importar cuántas veces la vida intente derribarnos.



Orígenes

El Departamento de Boyacá está ubicado en el centro-oriente de Colombia. Es reconocido históricamente como escenario de importantes acontecimientos independentistas; cuna de catorce presidentes y múltiples líderes políticos, escritores y deportistas. Es fuente de diversidad de productos agrícolas, con un territorio único, al occidente, llamado zona esmeraldera. Cuenta con diferentes climas, y sus municipios son importantes destinos turísticos. Boyacá está ubicado en el centro del país y, de las tres cordilleras, la oriental ocupa la mayor parte de su área geográfica.

Desde la época precolombina, los muiscas, pueblo indígena amerindio, asentados en lo que hoy es el territorio boyacense, basaron su actividad productiva en los cultivos de maíz, papa, yuca, batata, ahuyama, frijol, habias, cubios y frutales como la piña y la guayaba. Adicionalmente, se dedicaban a la elaboración de cerámicas, hilado y tejido de mantas de algodón, productos con los que realizaban el trueque o intercambio con otros pueblos cercanos, y que aún hoy son tradicionales de este departamento.

No obstante, la llegada de los españoles llevó cambios importantes como el cultivo de otros productos que atendieran sus costumbres alimenticias. Entre estos estaban el trigo, la cebada, la caña de azúcar, la arveja y la cebolla. Así mismo, fueron implantadas técnicas de producción europeas muy diferentes a las de los muiscas; se conformaron hatos ganaderos con producción de leche y queso para la venta en los centros mineros, y la lana reemplazó al algodón como principal insumo para el tejido de mantas y ruanas.

En la actualidad, en medio de frondosos cultivos de papa, haba, maíz, frijol, trigo y cebada, se levanta una pequeña montaña desde donde se puede observar la planicie boyacense. Paisaje verde, cuyo horizonte es el cielo azul, encargado de despertar cada día a un niño que, después de limpiarse la secreción lagrimal, para no dejar rastro de la buena noche, sale corriendo de la alcoba hacia donde está el corral de las gallinas.

El niño deja atrás la casa y sube el barranco, pasando por el puesto de frutas y verduras hasta llegar al corral. Esa carrera lo deja jadeante. Con cuidado y atención quiere comprobar si los pollos amanecieron en el mismo lugar que los dejó la noche anterior. Pero descubre que no, desde las cuatro de la mañana, los polluelos están corriendo detrás de su mamá, buscando comida y refugio.

Ese niño, nacido en Tunja el 4 de febrero de 1990, sería llevado del hospital al Alto del Sote, en la vereda San Rafael, una espectacular vista de la naturaleza, que bordea la carretera nacional que comunica a Bogotá con Bucaramanga. Ese ‘negrito’, como cariñosamente le decían, se fue convirtiendo en un niño con un movimiento de piernas que presagiaban serían dos espadas hechas de músculo para conquistar las cimas más altas de Europa. Ese bebé, que pataleaba en la fuente bautismal, fue llamado Nairo Alexander Quintana.

A medida que crecía, fueron creciendo sus responsabilidades. Junto a su hermano Alfredo, debía levantarse a las cuatro de la mañana para acompañar a don Luis, su padre, a comprar la fruta y el *lichigo* en la plaza mayorista de

Tunja. Muy temprano en la mañana el papá debía abrir el puesto de venta que tenía en la plaza de mercado de Arcabuco, a 34 kilómetros de Tunja. Una labor nada fácil para dos niños de siete y once años.

Como él muy bien lo dice:

Mi semana no tenía fin; comenzaba el lunes y terminaba el domingo a la medianoche. El lunes madrugaba a estudiar y, antes de ir al colegio, tenía que haber dejado listas las verduras, las frutas y el láchigo que íbamos a vender el martes en la plaza de mercado de Arcabuco. El martes, después de ir a estudiar, debía estar pendiente del puesto de venta y, en la noche, volver a reponer la fruta y la verdura para que el miércoles, al pueblo que fuera, tuviéramos mercancía que vender y así todos los días, incluido el domingo. Lo más duro era que, para reponer la verdura y las frutas, nos tocaba viajar desde donde estuviéramos hasta la mayorista que una quedaba en Moniquirá, y la otra, en Tunja. Yo aprovechaba esos viajes para recuperar sueño perdido o para, si me daba el cansancio, hacer tareas.

Es sabido, hoy, que un niño no puede estar trabajando a la edad que tenía Nairo. La situación económica en la mayoría de las familias campesinas es tan precaria que ese mandato no se puede cumplir. Para un niño de una familia campesina, lo que él hace, no es trabajo, es ayuda, es compromiso con su familia, es responsabilidad.

Mi rutina consistía en estar en la plaza mayorista escogiendo la verdura y la fruta que se compra para vender, de las doce de la noche a las cuatro de la mañana; llegaba a la casa a las cinco de la mañana a bañarme, y eso cuando me alcanzaba el tiempo, porque muchas veces salía de la plaza directo para el colegio, oliendo a cebolla. Así cómo iba a tener amigos, mucho menos novia, si muchas veces tenía que ir a estudiar con la misma ropa de trabajo, sucia, oliendo a lo que huele una plaza de mercado. Era en cierta medida el hazmerreír de los compañeros,

que me veían como un niño sucio y descuidado, ignorando que venía de trabajar toda la noche y que, para estar haciendo fila con ellos, el esfuerzo que hacía no era menor.

A pesar de la dureza de la situación, la tomó como la gran responsabilidad que tenía y siempre ha sido así, y así mismo quiere enseñárselo a sus hijos. No es nada vergonzoso querer salir adelante ganándose la vida con trabajo y tampoco cree haya sido traumático para él, y sus hermanos; aunque reconoce que miraba con nostalgia cómo sus compañeros de colegio se divertían jugando fútbol, corriendo en los momentos de recreo, mientras él, ese tiempo, creía que lo aprovechaba, haciendo las tareas o adelantándose en las clases en las que a veces, por estar trabajando, no podía asistir.

Entre los seis y los trece años, Nairo vivió entre la casa y el camión de su padre. Porque muchas veces, el camión fue más que un vehículo: fue refugio, comedor, dormitorio y escuela de vida. Ahí aprendió a resistir los trayectos polvorientos, las madrugadas heladas, el ruido de los frenos y el silencio del hambre. En ese espacio estrecho, de metal caliente y asientos curtidos, comenzó a forjarse el ciclista. No en las pistas de Europa, sino ahí: entre llantas, herramientas, verduras, hortalizas y la mirada cansada pero firme de su padre. Ahí nació el campeón. No con aplausos, sino con aguante.

Los martes, que era el mercado grande en Arcabuco, terminaba extenuado y esa misma noche debían cargar un pequeño camión para que los llevara a otro pueblo cercano donde hubiera mercado donde vender. Una rutina que se repetía y que Nairo, a sus diez años, veía como una falla que se repetía tercamente muchas veces por quien les daba las ordenes: su papá.

Don Luis, en la mayoría de los pueblos, ubicaba primero dónde podía tomarse sus cervezas, y dejaba que el puesto y las ventas las hiciera Nairo y su hermano mayor. Casi siempre era lo mismo. Una repetición que se convirtió en un círculo vicioso que Nairo quiso romper un día que tomó por la camisa a su papá y le grito: ¡No más! Estaba cansado de levantarse temprano, ir a

estudiar, luego a trabajar y en la noche, por culpa del señor y sus borracheras, dormir sobre cartones en cualquier lugar, desde donde tenían que soportar ver pasar las cosas que suceden cuando la oscuridad domina:

Veíamos borrachos, prostitutas, ladrones, grupos violentos; una vez nos tocó ver un asesinato. Vimos cuando miembros de un grupo violento le disparaba a un tipo; no podíamos hacer nada más que contener los gritos y proteger la poca comida que nos mandaba mi mamá. Incluso, a tan corta edad, por mi seriedad y compromiso, tuve la responsabilidad de cobrar la cuota semanal de un método de ahorro que se llama la “cadena”, que mi papá organizó con otros vendedores de la plaza de mercado. La fecha establecida, así como era serio para cobrar la cuota, también lo era para darle el dinero a quien le favorecía. Yo sabía que entre más confiara la gente, más beneficios iba a tener mi papá.

Si se hace el ejercicio mental de ubicar todos los elementos que debe manejar un niño para poder salir adelante, es increíble a la conclusión que se puede llegar. En el caso de Nairo, después de ir a la plaza mayorista en la noche, llegar a la madrugada a su casa a alistar los libros y la ropa para ir al colegio. Después de salir del colegio correr a la plaza de mercado donde fuera y llegar a ayudar a vender lo que faltara. Ahí le daban las ocho de la noche. Después recoja lo que no se había vendido y cargue para otro pueblo, donde llegaban a la medianoche. Dormir sobre bultos o cartones y apenas despuntara el alba, tomar un bus que lo llevara al colegio y de nuevo, la rutina de salir de estudiar e ir al pueblo donde estuvieran, a ayudar a vender, con una cotidianidad muy fuerte para un niño de esa edad: las borracheras del padre.

Muchas veces, cuando no se vendía lo que habían comprado, tenían que ingeniar la forma de hacerlo ante la presión de “los mayoristas”, quienes les fiaban la verdura y la fruta. Un recuerdo que hoy día, como un hombre maduro, le saca una sonrisa, pero que resulta siendo dolorosa para un niño de diez años. Muchas veces debían ir a los prostíbulos a vender la fruta. Si

a las trabajadoras les había ido bien en el “trabajo”, les compraban las frutas más finas, sino era así, no les compraban nada.

Como dice Nairo: “Eran muchas las funciones que cumplía, menos la de hacer las tareas que, en teoría, debía ser mi única responsabilidad”.

No había descanso. Los días entre semana era en las plazas de mercado circunvecinas y, si los fines de semana no iban a vender en las plazas, debían levantarse más temprano para ir a las veredas donde se hace el guarapo, bebida a base de maíz fermentado, y venderles la miel de caña necesaria para su proceso de fermentación. No paraban. Siempre con su papá, había que estar pensando en cómo ganar dinero. Hasta que un día, su mismo padre, lleno de cerveza, le dio luces de lo que podría ser su futuro: le compró una bicicleta.

El recorrido, de Tunja a Arcabuco y viceversa, que hacía el joven Nairo Alexander, pasando por el Alto del Sote, hoy es el más bello recuerdo de su vida; fuente de inspiración, verdadero soporte para lograr proyectarse como el campeón que es, con un palmarés difícil de igualar. La carretera está enmarcada entre dos grandes montañas, haciendo que sus visitantes, la mayoría ciclistas, se sientan acogidos por quienes han estado ahí por tiempos inmemoriales. Los ciclistas, en su paso, inhalan y exhalan su aire puro, mientras sortean la dureza de la cuesta montañosa, llevando las fibras musculares a su máxima exigencia que, luego de un descanso, se tornan cada vez más potentes y ágiles.

Nairo recuerda que, por esa vía al Alto del Sote pasa mucho turista y mucho caminante y, como su papá tenía cada día algo que enseñarles, les decía: “Miren hijos, por ejemplo, esos caminantes, ustedes no van a ser así: vagabundos, degenerados”. Un temor con el que la mayoría de los padres de la región educan a sus hijos. Es normal que en esa zona del país los padres eduquen a sus hijos bajo el miedo, el temor, el juicio y la estigmatización. Don Luis no sabía en ese entonces que sus palabras temerosas, “Ustedes no van a ser así”, se convertirían pocos años después en una fuerza vital.

Al recordarlo, a Nairo le da cierta nostalgia porque no piensa solo en él, sino en todos los colombianos. Nairo entiende muy bien el problema:

Mientras no se cambien muchas cosas, no vamos a tener nuevamente grandes satisfacciones en el país. La realidad es que muy poca gente está mirando a Colombia. Y hablar de esto es una pena, puesto que muchos allí comienzan sus sueños y es donde comienzan a formarse. Mucha gente se quiere ir y seguro se van a olvidar del país que los vio nacer y crecer.

Pero esto es parte de un futuro cercano. Ahondando en el pasado de Nairo, todo fue un sacrificio; desde que tiene uso de razón, lo recuerda así, pero no con flojera, cansancio o ganas de quejarse. Todo lo contrario. Los sacrificios de su vida le forjaron el carácter.

Aunque era más fácil ir a Tunja, don Luis decidió que sus hijos estudiaran en Arcabuco. Según él, aislados del mundo *hippie* y las drogas de una ciudad más grande. En Arcabuco está el Colegio Técnico Alejandro Humboldt, de donde se puede salir técnico y bachiller a la vez, si el estudiante así lo quiere.

Trabajar con su padre en la venta de verduras y fruta le dio un valor agregado a Nairo: conocer Tunja. También conoció los pueblos vecinos de Arcabuco, un conocimiento que le daría cierto poder sobre sus compañeros de colegio que lo abordaban para que les contara cómo era esa ciudad y cómo eran los demás pueblos. Ahí descubrió que, si contaba historias, muchas inventadas, podía ser popular y así lo hizo durante algunos años. El obstáculo estaba en que, en cuanto sonaba la campana de la escuela, debía salir corriendo al puesto de mercado en la plaza principal donde lo esperaba su hermano, para entre los dos atender a la clientela del mercado de su padre.

El día más radiante para los hijos del señor Quintana era el domingo; día que le ponían a sus hijos la mejor ropa para ir a misa. Claro, apenas pasaba la misa, salían a organizar el trabajo de la semana que comenzaba a las doce

de la noche. Siendo un niño creyente, nunca dejó de pedirle a Dios que la niña que era su vecina se le parara en frente cualquier domingo. Luego sonrío y piensa: ¿Y qué hubiera hecho yo si eso hubiese pasado? Vuelve a reír porque sabe que se hubiera quedado paralizado. En temas de mujeres o de niñas, Nairo era muy tímido. Pero este era su secreto. Solo era parte de su conversación con Dios.

Don Luis ha sido cojo toda su vida. De niño tuvo un accidente: iba en un carro que se volcó y empezó a dar botes, y el niño Luis se fracturó el fémur, la cadera y la tibia. Como el abuelo de Nairo era militar, a don Luis lo operaron en el Hospital Militar. Infortunadamente, le dejaron el yeso en un pie y el otro se le creció; esto hizo que el fémur se le uniera a la cadera, y esta directamente a las vértebras, quedando rígido desde los ocho años. Luego tuvo una caída en el colegio y se volvió a fracturar, sobreviniéndole una fuerte depresión al no poder salir a jugar y correr como los demás niños. Tenía que usar muletas, hechas de palo de monte. Sin embargo, convirtiendo su debilidad en fortaleza, don Luis aprendió a caminar a su manera; acondicionó sus botas y comenzó a trabajar.

Don Luis de su niñez recuerda casi todo, de lo único que prefiere no hablar mucho es de su padre: “Mi mamá nos enseñó a ser luchadores, honrados y respetuosos. De mi padre, muy poco. Somos hijos de un matrimonio que se celebró un 19 de abril en la iglesia de las Nieves en Tunja, donde fuimos bautizados sus tres hijos”.

Como muchos campesinos, tuvo una infancia dura. Su papá los abandonó cuando él era un niño y su madre luchó mucho para sacar a sus tres hijos varones adelante. La madre hizo grandes esfuerzos para que estudiaran, pero como dice don Luis: “No fuimos capaces de apreciarlo”. Sin embargo, aprendió con su mamá a labrar el campo, y con ese aprendizaje se ha defendido, inculcándoles el mismo ejemplo a sus hijos, a los que ve como grandes emprendedores.

Don Luis nació en Tunja, pero creció en Motavita, Boyacá. Mientras cursaba sus estudios primarios, hacía todas las labores del campo. Desde los seis años lidió con yunta de bueyes, caballos y cantinas de leche, un trabajo duro para unos niños que muy temprano tuvieron que aceptar que, al no haber un hombre en casa, a ellos les tocaba, de alguna manera, reemplazarlo ayudándole a su mamá, y hoy con Nairo y Alfredo, la historia se repetía.

Como don Luis no podía salir a jugar con sus hermanos y vecinos, muchas veces se quedaba en la casa escuchando las transmisiones radiales de ciclismo de la Vuelta a Colombia. Y así, en la soledad de su casa, no hay sueño que no se cumpla. Él sabía que nunca podría montarse en una bicicleta, aunque en su mente, una vez que cerraba los ojos, llegaba a las nubes en la que él había ideado para él. De nuevo abría los ojos, dejaba de soñar despierto. Seguía allí, junto a la radio escuchando maravillado y un nuevo sueño invadía su mente. Uno de sus hijos sí lo podría lograr. O dos. ¿Por qué no? Se trata de soñar y cuando se sueña, es mejor soñar en grande.

Era la época de ciclistas como Serafín Bernal, Martín “Cochise” Rodríguez, Miguel Samacá, y cuando la Vuelta pasaba por Tunja, a escondidas de su mamá, don Luis caminaba hasta donde quedaba la línea de meta, para ver llegar a los ciclistas. Para un niño como él, significaba mucho: era ver una realidad que solo existía en su imaginación cuando escuchaba las transmisiones de radio.

Don Luis tiene dos hermanos. Uno vive en Cúcuta, después de haber vivido muchos años en Venezuela, y el otro es constructor, con quien, en su juventud, estudiaron mecanografía en el Sena, pero ninguno de los dos la puso en práctica. La mecanografía se trataba de escribir en máquina, un elemento que hoy hace parte de los museos. Sin embargo, don Luis reconoce que le sirvió para escribir cartas de amor, incluida la que le escribió a una joven, delgada ella, que quería conquistar, y así lo pregone a los cuatro vientos, fue ella quien lo conquistó, y en eso ayudaron las cartas. Don Luis siempre ha sido hombre de pocas palabras, y en su pasado, cuando se trataba de expresar sentimien-

tos, se tornaba más callado; las palabras no le salían con facilidad. Eso sería al comienzo de su vida, porque luego de incursionar en el mundo de los negocios, aprendería a hablar hasta por los codos, y eso incluía a aquella joven delgada que le compraba hortalizas cada ocho días en su puesto.

La historia de amor, según su versión, es más o menos así: don Luis, muy juicioso, iba cada ocho días a Cómbita, con su puesto de venta de verduras, frutas y artesanías. Mientras vendía, según él, se le acercaba una joven a comprar verduras, pero otras veces se acercaba a preguntar por las artesanías y, entre artesanía y artesanía, sus miradas confluyeron para que, en una próxima oportunidad, entraran en una conversación donde hablaba solo ella, logrando con su sonrisa y amable conversación, conquistarlo. Eso hace ya más de cuarenta años.

Para don Luis, el aprecio y el amor original que sintió por esa joven aún existe y hoy día más, sumándole el agradecimiento que siente, no solo por haberle dado los cinco hijos que tiene, sino por haber sido doña Eloísa la fuente de la que emanó la formación que tienen con valores como el respeto, la bondad y el buen trato.

Por el lado de doña Eloísa, la versión es muy distinta: “Luis me conquistó, yo no lo conquisté. Eso que dice él de que lo conquisté es pura mentira; siempre ha sido mentiroso. No le crean mucho porque él es muy mentiroso”.

Cuando sus hijos estaban pequeños, lo primero que les enseñó doña Eloísa fue a rezar; convencida de que lo que se quiera, se le puede pedir a Dios, subrayando que lo más importante no es pedirle, es agradecerle por los favores que a diario da, como el sol, la lluvia y la naturaleza de donde proviene todo lo que se necesita. Es católica, y agradece a la señora que la cuidó que le haya enseñado a rezar. Ella no creció al lado de sus padres y eso ya de por sí la hace una mujer especial. Tan especial como lo es su sonrisa que esconde con una cara de niña pícaro. Esa cara esconde muchas historias, algunas de ellas tristes y otras muy duras, pero de eso prefiere no hablar

mucho para no meterse, con el jefe de la casa, en problemas. Después de que doña Eloísa se fue a vivir con don Luis, empezaron a llegar los hijos uno tras otro, Nairo fue el cuarto.

Cuenta que Nairo, de niño, era muy inquieto. Cuando empezó a gatear, un día se vino del jardín infantil y la directora, desesperada, sufrió bastante al descubrir que se le había desaparecido. Doña Eloísa armó un escándalo que hasta los vecinos y el carro de bomberos se movilizaron a buscarlo, mientras Nairo, gateando, llegaba a su casa pidiendo pan. Entre tanta travesura, iría Nairo creciendo y como le traía preocupaciones, también le traía alegrías. En el colegio sacaba buenas calificaciones y era buen deportista. Doña Eloísa cuenta que desde niño Nairo fue organizado, todas sus cosas debían estar en orden o sino peleaba con sus hermanos.

Para Nairo no era fácil ver cómo después de trabajar por años la tierra, de sembrar hasta que sus manos de niño pequeño quedaban llenas de callos adultos, de pronto, la tierra ya no era de ellos. ¿Qué pasó? Se atrevía a preguntar. Simplemente la perdimos, decía don Luis sin dar mayor explicación. La frustración que sentían tanto don Luis como doña Eloísa, les impedía decir una palabra más. Ella, en el fondo sentía pena con Nairo que se pasaba horas rezando en la iglesia del pueblo. A doña Eloísa le partía el corazón ver a su hijo de 7 años, hincado en la banca, con las manos en el pecho, pidiendo que no perdieran la tierra que llevaban tiempo trabajando. La fe de Nairo le hacía ver que Diosito lo escuchaba, pero entonces, ¿por qué terminaban perdiendo todo? Porque hay cosas que la razón no entiende. El papá sacaba préstamos y muchas veces la cosecha no era buena y perdían la tierra. Otra explicación es que don Luis celebraba por adelantado con el dinero de los préstamos e igual tenía que pagar, aunque la cosecha no se daba. Quizá de esta pérdida de sus propiedades es que comienza a forjar su carácter y decidir que él no sería pobre por siempre.

Comenzó a trabajar en eso. Aunque iba a la escuela, sabía que tarde o temprano, la misma dejaría de ser una opción. Cuando se es pobre, se

trabaja o se estudia. Hacer las dos cosas es un lujo que los Quintana no se podían dar. Mientras estudió, era bueno para las matemáticas y para aplicar “la labia”. Prestaba dinero de lo poco que él ganaba en la plaza mayorista para que los otros niños pudieran comprar algo a la salida de la escuela.

Desde muy niño tenía claro que pobre no me iba a quedar. Prestaba plata y, a todo el que le prestaba, lo ponía a firmar un pagaré que anotaba en una hoja de mi cuaderno de matemáticas. En ese cuaderno tenía todo, hasta el inventario de la mayorista.

Y así fue creciendo, con esa disciplina. Ya cuando comenzó a escucharse su nombre, Nairo tenía una firma para cada cosa: una para los contratos, otra para los fans y otra para las cuentas de cobro de sus deudores.

Por un momento se pone reflexivo, pensando en el tema generacional: “Si tu abuelito, el más viejito, era panadero, tú tienes que serlo también”. Se vuelve a llenar de rabia. “No, señor. Las cosas no son así. Eso es un pensamiento antiguo. La cultura del colombiano está mal. Y está mal desde la propia educación que le dan a uno en la escuela”.

Nairo era el inconforme que iba en contravía de estos estándares. Nadie creía en él porque, a la final, tampoco había ninguna referencia que hiciera pensar que sí podía triunfar. En su casa, era más importante cuidar la cosecha que montar bicicleta, en la calle lo veían como el negrito flacucho que no tenía fuerza ni para dar una pedaleada; en la escuela, los compañeros se burlaban de él, aunque él se sentía diferente. Se enfrentó a todos, pero no con gritos o con violencia. Se enfrentó con la absoluta seguridad de que sí lo iba a lograr y lo logró.

Doña Eloísa sigue recordando al Nairo niño en la casa, en la cotidianidad con sus hermanos, en las peleas de todos los días. Mientras uno arreglaba, los otros desarreglaban, y así se la pasaban los hermanos los días enteros. Con lo que Nairo nunca peleó fue con la comida. Come de todo y de eso da

fe su mamá, que le preparaba caldo de papa con costilla y pollo. Ahora, ya mayor, cuenta la señora que Nairo come menos y todo acorde con la dieta que le manda el nutricionista del equipo.

Ninguno de sus hijos, cuando niños, comían comida de paquete, a pesar de que tenían tienda. Doña Eloísa insistió siempre en las frutas, lo que se come cuando se está pequeño en el campo. Por eso había días que se la pasaba bajando a sus hijos de los árboles frutales, porque árbol que daba frutos, árbol al que Nairo se subía y se caía.

Hoy, sufre ver a sus hijos en las carreras. Cuando van descendiendo, prefiere taparse los ojos, le ruega a Dios que nunca les pase nada. Es la seguidora número uno de ellos y ve, así sea con los ojos cerrados, todas las carreras. Junto a don Luis, desde la época en la que solo escuchaban las transmisiones por radio, son aficionados al ciclismo por igual. La ausencia que dejan cuando sus hijos se van, la suple viéndolos en televisión.

Así pasaron esos primeros años, Eloísa cuidando muchachos y don Luis dedicado a hacer negocios, comprando y vendiendo fincas, comprando y vendiendo carros, prestando y cosechando, con tanto éxito para don Luis que se “embriagó” y sobrevino el fracaso.



Todos crecen, hasta Caliche

Ese fracaso duró mucho tiempo. Doña Eloísa les decía a sus hijos que pronto se levantarían de nuevo, pero los muchachos iban creciendo y, aunque no contradecían a su mamá, sabían que era muy difícil levantarse una vez en el piso. Y no por la levantada en sí, sino por lo que cuesta volver a echarse a andar. Los Quintana no veían la hora de que la situación difícil los dejara en paz. Para nadie era un secreto que habían vuelto a caer por la terquedad de don Luis, pero no ganaban nada con encontrar culpables. Había que sacar la casta, levantar el pecho y seguir adelante. Sin quejas, pues quejarse era perder más tiempo. La familia tenía lo que necesitaba: ganas de seguir adelante. Allí estaban todos, luchando hombro con hombro con la esperanza de volver a ver la luz.

Intentando salir del hueco negro, don Luis le apostó todo a la agricultura, pero esto lo llevó más a la quiebra. Sin embargo, de esa crisis Nairo aprendió a trabajar la tierra. Entendió que, para cosechar, hay que abonar y, con suficiente paciencia, obtener los frutos. Aunque su deseo era seguir cultivando, don Luis insistía en ser intermediario, comprando en las mayoristas para luego vender por libras, al menudeo, en las plazas de mercado de los pueblos.

Además de aprender a menudear, Nairo aprendió que lo mejor para avanzar es la disciplina. La madrugada del lunes era para comprar en la plaza mayorista de Tunja. De martes a viernes desde la madrugada estaba vendiendo frutas y hortalizas en la plaza de Arcabuco y Monquirá. Las jornadas terminaban a las diez de la noche y, de lo que habían vendido, compraban nuevamente en la plaza mayorista de Tunja. Lo que iban vendiendo, lo iban reemplazando. Les quedaban dos horas para ir al otro pueblo, dormir dos o tres horas y comenzar de nuevo a las cuatro de la mañana la venta. De niños tenían que dormir en la calle, en las plazas o en el mismo camión mientras viajaban.

A medida que nosotros íbamos creciendo, mi papá nos iba enseñando, desde sus creencias, cómo es la vida; lo bueno, lo malo. Como dormíamos en la calle, nos decía: “Bueno, hoy terminamos de trabajar aquí y mañana en la madrugada trabajamos en otro pueblo”; como eran solo dos horas de sueño, nos ahorrábamos lo del hotel.

Si pudiéramos pintar a los hermanos Quintana, sería un bello cuadro con el campo de fondo y ellos, con sus rostros curtidos por el sol y el agua, por el viento que limpia lágrimas, todos muy atentos a ver el mundo desde su propia perspectiva: lograr lo que se proponen. Cada uno de ellos, a su manera, lo ha logrado. El caso de Nairo es el más notorio y publicitado, pero los logros de sus hermanos han sido grandes y, lo más importante, en silencio, como muchos de los logros de una raza que se levanta temprano a trabajar y que entiende que no hay que alardear. La vida da vueltas.

Así fue creciendo la familia Quintana y sus cinco hijos; Nelly, la mayor; el segundo, Alfredo; la tercera, Leidy, Nairo el cuarto, y el quinto, Dayer. Nairo recuerda su niñez caminando la familia completa por una carretera destapada que los llevaba a Cómbita, 14 kilómetros ida y vuelta; un paseo que añora. Correr por los campos, subirse a los árboles, apostar carreras con sus hermanos y, de vez en cuando, raspase las rodillas cuando en el camino

aparecían piedras que, por la emoción del juego no veían. Hoy es parte de su historia. Como lo recuerda Alfredo:

Tunja tenía malos servicios públicos, o sea, era un poco feo vivir acá, pero la cercanía de Bogotá ha hecho que la ciudad progrese, mucha gente que trabaja en Bogotá vive en Tunja, esto es como el norte de Bogotá, acá han hecho edificios modernos, buena tecnología, hospitales buenos. Seguramente en la gobernación y la alcaldía algunos roban, pero dejan algo.

En esa época íbamos a la escuela como todo niño, iba con mis hermanos, soy de los mayores; el segundo de la casa y tenía que llevarlos al colegio... Como todo niño de campo, después de estudiar, regresábamos a ayudar con las labores de la casa, con mi papá, mi mamá, a compartir con mis hermanos, a jugar y pelear como todos los hermanos. Fue una infancia bonita.

Alfredo asumió la responsabilidad del hermano mayor. Rápidamente entendió que debía ayudar directamente a don Luis en sus actividades como vendedor de hortalizas y frutas. Don Luis tenía un camioncito, un Ford 250, modelo 52, comprado a un profesor que le había dado clases cuando era niño.

El que hacía sufrir más a mis papás era Nairito. Desde niño no le ha gustado dejarse ganar nada, él siempre ha estado a la defensiva. Si a él le tocaba pelear en la escuela con uno más grande, lo hacía, eso no era problema. Siempre fuimos unidos y hasta nos tocó un poco de veces con otros niños, porque Nairo defendía por todo a las niñas de la vereda y de la escuela, irnos a los puños, en varias peleas me tocó ayudarlo. Y las niñas, ni las gracias le daban. Había unos vecinos un poco complicados de manejar, con los que vivíamos agarrados y esos vecinos con nosotros no pudieron.

Alfredo le lleva 4 años a Nairo y, desde muy niño, también trabajó en lo que hacía su padre: comprar fruta y verdura para revender. Entre Alfredo y Nairo creció una cercanía fuerte. Tener experiencias similares los unió. No solo eran las peleas, también era el campo, el estudio, el cuidado de la casa y, en particular, el cuidado de don Luis cuando se pasaba de cervezas. Cuando eso sucedía, que era frecuente, tenían que llevar el camioncito hasta la casa. Un niño de diez años manejando, y otro de seis, gritándole desde la puerta para que no se saliera del camino.

Tocaba colocarle un guacal en la parte de atrás al espaldar y una cobija al asiento para poderme sostener. La demora era que arrancara y, con un solo pie, accionaba el freno y el acelerador. No usaba el clutch para nada, no sabía cómo era.

Haber aprendido Alfredo a manejar tan niño le serviría para que a los quince años manejara un taxi. Sin licencia, hacía expresos desde la vereda a Tunja. En algunos de esos viajes se llevaba a Nairo para que lo acompañara y, de paso, aprendiera a manejar a sus once años. Los dos, para la época, trabajarían de ayudantes en una panadería, en la que tuvieron que aprender a preparar pan, mogolla y mojicón. Con esa base montarían una panadería en su casa, con la esperanza de que don Luis se retirara de trabajar y así los dos sacarían la panadería adelante para ayudar a su familia y a sus hermanos.

El Ford modelo 52 lo compró don Luis a los pocos días de haberse dedicado de lleno a la siembra de papa, era el vehículo perfecto para llevar y descargar el producto. De ese camión se siente muy orgulloso, y lo recuerda como si el tiempo no hubiera pasado, como si las cosas hubieran sucedido ayer.

Después tuve una Courier 55, una “calabaza” que llamaban; luego de ahí para acá siempre he tenido mis carros y, cuando ellos tenían diez y seis años, salían conmigo a las plazas a comprar y vender. Aquí en la casa hubo panadería, tienda, venta de frutas, artesanías, teníamos

ganado, teníamos nuestra agricultura; aquí nunca hizo falta la plata, ni la comida.

Cuando se le toca el tema de los hijos, don Luis cambia de semblante, se le infla el pecho y habla en un tono que alegra escucharlo. Sus hijos lo han sorprendido, lo han sobrepasado y con gran orgullo reconoce que así es.

Por mi mente nunca pasó de que fueran a ser, por ejemplo, Alfredo un gran militar; Nairo y Dayer unos grandes ciclistas; o que mis hijas tuvieran unos ranchos bonitos como los tienen. No, eso no lo soñé, pero sí anhelé lo mejor para ellos. Yo, cuando me tomaba mis tragos, que era más bien seguido [algo que casi nunca reconoce], le preguntaba a Nairo: “¿Y usted qué quiere ser cuando grande?”, y él, un poco tímido, me decía: “Pues papi, yo quiero ser doctor”.

Para don Luis, Nairo era de los que tiraba la piedra y escondía la mano. Recuerda que por su culpa lo hicieron ir a la escuela y al colegio, varias veces. Se metían en problemas con otros muchachos a quienes les gustaba la bronca, y Nairo peleaba, y los otros tenían que ayudarlo a salir de los líos en que se metía; cuando ya no podían, llamaban a don Luis. Sobre esto hay varias versiones, pero con la que todos concuerdan es con que Nairo desde muy niño era el mejor para los puños. Y era con ellos con los que resolvía todos los problemas.

Don Luis a ninguno de sus hijos le enseñó a manejar. Como lo veían, fueron aprendiendo solos. Cuando no estaba en la casa, sus hijos le usaban el carro que tuviera y salían a hacer sus vueltas. Cree que aprendieron el uno del otro, lo que le dio más confianza para “tomar” más. Si se emborrachaba, estaba seguro de que sus hijos, de seis y diez años, lo llevarían a la casa. Lo cierto es que Alfredo, siendo un niño, le enseñó a Nairo y Nairo a Dayer. Y así, de un niño a otro fueron heredando las enseñanzas al volante.

Aunque esta es la parte anecdótica, que al ser recordada por Nairo y sus hermanos, termina con un buen sabor de boca porque era vivir grandes aventuras, en el fondo sí los afectaba como familia el hecho de que don Luis bebiera en exceso. Dos menores teniendo que sacar a su papá de las tiendas para regresarlo a la casa, con uno de ellos al volante, es algo que un niño no quiere vivir en su infancia.

Don Luis no actuaba así con mala intención, todo lo contrario. Hasta se llena de orgullo al recordar a las edades que aprendieron a manejar sus hijos.

Alfredo una vez sacó el carro y se llevó un viaje de niños a su escuela. Cuando llegó, naturalmente, el director me llamó para reclamarme por que le había dejado el carro a un niño de diez años, con un viaje de niños encima. Le respondí que yo no lo había dejado. Reprendí a Alfredo, pero fue peor: como ya se sentía conductor, antes de irse al ejército, se me voló de la casa y resultó manejando taxi ¡a los quince años!

A pesar de las contrariedades que le daban sus hijos, don Luis siempre fue un padre responsable y creyó en ellos. Así tuviera que ser duro algunas veces, otras los apoyó en lo que querían y le pedían. Así pasó cuando a Nairo se le metió en la cabeza que tenía que comprarle una bicicleta.

Se la compramos porque carecíamos de transporte escolar. Fue como un medio de transporte, que no solo usaba para él, sino que Nairo también llevaba y traía a los niños vecinos. Luego hubo modos para comprarles bicicleta a todos y Nairo debía remolcarlos, ninguno de la región le daba la talla.

Alfredo y Nairo buscaban sus medios de obtener ingresos, como también don Luis buscaba los suyos. Los dos niños nunca estuvieron sin hacer nada, y tenían sus recursos por aparte. Pero después de que Nairo empezó a correr en su bicicleta, algunas cosas cambiarían.

Además de trabajar en las diferentes plazas de mercado, Nairo recuerda con agrado que todos los días se despertaba temprano a preparar lo del colegio y a revisar las vacas, las gallinas y los conejos. Cuando terminaba las labores del hogar y justo se iba al colegio, volteaba la mirada a la ventana de una casa que estaba en el camino esperando ver a Otilia, la hija de otro vendedor de la plaza mayorista, que vivía por ahí cerca. Pasaron algunos años y Otilia ya no era la única niña que tenía la atención de Nairo. Paola, un poco más grande que Otilia, pero niña al fin, comenzaba a ver en Nairo algo más que un “negrito pequeño y flaco”. Nairo era para ella lo que era Otilia para él. Y como pasa siempre, sin que siquiera él ni nadie se diera cuenta, las dos niñas empezaron a ser rivales.

Luego de ir al colegio, Nairo le ayudaba a su papá en los puestos de mercado en las plazas y los fines de semana sembrando o embelleciendo la casa. También ayudaba en la tienda y como pasaban turistas hacia Tunja o Bucaramanga, don Luis, comerciante nato, aprovechó la buena ubicación y amplió la tienda. Cumpleaños, navidad, año nuevo, semana santa, las fechas importantes. Mientras la gente de la región disfrutaba comiendo y tomando cerveza, los Quintana trabajaban.

La tienda era como una tienda de barrio; se vendían huevos, chocolate, arroz, café, aceite, cerveza, refrescos. Como alrededor había bastantes casas, muchas veces estábamos preparando el desayuno y llegaba un vecino que le vendieran el pan, la leche y huevos, y por allá adentro se escuchaban los gritos, “¡mamá dónde está la toalla para secarse!”, “¡¿dónde está la olleta del chocolate?!”, “¡el limpión!”. Desde que nos levantábamos era una revolución. Teníamos que ir a ordeñar, dejarles agua a las vacas, poner la cerca eléctrica y regresar a darles el desayuno a los conejos, recoger los huevos, atender la tienda, iniciar el almuerzo para “el puntal”, algunos obreros que se tenían trabajando la tierra y, luego del almuerzo, nuevamente a ver las gallinas, las vacas, y en la tarde, como llegaban a la tienda a beber cerveza, debíamos estar

atentos, y si teníamos frutería, era lo mismo. Hubo una época que quitamos la frutería y con Alfredo montamos panadería. Entonces, yo tenía que regresar del colegio, hacer el pan, y así todos los días.

Ahí en Arcabuco, donde las montañas se mezclan con el cielo azul y los campos verdes se extienden hasta el horizonte, vivía otro niño especial a quien le decían Caliche. Desde muy pequeño, Nairo era gran amigo de Caliche, conocido como “el loco de Arcabuco”, un apodo cruel que algunos le daban debido a su condición especial. Sin embargo, para sus padres y para su fiel amigo Nairo, Caliche era todo, menos un loco. Aunque no iba a la escuela debido a las burlas de otros niños, Caliche encontraba alegría en ayudar en la plaza de mercado. Allí entre cajas, verduras, hortalizas y camiones llenos de productos del campo, descubrió su pasión por trabajar duro y ganarse unos pesos. A diferencia de los niños, prefería la compañía de los adultos, quienes apreciaban su espíritu amable y trabajador.

Pero lo que realmente hizo la diferencia en la vida de Caliche fue su amistad con Nairo. Desde que se conocieron a los ocho años, Nairo se convirtió en su protector, su apoyo constante en un mundo que a veces parecía estar en su contra. Juntos enfrentaron los desafíos y celebraron los triunfos, construyendo una amistad indestructible que perduraría a lo largo de los años.

A medida que crecían, Caliche demostraba una determinación inquebrantable. Trabajaba incansablemente en la plaza mayorista, demostrando que su condición no definía sus habilidades ni su valía. Cuando su padre falleció, Caliche asumió la responsabilidad de ayudar en su casa, demostrando una fortaleza y madurez que desbordaban su edad.

A pesar de los obstáculos, Caliche encontró su propio camino hacia la felicidad y el éxito. En su mundo interior, era un rey, un experto al volante que conocía todas las marcas de carros a la perfección y conquistaba las carreteras imaginarias con destreza. Y aunque su mundo era único y mágico, su amistad con Nairo era la piedra angular que lo mantenía conectado con la realidad.

Hoy, después de 28 años, Nairo y Caliche siguen siendo amigos. Cada vez que se ven, una chispa de alegría ilumina sus ojos, recordándoles el poder transformador de la amistad y la capacidad de superación del espíritu humano. En un pueblo donde una vez lo llamaron “loco”, Caliche se convirtió en el símbolo de fuerza, amor y perseverancia. Aunque la sociedad no podía comprenderlo completamente, los padres de Caliche siempre supieron que su hijo era un tesoro invaluable. A Caliche le enseñaron el valor del trabajo duro, la importancia de la bondad y la belleza de ser auténtico en un mundo que a menudo prefiere la uniformidad. A pesar de los desafíos que siempre enfrentó, Caliche creció rodeado de amor y aceptación, lo que le permitió florecer y brillar con todo su esplendor.

Su amistad con Nairo fue un regalo del destino, un lazo indestructible que desafiaba todas las adversidades. Juntos, enfrentaron las miradas de desprecio, las risas burlonas y las palabras hirientes, convirtiendo cada obstáculo en una oportunidad para demostrar al mundo el verdadero significado de la amistad y la solidaridad. Con cada caja que levantaban y cada sonrisa que compartían, desafiaban los estereotipos y las expectativas limitadas que otros tenían sobre ellos.

Pero lo más impactante de todo fue la forma como Caliche abrazó su singularidad y la convirtió en su mayor fortaleza. En su mundo interior, era un héroe, un explorador intrépido que conquistaba, como Nairo, montañas, surcaba océanos y volaba hacia lo desconocido. Con cada despertar, Caliche desafiaba los límites de lo posible, recordándonos que la verdadera grandeza reside en el espíritu humano, no en ninguna limitación impuesta por cualquier sociedad. Hoy en día Caliche es mucho más que “el loco de Arcabuco”, como alguna vez fue etiquetado. Es un faro de esperanza y un ejemplo viviente de la capacidad del ser humano para superar cualquier obstáculo que se interponga en su camino. Su historia no solo es la suya, sino la de todos esos niños especiales que desafían las expectativas y deslumbran al mundo con su luz única. En un mundo que a menudo prefiere la formalidad a la singularidad, Caliche nos recuerda que la

verdadera belleza reside en la diversidad y la inclusión. Su legado perdurará por generaciones, inspirando a todos aquellos que sueñan con alcanzar las estrellas, sin importar las circunstancias que enfrenten en su camino.

Ay papi, yo quiero ser doctor

Con esa agitada actividad, la familia Quintana fue creciendo al punto que Nelly, la mayor, y Alfredo, salieron de la casa a buscar “su propia vida”, como ellos dicen. Nairo, con once años, quedaría como responsable de Lady, la hermana que había tenido un accidente, y Dayer, que corría por los corredores de la casa como si su futuro fuera ser atleta. Los Quintana encontraron en este modo de vida una normalidad. Así pasaron mucho tiempo. Era un ejercicio cíclico. Cada determinado tiempo se va uno de la casa buscando un mejor futuro y en las tareas del campo y de la casa lo reemplaza otro. Alfredo se fue y lo reemplazó Nairo. Antes de que nadie pudiera decir nada, se fue una hermana y la reemplaza la otra, cuando fue el turno de Nairo lo reemplazó Dayer. Se fue Dayer y sucedió lo inevitable. Don Luis y doña Eloísa se quedaron solos.

Era tanta la responsabilidad que Nairo comenzó a cogerle fobia al colegio. Asistía sin hacer las tareas y, como consecuencia de su desgan, perdió dos veces quinto de primaria. Don Luis se enfadó y, muy molesto, le dijo: “¡¿Usted qué quiere ser?!”

Nairo guardó silencio, un silencio que fue interrumpido por uno de los amigos de don Luis que contestó lo que varias veces había dicho Nairo: “Él ya le dijo que quiere ser doctor”. Muchos de los que estaban ahí rieron, pero don Luis, sin medir las consecuencias de sus palabras, respondió que Nairo era el único bruto que le había salido en la familia.

Este comentario caló en los oídos de Nairo, a pesar de que ya estuviera acostumbrado a los maltratos de sus compañeros, a las burlas y risas de los ajenos a su familia. Pero que su papá lo llamara bruto, le dolió en el alma. Lo hizo replantearse muchas cosas. Si bien desde niño tuvo muchas responsabilidades propias de un adulto, no se iba a quedar con esa sensación de derrota. Eso estaba más que decidido. Aunque le costara cada gota de sudor, cada protesta atragantada, cada esfuerzo de sus piernas y cada calambre en sus manos al apretar con fuerza el manubrio, él sería alguien con un destino diferente. Eso no tenía discusión.

Nairo los vio, sin compartir con ellos la decisión que luego le cambiaría la vida. Solo los miró uno a uno. Se reían. Sin mala intención, pero se reían, mientras el joven Nairo estaba allí, callado, parado frente a su padre, que se tambaleaba por la borrachera, mientras repetía: ¿Cómo *hijuemadres* quiere ser doctor? ¡Usted es muy bruto, mijo! Y a partir de ahí, de ver la preocupación manifiesta de don Luis, así fuera en burla, Nairo prometió no volver a perder un año escolar y lo cumplió.

Aunque su objetivo era ayudar a su papá, a su mamá y a sus hermanos, Nairo sentía que debía hacer algo por sí mismo, y lo primero que decidió fue tener disciplina para sacar adelante una responsabilidad: el estudio. Y entonces se dedicó más a sus deberes escolares que a los negocios de su padre, sin descuidar los suyos. Puede que en la escuela fuera objeto de burlas, pero a la hora de solicitar un préstamo de dinero, todos los compañeritos acudían a Nairo, que los hacía firmar de nuevo en su cuaderno de matemáticas. Quizá no fue del modo más tradicional, pero así fue como Nairo aprendió a sacar cuentas exactas. Hablando con “labia” aprendió a comunicarse mejor. En lo

que no se sentía muy hábil era en cuestión de novias. No había ninguna niña en su escuela que lo mirara con ojos de interés, pero, ¿a quién le importaba? Nairo tenía su negocio y, sin que lo supiera, generaba suspiros en Paola y en Otilia. Aunque ninguna de las dos se había atrevido a decirle nada, las dos se sentían rivales en el amor.

El joven Nairo mejoró las notas en el colegio, retomando el gusto por el estudio; pero, en contraste, los negocios en casa no iban bien. Por más que luchaba por ayudar, parecía que todo iba en caída.

Nairo no se podía dar el lujo de también volverse a caer él. Ya había aprendido lo duro que es levantarse después de pisar el suelo. Así que siguió echándole ganas a la escuela. Uno de sus proyectos escolares era demostrar que, a través del calor, la sal se cristalizaba y se podía utilizar, mezclada con acrílicos de colores, para hacer cuadros artísticos. Todo estaba preparado para presentarlo a la profesora: el mechero con el fuego, la sal, el marco, incluso ese día, el personal de aseo, había exagerado en la aplicación de cera roja, haciendo que el piso del salón reluciera. Como la profesora no llegaba, mientras esperaban, armaron con dos pupitres los arcos para improvisar un partido de fútbol-sala. El balón era el borrador del tablero. Se emocionaron tanto que no fueron precavidos y, en un pase, uno de los compañeros le dio con tal fuerza que tumbó el mechero, cayendo al piso y con la cera roja recién aplicada, las llamas crecieron del piso al techo, creando un caos y confusión. Después de que llegaron los bomberos a apagar el incendio, los infractores esperaban el castigo del rector, que por la fama que tenían, era posible que no se escaparan de unos buenos correazos que, para la época, era permitido y hasta estimulado por los propios padres de familia.

La combinación de responsabilidades con travesuras propias de la edad mostraba que la infancia del joven Nairo fuera un tanto diferente. Tenía pocos amigos o no los podía conservar, pues resultaba escaso lo que podía compartir con ellos, dadas las obligaciones en casa. En los recreos se quedaba en el salón haciendo las tareas del otro día. En cuanto sonaba el timbre, salía

corriendo a trabajar en lo que le tocara. No socializaba. No era de los que jugaba fútbol o baloncesto, ni estaba en los “parches” que iban a fiestas.

Hubo momentos difíciles: no teníamos dinero para comprar ropa o zapatos, lo básico. Los zapatos yo mismo los cosía, o cosía los de mi hermano. Hubo momentos difíciles de pobreza, que no llamo pobreza, sino cultura y forma de vida de una familia. Si se trabajaba, ¿por qué no había para las cosas básicas?

Nairo fue más amigo de sus hermanos. Con Alfredo, el mayor, había pasado las duras y las maduras. Como la casa de los Quintana quedaba cerca de la carretera, en una curva, era común que se presentaran accidentes. Muchas veces, los hermanos debían levantarse a la una o dos de la madrugada para ayudar a los heridos. En su casa siempre había un café, una aguapanela, una manera de llamar o un refugio para quien lo necesitara.

Los continuos accidentes se convertirían para los hermanos en fuente de ingresos. Conocedores de la zona, sabían perfectamente los desvíos que debían tomar los carros en caso de que la carretera estuviera taponada por un accidente. Ese servicio era recompensado. Así al otro día tuvieran que madrugar al colegio, la oportunidad no la dejaban pasar. Esos ahorros muchas veces se iban cuando de disfrutar con la familia se trataba.

En esa época toda la familia, con primos y vecinos, se subían en la parte de atrás del camión con las ollas donde iban no menos de 5 gallinas con papa y yuca. Se iban de paseo a Villa de Leyva. Después de la misa, compraban rosarios, artesanías y se iban al río al “piquete”. Primero se bañaban en el río, jugaban fútbol y luego sí, a comer gallina.

Todas esas vivencias le darían a Nairo un sentido de pertenencia que hoy no olvida. Si de algo se siente orgulloso es de su origen en el que nunca apareció una bicicleta. Nairo hasta los doce años pensaba que su futuro estaba en los negocios, jamás había pasado por su mente ser ciclista, hasta el día que su

papá le pidió que se alistara junto a su hermano Alfredo para que vieran pasar a los ciclistas que estaban corriendo La Vuelta a Boyacá.

Antes de llegar al Alto del Sote, desde Arcabuco, hay un repecho fuerte. Los dos hermanos, tomados de la mano de su papá, se ubicaron en lo más alto del repecho, de tal manera que veían cuando se acercara el primer ciclista. En esa oportunidad era uno de la región, lo que hacía que don Luis sacara pecho. Justo en ese repecho el ciclista que iba en la punta bajó la velocidad para pedirles agua, siendo ese el primer acto mágico que Nairo sintió lo acercaría a la que, tiempo después, sería su profesión. En cámara lenta era la representación viva de “la creación”, la pintura de Miguel Ángel; el ciclista trataba de tocar la mano de Nairo, mientras él trataba de tocar la mano del ciclista con una bolsa de agua. Un cuadro lleno de magia que luego se convertiría en realidad en la mente de un niño que lo único que quería era darle agua al sediento. El agua la recibiría el extenuado deportista con agradecimiento y envidia para luego pasar de primero en la meta en Tunja.

Para Nairo, ese contacto sería celestial. Tener de cerca al ídolo del papá, ver su esfuerzo y el sudor que corría por su cuerpo, lo despertarían hacia una afición que creía no tenía. De ahí en adelante, no faltaba la cita cuando la Vuelta a Colombia o la Vuelta a Boyacá pasaban frente a su casa, frente a sus ojos que cada vez se sentían más atraídos por un deporte que consideraba lejano a su vida. En la familia no había deportistas. Fue un amor a primera vista. El próximo paso ahora sí sería comprar su primera bicicleta.



La primera bicicleta

La vida seguía avanzando y Nairo seguía creciendo. Su adolescencia la pasaba estudiando y trabajando. Como un cachorro que quiere independencia de la manada, no dejaba pasar ninguna oportunidad para hacerse a su propio dinero. En el colegio, así defendiera a golpes a todas las niñas, no tenía suerte en el amor; sin embargo, su negocio iba viento en popa, los préstamos a los compañeros ya eran un clásico en su vida. Sin saber cómo ni de dónde lo aprendió, Nairo era el único en el colegio que les exigía a los compañeros que le firmaran “letras de cambio”, para respaldar el dinero que les prestaba. Pensaba que siempre debía cuidar lo que tan duro le costaba conseguir. Apostaba jugando cartas, intercambiaba *tazos* (figuras de plástico que venían dentro de los paquetes de comida) y seguía trabajando con sus hermanos en la venta de frutas. Con ese abanico de posibilidades pudo ahorrar, y un día, que su papá tenía tiempo para escucharlo, le dijo:

—Papá: ¡me quiero comprar una bicicleta!

La solicitud que Nairo le hacía a su padre llevaba implícito un mensaje: ya no era un niño, era un adolescente y, así como podía tomar decisiones, podía asumir responsabilidades. Don Luis, ante lo directo de la propuesta, le respondió evasivamente con que esos “aparatos” eran muy caros. Nairo no se iba a doblegar, lo conocía muy bien y, como si supiera la respuesta, le replicó que así no fuera nueva, quería tener una y, para lograrlo, tenía ahorrados setenta mil pesos (casi 18 dólares de la época).

Don Luis no tuvo más que apoyarlo en su deseo. Bebió el último sorbo de su cerveza como agua pura y les dijo a los amigos que pidieran otra ronda, que ya venía y no se demoraba. Fueron a un almacén que funcionaba como taller de bicicletas. En el pueblo había dos, el de Raúl Malagón, personaje que más adelante jugaría un papel importante en la vida de Nairo, y el de otro comerciante, que tenía fama de codicioso y mala persona, como para tomarlo en cuenta. Don Luis sabía que ni de chiste les alcanzaría lo poco que tenían para comprar una bicicleta en alguno de estos dos comercios. Sin embargo, la insistencia de Nairo lo hizo tomar la decisión equivocada. Fueron al almacén del codicioso. La entrada era un largo zaguán pintado con paredes verdes que anunciaba las marcas de bicicletas que allí vendían. Al final de ese túnel aparecía como una boca que se tragaba a los intrusos el almacén iluminado con dos tubos de neón y, luego de hablar con el vendedor, corroboraron lo que temían: el dinero que había juntado Nairo no le alcanzaba para comprar una bicicleta nueva.

Después de esperar a que atendieran a otro cliente, el vendedor, viendo la cara de frustración de don Luis y Nairo, les dio la opción de bicicletas de segunda mano. Nairo se enamoró de una por las figuras triangulares en las llantas. Negociaron, pagaron y, si había alguien feliz en el mundo, era él, sin saber que estaba comprando el pasaporte a la independencia, y de paso a su futura profesión, de la que aún no sabía absolutamente nada.

Después de que inflaron las llantas, vino el primer percance. Las figuras por las que había decidido comprar la bicicleta, se fueron cayendo y, aunque

hicieron el reclamo, el vendedor les dijo que así venían, que pasaba en todas las bicicletas reconstruidas. Llegando a la casa, se convencieron de que los habían engañado cuando, sin emoción alguna, revisaron las llantas y descubrieron que estaban rotas y cortadas. Don Luis, apenado por su falta de conocimiento, terminó comprándole unas ruedas nuevas. Estas las adquirió en el negocio de Raúl Malagón, sin imaginar lo mucho que este hombre ayudaría a su hijo y a otros jóvenes soñadores, en un futuro.

Después vino la alegría. Nairo, que ya había aprendido a montar en la bicicleta de un compañero vecino a cambio de hacerle las tareas, se dio su primera vuelta. El vecino lo dejaba echarse sus “palomitas”, aunque varias veces se cayó, y justo delante de unas niñas, que no contenían la risa. Todas menos Otilia y Paola, que seguían queriendo a Nairo en secreto. Él se quedaba mirando las vacas que dejaban de masticar el verde pasto, como riéndose, algo que más enfurecía a Nairo.

La bicicleta le dio independencia. Ya no se iba en el bus del colegio, prefería recorrer los dieciséis kilómetros del Alto del Sote a Arcabuco. Como Dayer, su hermano menor, también estudiaba en el mismo colegio, Nairo lo llevaba en la “barra”. De regreso debía regresar en bus porque la subida era muy dura y porque Nairo había encontrado amigos con quien regresar del colegio apostando carreras hasta llegar a la casa que queda en lo alto de la montaña. Esos kilómetros se convertirían en una entrada fija para Nairo: apostaba con los amigos quién bajaba más rápido. Él lo hacía a setenta u ochenta kilómetros por hora. Una velocidad que alcanzaba pedaleando detrás de los camiones. El punto es que podía pasar horas compitiendo contra uno o contra otro y por eso siempre llegaba tarde al colegio. Se inventaba cualquier cantidad de disculpas. Al comienzo le creyeron algunas, pero luego, el rector del colegio llamó a Nairo y a algunos de sus compañeros a su oficina.

Para defender a los amigos con los que apostaba, le confesó al rector del colegio que, como la carretera tenía mucho hueco, se pinchaban las llantas y, mientras despinchaban, perdían tiempo, razón por la que todos llegaban

tarde. La verdad era diferente: A Nairo y sus amigos les gustaba tomar riesgos en todo sentido. Se inventaban caminos, recorridos y repeticiones que los hacía olvidarse del reloj. El rector, por ayudarlos, destinó una partida para comprar corazas y llantas nuevas. En realidad, lo hacía para que las pinchadas para los muchachos no fueran una disculpa.

Esa decisión del rector en nada mermó las ansias de seguir arriesgando y apostando. La idea era escoger a la suerte el carro al que literalmente Nairo y sus amigos se le iban a pegar en la carretera. Muchas veces las bicicletas las escondían en el cementerio y llegaban a pie al colegio con la disculpa de siempre: hay muchos huecos en la carretera.

Cuando el rector se enteró de los riesgos que corrían y de las apuestas que hacían, suspendió el aporte; si llegaba a enterarse de que bajaban a más de setenta kilómetros por hora detrás de los camiones, les decomisaría las bicicletas hasta nueva orden.

De lo que nunca se enteró el rector era que Nairo recogía a los compañeros que se quedaban del bus. Los subía en la barra y los llevaba al colegio, cobrándoles. Esa ida y vuelta las había convertido en un medio de ingreso. Pero había algo más oculto: Otilia. Ella había crecido un poco y ahora tenía una hermosa cabellera que le encantaba lucir, con la ilusión de que algún día Nairo la viera. Y por supuesto que él la veía, con demasiada pena como para hablarle. Paola se enfurecía, ya que siempre fue celosa, aunque hoy día lo sigue negando. Lo cierto es que, hasta ese momento, Nairo solo se había percatado de Otilia.

Otilia era hija de otro de los vendedores de frutas en la plaza mayorista, que vivía en el camino, y que Nairo un día, venciendo la pena y el miedo, decidió comenzar a cortejar. Pero el papá de Otilia, de pocos amigos y machista, no la dejaba conversar con nadie. La única posibilidad real que tenía Nairo para ver a Otilia era pasar por su casa esperando a que ella, desde la ventana, lo saludara. Con eso era suficiente para que él se ilusionara, se motivara

y pedaleara las veces que fueran necesarias con tal de verla. Así pasaron algunos meses, Nairo subiendo y bajando, y Otilia esperando a que él pasara para verlo y saludarlo desde su ventana. Mientras tanto, Paola esperaba su oportunidad. Una voz interior le decía que lo de Nairo y Otilia no sería para siempre. Ella, aunque con rabia por las veces que vio a Nairo parado en la ventana, sabía esperar, sabiendo que su momento llegaría y claro que llegó.

Así, entre sus dos amores secretos, Nairo se pasaba los días de infancia y preadolescencia. Hasta que un día a Nairo le falló la guaya de moto que tenía como freno en su bicicleta y fue a parar cincuenta metros abajo. Como pudo se paró, se sacudió y salió de ahí. Unos moretones grandes y unas raspaduras tras una prenda de ropa bastaron para esconder sus heridas. Ante el peligro que esto representaba, decidió no hacerlo más. No podía seguir arriesgando la vida de nadie y menos la de sus compañeros.

Esa bicicleta en la que Nairo andaba día y noche era de hierro, sin amortiguación y pesaba cerca de quince kilos. El marco era gris con azul y, en la parte de atrás, tenía un rojo desvanecido. Aún la conserva como recuerdo de sus épocas de infancia. Tiempo después, con los ahorros de todos, le compraron una bicicleta a Dayer y así se volvió costumbre de los Quintana ir y regresar todos los días al colegio en bicicleta. Al comienzo fue duro, subir al Alto del Sote significaba un esfuerzo del que quedaban exhaustos. Tanto es así que Nairo, trabajando con su papá, aprovechaba cualquier momento para dormir y, cuando don Luis amenazaba con prohibirles la bicicleta, así tuviera que lavarse la cara diez veces, no dormía. No quería perder la satisfacción que le dejaba sentir el aire en su cara cuando iba a ochenta kilómetros por hora. La misma sensación que siente hoy, pero montado en bicicletas con tecnología de última generación.



Juan Pistolas

Una tarde, regresando del colegio, a Nairo le llamó la atención que dos jóvenes, con bicicletas profesionales, lo pasaban, como él dice, “cagados de la risa”. A los pocos días, en una curva, con sus manos empuñadas los esperó, para reclamarles por sus burlas. Uno de ellos, el más amable, le dijo que, si no cambiaba de bicicleta, nunca iba a mejorar como ciclista. Nairo, molesto por la sobradez que mostraban los dos ciclistas, les dijo que él nunca pensaba ser como ellos, él montaba porque le gustaba. El ciclista amable, que luego se convertiría en un gran amigo, antes de irse, le dijo que en la vida no se puede decir “nunca”. Ser ciclista no es un propósito, ser ciclista es una diversión.

Esas palabras quedaron retumbando en su cabeza y las tardes siguientes, cuando los dos ciclistas, con zapatillas, licra, casco y guantes, lo alcanzaban, trataba de unírseles. Ellos se divertían esperándolo y cuando Nairo, con maleta de colegio, zapatos y jean, casi los alcanzaba, partían de nuevo, obligándolo a hacer un mayor esfuerzo, ignorando que lo estaban atrayendo a lo que sería su mayor satisfacción en la vida y su mayor fuente de ingresos.

Un día que iba del colegio para su casa, subía un grupo de ciclistas de Tunja. Nairo rápido se terció la maleta y arrancó junto a ellos. Los del grupo, que tampoco perdieron oportunidad para humillarlo, sin importarles que muchos de ellos eran mayores que él, comenzaron a acelerar y él ahí, con ellos; aceleraron más fuerte y se fueron quedando varios del grupo. De repente se dio cuenta de que estaba solo con otro en la punta del grupo y como conocía la carretera al derecho y al revés, remató y le ganó en la primera subidita para el primer descanso que se llama Agua Varuna.

Para Nairo, ganarles a quienes se suponía eran profesionales, fue una sensación extraña. Gracias a esa experiencia, se percató de la fuerza que tenía en sus piernas. Cuando alcanzó al grupo, pedaleaba esperando el momento en que los ciclistas que rodaban en bicicletas profesionales lo dejaran atrás, pero sucedió lo contrario: los alcanzó, los pasó y los dejó. Sintió por primera vez alivio mezclado con alegría, y así se le contó a don Luis.

Don Luis no lo podía creer: “Ah, qué va a ser cierto”, exclamó.

Pues otro día, don Luis tomando con un amigo al que le decían Juan Pistolas, le dijo: “Mi hijo va y viene del colegio en bicicleta y el otro día me contó que les había ganado a unos ciclistas de Tunja subiendo de Arcabuco al Alto del Sote”. Juan Pistolas, con sorpresa, le respondió: “Yo al pelado lo veo con cara de ciclista y se ve que es un negro guapo, sufridor. Si quiere hacemos una carrera con mi hijo. Mi hijo monta bicicleta, tiene medallas en fútbol, atletismo, natación, es un deportista íntegro”. Su versión es similar:

Nairo era un niño que estudiaba con mi hijo. Montaban en bicicleta por Chiquinquirá, Santana y otros pueblos de la vecindad. Tenían por ahí trece años. Andaba en una bicicleta toda chanda y como vi que mi hijo tenía “fiebre por el ciclismo”, le compré una bicicleta nueva. Cuando le conseguí una carrera a Nairo con mi hijo de Arcabuco al Alto del Sote, mi hijo se sintió seguro de ganar.

Don Luis miró a Nairo y le preguntó: “¿Le hacemos a la apuesta?”

Una pregunta a boca de jarro que Nairo guardó en su mente por un momento y, sabiendo que Boyacá, además de ser buena productora de papa, también produce hombres de palabra, le respondió a su padre: “No me voy a echar para atrás”.

El Pistolitas, como apodaban al hijo de Juan Pistolas, soñaba con una oportunidad como esta. El joven, mucho más grande y espigado que Nairo, cortejaba a Otilia, y no soportaba que ella solo tuviera ojos para Nairo. Se preguntaba una y mil veces: ¿Qué será lo que le ve a ese negro odioso? Ahora, con la competencia que estaban acordando don Luis y Juan Pistolas, El Pistolitas tendría la oportunidad de dejar en ridículo a Nairo. Solo así lograría que Otilia volteara a mirarlo a él. Y, mientras divagaba con todo eso, Nairo recorría el circuito una y otra vez, tratando de aprenderse de memoria cada curva, cada bache, cada recta. Para El Pistolitas era una oportunidad para dejar en ridículo a Nairo; pero para Nairo, era una oportunidad de ganar.

Llegó el día. Entre don Luis y Juan Pistolas cazaron la apuesta sobre la carrera que se realizaría un domingo. Entre semana, y con el orgullo en vilo, don Luis se propuso comprarle una bicicleta más moderna a Nairo. Si algo quería demostrar don Luis, era que nadie le ganaba una apuesta, demostración de la que Nairo, indirectamente, saldría beneficiado. Esta vez fueron a un almacén de Tunja. Sus rostros se iban decepcionando a medida que el vendedor les daba precios: de doce, ocho, seis, cinco millones de pesos (4.000 dólares de la época). A Nairo y a su padre les parecían muy bonitas, pero ellos, que no sabían de bicicletas, querían algo más económico. Esta vez fueron al negocio de Raúl Malagón, ya habían aprendido la lección. Él los recibió con gusto. Sentía placer de ayudar a los jóvenes que buscaban en el ciclismo un mejor porvenir. Malagón había visto pasar a Nairo varias veces a toda velocidad en su bicicleta armada. Sabía de qué madera estaba hecho el muchacho, así que no dudó en ayudar a don Luis. Le dio lo mejor que pudo, haciéndole un descuento inclusive.

Recuerda don Luis como si hubiese sido ayer:

Era una apuesta por doscientos ochenta mil pesos, y la bicicleta me había costado trescientos ochenta mil. Yo estaba sin plata. Belarmino, un gran amigo que nos había acompañado ese día, dijo que él colocaba los doscientos ochenta mil pesos y fuéramos a la apuesta.

Pistolitas era un tipo que practicaba –según ellos– atletismo, y había participado en carreras de ciclismo, era un experto deportista. Juan Pistolas, al ver que ni Nairo ni su papá tenían los medios para responderle, plantaron la apuesta, pero don Luis, tocado en su ego, apostó, con el apoyo de Belarmino.

Juan Pistolas era un amigo de don Luis con quien jugaba a las cartas y se conocían muy bien. De hecho, Juan recuerda que era él quien le vendía en la plaza el mercado, el líchigo, y Nairo en esa época le ayudaba a su papá.

Cuando no tenía, le daba pa' la gaseosa. Ahí se fue formando hasta que se dio a conocer y ahí cogió ritmo. A mí me decían Juan Pistolas porque andaba “empistolado” con puro fierro y cuando me veían echaba pura bala, eso por todo daba bala y me tenían en el pueblo respeto, eso hace veinte... no sé cuántos años me pusieron ese apodo. A mi hijo lo conocen por Pistolita.

Las semanas siguientes fueron de entreno en las dos familias. La de Pistolitas con todo lo necesario, y la de los Quintana, con necesidades. Se husmeaban unos a otros y así se fue acercando el momento de la carrera. El día llegó y justo antes de dar la partida, los dos retadores apenas se miraban. La apuesta era salir de Arcabuco, y ganaba el que llegara primero al Alto del Sote.

Nairo estaba estrenando tenis que le había comprado don Luis para que pudiera pedalear con confianza. A la distancia, como de otro planeta, apareció Juan Pistolas con su hijo y con una bicicleta de carbono, casco

reluciente, vestido de licra y zapatillas nuevas. Apenas padre e hijo vieron la pinta de Nairo, lo miraron por encima del hombro, como un rey que mira a sus vasallos.

Tenía una pantaloneta de fútbol, camiseta del colegio y los tenis que le había comprado don Luis. Viendo a Juan Pistolas, no se amilanó, pensaba que debía ganar, no solo para que su papá no perdiera la apuesta, sino porque si lo hacía, podría dedicarse a lo que le gustaba y no a lo que le tocaba: quería terminar los estudios para dedicarse a los negocios. En su casa, por tener bicicleta, lo habían convertido en el mandadero... Mijo, como tiene bicicleta, traiga las vacas; como tiene bicicleta, vaya a Tunja y compre esto que necesitamos; como tiene bicicleta, vaya lleve, compre, traiga. Ya estaba cansado y esta era la oportunidad para dejar de ser el mensajero de la casa.

Juan Pistolas, muy orondo, seguro de que su hijo le ganaría a Nairo, trajo un testigo para que la apuesta fuera legal. El dinero lo recogió el testigo, encargado también de verificar que las condiciones se cumplieran al pie de la letra. Los dos competidores debían salir de Arcabuco, ir hasta el Alto del Sote, regresar a Arcabuco y luego subir de nuevo medio Alto y regresar a la meta, recorriendo en total 45 kilómetros. El primero que cumpliera ese kilometraje, ganaba la apuesta.

Montados en su bicicleta, sostenidos por sus padres, los dos corredores esperaban a que el testigo diera la partida, cuando el reloj de la iglesia del parque central de Arcabuco diera las nueve campanadas. Mientras se cumplía la hora, Nairo miraba a su competidor, que con orgullo lucía un reloj moderno que le marcaba la hora, los kilómetros y la velocidad. También se dio cuenta de que las medias de su contendor eran del mismo color de la camiseta, y las zapatillas que iban incrustadas en el pedal, brillaban de lo limpias. En cambio, Nairo con una camiseta del colegio, pantaloneta de fútbol y tenis de los baratos, que como fuera, debían estar amarrados a los pedales con una correa de cuero, sudaba.

Nairo suspiró. Su corazón latía de ansiedad y miedo, no quería defraudar a su papá, y menos que fuera a perder dinero por su culpa. Lo sacó de esos hondos pensamientos la primera campanada que siguió sonando, y se escuchó el grito del testigo que dijo: ¡Ya! ¡Partida!

Pistolitas

Con los primeros pedalazos, Pistolitas le tomó ventaja, lo que emocionó a toda la familia de Juan Pistolas. En varios carros se montaron para seguir a su pupilo; lo mismo iba a hacer don Luis, acompañado de Alfredo y Dayer. Pero el Dodge Dart que tenía para cargarlo de frutas, ese día no quiso prender. La desesperación se fue apoderando del rostro de don Luis pensando en que su muchacho se había ido sin el tarro con aguapanela que le habían preparado desde las cuatro de la mañana. Hasta que, al fin, un amigo que cruzaba de casualidad, lo vio, lo llamó y cuando vio su desesperación, se bajó de su carro, para salvarlo: dos cables de batería a batería fueron la solución.

Don Luis, que con sus pies a media marcha había aprendido a manejar, ese día le pareció que Arcabuco estaba más lejos que nunca del Alto del Sote. Cada kilómetro que se tragaba el Dodge Dart aumentaba los latidos de su corazón esperando lo peor: que su hijo estuviera en cualquier recodo esperando la asistencia técnica y la aguapanela que no llegaba. Su preocupación, como la de Alfredo y Dayer, aumentaba cuando no había señas de ninguno de los dos ciclistas. Don Luis exclamaba preocupado: ¡Ya perdí esa apuesta!

De pronto, subiendo el Alto del Sote, vieron a la distancia el color de las medias de Pistolitas relucientes por los rayos del sol. Verlo calmó la ansiedad de don Luis, pero súbitamente regresaron las altas palpitaciones cuando pensó lo peor: ¿Dónde está?

Nairo venía de frente. Parecía un milagro o una aparición. Don Luis pensó que se había retirado de la prueba. Ya lo iba a regañar. Nairo le dijo que había ido hasta el Alto del Sote y venía de regreso. Era tanta la ventaja que le llevaba a Pistolitas que tuvo tiempo de parar, regañar a su papá y sus hermanos porque se moría de la sed y lo habían dejado sin siquiera una botella de agua. Su papá le pasó el tarro con aguapanela. Nairo se sentía bien de fuerzas, pero la sed lo sofocaba. La gran idea vendría de Alfredo, que se acordó de que antes de Arcabuco cae un chorro de agua que viene de la laguna de Iguaque, una reserva natural.

Después de recoger agua y de darle a su hermano, Alfredo, Dayer y su papá lo seguirían como si fuera para el colegio, corriendo sin mirar a ningún lado. Nairo le dio la vuelta al parque de Arcabuco y regresó hasta la mitad del Alto del Sote, donde lo esperaba el testigo para dar fe de que cruzaba; solo le faltaba el regreso a Arcabuco y cobrar la apuesta. Cuando la familia Quintana celebraba, llegó el papá de Pistolitas, lo felicitó y le pidió que lo acompañara: su hijo ni siquiera había logrado llegar al Alto del Sote y quería darle una lección de humildad. Todo lo que le había invertido en casco, ropa y bicicleta nueva, no le había servido para nada; en cambio Nairo, con esa bicicleta sin lujos, había hecho una hazaña ganándole la apuesta.

Pistolitas no le aguantó ni el arrancón. Nairo no sabía medir sus fuerzas, desde que partió hasta que llegó, nunca miró para atrás; corría y corría como si, al terminar la competencia, se fuera a acabar el mundo. La carretera la conocía metro a metro; llevaba años haciendo ese recorrido desde niño, ayudando a vecinos, hermanos, al que fuera a subir y, lógicamente, buscando a Otilia.

Nairo siempre fue un joven soñador que a los trece años supo que la bicicleta era más que un medio de transporte. Para él, era su escape, su libertad y la razón detrás de su inquebrantable pasión. A la larga, cada pedaleada era el arma que lo llevaría a conquistar el mundo.

El día en Arcabuco era soleado. Nairo se acababa de encontrar con una apuesta que cambiaría su vida para siempre. Muchos amigos de Juan Pistolas, riendo con picardía, lo desafiaron a competir en una carrera en bicicleta: su arma letal. El premio era modesto, una suma de dinero que no significaba mucho para nadie más, pero para Nairo, representaba algo especial: la oportunidad de demostrar que su amor por la bicicleta y la competencia podía ir más allá de su corazón, que podía ser un campeón, y que esa pasión tenía valor.

Ese día de la carrera los latidos del corazón de Nairo eran casi ensordecedores. Se encontraba en la línea de salida, nervioso pero emocionado. La competencia era dura, pero su determinación era aún mayor. Los kilómetros pasaron volando, mientras dejaba atrás a su oponente. El último tramo de la carrera fue una batalla interna entre el agotamiento y la voluntad. Nairo fue a parar a una cañada y se fracturó una costilla. Nadie lo vio, nadie lo ayudó y nadie lo paró. Fue él quien, como pudo, salió de ahí y se montó en su bicicleta destartalada como si de su triunfo dependiera su libertad. El alivio al ver a su familia en un carro en sentido contrario fue su impulso final. Con un último esfuerzo y con su costilla rota, cruzó la línea de meta.

Los gritos de alegría llenaron el aire, pero para Nairo, la verdadera victoria no radicaba solo en el dinero ganado o en la gloria efímera. Era el conocimiento profundo de que había encontrado su camino, su propósito. La bicicleta le había otorgado el valor para enfrentar desafíos y la capacidad de superarlos. Los doscientos ochenta mil pesos que había prestado Belarmino –el padrino– cuando se los regresaron, no los quiso recibir. Con ese regalo, más el dinero de la apuesta, Nairo pagó su bicicleta, pero no tenía casco ni

zapatillas. Con los veinte mil pesos que quedaron, hicieron un fondo entre varios para comprarle un casco que costó ochenta y seis mil pesos, y con eso, empezó a correr el gran Nairo: con una bicicleta ganada en una apuesta y un casco resultado de un fondo común.

Para el Pistolitas, este fue el día que le cambió la vida. No solo le declaraba la guerra a Nairo. Estaba seguro de que le robaría esa vida que Nairo tanto anhelaba y por la que estaba luchando desde que tenía 13 años.

Mi hijo quedó como picado con esa pérdida y, desde ese día, se puso a entrenar al lado de Nairo. Pero un día que estaba corriendo había un retén militar y, como no tenía la libreta militar, se lo llevaron para el ejército. Y ahí fue donde Nairo pegó el vuelo: se fue pa' Sogamoso y Duitama. Con la plata que yo le di, compró una bicicleta buena, se dio a conocer y ahí fue donde se paró el hombre. Nairo se fue directo a la fama y yo me fui a recoger tomate en un pueblito de Neiva.

Desde el principio, cuando vimos a Nairo correr, dije: Ese "chino" tiene pinta de ciclista, es un verraco pa' la bicicleta, tenía pura pinta de indio. Luego, después de los años en El Espectador salió la historia de Juan Pistolas, el que apoyó a Nairo con doscientos ochenta mil pesos. Me da alegría saber que tal vez, sin querer, terminé apoyando a quien es hoy el gran campeón. El día de la apuesta le dije a mi compadre Belarmino: "Compadre, qué pena, una apuesta". Me dijo: "¿Cuál es la apuesta?" Le dije: "la apuesta es que mi hijo quiere correr con Nairo de Arcabuco al Alto del Soto, al primero que llegue le doy doscientos ochenta mil pesos". Dijo: "bueno, hágale a ver" Nairo le ganó y con esa plata compró una bicicleta mejor, andaba en una chanda de bicicleta. Ahí fue donde creció el hombre y está donde está, gracias a Dios.

De regreso a la vida

Después de reclamar el dinero de la apuesta, don Luis llegó a su casa. Los esperaba doña Eloísa con una rica mazamorra, rebotante de habas y de amor por parte de la mamá alegre porque su muchacho había ganado. Al lado de la familia descansaba la bicicleta, la de hierro, la de marco pesado, que ese día acercaría a Nairo al mundo del ciclismo, un mundo que, como todos, tiene un cielo y un infierno.

Con cada carrera callejera que ganaba Nairo de a poco se iba convirtiendo en un joven ciclista prometedor y en un ejemplo de perseverancia y determinación para aquellos que lo rodeaban. La vida para Nairo siempre fue difícil, lo sabía, lo había vivido muchas veces. Cada vez que la vida le daba un triunfo, le quitaba algo o le daba una tristeza. Ya era como un pacto silente con el destino. Nairo estaba aprendiendo a lidiar con esas consecuencias. Lo más importante para él era que la bicicleta le estaba enseñando a nunca rendirse.

Sin embargo, la vida a veces puede ser implacable y, en uno de esos momentos inesperados, una enfermedad cruel se cruzó en su camino.

Pero Nairo no se dejaría vencer por la adversidad, pues la fuerza que había encontrado en su bicicleta lo sostenía ahora en su batalla más importante. En los días más oscuros, Nairo recordaba las carreras que había ganado, las risas de los amigos, el rostro de Paola, la niña que, tal como lo había esperado, le había ganado la batalla a Otilia. Nairo había aprendido a verla, la reconocía entre una multitud, Paola, simplemente lo volvía loco, pero el mundo no se detenía por ese amor. Nairo también estaba pendiente del agradecimiento que les tenía a sus hermanos y el apoyo incondicional de su familia. En esos momentos la bicicleta seguía siendo su refugio, su escape, inconcluso el tiempo que no pudo montarla físicamente porque el cuerpo no lo dejaba. Pero así el cuerpo no lo dejara, su espíritu seguía pedaleando hacia adelante.

Su mayor preocupación era no poder ayudar a la familia. Como él mismo dice: “Qué hijuemadre, eso no era un tema que la familia aguantara hambre, simplemente que, si no estaban en la búsqueda constante del dinero, algún día esa pobreza los iría a alcanzar, por eso tocaba levantar la cabeza, mirar al frente y sacar fuerzas de donde no las tenía para seguir hacia adelante. No teníamos otra alternativa”.

De las múltiples tareas que tenían, ninguna podía parar. No podía dejar la venta de verduras y de fruta, ni la de miel de caña, ni mucho menos la de gasolina, una actividad reciente que había crecido con el contrabando. De la capital del Norte de Santander venían tractomulas que supuestamente traían chatarra, pero dentro de la chatarra, venían escondidas las canecas con gasolina de contrabando. A Alfredo y a Nairo les pagaban por bajar la chatarra mientras otros bajaban las canecas para luego venderlas. Y de nuevo, una vez las canecas estaban escondidas, Alfredo y Nairo cargaban las tractomulas con la chatarra y seguían su camino. Un recuerdo que hoy viene como una gran aventura, pero visto con los ojos del humanismo, era un riesgo que no debe correr un niño. Pero la realidad es que para un niño es la forma de llevar comida para la casa, no lo ve de otra manera, como tampoco lo veía cuando en un expendio de gasolina, donde trabajaba en

el turno de la noche, cada vez que abastecían de gasolina un carro, Nairo caminaba sobre la manguera para sacar el poco residuo que quedaba entre el surtidor y la pistola pico. Haciendo mucho esfuerzo, lograba sacarlo en un galón y luego venderlo, siempre con el mismo fin, ayudar a la casa.

El dinero recolectado ayudaba al sostenimiento que, como integrante de la familia, sentía era su compromiso. Los Quintana, por influencia directa de don Luis, siempre han sido y son una familia luchadora orientada hacia la prestación del servicio. Para esa época, era la única casa de la región que tenía una alarma conectada a todas las casas circunvecinas, para avisar de cualquier movimiento sospechoso. Hubo una época, y aún lo hay, en la que el robo de ganado que, generalmente se comete a altas horas de la noche, aumentó y para nada los Quintana y sus vecinos estaban dispuestos a dejarse robar lo que con tanto esfuerzo levantaban. A pesar de esa vocación de servicio, no todo era color de rosa.

Nairo, a los catorce años, fue diagnosticado con una extraña y devastadora enfermedad que puso en peligro su vida y cambió el rumbo de su joven existencia. Los médicos quedaron perplejos ante los síntomas poco comunes que presentaba, lo que dificultó el diagnóstico y aumentó la incertidumbre sobre su recuperación. La enfermedad afectó gravemente el sistema inmunológico de Nairo, debilitándolo y dejándolo vulnerable a diversas infecciones. Durante meses, enfrentó un dolor insoportable y una fatiga extrema que lo dejaba exhausto con los esfuerzos más mínimos. Caminar era ya de por sí un calvario. La sombra de la incertidumbre se cernía sobre él y su familia, quienes se aferraban a la esperanza de que algún día encontrarían una solución. Los momentos difíciles se multiplicaron, Nairo pasó largas temporadas postrado en su cama, sometido a curanderos, sobanderos, médicos y homeópatas que le hacían tratamientos que no daban resultados. Las complicaciones económicas en su casa y su salud se convirtieron en un camino empinado y rocoso, lleno de altibajos emocionales para Nairo y sus seres queridos.

En medio de la tormenta, el joven Nairo mostró una fortaleza asombrosa y una valentía que asombró a todos. Su pasión por la bicicleta y por la vida misma se convirtieron en su ancla en los momentos más difíciles. Aunque en ocasiones estuvo cerca de rendirse, el día que se enteró de que Paola, el amor de su vida, se iba a ir a otro pueblo, se levantó de la cama. La niña era una chiquilla como él, pero su corazón por Nairo le latía. Y al verlo de pie frente a su puerta, supo que el sentimiento era recíproco. Ese día, la pequeña quiso ir a conversar con sus padres para decirles que ella no se iba a ir al otro pueblo dejando a su amigo Nairo postrado en una cama. Pero justo ese día su papá, sin necesidad de que ella tuviera que enfrentarlo, había deshecho los planes de la mudanza. Esto atormentó a Otilia, que veía cómo estaba perdiendo a Nairo y no pensaba quedarse cruzada de brazos. Lástima que, como dice el dicho, “Si quieres que Dios se ría de ti, cuéntale tus planes”. En ese entonces, Nairo no sabía lo que el destino le tendría preparado en cuestiones del amor.

La fuerza de voluntad de Nairo fue clave en su recuperación. Con el apoyo de sus hermanos, se sometió a una rigurosa rehabilitación. Para fortalecer su cuerpo debilitado, usaba todos los elementos propios del campo. Se ingenió su propio gimnasio que construyó en el solar de la casa con madera y cemento. Y aunque los días oscuros y los desafíos parecían interminables, nunca dejó que la adversidad apagara su espíritu. Con el tiempo, el esfuerzo de todos valió la pena. Poco a poco, Nairo empezó a ver mejoras en su salud y recuperó parte de su vitalidad perdida. Cada pequeño avance se convertía en una victoria y la esperanza volvía a florecer.

Aunque Nairo se recuperó, la enfermedad le dejó un aprendizaje: Las enfermedades se presentan en los momentos más difíciles, Llegan justo a tiempo de demostrar que la salud solo se extraña cuando se pierde. Y una enfermedad saca lo que realmente la gente tiene adentro. Valor o miedo. En él sacó el valor. Ese mismo que se apoderaba de él cuando corría en bicicleta a 80 km por hora detrás de un camión. El mismo valor que sacó cuando corrió contra Pistolita. El mismo valor de un campeón.

Finalmente, luego de una ardua batalla para contrarrestar la enfermedad, así como llegó, desapareció. Nairo se recuperó por completo y el prospecto de ciclista que estuvo al borde de perderlo todo, había vuelto a la vida, más fuerte y decidido que nunca.



La panadería

La apuesta con Pistolitas, el resto de retadores y la enfermedad que lo postró en la cama, despertarían en Nairo el león que había dormitado en su interior por catorce años. Haberle ganado una batalla a la muerte, y de haber ganado algunas apuestas y con tanta diferencia de tiempo, era señal inequívoca de que, en las piernas que sostenían al “negro”, había algo más que masa muscular y tendones. Había unas ilusiones inmensas de conquistar el mundo y, para lograrlo, sus deseos debían ser concretados. Afortunadamente, contaba con algo a favor: la afición que sentía don Luis por el ciclismo.

Alfredo, por su parte, en esa época no le veía futuro al ciclismo; no le parecía que fuera una profesión y menos pensaba que su hermano y su familia fueran a vivir de eso. Para él, era más importante y traía mejores dividendos hacer y vender el pan que montar en bicicleta. Sin embargo, a pesar de no creer en el futuro del ciclista, aportó económicamente para que le compraran a su hermano la bicicleta.

A Alfredo siempre le gustaron las fuerzas militares, en particular el ejército nacional; un gusto que para nada compartía don Luis. Cuando tomó la decisión de enlistarse, tenía diecisiete años. En esa época le llamaba la atención ver soldados en camuflado, con armamento, en orden y disciplinados. La despedida con sus hermanos fue dura, siempre han sido unidos y el norte, el ejemplo de la casa, se iba a luchar ahora por una patria que existía en su cabeza.

A los tres meses de haber entrado al ejército, se dio cuenta de que, para llegar a ser como los que él admiraba –soldados bien embolados y con novias–, tenía que aceptar que debía tener formación militar: fuerte y dura. Cuando cumplió ocho meses en la institución, lo enviaron al sur del país, la zona roja donde cada día arriesgaba la vida: al Caguán. Quería hacer un curso de guía canino, pasó solicitud y coincidió que la Escuela que le asignaron estaba en Chiquinquirá, cerca de Arcabuco.

El entrenamiento especial para perros que detectan explosivos comenzaba por un acoplamiento entre el amo y animal, base fundamental para el juego. Los perros aprenden jugando y, luego de que ya están bien adiestrados, se les enseña lo que se necesita. Empiezan por sentarlos, que se echen, que se arrastren y se les familiariza con el explosivo o con lo que se quiera que busque. Cada perro tiene capacidad de aprender 350 órdenes.

Para que un perro detecte explosivos, con unas toallas se hace un conito y empieza uno a jugar con ellos. El perro se acostumbra a buscar ese cono, después se le mete al cono un explosivo, o marihuana, lo que quiera buscar y sigue jugando. Después se le esconde el explosivo y se le hace un lanzamiento falso del cono. El perro empieza a buscarlo, empieza a detectar lo que está buscando y empieza a escarbar. El siguiente paso es enseñarlo a que no escarbe: si lo encontró, se debe sentar; si está buscando, por ejemplo, minas quiebrapatatas, es complicado porque si escarba, muere uno y el perro.

Chiquinquirá es cerca a Arcabuco, ida y vuelta son doscientos kilómetros. Doscientos kilómetros que recorría Nairo, en bicicleta, cada ocho días, llevándole pan, para que su hermano lo vendiera a los compañeros. Para Alfredo, como para la mayoría de los conocidos y amigos, era raro que Nairo hiciera tanta distancia, pero por ver, ayudar y apoyar a su hermano, lo hacía con disciplina. Nairo se acostumbró cada ocho días a hacer ese recorrido y para Alfredo era bonito esperarlo; aparte de pan, llevaba cosas de aseo y comida. Para ir a visitar a su hermano debía ir a Barbosa, Santander y pasar varios pueblos hasta llegar a Chiquinquirá, al batallón Sucre. Allí compartía con Alfredo y luego de ahí salía de regreso a Tunja y de Tunja a la casa en el Alto del Soto.

Después de que Nairo le llevaba el pan, Alfredo lo vendía a sus compañeros, y a los que le compraban, les contaba la hazaña de su hermano para llevarles el pan. A algunos les causaba admiración, como a otros les causaba risa y burla cuando lo veían llegar los sábados con los empaques de pan a su espalda. Lo veían negro, flaco, y como sin ganas. Le decían a Alfredo que su hermano no ganaba ni una vuelta en burro.

Ya con el tiempo cumplido quiso ser soldado profesional, para eso debía presentar exámenes que pasó siendo designado para la base de Tolomai, Cundinamarca, donde hizo el curso obligatorio y después lo asignarían a una unidad. Aunque varios mayoristas de frutas le ofrecieron a Alfredo pagarle la libreta militar, él no quiso hacerlo, su sueño era ser un militar, lo veía como una carrera y una profesión. Con esos mayoristas de frutas trabajó Alfredo cuando discutía con su papá. Con ellos se empleaba pensando que, si no se iba al ejército, sería un gran comerciante de verduras. Don Luis era muy rígido y, aunque no quería que se fueran para el ejército, en la casa imponía un régimen militar: daba las órdenes y había que obedecer sin chistar nada y eso a Alfredo a veces no le parecía.



El viacrucis del ciclista

En la región continuamente los clubes de ciclismo organizaban carreras categorizadas, a las que se podían inscribir todos los ciclistas que quisieran competir. En una de esas carreras, don Luis inscribió a Nairo para ratificar que haber ganado algunas carreras en el pueblo no había sido una casualidad. El trazado de la competencia era plano y en la categoría de Nairo –quince años– competían jóvenes que venían montando bicicleta desde los tres.

José Sarmiento, otro ciclista de la región, se había conocido con Nairo en el colegio. Don Luis le compraba las hortalizas al papá de José, agricultor de la zona. Nairo entraba a sexto y José a octavo. Entre los dos surgió una bonita amistad; además, sus respectivos padres eran dos comerciantes de la zona. Unos días Nairo invitaba a José a que probara unas ricas y deliciosas frutas en el puesto de su papá y José, en agradecimiento, lo invitaba a que comiera trucha, de la que vendía su familia, en una de las esquinas de Arcabuco. José era para Nairo lo más cercano a un mejor amigo. En la época de la escuela, no era que Nairo pudiera elegir. Al contrario, él era el elegido de burlas y el único que no les seguía el juego a los demás compañeros era José. Nairo lo respetaba y viceversa. La amistad entre los dos muchachos comenzó a crecer, y aunque tuvieron una pelea de marca mayor, la amistad prevaleció y hoy día siguen siendo amigos.

Los martes, José se levantaba a las cuatro de la mañana y después de arreglar la trucha, en una esquina de Arcabuco, sobre una mesa, la vendía. Era trucha cruda, fresquita. Después de que acababa la venta, como Nairo, iba a estudiar al Colegio Técnico Alejandro de Humboldt. El colegio tenía cuatro sextos, tres séptimos, tres octavos, dos novenos, dos décimos y un undécimo, y era dirigido por Miguel Moya y su mano derecha, Toñita.

Moya era estricto, centrado, al que todos los alumnos respetaban. El Humboldt era un colegio ordenado, con los elementos necesarios para que sus alumnos salieran bachilleres y técnicos, bien cuidado y con un buen trato hacia sus estudiantes.

Aunque la mayoría de la planta de profesores era buena gente, había excepciones. Un profesor que tuvo el colegio regañaba a los alumnos y en varias oportunidades les daba quejas a los padres de los alumnos, aconsejándolos de que no los dejaran que se volviera vagos. Les metía miedo diciéndoles que era imposible que sus hijos fueran a ser alguien en la vida dando vueltas al parque en bicicleta. Era un comienzo duro, ningún profesor apoyaba el ciclismo, o mejor, ningún profesor creía que el ciclismo fuera una profesión y mucho menos el camino para salir adelante. En el colegio, Nairo y José debían sortear otra situación difícil: como había estudiantes del pueblo y ellos dos venían del campo, se vieron obligados a defenderse, los del pueblo veían al del campo por encima del hombro y muchas veces con palabras desobligantes e insultos también los maltrataban físicamente. José nunca entendió de dónde venían esos niños con esa educación y por qué esa discriminación y, como no había respuesta, la única salida eran los puños. Los puños de los rivales y los rasguños dolían, pero más dolía que, por ser un par de muchachos de vereda, no tenían “éxito” con las niñas. “

Nos decían que éramos ‘cuscas’; llamaban así a la gente de campo... uno las miraba (a las niñas), pero no nada, eso era todo para los del pueblo”, recuerda Nairo.

José, al igual que Nairo, fue de poco éxito con las niñas. Además de ser medio de transporte, la bicicleta le permitía a José tener independencia, algo que, cuando se es adolescente, representaba un triunfo. Nunca contó en su casa su atracción. A su papá no le gustaba. Muchas veces lo reprendió por andar de un lado para otro en la bicicleta a escondidas. En alguna oportunidad su hermano compró una bicicleta de las que llevan batería en la llanta para generar corriente, y en esa José salía a escondidas para ver si así tenía éxito con alguna niña, pero fueron más las decepciones que las alegrías. Si su papá se daba cuenta, no había quién lo contuviera. Hasta que Jaime Poveda, un concejal de la región, intentó convencerlo de que le diera la oportunidad a José. Su papá duró una semana pensándolo. Un sábado, le ordenó que se levantara temprano porque debían ir a Tunja. Estando en la capital, fueron a una bicicletería y allí le compraron a José su primera bicicleta. Se la compraron entre sus cuatro hermanos mayores y su papá.

Era una bicicleta usada. Yo trabajaba en la tienda y con esa bicicleta empecé a participar en carreras. Cuando empecé a defenderme, ahorré y compré una más poderosa, a mí me gustaba competir. En la casa no les decía nada de mis triunfos. Mi papá aún no estaba convencido de que fuera una buena idea.

José empezó en el ciclismo en el colegio. Hubo unos juegos intercolegiados en los que los alumnos podían participar en deportes como fútbol, tenis, voleibol y ciclismo. Escogió lo que más le gustaba y quedó tercero. José recuerda que en esas competencias Nairo no tenía bicicleta. Aún no montaba. Después de que Nairo vio competir a José, le confesó que quería montar y José, muy presto, le aconsejó se consiguiera una bicicleta. De ahí en adelante, la historia los acabó de unir porque ambos salían a las carreteras cercanas a entrenar. A diferencia de Nairo, que inició su carrera corriendo clásicas, José entró a un club de ciclismo para correr cada ocho días en diferentes competencias. Nairo pasó directo de las clásicas a La Vuelta al Futuro.

A José le da risa al recordar la vez que en Tunja vio competir a Nairo. Lo vio utilizando una pantaloneta y camiseta de fútbol, con tenis y sin calapiés. Un día se compadeció y le dijo que le tenía un regalo: “

Yo tenía una pantaloneta sin tirantes y le dije a Nairo que se la regalaba para que iniciara a competir a ver qué tal le iba”.

Después de que José le dio a Nairo su primer uniforme, Nairo empezó a ahorrar y le compró los pedales con calapiés que le había regalado la Alcaldía. Nairo ganó una de sus primeras carreras en prejuvenil. Los dos recuerdan y tienen un profundo agradecimiento por Raúl Malagón a quien cariñosamente llaman “el gocho”. Fuera de animarlos, Malagón les suministraba mangueras, corazas y, cuando no tenían dinero para las carreras, les prestaba. Así lo recuerda Nairo:

Raúl Malagón tenía panales de abejas y había adaptado una bicicleta estilo burro: cajón adelante y cajón atrás. Bajando por La Palma, Santander, tuvo un accidente y, como no llevaba casco, se pegó en la cabeza y falleció. Murió en su propia bicicleta, haciendo su trabajo... nos regalaba miel y polen. Lástima porque él sí fue una persona muy servicial con nosotros y nos colaboró bastante.

Después de recorrer más de veinte mil kilómetros por año, ganar etapas, obtener triunfos, sufrir, reír, llorar, un ciclista como José Sarmiento también termina recordando las personas que lo apoyaron en el momento que más lo necesitó. La carrera de un deportista, muchas veces depende del primer apoyo y, si no se tiene, puede cambiar drásticamente la vida de ese potencial deportista. Muchos se han perdido siendo muy buenos para el deporte.

Cuando quería iniciar, veía bastantes ciclistas profesionales. En Boyacá había un equipo famoso, Lotería de Boyacá, patrocinado por la Gobernación y la Lotería. Al verlos con sus uniformes, soñaba ir a

rueda de ellos y un día le propuse a Nairo que los siguiéramos. Pues sí señor que Nairo les aguantó y qué rabia la que les dio a esos manes al verlo tan joven y en una bicicleta tan pesada. Ellos ya eran unos profesionales y con unas bicicletas que valían una fortuna.

Después de que dieron la partida, Nairo intentó meterse en un lote de punta, sentía que podía dar más y ese exceso de confianza lo traicionó; metió el *calapié* en un hueco y el suelo lo recibió con los brazos abiertos. Se levantó como pudo a perseguir el grupo, la ventaja era amplia y por poco llega último. José se acercó y entre dientes le hizo una advertencia: “Si se la va a pasar en el piso, me devuelve la pantaloneta que le presté”.

Quizá para José fue un chiste, pero en el calor de la competencia, Nairo se calentó y lo enfrentó. Fue la primera y única pelea que hubo entre los dos grandes amigos. Que, si bien es cierto que los dos venían del campo, también era cierto que los dos eran buenos para los puños. Así que una vez que terminó la carrera, se enfrentaron. Unos cuantos golpes de lado y lado bastaron para que los separaran y después de que pasó el coraje, los dos entendieron que no tenía sentido pelearse. Habían nacido para ser amigos por siempre. Hasta hoy, su amistad es a toda prueba.

Analizando lo sucedido en esa competencia, la familia llegó a una conclusión: si Nairo quería ser ciclista, debía comenzar por el principio. Su padre lo inscribió a regañadientes en un club de ciclismo. La molestia de don Luis con el club era muy clara: además de pagar matrícula, no le parecía justo que debieran comprar el uniforme. Sin embargo, viendo la cara de Nairo, pagó y el “negro” comenzaría a entrenar con un entrenador que, además de tener taller de bicicletas, tenía un hijo ciclista de la misma edad de Nairo. El mundo de Nairo comenzaba a tomar forma. El hijo del dueño del taller no sería el único a quien Nairo tendría que enfrentarse. También estaba el Pistolitas, que sentía su orgullo manchado. El Pistolitas que en el fondo no quería ser como Nairo. Lo que realmente soñaba era ser Nairo.

El entrenador desde el comienzo fue descortés y desinteresado en que un “negrito” de campo progresara; su trato fue displicente. Al ver esa anomalía, Nairo siguió en el club, pero no llevaba su bicicleta al taller del entrenador, sino que prefería arreglarla él mismo o algunas veces se la llevaba al taller de Raúl Malagón, quien lograba que el ciclista le tuviera cariño a la bicicleta y al deporte. Después del colegio, los chicos salían para el taller. Malagón había instalado rodillos para calentar y se los prestaba a los ciclistas sin cobrar. Solo les preguntaba: ¿usted cuánto lleva calentando? El que completara diez minutos, salía a correr en crono ida y vuelta a un punto intermedio entre Arcabuco y el Alto del Sote que, sumado, daba dieciséis kilómetros.

Ese juego que planteaba Malagón les servía diez veces más a los ciclistas neófitos, que los entrenos en el club de ciclismo. Con más confianza, Nairo ahorró y se inscribió para competir en otra carrera dominical. Su padre, esta vez sí emocionado, le compró corazas nuevas porque las que tenía eran perfil 18, desgastadas. El club de ciclismo le dio camiseta, todos los que competían por el club, debían estar uniformados, y la promesa para los que participaban era, si pinchaban, que les cambiaban las ruedas, aparte de la hidratación.

Llegó el domingo. Doña Eloísa primero se encargó de las gallinas, luego de hacer un desayuno bien “trancado” y el aguapanela para que su hijo tuviera fuerzas. Después de recibir su bendición, Nairo se montó en el Dodge Dart junto a sus hermanos. Don Luis, mientras manejaba llevando a sus hijos rumbo a Arcabuco, los miraba por el retrovisor y, sin que se percataran, resoplaba henchido de orgullo al ver cómo los había formado de bien.

La camiseta blanca del club contrastaba con el negro de la piel de Nairo. Todos los ciclistas del club estaban uniformados con súper bicicletas. Nairo era el único con bicicleta de hierro y calapiés, pero eso para él no era problema. Las ganas todo lo pueden. Se sentía la tensión de los ochenta participantes, ansiosos de que sonara el pitazo indicando la salida. Empezó el conteo regresivo y la partida se dio. El trazado era un circuito por Arcabuco.

Nairo dio tres vueltas con el grueso del lote, en cada vuelta su papá y sus hermanos le gritaban, pero él, ni los escuchaba pendiente de no caerse o pincharse. Y se pinchó. Rápido se acordó de la promesa del club, así que se les acercó para que le cambiaran la rueda y la respuesta que recibió fue que las ruedas eran para Antonio, el hijo del entrenador, el que determinaron que iba a ser el ganador.

Una dura experiencia para un joven de quince años cuya intención era competir limpiamente. En esa competencia, Nairo se tuvo que retirar con la mirada clavada en el piso. Don Luis luego se agarraría con los del club de ciclismo, no era justo que tuvieran trato preferencial e hicieran negocio con los jóvenes que buscaban la carta de la Federación de Ciclismo del Departamento de Boyacá, obligándolos a comprar un uniforme con patrocinios de los que el ciclista no recibía ningún beneficio.

A pesar de regresar con la cabeza abajo, Nairo, de la experiencia negativa, tomó lo positivo. Así que afianzó su decisión de salir a entrenar con Pocholo y José. Ellos participaban en carreras para juveniles. Tenían experiencia y, lo más importante, disciplina.



-10-

A Tope

Don Luis al ver el juicio con el que se levantaba a entrenar, le compró unos pedales de incrustar. El alcalde de Cómbita lo apoyó con una bicicleta nueva. De cambios para arriba y hacia abajo, bien pesada; aun así, era mejor que la que tenía. Con el tiempo, Nairo le puso un marco más liviano, era una JD azul, con tenedor cromado, que él mismo alistaba, mantenía y cuidaba. Malagón le había enseñado en el taller a meterles más peso a las llantas con esferas de plomo, una ganancia extra para esas piernas que lo llevarían por las grandes montañas del mundo, ganando aplausos y reconocimientos.

Entrenando, cumpliría dieciséis años. Su categoría era juvenil. Pero aún sentía que no había hecho nada importante para merecer el nombre de ciclista. Empezó a dudar si seguía con algo que no le daba frutos o se dedicaba a terminar el bachillerato técnico para trabajar en una empresa. Con la duda viva, apareció nuevamente su amigo José, que venía a saludarlo y a dejarle un dato que cambiaría por siempre su vida. El dato era una orden imperativa de inscribirse a la Clásica Salesiana, una de la más importantes a nivel juvenil departamental. El problema ya no era la duda, sino el dinero para pagar la inscripción.

Con las ganas de competir que cargaba Nairo, en varias oportunidades había hecho el intento de convencer a los organizadores de las competencias para que le dejaran pagar la inscripción después de competir. La idea era ganarse el premio y, con ese mismo, pagar la inscripción. Esa táctica le funcionó la mayoría de las veces, pero algunas otras no.

Como tenía incipiente fama en la región, algunos clubes lo buscaron para que compitiera en la Clásica Salesiana. Nairo hizo cuentas y, si corría para un club, no le garantizaban que fuera a ganar y, si ganaba, el premio debía repartirse entre todos los del equipo. Como en su casa el dinero escaseaba, lo conveniente era correr solo. Y así lo decidió. Una rifa que se inventó en la vereda fue el pasaporte para la carrera.

Como siempre, antes de salir a una competencia, rezaba las oraciones que doña Eloísa le había enseñado, y que, ese día, fueron interrumpidas por José, para decirle que había un cupo para ir a correr la Vuelta al Táchira, en Venezuela y, si ganaba esa clásica, sería elegido. Nairo no alcanzó a dilucidar si era buena o mala noticia. Se puso nervioso. Ir a correr a Venezuela, además del dinero que ganaría, sería empezar a hacerse a un nombre dentro del mundo de las bielas. Estando en medio de esa confusión, dieron la partida, primero al grupo élite, luego al Sub-23 y, por último, los juveniles.

Lo claro fue que la noticia de José le dio una fuerza inusitada para arrancar a tope, escuchaba que sus compañeros decían, “déjelo, déjelo, que más adelante lo alcanzamos”. Más adelante, Nairo alcanzó a los Sub-23. El juez, en una moto, se acercó para decirle que él no era de ese grupo; o se quedaba o los adelantaba, pero con ese grupo no podía quedarse. Lo pensó por un segundo y su respuesta fue dar otro arrancón como el de la salida y pasó a los Sub-23. Cuando alcanzó al grupo élite, se repitió la misma historia, pero esta vez le dijo al juez, “dígalos que vayan más rápido, no puedo ir más despacio”. El juez, amenazante, le contestó, “o los pasa, o lo suspendo, pero con este grupo tampoco se puede quedar”. De nuevo tomó la fuerza que siempre lo ha llevado a la cima, respiró profundo, y pasó al grupo élite,

ganando todo lo que había por delante: *sprints*, metas volantes, premios de montaña y la carrera en todas las categorías.

Después de ganar esa carrera, lo convocaron del equipo juvenil Chocolate Sol. En ese entonces, como sería su costumbre de ahí en adelante, no era muy querido por sus compañeros. Cuando tú entrenas más que los demás, cuando te sacrificas más, cuando estás dispuesto a darlo todo, a luchar, a perseverar y a enfrentarte más a la adversidad lo más lógico es que tus compañeros te rechacen. Y eso era lo que pasaba con Nairo. Otros, por el simple hecho de causar molestia, lo acusaban de ir siempre a rueda. Sin embargo, Venezuela sería su primer destino internacional y primera experiencia corriendo en equipo.

Lo que supondría una bendición, resultó lo contrario. No era fácil ir a una competencia cuando en la casa escaseaba el dinero y sobraba el trabajo, así Dayer estuviera reemplazándolo. Los entrenos debía hacerlos solo. Los horarios con el equipo no cuadraban. Nairo se tenía que levantar a la una de la mañana para empezar a hornear el pan, terminaba a las seis y corra para el colegio. Salía del colegio y corra al puesto de frutas y, cuando vendía las frutas, corra a entrenar a eso de las seis de la tarde y, al terminar, corra para donde su mamá porque tenía que ayudar en su casa.

Con los pocos recursos que tenía, Nairo viajó a Venezuela, la mitad en bus y la mitad en bicicleta. Afortunadamente, allá tenía un tío que le colaboró. Comenzó la Vuelta al Táchira. Los dos equipos colombianos se fueron eliminando entre sí, Nairo estaba a un segundo del líder, quedaba la última etapa, la tenía que hacer como luchan los gladiadores: a vida o muerte. El equipo, con el que supuestamente corría, contrató ciclistas venezolanos para que ese día hicieran la persecución. Nairo era el virtual ganador de la Vuelta. Llegando a la meta, lo alcanzaron y el ganador fue un venezolano, alegría para sus compañeros del equipo Chocolate Sol; preferían que fuera así, a que ganara Nairo, que perdió ese año la Vuelta al Táchira por un segundo de diferencia.

Nairo sintió ira. Una emoción que, con el tiempo, aprendió a vaciarla en la carretera. Después en la comida de cierre de la carrera, conoció a los Ulloa, una familia que siempre ha apoyado nuevas figuras del ciclismo. Ese día le prometieron que a fin de año le darían una buena noticia. Nairo regresó a su casa como se fue: en bus y en bicicleta. En su casa lo esperaban varias bandejas, una masa y un horno en el que debía preparar el pan.

Haber participado en la Vuelta al Táchira le dio a Nairo otra perspectiva del ciclismo como profesión. Se dio cuenta de que podía ganar dinero si se preparaba a conciencia, y así lo hizo: comenzó a participar en los chequeos que hacía la entidad de deportes encargada en el departamento de Boyacá. Ganar varios chequeos le dio la oportunidad de que lo llamaran a correr la Vuelta al Futuro, que en Colombia es donde se descubren las nuevas estrellas.

La Vuelta al Futuro es para ciclistas de categoría juvenil (17 a 18 años). Varios ciclistas que la han corrido, han sido grandes figuras del ciclismo mundial, como Rigoberto Urán y Sergio Luis Henao.

Un camino nada fácil. Nairo recuerda que, para esa época, el 2006, había tres personajes que participaban en los chequeos en Boyacá; los personajes estaban económicamente mucho mejor que muchos de ellos. Bajo la complicidad de algunos directivos, tener respaldo económico les daba potestad para ser seguros participantes. Los tres cupos restantes los debían pelear de entre tantos jóvenes que ansiaban un cupo en la Vuelta al Futuro.

Nairo conocía a uno de los tres personajes, hijo de un ciclista, con quien había competido en pista, algo que Nairo no manejaba, pues nunca tenía tiempo para ir a entrenar en un velódromo.

Uno de los tres cupos restantes para representar al departamento de Boyacá, lo ganó Nairo. El equipo lo conformaban seis ciclistas, los tres personajes que tenían buen respaldo económico, Nairo, y otros dos como él. La diferen-

cia entre los dos grupos de tres se vio cuando llegaron a Neiva, Huila, donde partía la competencia. A los tres, sin respaldo económico, los mandaron a dormir a un motel, a la salida de la ciudad, vecinos de prostíbulos que trabajaban toda la noche a alto volumen de sonido; mientras los tres que tenían respaldo económico se quedaron en un hotel cinco estrellas del centro de la ciudad, cerca de la meta de salida. Para la comida, lo mismo: los tres como Nairo, comían en las escuelas, mientras los otros tres, con dinero del departamento, comían en buenos restaurantes. Los tres con respaldo llegarían a la ciudad en avión, mientras que Nairo y los otros dos, llegaron en bus.

Y así, sin quejarse, ni decir una sola palabra en su casa, con más hambre de triunfo que de otra cosa, arrancó Nairo la Vuelta al Futuro. El día estaba lluvioso. No llevaban treinta kilómetros de recorrido cuando uno de los tres con respaldo económico se fue a una alcantarilla y se quedó del lote. Nairo con ganas de ganar lo que fuera, se metió en una fuga de siete corredores. Dos boyacenses y cinco de otros departamentos de Colombia. Uno de los dos boyacenses era Nairo y el otro era el hijo del entrenador que lo trataba con displicencia.

Cuando escuché unos gritos: “dame ya la rueda, dame ya la rueda”. Levanté la cabeza lentamente para mirar. ¿Qué me estás diciendo, güevón?, le pregunté al hijo del entrenador. ¡“Que me des ya la rueda”! No le puse cuidado y seguí pedaleando con los escapados, él se quedó hasta que llegó el carro acompañante y lo auxilió. Era la primera etapa y perdió mucho tiempo”.

Terminada la etapa, Nairo estaba feliz. Sentía que había hecho un buen trabajo. En la primera etapa le llevaban más de un minuto de diferencia al resto de corredores. Su sonrisa de satisfacción no duró mucho porque fue abordado por el entrenador y el departamento técnico sobre el que tenía mucha influencia el papá del corredor que había pinchado. Sin fórmula de transición, le fueron diciendo:

*¡Vaya coma mierda! ¿Cómo es posible? ¡El capo del equipo es Antonio!
¿Usted por qué no le dio la puta rueda?! ¡¿Usted quién se cree que es
aquí?! ¡A usted antes lo trajimos con la plata del departamento bobo
hijueputa!*

Nairo quiso refutar, pero el entrenador lo calló:

*¡Usted no tiene derecho a hablar ni mierda! ¡Además, nos contaron que
metió a las putas al hotel, es un ciclista rebelde, maleducado, un gamín!
¡Aquí tiene, cincuenta mil pesos, váyase pa' su casa!*

Y ese fue el día que Nairo, de la humillación, se puso a llorar.

No era justo que lo trataran de esa forma, que lo denigraran como persona y por un momento perdió de vista cuál era su verdadero ser. Esas fueron palabras ofensivas que quedaron en su mente. Fueron palabras humillantes, descalificadoras y reprochables desde todo punto de vista, que lo hicieron sentir poca cosa y que aún hoy a veces retumban en su corazón.

Desde muy joven, Nairo fue un ciclista valiente que creció enfrentando la dura realidad de la pobreza, el racismo y el rechazo por su apariencia. Siendo de piel morena, campesino y considerado feo por algunos, su camino hacia el ciclismo profesional estuvo plagado de humillaciones y obstáculos aparentemente insuperables. Sin embargo, Nairo nunca se rindió. A lo largo de los años, su pasión por la bicicleta y su férrea determinación lo impulsaron a entrenar incansablemente en las montañas de Colombia. A medida que pedaleaba cuesta arriba, también luchaba contra los prejuicios que le decían que no pertenecía al mundo del ciclismo. Pero Nairo sabía que su talento y su espíritu eran más fuertes que cualquier adversidad.

En la medida en la que los kilómetros y las victorias se acumulaban, Nairo sabía que, porque era su propósito, se iba a convertir en un nombre reconocido en el ciclismo mundial. Su apariencia diminuta, pero valiente,

para enfrentar las montañas y su habilidad para desafiar a los mejores ciclistas del mundo lo llevarían a lo más alto del deporte. Su inspiración y su forma digna de soportar tantas humillaciones lo convertirían en un campeón, recordándonos que nuestros sueños son más poderosos que cualquier adversidad que enfrentemos en la vida.

Nairo trató de defenderse, pero sabía que corría el riesgo de poner en peligro su sueño y, aunque le dolió y aunque hoy le sigue doliendo, prefirió no arriesgarse. Muchas veces las provocaciones buscan reacciones; no hacerlo es la mejor respuesta y eso fue lo que hizo.

Sin embargo, ese día Nairo recordó las palabras de doña Eloísa, cuando discutía con don Luis: “Mijo, piense pa’ hablar y no hable pa’ pensar”. Tomó una fuerte bocanada de aire, la retuvo en el estómago lo más que pudo, y luego sí, dejó salir las palabras que debía escuchar el entrenador y el cuerpo técnico:

Si ustedes creen que esa es la manera, yo me voy, pero eso sí, todo Boyacá se va a enterar que con la plata del departamento ustedes se pagan buenos hoteles, buenas comidas, mientras a nosotros nos dan solo basura. También se va a saber que la comida y el agua es solo para ciertos ciclistas; a mí, me ha tocado comprar con qué hidratarme. ¿Y sabe qué?, vaya coman mucha mierda.

El entrenador, horas después, al ver a Nairo puesto en su lugar, trató de conciliar. Lo iban a dejar correr, pero tenía que hacer caso: el capo seguía siendo Antonio. Sin embargo, el maltrato siguió. Contrataron taxis para que acompañaran a cada uno de los ciclistas con llantas de repuesto y para Nairo no hubo nada. En la etapa a cronómetro hubo enterizo para todos menos para Nairo. Su corazón se quemaba de dolor al ver a sus compañeros con toda la indumentaria para una contrarreloj y él nada. A Antonio, líder del equipo, le tenían bicicleta y casco aerodinámico, rueda lenticular, mientras él debía correr con su bicicleta JD azul de tenedor cromado. En su cara, a

cada uno, le entregaban el enterizo, el casco, la hidratación y la comida. A Nairo le decían, “para usted, no alcanzó”.

Y de nuevo los recuerdos de cuando iba a la escuela regresaban a su mente. No dejaba de preguntarse: ¿Por qué ese karma siempre me persigue? ¿Por qué siempre tengo que ser objeto de burlas, de malos tratos? Nairo es un joven que no le hace daño a nadie, a menos que el daño sea haber nacido con alma de campeón. Eso puede ser lo que no le perdonan, los motivos de los acosos, de las persecuciones, de los deseos de verlo fracasar. Solo que Nairo no está dispuesto a complacer a sus enemigos. Él nació para triunfar, está seguro de eso, así como está seguro de que llegará el día en que no pasará más necesidad económica. Y aunque les duela a todos, tendrán que aceptarlo, porque un campeón no se da por vencido.

Aún hoy sigue recordando esos días con dolor. No está de acuerdo con ningún tipo de maltrato. Frustra vidas. Impide el desarrollo de capacidades innatas. En su caso, la vida vivida al lado de su papá le había hecho una coraza que le permitió guardar, hasta ahora, el dolor que sintió esa vez por el maltrato recibido.

De la rabia que sintió, el día de la etapa a cronómetro, le daba más fuerte a los pedales, fuerte y más fuerte; tan fuerte que fue el mejor del equipo. Encontró que la única manera de aguantar el viacrucis que vivía era pedaleando cada día más. Tuvo su recompensa cuando, a finales de ese año, lo contrataron para que corriera en un equipo que patrocinaba “el gato” Cárdenas. Pero esa es otra historia porque ahora lo que importa es Paola.

-11-

Paola

Me acuerdo de mi casa en adobe. La cocina y el patio en tierra. La pieza donde dormíamos las mujeres era en ladrillo con piso de madera; no madera laminada, sino “tablado”. No había baño, la estufa era de carbón. Como a mi papá le gustaba tomar guarapo, en la cocina había una olla enterrada donde se preparaba con miel de la caña. Si era de maíz, lo hacía en unas “zupias”: ollas súper viejas que se van alimentando con agua y miel todos los días. El guarapo de mi papá era conocido en la región por ser súper fuerte. Había otra habitación en adobe donde dormían mis hermanos y una más para mis papás. Cuando nací, hicieron otra habitación, la de ladrillo.

Mi papá quedó huérfano muy joven. De herencia le quedó el lote donde está la casa y, como a diez minutos caminando, una finca para ganado y siembra de cultivos. Perdió algunos terrenos porque sacaba créditos al banco para sembrar y, como no se daban las cosechas, los bancos le remataban la tierra.

El papá de Paola murió de cáncer de próstata. Cuando se lo detectaron, Nairo le decía: “Llévalo a donde el doctor, tú sabes que para tu papá lo que sea y cuánto sea”. Pero Paola pensaba que, si le hacían la biopsia, el cáncer se le iba a regar. Después de que se la hicieron, el señor no comía, no se levantaba hasta que murió un 1 de enero de 2018 a los 78 años.

Era muy activo. Todos los días bajaba hasta la finca a ver su ganado, caminaba, sembraba papa, echaba azadón y nunca se enfermó. Murió en la casa. El 30 de diciembre cumplía años, el 29 le hicieron una misa y le dieron la extrema unción. Paola recuerda, como si esto hubiera pasado ayer, que el 31 de diciembre llegó su hermana de Bogotá. Pasaron esa noche reunidos y, el primero de enero, después de darles la comida a los perros, iban a darle el medicamento. Cuando entraron por la puerta para ayudarlo a sentarse, ya estaba en las últimas, casi muerto. Murió en su habitación.

A los cuatro años y medio, Paola entró a preescolar en la escuelita de la vereda y, ahí mismo se graduó de quinto de primaria. Sus hermanos estudiaron en Tunja y ella estudió en el Colegio Nacionalizado Integral de Cómbita. Desde que tiene uso de razón, sus hermanos nunca estuvieron con ella. Su mamá la tuvo de 43 años, cuando su hermana menor tenía 13. Sus hermanos se fueron a Bogotá y se crio sola con su mamá y su papá.

Como era de los pocos en la vereda, compraban en la tienda de los Quintana y ahí conoció a Nairo. Su mamá viajaba en flota a Bogotá a vender arepas, almojábanas y envueltos. La almojábana la compraba en Arcabuco y, para que se la llevaran a su casa, les decía a los de las busetas colectivas que se las dejaran en la caseta de don Luis Quintana. Los sábados dejaban ahí la caja; si no iba su papá, iba ella por la caja y ahí se veía con Nairo. Eso pasó desde que tenía 8 años. A los 12 años, con más uso de razón, se dio cuenta de que Nairo, –que estaba empezando a montar bicicleta,– comenzó a “echarle los perros”. Ella era tímida. Nunca salía. Se la pasaba en la casa. Nairo le decía: ¡hola! ¿qué más?, ¿qué cuentas? Tratando de ponerle charla. Nairo se ofrecía

a llevarle la caja porque desde la casa de Nairo a su casa hay que caminar diez minutos y su papá era muy estricto. Hasta que una vez Nairo se llenó de valor y entre dientes le dijo: “No es, de pronto, será que usted se cuadra conmigo, o sea, quiero que sea mi novia”. Y se sonrió al recordar su historia de amor con Nairo como si hubiera pasado ayer.

Para cuando tenía 12 años, ya Otilia se había ido del pueblo, pero Paola seguía recordando la batalla silenciosa que mantuvo durante años por llamar la atención de Nairo. A Paola le gustaba mucho el hijo de don Luis, ese muchacho negrito de sonrisa encantadora, que dominaba con gran agilidad la bicicleta. Pero aquí la gran pregunta era: “¿Y si regresa Otilia?”. Nairo siempre decía lo mismo: “Pues que regrese. Si tú te cuadas conmigo, si somos novios, ¿qué importa nadie más?”. Paola se quedaba pensando por un momento y llegaba a la conclusión de que era verdad. Otilia ya era pasado. Pero según palabras del propio Nairo: “Paola es celosa, siempre ha sido celosa. Ella dice que no, pero claro que sí”. Según Paola, Nairo es un exagerado. Ella no es nada celosa. Sin embargo, ante la posibilidad de que regresara Otilia, se quedaba callada y, por más de que Nairo esperaba el ansiado “Sí”, Paola nada que se lo daba. Inconscientemente, cada vez que iba a buscar la caja al negocio de los Quintana, meneaba las caderas de tal forma que enloquecía a Nairo y eso le gustaba. Sin embargo, se seguía tardando para darle el sí. Aunque Nairo ya quería que ella lo aceptara, sabía esperar. Tenía lo que más quería en la vida, su bicicleta. En ella iba de arriba para abajo, de aquí para allá y de allá para acá. Su mundo era casi perfecto. Lo único que le faltaba para sentirse completo era la aceptación de Paola.

Cuando Paola le contó a su mamá que Nairo le había pedido que fuera su novia, a la señora se le vino el mundo encima porque los antecedentes de alcohol y la reputación de mujeriego de don Luis, en la vereda, eran de lo peor. Para ellos, hay cosas que sí se heredan y tarde o temprano, Nairo terminaría siendo como su papá. Paola lo defendía. Le decía a su mamá que, a pesar de ser así, don Luis también era un hombre bueno, y seguro

eso también lo heredaría Nairo. La conversación terminaba con un “no” determinante de la señora. Ella había visto muchas veces a doña Eloísa tener que salirse de su casa, llorando desconsolada ante los desplantes que le hacía don Luis. Se iba por días a casa de una hermana que tenía por allí cerca. Y se quedaba hasta que don Luis se dignaba a ir a buscarla.

Pasados unos días, Paola retomaba el tema: “Mamá, estoy pensando, fíjese que don Luis siempre va a buscar a doña Eloísa. Eso seguro es porque la quiere y no sabe vivir lejos de ella. Si Nairo...”. Y esta vez el “no” de la madre de Paola era más definitivo. “No significa no, Paola. Y no insista, porque usted no va a andar con ese muchacho”.

Y eso para bien o para mal repercutía en las intenciones de Nairo, que seguía esperando una respuesta de Paola, sin saber que la cantaleta de su mamá apenas comenzaba: “A usted cómo se le ocurre hija, no, el papá de ese muchacho, ¡don Luis es un perro!”. Paola también le contó a su hermana Nubia y ahí encontró un poco de aliento. Ella no veía nada de malo en que su hermana se hablara con Nairo.

Y sabiendo que no hay nada más tentador para una adolescente, que lo prohibido, el día menos pensado se presentó en una calle por donde sabía que Nairo pasaría en la bicicleta. Ese día se puso el vestido que usaba para ir a misa los domingos, se peinó y se estrenó una coleta que había comprado con lo poco que podía ahorrar. Su corazón latía a mil por hora. Nairo la reconoció a la distancia y comenzó a frenar. Y cuando estaba ya cerquita de ella, Paola recordó las palabras de su hermana. Ese apoyo la impulsó para que se cuadrara con Nairo, a escondidas, cuando tenía 12 años. Ya le había tocado acompañar a Nairo, como su vecina, en su recuperación, así que ahora estaba dispuesta a formalizar su noviazgo.

Y luego de algunos años de esfuerzo finalmente le dijo a Nairo: “Bueno, cuadrémonos”.

Y por celular comenzó la relación, pero no por el celular de Paola, por el de su mamá porque era el número al que Nairo la llamaba cuando la señora dejaba el teléfono a la deriva. Paola recuerda que en su casa su mamá tenía un plan móvil que se llamaba “el elegido”; era un plan ilimitado, pero solo de cinco minutos, entonces cada cinco minutos, para que no les cobraran más de la cuenta, colgaban. Entre una llamada y otra, a los dos se les hacía eterno el tiempo, pero no en vano. Las cosquillas en el estómago, los acelerados latidos del corazón y el deseo de volverse a escuchar, aunque apenas habían pasado dos segundos entre una llamada y otra, valían la pena. Paola y Nairo ya eran novios y eso era lo más importante.

Paola no le había dado besos a Nairo por dos razones: una porque no sabía besar y la otra porque le daba pena. Así que el aprendizaje llegó con la práctica. Ella no hacía sino pensar cómo sería ese primer beso hasta que llegó. Recuerda perfectamente que fue en la tienda de los Quintana, un día que fue por su cajita de almojábanas cuando llegó Nairo. Fueron seis años de esa larga espera. A los ocho comenzaron a verse, a los doce se volvieron novios y a los catorce el primer beso.

Corría el año 2008 cuando, como dice ella, se cuadraron y en 2009, Nairo entró a correr en el equipo “Boyacá, Raza de Campeones”.

Para Paola, eso no fue lo único importante que pasó en esa fecha. Un día, caminando hacia la casa de los Quintana, Paola volteó por instinto y, al ver a Otilia, casi cae desmayada. Ya no era la niñita de trenzas largas hechas por su mamá. Otilia era una jovencita de 14 años, con su hermosa cabellera, un cuerpo que, aunque no había terminado de desarrollarse, desde ya pintaba que iba a ser hermoso, y lo que más le preocupó a Paola, esta vez Otilia estaba al lado de la casa de Nairo. Las dos se miraron profundamente y Otilia sonrió con una inmensa seguridad que le gritaba a Paola: “Regresé y vine por Nairo”. Afortunadamente estas palabras solo eran producto de la imaginación de Paola. En realidad, de la imaginación y del miedo. Quitó su mirada del rostro de Otilia y se apuró a llegar a casa de Nairo. Ahí estaba él

aceitando su bicicleta y lo cierto es que no estaba ni enterado del regreso de Otilia. Paola sabía que solo era cuestión de tiempo para que lo supiera. El mismo tiempo que ella guardó en secreto el miedo que le daba perderlo y el coraje que sentía de solo imaginarlo saludándola. Entonces entendió que Nairo tenía razón. Paola sí es celosa.

En febrero de ese año, antes de una clásica en Cómbita, Nairo le dijo que lo tenía que ir a ver, y ella “no, no puedo”. Nairo entró en cólera, se puso bravo aduciendo que siempre le sacaba excusas y más excusas. La realidad era que a Paola le daba miedo por su papá. El don se la tenía sentenciada a Paola. “Si yo veo algo raro entre Nairo y tú, te mando a vivir para otro lado. Lejos de nosotros, pero también lejos de él”. Para una jovencita que lo único que tiene en la vida es a su familia y a su novio, esta era una amenaza que le causaba terror. Ella sabía que don Próspero nunca aceptaría su relación, así que hacía hasta lo imposible por ocultarla.

Paola se sentía entre la espada y la pared. Por un lado, no quería que la distancia se interpusiera entre ella y Nairo; por otro lado, no quería pelear con Nairo, porque no lo podía ir a ver en la carrera y, para colmo de males, estaba Otilia, que no tenía ningún impedimento en ir a verlo, aplaudirlo e incluso abrazarlo y besarle si ganaba la carrera. Así que, finalmente, se le ocurrió algo: convenció a los amigos del colegio de que fueran a ver la carrera. Yendo así, en montón, su papá no se daría cuenta de nada, y Nairo sería el más feliz de verla allí cuando llegara a la meta. Los dos recuerdan esa clásica como si hubiera sido ayer: Era sábado y ese día inventó que debía ir al colegio y, por esa razón, pudo verlo. Nairo se quería lucir y lo único que hizo fue terminar en el suelo. Sin embargo, cuando vio a Paola, se levantó y terminó la carrera. Al llegar a la meta, también estaba allí Otilia. Nairo se sorprendió. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Para los dos fue un encuentro importante. Y no porque sintieran algo el uno por el otro. Fue importante porque finalmente cerraban un ciclo.

Y mientras Otilia se alejó en un sentido de la calle, Nairo y Paola se alejaron por el otro. Se fueron a tomar un jugo en una panadería sin imaginar que el papá de Paola estaba adentro. Cuando lo vieron, quedaron petrificados. Paola no había terminado de salir de un susto cuando ya estaba entrando en otro peor. Por su cabeza pasaron todos los momentos en que don Próspero la amenazó con mandarla a vivir a otro lado. Sintió que el mundo se le venía encima, empezó a hiperventilar, le costaba respirar. Era como si hubieran visto la muerte. Por poco y se mueren del susto. De pronto Paola sintió el apretón de mano de Nairo que la haló y lograron esconderse entre el muro y la entrada. El silencio se hizo eterno. Paola miraba a Nairo con amor y él a ella con una inmensa frustración. No se le hacía justo prohibirles que se quisieran y mucho menos se le hacía justo que lo juzgaran por cosas de las que el único responsable era su papá. Sin embargo, allí estaban los dos, frente a frente, con sus rostros muy cerca, sabiendo que ese amor que sentían era para toda la vida, aunque se opusiera el mundo entero. Don Próspero, por gracia divina, pasó derecho y no los vio. El que sí los vio, pero en otro lugar, fue Belmer, el hermano mayor de Paola.

Y aunque los dos trataron de esconderse, era un hecho que los había visto. De nada había servido toda la maroma que tuvieron que hacer para que don Próspero no los viera juntos. De nada había servido tanto susto. Ahora que Belmer los había visto juntos, ninguna explicación era válida. Paola ya se veía con su maleta hecha, yendo a cualquier pueblo remoto de Colombia, por orden de su familia. Pero Nairo trató de darle valor. Él no dejaría que los separaran. Pero Paola reconocía que los motivos de su papá eran muy válidos e indiscutibles. Don Luis no había sido precisamente un esposo ejemplar. Y Nairo volvía a enojarse ante tal injusticia. “Hay cosas que no se heredan”. Ya estaba cansado de siempre tener que repetir lo mismo.

Esta vez Belmer no le dijo nada a don Próspero. Pensó que era algo que podía arreglar una madre con su hija, así que solo alertó a su mamá para que estuviera más pendiente de Paola porque él la había visto en Tunja, cuando se suponía que debía estar en casa de una amiga haciendo unas

tareas. La historia no quedó así, Belmer enfrentó a solas a Paola y le dio su cantaleta: “Que Nairo, que el papá, que si yo creía que Nairo iba a estar siempre conmigo, que cuando fuera un gran ciclista –que seguramente lo iba a ser– me iba a dejar por una modelo”. Fue tanto lo que me dijo que me tocó inventarle que había terminado con Nairo”.

El cuñado Belmer

Terminé quinto de primaria a los diez años y mi papá quería que siguiera estudiando en Cóbbita. Como mis primos estudiaban en Tunja, yo también quería y mi papá me dijo: “váyase a Cóbbita, le compro una bicicleta y usted va y viene todos los días”. Su temor era que me descontrolara, bregaba para ganarse la plata y no estaba dispuesto a mantener vagos. Me repitió hasta el cansancio que iba a perder el año. Molesté tanto que al final me mandó para Tunja y perdí el año. Mis primos me decían “no, hermano, los cuchos se esfuerzan para darle a uno y tirarse el año por vagancia, no es justo”. La cabeza no me ayudaba, era muy vago. Con cargo de conciencia empecé a trabajar en un supermercado; luego en una carpintería y, a los dieciséis, era independiente.

En contexto, esta parece ser la historia que se repite todos los días en la tierra de Nairo. Jóvenes que desde muy pequeños asumen la responsabilidad de los adultos. Ese también fue el caso de Belmer, el hermano de Paola y a la larga cuñado de Nairo. Belmer trabajaba sábados, domingos, festivos y en vacaciones echando azadón, sacando papa para poderse comprar el cuaderno

anillado con las modelos de moda en la portada. En el supermercado, desde las dos de la mañana, se levantaba para ir a la central de abastos. Llegaba con uno de sus primos al local a las siete de la mañana, a descargar, organizaban en los estantes el banano, la yuca, las manzanas, la cebolla y a vender. Su primo, que era mayor y además más astuto, lo dejaba a cargo del puesto mientras él, con la disculpa del “voy a arreglar una cebolla”, se iba a dormir. A las doce salía de trabajar a estudiar, llegaba en la noche, trabajaba otro rato y, cuando por fin iba a descansar, llegaba el primo y le dañaba el descanso: “No quiero ir a la plaza mañana, vaya usted”. Al otro día iba a negociar en la plaza: “Véndame limones...” “no, déjemelo en 4000...”, y así iba cuadrando su utilidad. Cuando estaba en décimo y undécimo, el que tenía maleta de marca Tutto, era un duro, valía catorce mil pesos en aquel entonces. Así que siguió yendo a la plaza a negociar y los ahorros le permitieron comprar una de esas maletas que intercambiaba con las compañeras. Gracias a mi primo que me dio mucho la mano, le agarré amor al trabajo.

Se graduó de bachiller comercial y contabilidad, pensando que estudiaría contaduría. Hoy día, cuando ve en las escuelas rurales que a los pelados les preguntan cuál es su “proyecto de vida”, a Belmer le da risa. Él piensa que muchos quieren salir del campo a buscar en qué emplearse porque, contrario a lo que muchos piensan, las condiciones en el campo son muy duras. Un campesino gana un mínimo, no tiene sueldo fijo y ruega todos los días que la cosecha dé porque, si no da, no puede ni siquiera estudiar. Se graduó con la ilusión de estudiar contabilidad. ¿Y la plata? No la había. Ahí mismo, a buscar donde decía: “Se necesita empleado, traer hoja de vida”. Fue portero en un bar, después de dos noches en las que la cotidianidad eran las peleas, no le gustó y renunció. Trabajó un mes en la “rusa” ¡Ayudante de obra es muy pesado! Un señor donde tenía alquilada una pieza, le dijo que necesitaba un ayudante por un mes. Hoy, con cara de tristeza, todavía recuerda cada día de ese mes. Luego trabajó medio año haciendo hamburguesas, comidas calientes, hasta que un día su padrino le dijo que en un edificio estaban necesitando un celador. “¿Yo celador?”, se decía. Habló con el administrador del conjunto que, en un santiamén le explicó

sus funciones y sus responsabilidades: aquí son tantos apartamentos, usted tiene que estar en la portería, recibir documentos, recibos de servicios, abrir el garaje cada vez que llegue un carro, trabaja 12 horas de lunes a sábado y el domingo 24 para cambiar de turno. “Y ahí se me fueron trece años”.

Cuando estaba dudando si ser celador, se acordaba de la historia de un amigo que iba al supermercado y estudiaba en un colegio militar. El papá, como no quería que fuera al ejército, le dijo: “¿En qué universidad quiere estudiar?”. El papá tenía una tractomula. Su amigo le respondió: “Papá, irme a estudiar cinco años para ser camionero, mejor de una vez lo soy”. Y con esa sentencia resumió mejor que cualquier estadista o matemático la ecuación. El amigo, que sabía manejar camión y había aprendido de una forma empírica, se fue a trabajar con el papá. Cuando llevaba como un año manejando, se estrelló y ahí quedó el camión. “Ahí uno piensa, si hubiera estudiado, ¿qué hubiera pasado?”.

Belmer no fue el mejor para el estudio, de hecho, tuvo que repetir el examen del Icfes dos veces más para ver si lograba el puntaje que le exigía la universidad pública para admitirlo. Ahí se repitieron sus dudas: estudiar o trabajar. Entonces se le ocurrió una gran idea, proponerle a su compañero, que también era celador, que cambiaran turnos “No, no, eso no se puede, mire a ver o si no renuncie”. ¿Cómo voy a renunciar?

Por fortuna ese compañero no duró mucho tiempo porque un día apareció Alejandro, que llegaba a reemplazar al anterior administrador. Alejandro había sido rector de un colegio y tenía una forma distinta de ver y vivir la vida. De hecho, le emocionó la idea de Belmer de abrir un espacio en sus jornadas para estudiar. Cuando Belmer le contó, su respuesta fue inmediata: “Aquí manda el administrador, consiga una persona que le haga los turnos, y busque universidad que sea de noche o fines de semana”. Averiguó en la Nariño a distancia. Los viernes estudiaba de noche y el sábado de día. Pero no había Contabilidad. Había Ingeniería de Sistemas. Pensando que era la de moda, se metió a estudiar esa carrera. La aseadora del edificio le salvó la

vida: “No, tranquilo, yo hago mi aseo medio día y me quedo ahí mientras usted va y estudia”. Hasta que un día le dijeron que las clases de los sábados las trasladarían a otro pueblo un poco más lejano: Duitama. “No, tranquilo, vaya y yo lo espero mientras usted llega de estudiar”. “A esa señora le debo mi carrera”, recuerda Belmer.

Cuando terminó Ingeniería, le sobrevino el miedo más grande que tiene un recién graduado: iba a ser ingeniero y no sabía qué hacer. No conocía a nadie. En el campo la crianza de los muchachos por alguna razón los hace tímidos. A Belmer le pagaban por ser celador; y cuando fuera ingeniero, pensaba, iba a ser diferente, pero en realidad siguió siendo un celador. Así que, pasado un tiempo, se volvió a preguntar lo mismo de siempre: “¿Qué voy a hacer? No me puedo quedar de celador. ¿Para qué estudié? Si había estudiado era para no tener que pasar navidades, año nuevo, semanas santas, trabajando 12 horas”.

Hasta que un día, un señor como caído del cielo, que vivía en el edificio, le preguntó: “¿Ya se graduó? Sí señor, le respondió. El señor trabajaba en Comcel, una empresa de comunicaciones, y allí iban a empezar a vender Internet y modem y, para su fortuna, necesitaban un ingeniero. El contrato era por seis meses y Belmer aceptó. Lo hizo porque sabía que necesitaba salir de ese edificio. A los seis meses se terminó el contrato y duró casi un año desempleado. Sin embargo, no quiso volver a ser celador. Si volvía, seguramente ahí se quedaría. Como ganaba un sueldo y tenía estabilidad, seguro se iba a quedar. Pensaba, “¿de qué me ha servido estudiar?”. Al contrario, los ahorros que tenía, los invirtió en una especialización.

La casa de los padres de Belmer es cerca a la de los Quintana. Como la familia de Nairo tenía tienda, allá compraban el arroz, la pasta, la sal, el pan, y como Belmer en algún momento fue empleado de don Luis, se volvieron buenos amigos. “De vez en cuando voy a tomarme unas cervecitas con él; eso arreglamos medio mundo”. Cuando Nairo cumplió 14 años, Belmer era de los que lo apoyaban, le decía que él tenía mucha madera y disciplina. Cuando podía, de algún modo le colaboraba con dinero para sus pasajes,

para un marco de bicicleta, pero cuando supe lo de su hermana, ahí sí lo sentenció: “No, hermano, pues a mí no me parece”.

Fue Belmer quien un día, saliendo de la universidad de donde hacía su especialización, en el Pozo Donato, un lugar histórico de Tunja, los vio juntos. Esa misma noche abordó a su hermana Paola y la enfrentó: “Bueno, Paola, ¿y ahí qué? ¿No, que nos encontramos de casualidad con Nairo? Belmer le lleva 18 años a Paola; es como si fuera su hija. Su molestia, según su relato, era por varias cosas: una porque Nairo en tanto tiempo no había tenido la decencia de hablarlo con él, y la otra porque don Luis, dicen por ahí, es de malos tratos con su mujer; además, un personaje de mujeres y cerveza podía haberle heredado algo de eso a Nairo. Belmer no quería una vida así para su hermana. Estaba seguro de que Nairo, en algún momento, iba a ser igual al papá.

Pero no. Belmer habló con Nairo de frente: “Mire a ver, pórtese bien, no vaya a empezar por ahí con sus cosas... es difícil para mí, y creo usted también quisiera lo mejor para sus hermanas”. Paola cursaba octavo grado y Nairo noveno, ¿a qué jugaban?, se preguntaba. Para Belmer, la edad apropiada para tener novia era a los dieciocho años. Verlos tan jóvenes y tan juntos le daba miedo: “¿Qué tal la embarraran y después qué iban a hacer?”, pensaba.

A pesar de la tranquilidad de la vereda, una sombra de inquietud se cernía sobre la vida de Belmer. Él seguía viviendo en aquel acogedor hogar de tejas rojas y flores en el jardín. Desde hacía algunos meses su hermana menor, Paola, había estado actuando de manera extraña y distante, la cual había despertado las sospechas que hoy él conocía. Varias tardes Belmer, mientras las brisas de la tarde acariciaban el rostro de Paola, veía a su hermana susurrando al teléfono de su mamá con una sonrisa escondida entre unas mejillas sonrojadas. Ese nuevo momento revelador no lo tomó por sorpresa, por eso su corazón latió con más fuerza. Preocupado, investigó y sucedió lo inevitable: lo descubrió.

Esperó hasta que llegara la noche y abordó el tema con su hermana. Le preguntó a Paola si tenía algo que contarle. Él ya sabía la razón por la que, a escondidas, hablaba por teléfono. Paola desvió su mirada, sus ojos reflejaban una mezcla de emociones: vergüenza, incertidumbre y complicidad. Sabía que no podía seguir ocultándole a su hermano mayor su secreto, y que, si él se lo preguntaba, era porque conocía la verdad.

Paola, con firmeza, pero llena de miedo al mismo tiempo, le admitió que tenía un novio que llevaba por nombre Nairo Alexander Quintana. Las palabras resonaron en el aire y Belmer quedó en silencio, como intentando asimilar el paso que debía seguir mientras procesaba la noticia. En su mente surgieron imágenes de su hermana siendo ahora parte de un mundo desconocido. Por un lado, se sentía engañado, por el otro el temor a la reacción de su padre que, aunque le doliera en el alma, estaba dispuesto a cumplirle la sentencia de enviarla lejos y a la suya propia, porque si algo no quería era que con ella se repitiera la historia de doña Eloísa. La discusión fue inevitable. Cuando Belmer la veía sonreír y esconder la cara mientras hablaba por teléfono, llegó a pensar que se trataba de una ilusión, de algo pasajero, pero cuando la enfrentó y Paola le dijo que era la novia de Nairo, Belmer supo que se trataba de algo serio. Su hermanita menor se había enamorado. La gran pregunta entonces era: “¿Qué siente Nairo? ¿También está enamorado o está jugando contigo? Y si está tan enamorado como asegura, ¿qué vamos a hacer si sale como el papá?”. Paola ya se sabía la cantaleta de memoria y también la respuesta, pues ya la había dado muchas veces, al igual que Nairo: “Hay cosas que no se heredan”. Belmer la miró a los ojos, entendiendo que, aunque su hermana era solo una adolescente, en esas cosas del amor, ya era una mujer. No sería tan fácil que renunciara a Nairo. Y si don Próspero cumplía la amenaza, capaz de que Nairo se va con ella y la cosa resulta peor. Así que Belmer respiró profundo y, como si fuera un padre hablando con su hija, le preguntó: “Paola, ¿estás segura de esto?”. Él y ella sabían que su padre iba a despertar la ira divina, si se enteraba.

Paola asintió con tristeza y le confesó que también estaba preocupada por la reacción de su padre y que por eso quiso mantenerlo en secreto. Belmer comprendió la situación de su hermana; recordó cómo él mismo había experimentado los altibajos del primer amor y sabía lo especial que era ese sentimiento. Sin embargo, también era consciente de la mentalidad tradicional de la gente del campo y que, además, su padre era sobreprotector con su hija.

Belmer comprendió que no podía dejar que su hermana enfrentara eso sola, así que ideó un plan. Consistía en enfrentar a Nairo de hombre a hombre y por eso le advirtió que él era el responsable de hablar con su suegro. Belmer era el hermano mayor, pero su papá era el responsable de la familia y de hacer cumplir las reglas de la casa. El señor nunca le permitió a ninguna de sus hijas visitas de pretendientes o amigos en la casa, todo el vecindario sabía que don Próspero era muy amargado.



Don Próspero

Doña Nubia, la mamá de Paola, no se podía meter en nada, ella respondía por lo de su cocina y nada más. Qué problema si llegaba a prestar un azadón o una herramienta de trabajo, su esposo la acababa: “Usted mande en su cocina, preste sus ollas, pero mis herramientas no se las va a prestar a nadie”. Además de estricto, don Próspero era puntual. Lo invitaban a una misa a las 11 de la mañana y arrancaba 3 horas antes; como no tenía carro, se iba a pie.

El día que Nairo tomó la decisión de hablar con don Próspero, aunque estaba nervioso, haberle expresado que contara con Belmer, lo tranquilizó, el problema fue que ese día Belmer no estaba. Don Próspero y don Luis eran muy amigos, tanto que un día en una clásica que pasaba frente a la casa de los dos, don Luis le pidió a don Próspero que fuera a recoger flores para echárselas a Nairo cuando pasara, y don Próspero, un señor machista en su máxima potencia, recogió las flores de su jardín para echárselas a quien luego le diría que estaba interesado en su hija.

El día llegó y el momento de enfrentarse a don Próspero no daba espera. Paola trataba de estar tranquila, aunque repasaba en su mente, una y otra vez, lo que metería en la maleta. “¿Adónde me van a mandar? ¿Por cuánto tiempo? ¿Y si no vuelvo a ver a mi familia? ¿Y si no vuelvo a ver a Nairo?”. Eran muchas preguntas sin respuesta estando en la soledad del cuarto que una vez fue de las hermanas y ahora era solo de ella, por ser la menor. Desde allí escuchó cuando Nairo tocó la puerta. Don Próspero le abrió y allí estaba él. Tenía puestas una camiseta blanca y unas pantalonetas que traía sucias, pues los nervios que traía eran tan grandes que se cayó de la bicicleta ensuciándose de tierra. Don Próspero no entendía qué hacía Nairo allí, pero para él, era muy extraño darse cuenta de que lo habían dejado solo, como si hubiera estado esperando al joven que, tiempo después, sería su yerno.

Nairo se arrancó a hablar sin hacerse esperar, como cuando arranca una carrera. Sin freno alguno, le dijo: “Vea, don Próspero, Paola y yo...” Y como más sabe el diablo por viejo que por diablo, don Próspero entendió al instante lo que Nairo pretendía decirle. Puso su mano muy cerca del pecho del joven y, con un ademán, le exigió que se callara. Nairo lo miró un instante y de nuevo quiso tomar impulso: “Es que mire, yo solo quiero que usted nos dé permiso...” Y esta vez fue la voz de don Próspero la que lo calló en el acto. “No, señor. Con mi hija no”. Aunque Nairo sentía que perdía la batalla, no iba a perder la guerra. Por esta vez lo dejaría pasar, pero no iba a renunciar a la que ahora sabía, era el amor de su vida. Comprendió que lo único que podía hacer era ganarse al suegro, pero ¿cómo? Pues demostrándole que hay cosas que no se heredan. Aceptando que su papá sí era un amigo frecuente del trago y un mujeriego, que había hecho llorar muchas veces a su mamá, pero no somos quiénes para juzgar y, lo más importante, Nairo era muy distinto a don Luis.

Comenzó la peregrinación. Nairo, que siempre desde niño ha sido creyente, pasaba tiempo en la iglesia, sentado frente al altar, pidiéndole a Dios que lo ayudara con don Próspero. Pedía con la misma devoción que lo hacía cuando era niño y su papá estaba a punto de perder una tierra. A Nairo, en

aquel entonces, le aterraba que su papá perdiera la casa de la familia. Ahora le aterraba perder a la mujer con quien él quería formar una familia. Una vez que sentía que sus oraciones habían sido escuchadas, el siguiente paso era comportarse del modo más juicioso al montar su bicicleta. Ese era su pase al futuro, a un modo de ganarse la vida y eso lo tomaba muy en serio, pues con el dinero que ganara como ciclista, pensaba ofrecerle un futuro a Paola y se encargó de que don Próspero lo supiera.

Otra cosa que observó don Próspero con muy buenos ojos, fue la forma en que Nairo trataba a Paola. Hay cosas en la vida que no se pueden ocultar. El amor es una de ellas y ahora el señor estaba seguro. Nairo amaba a su hija, así que, aunque le costó mucho aceptarlo, terminó por comprender que nada iba a ganar mandando a Paola lejos. Al contrario, iba a perder la oportunidad de tener un buen yerno, pero principalmente iba a perder su hija la oportunidad de tener el amor de un buen muchacho. Así que pasó el tiempo y, contrario a lo que muchos esperaban, don Próspero accedió a la relación. Desde su punto de vista, él se dio cuenta desde un primer momento de lo bondadoso que era Nairo y no le puso problema a la relación con su hija. Sin embargo, desde el punto de vista de Nairo, esta historia es diametralmente opuesta.

Lo cierto fue que, pasados unos años, don Próspero terminaría siendo un admirador de Nairo, pues en la casa se la pasaba diciendo: “Llegó el campeón; por ahí está el campeón; el campeón vino y me dijo esto; hablé con el campeón esto”. Le decíamos: “Bueno, papá, ¿qué toca hacer? Él decía: Toca esperar y preguntarle al campeón a ver qué dice”. Cada vez que Nairo le hacía una invitación, don Próspero estaba listo una hora antes, todo era lo que dijera el campeón. El jefe de la casa era un señor poco sociable que siempre tuvo un radio en el que escuchaba carrangas y música popular desde las 5 de la mañana. Se escuchaba lo que a don Próspero le gustaba y ya. Pero cuando el campeón corría en Europa, empezó a sintonizar emisoras que le hablaran de Nairo.

La vida de don Próspero y de muchos más en el campo se reduce a ver cómo se consigue para el diario. En su mayoría son felices simplemente tomando cerveza; solo pocos se preocupan por arreglar sus ranchos. Para bien o para mal, es la filosofía de la mayoría. Cuando Belmer entró al colegio, su papá tenía un rancho con 4 fanegadas de tierra que había heredado. Y, cuando salió del colegio, más de la mitad de las 4 fanegadas estaban empeñadas; ahí fue cuando Belmer empezó a trabajar y a desempeñar. Los padres, asegura Belmer, nunca dicen: “Bueno, mi hijo aquí le dejo, siembre usted tres cargas de papa para que vaya haciendo su capital” o “Venga, tome, tengo una res, cuídela que yo lo respaldo”. O sea, parece que uno no fuera hijo, hacen muchas cosas más por los amigos con los que beben, prefieren “Oiga, don Fulanito, yo le sirvo de fiador” y si toca pagar, se paga, pero nunca tienen un detalle con sus hijos de decirle: “Venga, yo le saco un préstamo, trabaje”. Por fortuna, en la región, parece que ha cambiado mucho esa concepción y hay muchos padres que les dicen a sus hijos, “bueno, saquemos un taxi a cuotas, le ayudo a sacar el crédito y usted lo va pagando”.

Lo otro es la problemática social que hay en el campo: los machistas toman y llegan a maltratar a las señoras y, al ver esa situación, los hijos quieren salir corriendo. Belmer hace un relato descorazonado pero real de la vida en el campo:

Un hermano de mi papá, tenía revólver, llegaba borracho, sacaba corriendo a la mujer para que durmiera en el monte, en clima frío. Para los que pudimos estudiar fue fácil, pero hay muchos que se retiraron en séptimo u octavo de bachillerato a echar azadón, consiguieron una china de octavo o noveno, tuvieron hijos y se volvió al círculo vicioso: trabajan dos días, se gana cincuenta mil, llega el domingo, con los amigos a la tienda, al tejo, a la tapita, la rana, se gastan lo que se ganó y quedan debiendo lo de la otra semana.

Aunque esa era la vida del campo y sus campesinos, en la familia todo marchaba bien, la relación entre Nairo y Paola y entre Nairo y don Próspero,

hasta que de nuevo el destino le hizo a Nairo la misma jugada que le venía haciendo desde hacía mucho y le seguirá haciendo quién sabe hasta cuándo. Cada vez que le da algo, le quita algo. Esta vez, se trata de la salud. Don Próspero, luego de unos años, fue diagnosticado con cáncer de próstata. Iba a su control al pueblo, le daban la medicina y se la tomaba con guarapo. Siguió enfermo y lo llevaron donde un doctor amigo de Nairo. Al ver el antígeno prostático, dictaminó alto riesgo de cáncer. Duro siete meses y... ¡hasta luego!

Como muy machista, no se quejaba. Le colocaban cada dos días una sonda para sacarle más de seis litros de orina, y le decían: “Sumercé, ¿no le duele?”. Decía: “No, doctora”. Así era don Próspero, nunca se quejaba.

El día de su partida, Paola le sostenía la mano con ternura, sabía que lo extrañaría, pero al lugar que partía llegaría libre de dolor: “Siempre serás nuestro guía, papá”. Don Próspero sonrió con gratitud sintiendo el amor y la comprensión de su hija en cada palabra. Sus ojos brillaban con la satisfacción de saber que Paola quedaba en las mejores manos. La tarde se desvanecía lentamente y, mientras los últimos rayos del sol se colaban por la ventana, como pudo, don Próspero le pidió a su hija que lo dejara hablar con Nairo. Paola se alejó un poco y Nairo le cogió la mano y se la apretó con fuerza para que don Próspero supiera que él estaba ahí. La despedida de los dos fue dolorosa, pero también fue un momento de profunda conexión, de arrepentimientos por el trato despectivo que alguna vez le pudo dar, pero también de reconocimiento por haberle dado las satisfacciones más grandes de su vida. Don Próspero tenía la certeza de que, aunque sus caminos se separaran físicamente, el amor por el ciclismo los iba a tener unidos eternamente. Aquella tarde oscura rodó por el rostro de don Próspero su última lágrima. No se quería ir, pero era inminente su partida y él lo sabía. Sacó fuerzas de donde pudo y acercó a Nairo a su boca y le dijo: “Mijo, no se olvide del sueño amarillo”. El sueño amarillo era la ilusión que tenía Nairo de ganarse algún día el Tour de Francia. Con un nudo en la garganta, Nairo le respondió con una sonrisa. Don Próspero lo miró por un segundo y cerró

los ojos para descansar. Luego de unas horas, don Prospero partió de esta vida rodeado del amor de su familia.

Familiares y amigos lo despidieron una mañana soleada. Muchos sintieron que el día se había pintado de luz para recibir al padre de Paola en el cielo. Y mientras cada uno recordaba alguna anécdota vivida con el don, Nairo no podía dejar de pensar en el último pedido de su suegro: “No se olvide del sueño amarillo”. Y esa es una promesa que, aunque ya pasaron los años, Nairo tiene muy presente. El sueño amarillo comenzaba a tomar forma en su cabeza. Pero ese es otro tema. Ahora se trata del dolor de la partida de don Próspero y de una promesa que Nairo se sentía con el deber de cumplir.

Me voy para el Ejército

Para Nairo nada ha sido fácil. Lo logrado es producto de su esfuerzo y con Paola no sería la excepción, como tampoco lo fue graduarse de bachiller conservando intacto el sueño de ganar dinero como ciclista. Sin embargo, como un chico en la curva alta de la adolescencia, las dudas lo abrumaban. Debía pensar en su familia, en sus hermanos, y en cómo ayudar a su papá, cada vez más apegado a la cerveza.

Nairo seguía comprando la fruta y el “líchigo” en la plaza mayorista de Tunja; luego viajaba a Moniquirá, alistaba el puesto, preparaba los paquetes a vender en el día y salía corriendo para el colegio a estudiar. Regresaba a mediodía y casi siempre encontraba el mismo cuadro para nada alentador: su papá no abría el puesto por estar tomando con amigos; duro golpe para sus sueños y objetivos.

Nairo quería que la vida funcionara como la soñaba: su papá dedicado a la venta de fruta; su mamá en la tienda; Alfredo en el ejército, sus hermanas estudiando y él y Dayer, entrenando. Si seguía sacando tiempo al ciclismo,

podría garantizar una entrada económica. Los premios de doscientos, trescientos o quinientos mil pesos ganados en cada competencia eran muestra fehaciente de que si se quiere, se puede. Pero la realidad no era así. Al contrario, don Luis cada vez estaba más perdido en el licor, la tienda andaba manga por hombro, el dinero escaseaba, las deudas aumentaban, hasta que en una conversación sincera su papá le planteó la supuesta única alternativa que tenía Nairo: olvidarse del ciclismo e irse para el ejército o la policía.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir. Irse para el ejército o la policía, aunque era una lejana posibilidad, realmente no lo había soñado para su vida. Habló con su mamá, la señora sabia lo miró por unos segundos, conocía muy bien a sus hijos y en los ojos de Nairo vio una gran frustración. Con una expresión apacible le aconsejó le pidiera al altísimo; con fe. En la oscuridad y el silencio de la noche, como se lo había dicho su mamá, pidió con fe esperando que, a partir de ese día, cambiara su vida y especialmente la de su papá para que el señor lo alejara del alcohol.

Al otro día, Nairo se despertó para cumplir la misma rutina en el puesto de frutas: pedir crédito a los mayoristas para que le fiaran y que en la tarde podían pasar a recoger su dinero. Un sufrimiento cuando se acercaba la hora de pagar y no se había vendido. Con su hermano mayor siempre habían ideado estrategias para aumentar ventas: uno se encargaba de darle la “prueba” de fruta a los compradores y el otro atacaba con paquetes de fruta a buen precio; “cinco frutas por mil pesos”. O muchas veces con la fruta estropeada hacían paquetes para vender en restaurantes aledaños. Era la única manera en que podían reunir el dinero garantizando que, al otro día, los acreedores les volvieran a dar crédito. Esa dura lucha, día tras día, ahora con su hermano menor Dayer, por conseguir dinero para la casa, de cierta manera alejaba a Nairo del ciclismo; no le quedaba tiempo, o al menos el que él necesitaba para entrenar. Y ahí, como suele suceder en la vida de todos los seres humanos, las nubes negras de un futuro desesperanzador se instalarían sobre su cabeza y sobre su vida.

En la penumbra de su casa y en el silencio de las noches interminables volvían los pensamientos que se entrelazaban con los recuerdos del consejo dado por su mamá y que a Nairo le parecía no servía mucho; una noche tuvo la tentación de llamar a su tío en Venezuela, quería salir corriendo; las responsabilidades –que a la larga no eran suyas– lo agobiaban; pero el amor por su familia, por el ciclismo y su tierra, lo detenían.

Al otro día temprano lo despertaron. Ese día, como la venta de fruta no había sido buena, no había ido a comprar en la mayorista. Por fin tenía un minuto para detener su mirada en el horizonte y alegrarse al ver pasar ciclistas aficionados por el Alto del Sote. Le gustaba recordar cuando corrió en Neiva, en Antioquia, en Venezuela y en el vecino departamento de Cundinamarca algunas carreras; eran recuerdos llenos de alegría y nostalgia. Le gustaban las competencias, el olor a grasa, el ruido de las cadenas jugando en perfecta sincronía con los dientes de los platos. Se imaginaba en su bicicleta azul de tenedor cromado, regresando a su casa con un gran trofeo.

El “Cebollita” Cárdenas lo sacaría de la profundidad de sus pensamientos en esa fría mañana con unas palabras que lo dejarían aún más frío: “Los sueños, si no se hacen realidad, no son nada”. Palabras que fue absorbiendo una a una tratando de entender el mensaje implícito. Se dio por vencido, no les encontraba sentido y no era falta de capacidad mental, lo tenía tan afectado la situación por la que estaban pasando en la casa que lo que le hablaban lo veía como una crítica a la que, desde su prevención, respondió con un “no entiendo”.

El “Cebollita” venía con una excelente noticia: su equipo (el del SPA) iba a participar en el Tour de l’Avenir, en Francia, y venía a invitarlo para que hiciera parte de ese equipo. Nairo no lo pensó: habló con Paola, lógicamente hubo pelea. Luego agarró su maleta, la misma con la que iba al colegio, pidió permiso a sus padres para poder viajar y sin pensarlo dos veces, se fue a correr a Europa siendo menor de edad. Su primera experiencia fuera

de Colombia. Como en esa competencia no ganó nada, don Luis, al que le había quedado el recuerdo en la cabeza, le volvió a tocar el tema de irse definitivamente para el ejército.

Pero, por otro lado, apareció un hombre que lo había ayudado antes y lo seguiría ayudando: Raúl Malagón. Seguía teniendo su tienda de bicicletas y el taller. En el mismo trabajaban los jóvenes que, por una razón u otra, no habían logrado su sueño de convertirse en ciclistas profesionales. Al verlo, Nairo pensó que venía a ofrecerle trabajo en el taller, pero la gran sorpresa se la llevó cuando Malagón le dijo que nada de eso. Lo que venía a ofrecerle era un consejo, aunque no se lo había pedido. Y ese se lo daría de gratis: “No te dejes vencer, Nairo. Lucha por alcanzar tu sueño, lucha por tener un nombre en el ciclismo, lucha para que ese campeón que llevas por dentro salga a flote”. A Nairo se le llenaron los ojos de lágrimas. Es cierto que quería hacer realidad ese sueño, pero también necesitaba llevar dinero a su casa, y ese no se conseguía con sueños, sino con un trabajo. Ese trabajo estaba en el ejército o en la policía. Malagón estaba seguro, y así se lo expresó, que ese sueño muy pronto le daría dividendos. Ahora Nairo se encontraba en una encrucijada. ¿Qué tenía que hacer? Su corazón de campeón y su cabeza de líder le dieron la respuesta. Ahora el ejército no era una opción.

Haber corrido el Tour de l’Avenir, sin saberlo, había puesto a Nairo en el radar de los entrenadores que buscaban nuevas figuras para dos equipos: “Boyacá es para vivirla” y “Colombia es pasión”. Cuando el teléfono sonó para preguntar por Nairo, doña Eloísa salió a la carretera a gritarle que lo llamaban, mientras él estaba pegado a la ventana de un bus convenciendo a una clienta que le comprara fruta, tomó el teléfono pensando era su amigo José. Al otro lado estaba Luisa Fernanda, ejecutiva del equipo de ciclismo “Colombia es Pasión”. Ella fue directa: le ofreció la posibilidad de ser parte del equipo, pero antes tenía que hacerse unas pruebas de esfuerzo físico en el Centro de Alto Rendimiento en Bogotá. Nairo colgó y sintió desfallecer, era su sueño, pertenecer a un gran equipo, pero cuando vio a su papá, a la distancia, tomando con los amigos, sintió que lo que menos podía hacer

era desmayarse. Al otro día, sin decir nada, se levantó temprano y en vez de tomar la ruta para el colegio en Arcabuco, tomó la ruta de Tunja y luego a Bogotá en bicicleta, ciudad a la que llegó tres horas después.

Una ciudad desconocida. La capital del país resultaba más grande de lo que la imaginaba. Con los pocos ahorros que tenía en el bolsillo, en una panadería compró un jugo y un pan y se los devoró como si en ellos fuera a encontrar la fuerza que necesitaba ese día. Preguntando por toda la ciudad finalmente llegó al Centro de Alto Rendimiento. La primera impresión se la llevó cuando vio las máquinas. Eran unas buenas máquinas a las que lo invitaban a subir los preparadores físicos y médicos. Subió su bicicleta, la azul de tenedor cromado, a un rodillo. Le pusieron la máscara de oxígeno para ver su consumo. Cada tres minutos le subían los vatios de poder, comenzando en 50, de a 20, hasta llegar al tope de la prueba.

Después de escuchar que había estado muy buena la prueba, Nairo salió del Centro de Alto Rendimiento hacia el Terminal de Transporte de Bogotá, y regresó a su casa en bus. Si le hubieran hablado de contrato, de la felicidad, hubiera regresado en bicicleta, pero como habían sido tan parcos, quedó con una mala sensación que calmó solo cuando se quedó dormido en el bus.

En esas dos horas de viaje durmió las diez mil horas que había dejado de dormir en su vida. Cuando lo despertaron, no creía estar en Tunja. Su vida, más que un sueño, parecía una pesadilla. No sabía si realmente la prueba había sido real o hacía parte de un pesado sueño. Solo cuando de la bodega del bus le entregaron su bicicleta, se convenció de que había sido realidad. Se echó la maleta al hombro, buscó por las calles con huecos la salida al Alto del Sote y, mientras pedaleaba la cuesta con promedio de seis por ciento, se convenció de que su papá tenía razón: lo mejor era ir a prestar el servicio militar. Tal vez allá podría desarrollar el amor por el ciclismo, pero dudarle lo intranquilizaba. Subió los dieciséis kilómetros y, cuando llegó a casa, quedó sorprendido.

En la tienda lo estaba esperando una vieja gloria del ciclismo boyacense: Chaparro. Él dirigía un proyecto ciclista: Indeportes-Boyacá.

Chaparro fue al grano. Lo quería probar para que corriera en el equipo departamental. Nairo, que ya había tomado la decisión de hacerle caso a su papá, le pidió tiempo para pensarlo. Lo oferta económica por la prueba no era tentadora, pero para la incertidumbre que tenía, resultaba siendo una fortuna. Cuando le contó a su papá, don Luis le respondió muy directo que era su decisión, ya estaba grandecito.

Don Luis recuerda que, para ese entonces, ya el mundo del ciclismo no solo lo había atrapado a él, sino a Nairo, y que al final dependía de su hijo tomar la decisión correcta.

Y hacía algún tiempo le habíamos empezado a comprar licras, zapatillas y guantes. Esa bicicleta en la que mi hijo corría, le dio triunfos municipales y departamentales. Hasta un conocido me dijo que Nairo tenía porte de gran ciclista, le parecía un profesional. Desde ese momento me le “pegué”, y donde hubiera carreras, lo acompañaba desde el inicio hasta el final. Si no había plata, no importaba, todo era tener bien a mi hijo. Aparte de eso, cuando tenía mis centavos, yo hacía mis apuestas, y ganaba. Se apostaba cerveza y whisky. Toda la vida me ha gustado el whiskisito.

El tinglado de apuestas que había montado don Luis, como seguro ganador, casi se le viene al piso cuando Nairo le dijo que la idea de irse para el ejército también era una posibilidad. Nairo, al ver a su hermano mayor metido en las fuerzas militares, de una forma u otra anhelaba hacer lo mismo. El impedimento para él siempre había sido la edad, porque desde los 14 años le había pasado esa idea por la cabeza. Sin embargo, como don Luis ha contado, sus hijos siempre buscaron independizarse, siempre buscaron salir de la casa para ser hombres libres. Y Nairo también tuvo la posibilidad de irse para al ejército o para Venezuela, donde vivía el tío.

Don Luis sufría. No podía tomar una decisión, lo que sí sabía era que sus hijos habían nacido para ser independientes, sentía que, contra ese destino, nada podía hacer. Le dio la libertad para que tomara la decisión. Claro que, sin que se diera cuenta, hizo algo para influir: le dio todo el apoyo que quiso con respecto al ciclismo, la única manera de no perder a su hijo, al que por nada del mundo quería ver peleando contra la guerrilla.

Don Luis siempre encontró apoyo en tres personas que considera los artífices del inicio de Nairo en el ciclismo. Rúsbel Achagua, Raúl López y el ya fallecido Raúl Malagón, quien era el que le arreglaba la bicicleta a Nairo, le regalaba repuestos, aspirando con sinceridad que fuera uno de los mejores ciclistas de Arcabuco. En ese entonces había ocho ciclistas, y Malagón quería que sus muchachos estuvieran cómodos, en particular, con los ojos puestos en Nairo. Cosa muy distinta pasaba con el dueño de la otra tienda de bicicletas. Su hijo era ciclista y sí, llegó a fajarse en una que otra carrera a nivel profesional, pero no le costó trabajo, pues lo tenía todo: El apoyo económico del papá. Cada bicicleta profesional que llegaba a la tienda, era para su hijo, cada traje, hasta las zapatillas y la verdad, es que así no sabe el triunfo. El triunfo se debe luchar, se debe sudar, se debe ganar.

Hoy, con mucha nostalgia recuerdo de Raulito las palabras que me decía en ese tiempo: 'Nairo va a ser mejor que cualquiera de todos estos otros', palabras sagradas, lo mismo que las del rector del colegio.

“Papá, hagamos el último esfuerzo y miramos un par de años a ver qué tal me va en el ciclismo”, esa fue la conclusión final de Nairo.

Al otro día se apareció Chaparro en su casa con el gobernador de Boyacá, y de común acuerdo con varios concejales, le prometieron esta vida y la otra, si Nairo se quedaba en un equipo boyacense. Lo que sí era cierto era que iba a ganar el setenta por ciento de lo que ganaría si se iba con en el equipo de Antioquia. Y como no tenía experiencia en esas lides, don Luis firmó un contrato leonino, en el que le entregaba todos los derechos deportivos a un

señor, quien nunca le pagó el trabajo de un año a Nairo; al contrario, casi le hace perder la tarjeta de la Unión Ciclista Internacional, porque, según ellos, Nairo se había autocontratado.

Ese señor Chaparro nos hizo mucho daño. Realmente no vale la pena ni recordarlo. Hace parte de muchas personas que desafortunadamente no le sirvieron para nada, como un gobernador. Yo estuve buscando me dieran unas corazas para una bicicleta, y, las veces que fui a la gobernación, me cerraron las puertas en la cara.

Después de dudar si dejar o no lo dicho, don Luis decide que lo hace como precedente para que no les pase a otros muchachos que vendrán y necesitarán apoyo, como en su momento lo necesitó su hijo. Es duro para un padre ver cómo les cierran las puertas a sus hijos, como si el deporte no fuera un derecho de todos los colombianos. Los políticos y mucha gente creen que están ayudando a un deportista, cuando es su obligación, para eso son elegidos. No están haciendo un favor, ese es su trabajo.

El sueño había comenzado a hacerse realidad cuando regresó Chaparro a la casa de los Quintana. Él se había enterado de que el equipo Colombia es Pasión también estaba interesado en contratar a Nairo y, antes de enterarlos, les habló de las bondades que significaba correr para el equipo patrocinado por la Lotería de Boyacá. Aparte de despertarles un sentimiento regionalista, también les prometió que estaría en las competencias más importantes de Colombia y algunas de Europa, con las que estaba seguro, Nairo se lanzaría al estrellato de los ciclistas top del país.

La insistencia y el despliegue verbal por parte de Chaparro, sembrarían desconfianza en Nairo porque, a decir verdad, algo no le cuadraba. Y cuando Chaparro le extendió el contrato para que firmara, su mirada con la de su padre se encontraron en el punto medio de la duda de hacerlo o no. Nairo se tomó tiempo para leerlo y, cuando llegó a la cifra, le preguntó a Chaparro si era mensual o anual. Nairo jamás se había imaginado ganarse

la cifra que le estaban ofreciendo, lo que aumentó su desconfianza. “De eso tan bueno, no dan tanto”, taladraba su cerebro. Don Luis tampoco entendía qué pasaba. Chaparro remató con lo que sabía que se decidirían: “El orgullo de ser boyacenses y correr por su departamento ante el mundo, lo tienen muy pocos”.

Nairo intentó poner en la balanza dos cosas: una, el equipo Colombia es Pasión tenía cinco años de experiencia y contaba con buenos recursos, mientras los recursos del equipo de Boyacá dependían en gran parte de la Gobernación, o sea, dependían de la política. Cuando un proyecto deportivo depende de la política, tiene vida por el tiempo de dure el político que lo apadrina y después, muere. Sin embargo, las palabras de correr por el orgullo boyacense parecía habían dado en el blanco.



Luisa Fernanda

Luisa Fernanda era la gerente general del equipo Colombia es Pasión. Una idea que surgió en el año 2006 con la intención de, a través del ciclismo, cambiar la imagen del país en el exterior. La idea se sembró, prosperó y se ejecutó. El objetivo principal era apostarle a tener la oportunidad de competir en alguna de las grandes carreras del circuito profesional: Vuelta a España, Giro de Italia o Tour de Francia. Luisa conoció a Nairo Quintana en Arcabuco, por recomendación del director deportivo del equipo, Luis Fernando Saldarriaga, un fin de semana que había competencias. Luisa recuerda como si fuera ayer las palabras de Nairo: “Hola, yo soy Nairo Quintana, usted no me conoce, pero mi sueño es estar en el equipo de ustedes, porque ustedes son los que me van a llevar a Europa”. Luisa y Saldarriaga se miraron y, luego de una sonrisa cómplice, decidieron llevar a Nairo al Centro de alto rendimiento, en Bogotá, para ver sus promedios en las pruebas físicas. Lo primero que contestó Nairo le salió del corazón: “Yo no tengo plata”. Luisa le prometió cubrir los gastos de transporte y alimentación, y así fue como el lunes llegó Nairo al Centro de alto rendimiento.

Ese día hizo un test de consumo de oxígeno, potencia y los valores fueron muy buenos. Saldarriaga inmediatamente le propuso a Luisa que contrataran a Nairo. Luego de los análisis internos correspondientes, el martes a primera hora Luisa se comunicó con Nairo: “Hola Nairo, ya tenemos tu análisis y queremos que hagas parte de nuestro equipo”. La respuesta de Nairo la dejó con un sinsabor: “Vea doctora, es que yo soy de palabra, y le acabo de decir a otra persona que voy para el equipo de Boyacá y ellos me van a llevar a España a correr. Pero venga doctora, prométame que usted me guarda el cupo para el 2010 porque yo ya no puedo echarme pa’ tras”.

Es una pena que los deportistas con mucho talento tengan que decidir su futuro inmediato condicionados al dinero. Lo que debió pasar fue que Nairo hubiera tenido tiempo de pensar en las ventajas y desventajas de las dos opciones que tenía al frente, pero nada más lejos de la realidad. Se trata de un muchacho humilde, con unos padres que le deseaban lo mejor. Así que quien primero ofreció, fue quien tuvo la primera opción. En este caso, fue Chaparro. Por un lado, era cierto: Nairo se sentía orgulloso de ser boyacense, pero eso no lo era todo. Ya le habían hecho una oferta económica y, para cuando llegó la de Luisa Fernanda, dos días después, ya don Luis había firmado. Nunca podremos saber cómo hubiera sido el futuro de Nairo de haber firmado en primera instancia con Luisa Fernanda.

El desenlace ya lo conocemos todos: la firma del papá de Nairo en un contrato para que su hijo corriera ese año en el equipo Boyacá es para vivirla.

El primer revés, corriendo con dicho equipo, lo tuvo cuando conoció al entrenador. De entrada, se enfrascaron en una discusión: A Nairo le habían prometido ser ciclista de primera línea, no de la reserva. En junio de 2008, empezaron a ganar carreras. La idea de los directivos era que se convirtiera en un equipo continental para competir en Europa, es decir, para que los jóvenes tuvieran la oportunidad de viajar y correr internacionalmente. Entre agosto y octubre se dejó la nómina preparada. Para lograrlo, hubo que hacer

muchas pruebas. Eran tres categorías las que se manejaban, los jóvenes, los sub-23 y los mayores. La sorpresa vino cuando a Nairo, con 18 años, se le hizo la misma prueba y dio los mismos números que el ciclista Santiago Botero, con 29 años, cuando fue campeón del mundo. Cuando el ejecutivo de Indeportes vio el resultado de la prueba, abrió ojos como platos. Una sola ojeada al resultado serviría para que se dirigiera a Nairo y, después de felicitarlo, ordenara proporcionarle la mejor de las bicicletas: “Dele una bien buena a este chino, ¡que va a ser un campeón!”.

Le hicieron entrega de una bicicleta Orbea, marco de carbono, full grupo Campagnolo. Nairo no lo podía creer, era como si a un niño le dieran el mejor regalo de su vida. Llevaba más de tres años soñando con montarse en una bicicleta como esa. Contuvo las lágrimas y salió sin despedirse. Como era diciembre de 2008, quería llegar a su casa para mostrarle la tremenda bici a su familia. Era tanta su alegría que, cruzando un paso a nivel del tren, fue a saltar como lo hacía con la azul de tenedor cromado. Con la Orbea parecía que volaba. Una imagen que jamás olvidará. Lo sentía como la señal inequívoca de que de ahí en adelante sus sueños empezaban a volar. Solo que ahora los sueños comenzaban a hacerse realidad. Nairo recordaba que los sueños solo son importantes cuando se convierten en realidad. Y este era su momento. Uno de los más felices de su vida. Para Nairo, su nueva bicicleta y él eran uno solo. No se imaginó que a partir de este instante cambiaría su vida. Era demasiado pronto para saber todas las alegrías que le traería esta nueva etapa que comenzaba, pero tampoco imaginó todo a lo que iba a tener que renunciar. Y en este momento, tampoco importa mucho. Nairo estaba volando, como suspendido en el aire, cuando dio ese gran salto en la nueva bicicleta. Cuando cayó, por poco se parte el marco. Sin embargo, bajo la mirada atónita de los preparadores y profesores de Indeportes, Nairo reapareció, se despidió y se fue a tomar la carretera para su casa. Pasaba carros, camiones y lo que pudiera, se sentía, con la nueva bicicleta, un misil. Desde ese día, la Orbea, marco de carbono y grupo Campagnolo, descansaría por muchos años al lado de su cama.

En adelante, a Nairo había que controlarlo. Corrió Circuito Montañés, Vuelta a Madrid, Tours profesionales, fue séptimo en la subida Urkiola, primer joven en la Vuelta a Madrid. En Europa, Nairo se encontró varias veces con Luisa Fernanda, quien, para ese entonces, tenía a sus ciclistas corriendo las mismas carreras, y a escondidas la llamaba para que ella se le acercara: “Doctora, usted se acuerda de la promesa que me hizo”. Y ella: “Sí Nairo, tú te vienes el año entrante con nosotros”.

Entre Nairo y Luisa Fernanda había compenetración, complicidad, entendimiento. Y eso era lo que él necesitaba, como deportista de alto rendimiento. Sabía que tenía que cumplir un contrato y hacerlo a disgusto no era opción. Nairo, apenas se montaba en una bicicleta, se olvidaba de todo lo malo, de todo lo que lo incomodaba. Arrancaba a pedalear a toda velocidad, como si con ese gran esfuerzo, pudiera huir de lo que no le gustaba.

Vino un revolcón en la Gobernación de Boyacá, al dimitir 6 concejales y, luego de los vericuetos de la política, la dirección técnica pasó a manos de Ángel Yesid Camargo. El final de la historia llegó cuando hubo cambio de gobernador y el equipo fue disuelto por sus dirigentes, pues la línea deportiva a apoyar por el nuevo mandatario no era el ciclismo. Ese nuevo año, Nairo firmó un contrato que lo comprometía a correr con el equipo Colombia es Pasión. Otro de sus sueños hecho realidad. Sueño y promesa, porque ya empezaba a correr el siguiente año.

-16-

Europa

¿Es la vida o somos nosotros los tercos? Para saberlo, suceden experiencias que adoptamos necesarias para corroborar tal incertidumbre. Un método que puede resultar errático, cuando el resultado es diferente al que deseamos, aumenta la confianza en nuestra desconfianza, emoción que Nairo perfeccionaría a fondo, corriendo para el equipo Boyacá es para vivir. Cuando llegó, tuvo en contra ciclistas veteranos que ofrecían resistencia a ser superados por jóvenes desconocidos. La eterna lucha entre quién debe retirarse y quién debe reemplazarlo. Una manifestación de continuas agresiones que, como resultado, no permitían la coexistencia de dos fuerzas que, entre sí, se anulaban. Para Nairo, no bastaba entenderlo, debía tener los suficientes pantalones para enfrentarlo con sus respectivas consecuencias, y así lo hizo.

Los veteranos se dieron mañas para que continuamente le hicieran las pruebas de esfuerzo, acusándolo de lo que fuera. Y de nuevo la frustración se apoderaba de su ser. Era más fácil dudar de sus capacidades que aceptar que tenían frente a él a un campeón que contaba con todo para dejar el nombre de Colombia muy en alto. Nairo piensa en esto y sus ojos se llenan de tristeza. Si se apoyaran entre todos, serían un equipo imparable. Los excelentes halarían a los buenos y los buenos a los regulares. Pero no. En vez

de eso, tratan de desprestigiar a los campeones natos. En una competencia, lo sorprendieron en su habitación del hotel hasta donde llegaron médicos y directores a hacerle prueba de *doping* y esfuerzo físico. No estaba dopado y físicamente estaba mejor que la prueba anterior que le habían hecho en diciembre cuando no estaba entrenando. La desconfianza de los veteranos era tal, que le instalaron un pulsímetro en cada brazo, previniendo engaño o error.

Los enemigos, buscando perjudicarlo, le hicieron un favor. Cuando el director general vio los resultados de las pruebas, se dirigió a todo el grupo reunido en el hotel y les dio una noticia: Nairo Quintana iba con el equipo Boyacá es para vivirla a Europa, le doliera a quien le doliera. Iban a correr en el País Vasco y en varias regiones de España.

La despedida de la familia fue llena de tristeza, pero también de alegría. Le desearon suerte, como también se la deseó Paola, quien lo miraba enamorada en silencio. Quienes no estaban nada contentos eran algunos ciclistas en su pueblo, que hubieran dado lo que fuera por ser ellos quienes hicieran ese viaje. No entendían cómo Nairo, siendo un muchacho humilde, que apenas hacía muy poco había llegado a tener una buena bicicleta, iba a representar a Colombia.

Nairo realmente iba por tres meses, diferente a otros ciclistas, que viajaban a Europa para quedarse por más de ocho. Se reunieron en Tunja. Allí les dieron los trajes de paño y corbata, que lucían orgullosos ante los medios de comunicación. Nairo sudaba de los nervios. Era la primera vez que veía tantas cámaras y luces. Se sentía elegante, pero a la vez sentía un gran compromiso. Los nervios le pasaron luego de subirse al avión que los llevaría directamente al verano español. Con Nairo viajaron otros ciclistas y, en España, se les unió William Aranzazu, y los españoles Olmos y David Belda.

El primer choque fue la comida, las costumbres y el trato. Diferentes a lo acostumbrado en Colombia, y en Boyacá, particularmente. El segundo

choque sería el fuerte verano que hacía en Europa, con días de más de 50 grados centígrados. Al salir a entrenar, Nairo sintió el cambio, sobre todo al comprobar que la mayoría de las montañas eran desérticas. En vez de traerles un fresco, les aprisionaba los pulmones. El polen de algunas flores que su cuerpo desconocía, le produjo alergia. Sin embargo, corrió en Portugal, en la Vuelta a Madrid, el Circuito Getxo y el Montañés. No bajaba de segundos y terceros lugares como mejor joven. Mientras pedaleaba, recordaba a Rúsbel Achagua, su primer entrenador; a José Sarmiento, su amigo, que lo llenaba de consejos; a Santiago Botero, su héroe; sin conocerlo, lo admiraba; a Raúl Malagón, que siempre creyó en él, tratándolo con cariño y respeto. Podía sentirlo a su lado, con una sonrisa y empuñando su mano, al tiempo que le decía en su mente: “Tú puedes, negrito. Tú naciste para esto”.



Rússel Achagua

Empecé en el ciclismo en el año 2000. Trabajaba en la Alcaldía de Arcabuco como coordinador de deportes. En el 2004, pensando que en Boyacá es más fácil ser ciclista que futbolista, le puse cuidado a don Luis cuando me repetía que su hijo tenía madera. Boyacá es tierra de ciclistas y se facilita por la geografía. Nairo viajaba en bus para el colegio, pero cuando vinieron las “vacas flacas”, don Luis no tuvo para pagar transporte escolar, pero tampoco quería que su hijo montara en bicicleta por el peligro de los carros. Viajar desde la casa de Nairo a Arcabuco son 18 kilómetros y viceversa en las tardes. Entonces, se me dio por hacer una convocatoria en el colegio de los muchachos a quienes les gustara el ciclismo e hicimos unos intercolegiados. Estuvimos en Santander, en Cundinamarca, y fue en esas competencias donde le vimos la madera a Nairo y después a Dayer. Ahí empezó la carrera de Nairo.

Rússel recuerda todo como si el tiempo no hubiera pasado, tiene una mente lúcida. Sabía que la situación económica en la casa de Nairo no era la mejor, y su familia tenía un carrito de frutas. Los turistas paraban a recoger agua que viene filtrada de la peña en un punto en la carretera que va de Arcabuco a el Alto del Sote, y la familia Quintana vendía sus productos en ese punto.

Según su relato, Nairo subía y bajaba, además de ir al colegio, haciendo mandados, porque don Luis tenía un carrito viejito, al que él cariñosamente le decía “la lancha”. “Una lanchita que se subía uno al carro y prácticamente no se sabía quién iba porque se hundían las sillas de lo viejas”, recuerda jocosamente Rúsbel.

“Después tuvieron un Renault 4”. Un carro que nadie sabe cómo aprendió Nairo, tan pequeño, a manejarlo. Inclusive, cuando Rúsbel le preguntaba a Nairo: ¿Usted qué de novias, o su vida es solo ciclismo, solo estudio o qué?”. Él me decía: “No, yo por ahí tengo mi novia, nadie sabe, la tengo escondida”. Un día se lo encontró, y orgulloso se bajó del Renault para presentarle la novia: era Paola.

En esa época, Nairo andaba en una bicicleta como de plomo, de lo pesada. Cada rato se le rompía o el tenedor le fallaba. Para solucionar esa situación, decidimos hacer rifas para comprar una medio-bicicleta. Ya había buena tecnología, habían salido las de marco de carbono, y a nosotros nos tocaba las de hierro o máximo las de aluminio. Sin embargo, en la de plomo o en la de aluminio, se veían los resultados, y cuando el camino se ponía hacia arriba, se sabía que Nairo iba a ser un escalador nato. Le metía la mano a más de uno de los que iban por delante, se le veían las condiciones; un muchacho aplicado, disciplinado, callado, hacía caso de lo que se le ordenaba. Recuerdo muy bien que también tenía un alumno, Jhon Heber Guzmán, le decían “Pistolas”. Como el papá tenía comodidades, Jhon tenía las mejores bicicletas. Un día, entre sus acaloradas cervecitas, apostaron una carrera del Parque de Arcabuco al Alto del Sote, prácticamente donde vivía Nairo. John “Pistolas” no le aguantó ni la arrancada. Le dio pena seguir y se devolvió. El padrino, que le había prestado el dinero para la apuesta, le dijo a Nairo, “tómala”, y así pudo comprarse una mejor bicicleta.

Y este es otro punto de vista de la misma historia que era conocida por todos. Eso era lo que más le enojaba al Pistolitas. Él seguía deseando la

vida de Nairo, pero en vez de eso, solo tenía esa anécdota que, de no haber sido por el éxito de Nairo, nadie siquiera lo recordaría. Y mientras Nairo seguía siendo noticia, más se esforzaba el Pistolitas y el hijo del otro tendero en querer desprestigiarlo, pero eso era imposible. Aunque en los equipos, en las competencias, muchos dudaban de que su talento fuera genuino, en el pueblo todos lo querían, lo admiraban y muy pronto ese cariño se expandiría por toda Colombia.

La primera carrera oficial que Rúsbel ganó con Nairo se llamaba Club Deportivo Boyacá. La organiza don Serafín Bernal. De ahí han salido buenos ciclistas como Mauricio Soler. Es una carrera nacional de tres días, para la categoría prejuvenil. La primera etapa arrancaba en Sutamarchán y terminaba en Tunja, pasando por Cucaita, premio de montaña de primera categoría. Había un nariñense de apellido Pantoja, competencia fuerte de Nairo. Le ganó la primera etapa por dos segundos. La siguiente etapa era de Moniquirá a Tunja, pasando por Arcabuco y necesariamente por el frente de la casa de Nairo. Ese día, Rúsbel le dijo a Nairo que no se podía dejar ganar, todo el pueblo estaba pendiente de él, su mamá lo iba a recibir con pétalos de rosas; así que, por nada del mundo podía perder. La estrategia era que pasara por Arcabuco con un muy buen tiempo de ventaja. Y así fue: Nairo le sacó a Pantoja casi tres minutos. Cuando Nairo pasó al frente de su casa, le botaron pétalos de rosas. “Fue bonito, muy bonito”, recuerdan los dos.

Nosotros íbamos con don Luis en un carro acompañante y, cuando vimos que al “negrito” lo llenaban de pétalos de rosas, llorábamos juntos. Parecíamos unas Magdalenas. Al otro día, más chillábamos cuando quedó campeón. De ahí en adelante vinieron más triunfos. Entonces ya se interesó un equipo que se llamaba Sauna Las Palmeras, y en ese tiempo también el equipo Boyacá es para vivirla y de ahí pasó a Colombia es pasión, y empezaría la gran carrera de aquel imberbe que iba de la casa al colegio en una bicicleta de plomo.

... Yo fui el que lo sacó, prácticamente, del campo lleno de surcos. Le dije: vamos a trabajar. Después de que se dieron los triunfos, muchos dijeron “yo fui el primero”. Nairo me hizo un homenaje cuando hizo pódium en el Tour de Francia, que le hicimos recibimiento en Arcabuco. Me nombró. Dijo que, gracias a mí estaba ahí y lo dijo agradecido. Después más de uno se benefició de esas afirmaciones, pues ahí el único que sabe quién fue su mentor es el mismo Nairo. Si ellos no arrancan con buenas bases, es fácil que se retiren ante el primer obstáculo. Les decía: primero tienen que hacer su parte académica, tienen que estudiar, pues antes que formar ciclistas, formo personas. Famosos o no famosos, van a cualquier lado, saludan, son amables y todo porque la cuestión no es solo echar pedal, también hay que estudiar, ser educados y agradecidos.

Rúsbel asegura que, en su región, hay equipos o managers que cogen a los ciclistas jóvenes, les sacan el jugo y los botan a un sótano. Se aprovechan de las necesidades de los papás. Además, como son menores de edad, sacan ventaja de su inocencia, porque les nombran dólares o euros y ahí sí, como el cuento, se les hace agua la boca firmando contratos hasta por cinco años. La idea de Rúsbel es que, si saca nuevas canteras, Nairo va a dar el visto bueno, y él mismo lo conecta con un mánager profesional.

Nairo adolescente hacía sus pilatunas, no era todo ciclismo. Nos escapábamos porque don Luis no lo dejaba salir. Un día le cogió el agua, se quedó en mi casa, y como en esa época no había celulares, don Luis llegó a medianoche a buscarlo. Muy bravo se lo llevó. Ahora, por la fama, no puede estar tranquilo. Es muy cordial cuando la gente le pide un autógrafo o una foto. Pero eso a veces cansa. Su vida personal es pública. Le toca estar en una parte privada para poder disfrutar.

Nairo tenía su chispa y aún la tiene. Ese negrito que no se podía agarrar con la mano, aún quiere su sueño amarillo. Esperemos que se le dé. Sobre todo, porque se trata de una promesa. Aunque hay que reconocer que al ciclismo ha llegado gente muy buena de todo el mundo. Lo que

sí veo es que no es decisivo cuando sale a atacar como lo hacía antes: salía y no volteaba a mirar a nadie, chao, chao. Ahorita, de pronto mete un ramalazo, mete un ataque, voltea a mirar hacia atrás y vuelve nuevamente al grupo. No es muy decidido. Hay que tener en cuenta que vienen ciclistas muy preparados, y se preparan exclusivamente para el Tour. No van a otras carreras, sino exclusivamente a esa. También hay que ser consciente de que las cosas no salen como se quieren y el cuerpo va mermando la energía. Y como decimos, hay muchas preocupaciones: dos hijos y una mujer. Entonces pa' ponerse a bajar en una etapa como loco, pues ya lo pensará. Desgraciadamente, a veces sufren accidentes y se debe pensar en la familia. Nairo tiene chispa todavía, aunque lo critiquen. Como es mi exalumno, mi compadre, mi todo, estoy con él en las buenas o en las malas.

Rúsbel tiene en su pueblo una escuela llamada Escuela Arcabuco es ciclismo. Lo apoya Nairo. Él lo tiene trabajando en un programa que se llama Boyacá, Raza de Campeones. Tiene 47 pedalistas, no solamente de Arcabuco, sino de toda la región. Ahí hay ciclistas de Tunja, Moniquirá, Villa de Leyva, Gachantivá y hasta de Santander. Espera que cualquier parroquiano le eche una ayudita. Para poder entrenar todos los días, Rúsbel necesita carros, gasolina, peajes y si, además les paga del sueldo, su propósito altruista fracasa. Como hay agradecidos, afirma que hay ciclistas que no lo son: “Medio cogieron algo, se fueron y chao, hasta la vista. El mejor premio es que un exalumno, cuando triunfe diga, “yo salí de tal lado”. Eso es lo más grato para uno. Como lo ha hecho Nairo cuando fue el número uno, lo reconoció de la misma manera que lo reconoce cuando entrena por estos lados antes de viajar a Europa”. La sencillez de Nairo le permite compartir con todo el mundo y, en particular, con los jóvenes que lo quieren emular. Los motiva, les da consejos, los apadrina, les busca bicicletas, uniformes y hasta les gestiona unos mercados para que se puedan alimentar bien. Y en algún descanso, Nairo aprovecha para hablarle a estos jóvenes de su experiencia, espera que ellos la capitalicen algún día.

El sueño más grande que tengo es seguir sacando otros muchachos, así como Nairo. Que corran en Europa; que representen a Colombia. Y como técnico, acompañarlos en una carrera de las grandes, ese es mi gran sueño.

El profe Luis Saldarriaga

El profe, como lo conocen muchos, fue hasta los 25 años ciclista; luego se dedicó a la academia, comenzando en el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, hizo la Licenciatura de Educación Física en la Universidad de Antioquia, de donde salió con matrícula de honor. Después se especializó en España en alto rendimiento, e hizo el curso en Boulder, Colorado, de técnico. Ahora, cuenta con orgullo, que está a punto de terminar su maestría. A Nairo, del que había oído hablar, lo conoció en 2008 en una prueba de esfuerzo en el Centro de Alto Rendimiento. Le habían dicho que tenía buenas condiciones, venía de la categoría juvenil. Con el proyecto Colombia es Pasión, llevaban a los chicos a una casa y les hacían test fisiológicos, psicológicos, de fuerza, de técnica, de táctica. Era un día en semana y a Nairo se le hizo una ergoaspirometría, que es una valoración funcional para saber el consumo de oxígeno, recuperación, potencia máxima a mover. Cuando terminaron la prueba, los presentes se miraron como diciendo, “aquí hay un potencial”. Los datos de Nairo eran impresionantes. Junto a la comisión técnica, aprobaron su contratación, pero Nairo terminaría en otro equipo.

Un día en Europa, cuando Nairo estaba corriendo y haciendo de las suyas, en una subida al Naranjo, se reencontraron. Nairo le expresó, como lo hizo con Luisa, que quería irse para el equipo de ellos, su ida al otro equipo había sido más un tema de dinero y, cuando los papás mandan, los hijos obedecen. El profe vio tal honestidad en Nairo, que no pudo menos que sonreír y entender que el de Cómbita no solo era un gran ciclista, sino un muchacho sincero, que lo miraba a los ojos mientras hablaba con palabras absolutamente honestas. Y eso es algo que siempre se agradece. El profe le dijo que las puertas del equipo estaban abiertas cuando quisiera y así sucedió. En enero del 2009, Nairo se presentó a la primera concentración en Venecia, Antioquia.

Para esa pretemporada, estaban Jarlinson Pantano, Esteban Chávez, Darwin Atapuma, Fabio Duarte y Felipe Laverde, la crema de la crema del ciclismo nacional. El programa que ideó *Saldarriaga y Luisa* tenía una consigna muy clara: “encontrar estrellas con nueva sangre, utilizando altos estándares en la parte científica, técnica y tecnológica, con el objetivo de que el ciclismo colombiano volviera a brillar. Fueron pioneros con el tema de la potencia, un proceso que duró diez años. El último ciclista que sacaron fue a Sergio Higuita. El profe lo entrenó seis años confirmando que su método, del que se siente más que orgulloso, es convincente ante el mundo. Colombia, además de flores, café, turismo y dos mares, tenía ciclismo y pasión por lo que hacían, una combinación que resultó ser perfecta en el equipo Colombia es Pasión.

La imagen de Colombia es reconocida en el ciclismo, pero a la vez ha sido opacada por casos de dopaje, siendo la segunda nación en el mundo, afectando las relaciones con la empresa privada. Muchas son reticentes a invertir en un deporte empañado por estos escándalos. La ética es inherente al deporte y, cuando empezaron el proyecto Colombia es Pasión, eso era lo más importante. Tenían un lema: “Derechos con los recursos públicos, trabajo en equipo y cero tolerancia al dopaje”. Cuando el profe estaba en el equipo Postobón como director deportivo, hubo dos dopados; muchachos

que se dejaron convencer de asesores y por eso él no se siente responsable de esa debacle. Cuando uno de esos ciclistas le dijo: “Sí, *me dejé embaucar*”, le contestó: “Deles los nombres a las autoridades competentes”. A cada uno de esos corredores los sancionaron por cuatro años sin poder correr. En Colombia no hay legislación que castigue ese comportamiento. Nairo, con respecto al tema, decía: “A mí me enseñaron el camino largo; me enseñaron que mi talento valía y a través de esfuerzos largos se puede llegar”. Esto lo decía tal vez porque, desde los años ochenta, al colombiano se le disparó lo que llamo la “inmediatez”. Un papá tiene un hijo ciclista, y lo primero que dice es: “Es World Tour, le gana a no sé quién”. Muchas veces, los seres humanos queremos todo de la noche a la mañana, por eso en nuestro país existe y persiste el narcotráfico, las “bambas” de oro, los carros lujosos, el dinero fácil que, así como llega, se esfuma.

El profe comenta lo que les decía: “Muchachos, uno necesita entrenamiento, hay que fortalecer esto”, no les gustaba para nada la parte pedagógica. Cada vez que el profe veía una respuesta negativa por parte de los padres, después de la charla técnica, hacía que se abrazaran y en caravana, fueran por el hotel saltando y exclamando: “¡Por mi país, por mi familia y por mi equipo!”. Antes de enseñar la parte táctica, se les debe educar, se les debe orientar cómo comportarse, cómo tomar decisiones. Al ciclista le gusta que le hablen y el profe siempre usaba analogías antes de las etapas y los dejaba pensando. La intención suya, además de sacar buenos corredores, era formar buenas personas, con compromiso social, confiando en sus condiciones. Los instaba a que fueran competentes, no competitivos. Se vive como se corre y se corre como se vive; si usted es desordenado, también lo es en la carretera. Si el ciclista no se vuelve competente, el ciclismo lo deja. Un ciclista integral, además de aprender tecnología, debe saber hablar, comer, debe querer el país, es la imagen de una sociedad; por lo tanto, no puede ser mal ejemplo para nadie y dopándose echa por la borda todos los principios que le permitirán tener un buen retiro. En vez de sustancias prohibidas, lo suyo siempre es la educación, la academia y la cultura. El dopaje tiene dos amenazas: la falta de educación y el tema social.

Si se es permeable socialmente, se está expuesto. Influyen las palabras que se digan en casa; los mensajes que se vean; la falta de apoyo en la parte moral o ética. Si escuchan todos los días: “Usted es un vago, dedíquese a estudiar o consiga trabajo”. Lo primero que se cuestiona un joven es: “Yo quiero el deporte, ¿qué hago? ¿Cómo acorto los procesos? ¿Será que me dopo? Vea, el otro ganó y usted no ha ganado nada”. Todo eso induce al dopaje. Dentro de las historias que viven los ciclistas que comienzan, el entrenador tiene que servir de cauterizador y no de manipulador de la realidad. Debe ser un hacedor de una realidad diferente para no perder al ser humano, para no perder la ética. Los padres, ahora, presionan mucho a los jóvenes a que ganen cosas rápidamente. Muchos de esos padres no apoyan, sino que insultan a sus hijos después de las carreras. El ciclismo se volvió popular y buena fuente de entradas. También hay historias de lo contrario: el papá dañándole la bicicleta al hijo a machete para que no fuera a entrenar, gritándole: “¡Vago!”.

Hubo un momento en el que personajes como el profe demostraron que, con talento, metodología y ciencia, Colombia podía estar a la par del ciclismo mundial. Y fue entonces cuando empezaron en el nuevo equipo de Nairo el proceso para el Tour de L’Avenir 2009. Antes de ese año, los equipos podían participar si tenían plata. Después había que ir a la Copa de las Naciones para hacer puntos y estar dentro de las 18 mejores selecciones del mundo, y a eso era a lo que le apuntaba el equipo Colombia es Pasión. No era fácil, para el ciclista joven, el miedo más grande es el fracaso. El miedo hay que tenerlo atrás para que lo empuje, no adelante para que lo detenga. Constantemente, los muchachos decían: “Profe, ¿usted cómo me ve? ¿A mí qué me falta? ¿Cómo me ve en esa etapa? ¿Qué piensa que puedo hacer?”. Llevaban un mes entrenando y querían verse en dos o tres años. Muchos le decían “yo no tengo plan B, mi plan A es ciclismo, así que ayúdeme”.

La primera carrera que el profe hizo con Nairo, la recuerda como si hubiera sido hace un par de horas. De su mano, Nairo corrió la Vuelta al Valle. Ahí descubrió, además de su potencial, lo organizado y obediente que era.

Esa vez en una etapa contrarreloj, el profe le dijo solo a él que su meta era alcanzar a Sergio Luis Henao, que había partido dos minutos antes; al final de la etapa, “Checho”, como conocen en el ambiente a Sergio Luis, le hizo el reclamo, preguntándole quién era ese “pelado”. Era Nairo Quintana. En el fondo, Nairo necesitaba ganarle porque Sergio Luis ese año había abandonado el equipo Colombia es Pasión, y Luisa Fernanda lo sentía como una traición: “Tranquila, que yo le voy a ganar a Henao”, le prometió Nairo, y lo cumplió. De esa forma, Nairo recuperaba el orgullo mancillado de Luisa.

Luego el profe fue a correr con Nairo en Canadá. Llegaron a competir con la soga al cuello: si en esa carrera no entraban dentro de los tres primeros, Colombia se quedaba por fuera del Tour de l’Avenir. Era una carrera plana con algunos repechos. La idea era ganar la última etapa, y a Nairo lo pasaron faltando diez metros, en una subida a un puente. Quedó súper frustrado; tanto que al profe le tocó hablar con la psicóloga del equipo, lo animaron, le dijeron que se tenían que centrar en la preparación del Tour de l’Avenir porque Nairo podía ganarlo. ¡Clasificamos! Hubo una cena para los países, agradeciendo la intervención en la Copa de las Naciones, y luego una fiesta a la que Nairo no quiso ir, argumentaba que él no se merecía estar en esa fiesta, él no había ganado nada”, pero ganó el equipo, le contestó el profe. Entonces Nairo le respondió: “Voy a seguir trabajando para el Tour de l’Avenir como usted me dijo, me voy a centrar en ello”.



Tour de l'Avenir

Ese día comenzaría Nairo su preparación para competir en El Tour de l'Avenir 2010. Como el equipo contaba con buenos recursos, pudieron viajar a competir también en Portugal, España y Francia, logrando, además de la clasificación, una buena base de entrenamiento. Nairo estaba acompañado de un tremendo equipo, con figuras como Esteban Chaves, Pantano y Atapuma.

Para esa carrera también se preparaban grandes ciclistas del momento: Sagan, Pinot, Bardet, Kwiatkowski, Kelderman, Landa y Talansky, entre muchos otros, la crema del ciclismo. Más del cincuenta por ciento de los participantes ese año subirían a la categoría Pro Tour. Para Nairo, era una vitrina mundial, y su intención era demostrar lo que tanto había soñado subiendo el Alto del Sote: ser un campeón para su tierra, su gente y su país. Pero como sin traspies no hay sueño cumplido, tendría el primero en ese Tour de l'Avenir cuando vio, en una subida, a un ciclista francés pegarle a Sebastián Salazar, compañero de equipo. Nairo lo empujó contra una cuneta, se bajó de la bicicleta y lo enfrentó. Antes de que Nairo tirara el primer puño, el ciclista, en su idioma, les pidió disculpas.

No era fácil correr en Europa. Los colombianos tenían fama de no saber bajar. Para los europeos, el colombiano no sabía correr y ocasionaba accidentes. En la segunda etapa, en una bajada comenzó a llover, los ciclistas rodaban enfilados y el gran contrarrelojero estadounidense Taylor Phinney, que iba atrás de Chaves, se sobró de rueda, ocasionando una caída impresionante. Talansky, compañero de Phinney, hablando en español, comenzó a gritar: “¡Colombianos, hijos de puta, no saben correr!, han tirado al líder”. Desde ese día, se casó una pelea entre los de los equipos europeos y los ciclistas latinoamericanos.

La diferencia entre Nairo y otros corredores, como los europeos, es que Nairo no tiene filtros, cuando lo hacen enojar, no tiene estrategia. Así como en el colegio, era el mejor para los puños cuando se trataba de defender a una niña que luego ni agradecía, también en las competencias se bajaba de la bicicleta dispuesto a dar su mejor golpe para defender a alguno de su equipo. Y esto supieron aprovecharlo sus adversarios para ganar tiempo que Nairo perdía. Ni siquiera sabemos si cuando le decían “colombiano, hijo de puta”, era justamente para hacerlo enojar y perder concentración. Todo esto solo habla del corazón que tiene Nairo, no se deja provocar, pero si se meten con uno de los suyos, con los de su equipo, es como si se metieran con él, y una ofensa como esa no es algo que dejaría pasar.

Luisa Fernanda también recuerda la carrera con una memoria prodigiosa. El profe Saldarriaga la llamó un par de horas antes de que arrancara esa penúltima etapa, y le advirtió que era necesario hacer algo porque todo parecía indicar que iban a perder la carrera. Atapuma, que era su líder, ya se había caído y había perdido muchísimo tiempo. En ese momento, se acerca Nairo y les dice a los dos: “Tranquilos que yo me gano este Tour, yo me lo voy a ganar, no se preocupen”. Y a pesar de que Nairo argumentaba que, en el equipo, por ser del campo, se la tenían montada, le tenían bronca y nadie le ayudaba y se burlaban de él por ser boyacense, la dirigencia hacía lo imposible para que Nairo se adaptara. El ambiente era bueno entre el equipo y los muchachos jóvenes, pero en la pretemporada había sucedido algo que

no dejaba que en la competencia ese ambiente se reflejara. Todo provenía de una idea, para unos sabia, para otros no, de mezclar a los ciclistas jóvenes con los experimentados, y eso, a la larga, por culpa de un ciclista experimentado que tenía otro interés, afectaba al equipo. Sin embargo, ese ambiente hostil no pudo destruir la garra, la fuerza, la pasión, el empuje y las ganas de ganar que tenía Nairo.

Lo que sí destruyó tanto en esa carrera, como en otras que vinieron después, fue la relación de Nairo con otros ciclistas. Nairo se tomaba las cosas a modo personal, no tenía malicia y, cuando piensa en retrospectiva, llega a una triste conclusión:

“Siento que, con el transcurrir de los años, sí me gané varios enemigos. Y enemigos que hoy andan por ahí, con la firme intención de hacerme daño”.

En Los Alpes, en la penúltima etapa que terminaba en Risoul, iban enfilados todos los ciclistas subiendo, mientras Taylor Phinney tiraba del grupo con la intención de reventar a Nairo y sacarlo del camino. Querían a Talansky en primer lugar de la general. Tal sería el esfuerzo que hizo Taylor, que cuando llegó al pie de la montaña, paró y se sentó a descansar. Al ver esa oportunidad, Nairo recordó la promesa que había hecho y apretó y cuando vio que nadie lo seguía –recordando cómo en las curvas del Alto del Sote alcanzaba a divisar el humo que salía por el buitrón de su casa, anunciando que el agua de panela con almojábana preparada por su mamá, lo esperaban–, subió y subió como nunca antes lo había hecho, para tomarle un buen tiempo a Talansky, segundo en la general.

Faltaba correr la última etapa. Una cronoescalada de más de 20 kilómetros.

Estaba calentando en mi rodillo, al lado de nuestra caravana, y Talansky pasó diciéndome “te voy a acabar”. Yo pensé: ¿cómo este desgraciado me viene a ofender cuando le he ganado limpiamente? Me dije: “no puede ser cierto, se está equivocando conmigo”.

Tenía una bicicleta espectacular y me había adaptado a ella. Salí, pasé la rotonda y comencé a subir. La sensación era buena, muy buena, a tope. Pero cuando el carro se acercó y Saldarriaga me dijo: “no, hermano, ese man, Talansky, le va ganando a todo el mundo, va volando, y yo: “no puede ser que vaya más rápido de lo que estoy corriendo”. Comencé a apretar y luego el carro se acercó para que el profe Saldarriaga me dijera: “no, que ahora va ganando usted”, entonces le di más duro, tanto que casi alcanzo a Talansky. Gané la crono y gané el Tour de l’Avenir, pero fue triste. Estaban aburridos de que les hubiera ganado un colombiano. En el pódium no hubo prácticamente nadie; estaba vacío, la única que gritaba con alegría era Luisa Fernanda.

Desde la óptica del profe Saldarriaga, y desde su carro la historia es muy parecida:

Al Tour de l’Avenir 2010 llevamos 6 corredores. Ese año se partió la historia del ciclismo colombiano en dos. Fue un triunfo contundente: ganamos por equipos, la montaña y la general. Hicimos uno y tres en la general. El Tour lo ganó Nairo, segundo Talansky, tercero Pantano, quinto Mikel Landa. Un Tour muy bonito, trabajamos mucho la parte psicológica, logrando compenetrar un excelente equipo. Después de 25 años que no ganábamos un Tour de l’Avenir, aparecieron figuras como Atapuma, Pantano, Nairo, Chávez. Recuerdo que, faltando dos días para la última etapa, la psicóloga me preguntó: “¿qué vas a hacer en cuanto a la táctica?” Le respondí: “voy a hacer esto y esto, pero tengo la duda con un corredor”. Me dijo: “no hay ningún problema, envíame los chicos a la camioneta, y les hago un test”. Después de hacerles el test, me pasó un informe de cómo estaba cada uno. En medio de la charla técnica que había organizado, les dije: “Nairo, tienes que atacar desde abajo porque tú eres la tercera opción por tiempo”. Pantano estaba a 20 segundos, Atapuma a un minuto y Nairo a un minuto y cuarenta segundos, así que tenía que atacar de primero. Si mando a atacar al que estaba a 20 segundos, podía fallar y se dañaba todo.

Apenas empezó la subida, atacó Nairo, como estaba previsto, y ya lo iban a alcanzar, y yo rogando para que no se le olvidaran las palabras que le había dicho: “usted tiene muy buen cambio de ritmo, si se le acercan, cambie de ritmo, no se entregue”. Nairo cambió de ritmo y ahí empezaron a decir los de la radio del Tour, “vingt segundos” “treinta segundos”, “une minute” ¡Un minuto! y yo: “eso es de nosotros”. Terminó la etapa, la ganamos con buen liderato y, después de la celebración, me dice la psicóloga: “he notado a algunos corredores muy relajados, tienes que hablarles”. Hicimos una reunión pedagógica y una primera conclusión fue que el espíritu de lucha de todos nos había llevado al primer lugar, primando la honestidad en el trabajo. Pensando en las palabras de la psicóloga, también les dije: este es el día más importante del ciclismo colombiano en los próximos 10 años, ustedes tienen una responsabilidad con Colombia para que venda más café, exporte más, vengan más extranjeros, no quiero que se relajen; quiero por favor que cada uno se vaya a dormir y piense que mañana es un día especial para Colombia, vamos a cambiar su historia, vamos a ganar este Tour.

El equipo de Estados Unidos había contratado al entrenador de Lance Armstrong, Johan Bruyneel. La última etapa era una contrarreloj y se corría en la tarde. Ese día el profe no los llevó a entrenar, los dejó dormir hasta tarde, programó el desayuno para después de que hicieran rodillo. Los ciclistas de los otros países, que salían con sus bicicletas a entrenar en carretera, los miraban. ¿Estos qué? ¿Están locos? Luego los hizo bajar en bici, despacio, curva por curva, mostrándoles el recorrido a los muchachos, los vio tranquilos. Nairo salió de amarillo. A los que fueran terminando, les pidió que regresaran a animar a Nairo. Dejó a la psicóloga donde comenzaba la cuesta, al masajista más adelante, al otro masajista y a un amigo más arriba, tenían acompañamiento casi toda la subida, porque como fuera, tenían que ganarle a Talansky, a Domoulin, Matteus, Mikel Landa, Bardet, a los mejores del ciclismo juvenil en ese momento. El profe le dijo a Camilo Suárez, uno de sus corredores: “Camilo, necesito que hagas la contrarreloj a full”, le respondió: “No, profe, estoy cansado”. El profe le insistió: “Necesito

porque hay un corredor de nosotros que no lo veo bien, no lo veo muy bien mentalmente, y nosotros nos estamos peleando la clasificación por equipos con Estados Unidos, y no la voy a perder en la última etapa”. Al final con Nairo, se ganó la etapa, el Tour, la montaña y por equipos. Esa vez, antes de que saliera en la contrarreloj, el profe le dijo a Nairo unas palabras que aún le retumban en la cabeza: “Nairo, tú eres muy buen corredor, pero ¿sabes qué? estás acorazado, como si tuvieras frío, como si tuvieras ruana, quítate la ruana, quiero que, como un león, te enfurezcas en la carretera”.

Y hasta el día de hoy así lo ha demostrado. El tema de ese Tour no era solo ganarlo, sino, de paso, taparles la boca a muchos ciclistas y algunos directores racistas que, comenzando las etapas, les gritaban improperios a los ciclistas colombianos. No los bajaban de coqueros, de hijos de puta, y eso para un muchacho que está empezando, además de molesto, es incomprendible. Tanto que Nairo en una etapa tuvo su encuentro con un ciclista por esos malos tratos. Eran descarados y más en ese Tour de l’Avenir 2010, había dos equipos franceses y en un momento se unieron para intentar dominar la carrera. Era tanto el *bullying* con los corredores colombianos que el profe muy molesto le dijo a cada uno: “¿Usted cuántas güevas tiene?” “Dos”. “¿Usted cuántas tiene?” “Dos”; “van cuatro, ¿usted?” “Dos”, “van 6. ¿Cuántas entre todos?” “12”. O sea, que una güeva para cada francés. ¡Se acabaron las disculpas! ¡A ganar el Tour!”.

Sus ciclistas se rieron, pero en ese momento el profe debía infundirles fuerza, ánimo, fortaleza, *y así lo hizo*. Lo mismo le pasó cuando Nairo le contó que un ciclista se la pasaba diciéndole enano. Muy serio el profe, con sus palabras, le respondió que el enano era *él* (el ciclista que se le burlaba) que no pudo ganarse un Tour de l’Avenir. Nairo es y será siempre un grande del ciclismo colombiano y así lo ha demostrado.

Hacia más de 30 años un colombiano no había vuelto a figurar en esa carrera tan importante para el ciclismo mundial. Las estadísticas muestran que los que ganan el Tour de l’Avenir, ganan el Tour de Francia.

Otra de las anécdotas más conmovedoras la recuerda Luisa Fernanda ante la propuesta de uno de los dirigentes del equipo que los había acompañado. ¿Qué quieren los del equipo, que quiere Nairo? Y Nairo respondió: “Yo quiero conocer el mar”. El día que Nairo lo conoció, lo recuerda como uno de los días más felices de su vida.

Con esa pompa, Nairo sería recibido en Colombia como héroe. Sin embargo, la noche que llegó a Bogotá, el primero que apareció en el hotel, borracho, fue don Luis. Luisa Fernanda no sabía qué hacer, aunque entendía que el papá estaba en su derecho, también sabía que exponerle ante la prensa podría convertirse en un papelón que no estaba dispuesta a enfrentar. Luisa Fernanda empezaba a visualizar el futuro de Nairo y que lo vieran con el papá borracho, no era precisamente una buena publicidad. Nairo adora a su papá y no lo juzga, simplemente porque, como él mismo dice: “Es un ser humano, con errores y aciertos”. Le preocupaba que, de ahora en adelante, cada carrera que él ganara se fuera a repetir la misma situación y Nairo tenía unas obligaciones que, esté o no esté de acuerdo, nunca las debía dejar. Para Luisa Fernanda, que veía a Nairo como un chico rebelde, le admiraba y le admira la capacidad para cumplir sus compromisos, esté de acuerdo o no lo esté. Para Nairo es muy claro que le pagan por hacer, no para ser. Y a partir de esta competencia, vendrían muchos cambios para que todo pudiera fluir, y entre esos cambios estaba el comportamiento de la familia. Los primeros que tendrían que aceptar que tenían un campeón en casa, eran los Quintana, en particular don Luis.

Otro que no sabía nada de protocolos, ni le interesaba saberlo, era Nairo. Era y sigue siendo un muchacho auténtico. Los protocolos no lo dejan expresarse tal cual como se siente y eso es algo que no le interesa cambiar. La mañana siguiente, antes del recibimiento en la casa del Presidente, Nairo se llenó de valor y le comentó a Luisa que, así como él había logrado triunfos para el país, el país y su Presidente, necesitaba retribuírselo de alguna manera. Luisa le dijo que lo mejor era que esas cosas se dieran en su debido tiempo, pero una cosa era lo que pensaba Luisa y otra muy distinta Nairo.

Él, como sus compañeros, tenían conciencia de haber ganado una competencia importante dentro del mundo ciclista, pero no esperaban que trascendiera a todas las esferas de la vida nacional. Desde el hotel, que estaba a unos metros del aeropuerto, fueron trasladados por las autoridades por las vías importantes de Bogotá hasta el centro político y administrativo del país, donde los recibió el Presidente de la época, para darles las respectivas felicitaciones. Luego de los abrazos y la foto presidencial, vino la sorpresa para todos. Nairo se acercó al Presidente con una lista de necesidades que había elaborado la noche anterior con su padre: “Vea señor Presidente, tengo un hermano que está en el ejército y necesito que me lo traslade porque está en la zona más caliente que es el Caguán, echando bala. Dos, que me dé una casa propia para vivir, tres, que me ayude a colocar a mis hermanas en algún trabajo”.

Al salir del recibimiento con el Presidente, Nairo se acercó a Luisa y le comentó que estaba nervioso, sabía que tenía que ir a su tierra, pero lo atormentaba la idea de que Paola lo echara porque su papá no lo quería en la vida de su hija. Las palabras de Luisa, que le aseguró que cuando llegara a su vereda, en el carro de los bomberos sería visto por todos como un héroe, el suegro lo iba a querer, fueron un bálsamo en ese momento para Nairo.

Y aunque el recibimiento en Tunja fue por todo lo alto, era Paola la dueña de todas sus miradas. Ella estaba entre la gente, no se hacía notar. Siempre discreta. Se había escapado del colegio para admirar a quien es su hermoso héroe. Verla dentro del público le daría fuerza a Nairo para hacer lo que descubriría le gustaba: dar discursos sin prepararlos. Lo que piensa y siente, lo dice; a veces cae bien, a veces cae mal, dependiendo la ocasión. Al final de la celebración, Luisa recibió una llamada de Nairo, en ella le confirmaba que Paola lo había echado, argumentando que no iba a tolerar que él fuera el centro de todas las miradas en el pueblo.

Y es así como Nairo, que hacía unos días apenas se estaba enfrentando a ciclistas de talla mundial, que peleaban con él por clasistas, por xenófobos o

simplemente por sentirse con el derecho de maltratarlo y les había callado la boca con su triunfo, ahora se enfrentaba a los celos de la mujer de su vida. Con lo pasado pudo y bien, pero ahora no sabía cómo enfrentarse a los celos de Paola. Y eso es algo que le tocaba aprender, porque ella era, es y seguirá siendo la mujer de su vida.



Alfredo Quintana y el Mono Jojoy

Cuando Nairo ganó el Tour de l'Avenir, para Alfredo, además de ser una alegría, también fue una satisfacción, pues le calló la boca a más de uno. Por esos días, Alfredo estaba en un sector cercano donde operaba el Mono Jojoy, jefe guerrillero de las antiguas Farc, y llegaron un día con la noticia de que lo tenían que sacar de la zona. Alfredo no entendía, pensó que se había muerto algún familiar, era la única manera de que lo sacaran. Estaban a diecisiete kilómetros de donde dieron de baja al Mono Jojoy. Alfredo, con el corazón en la boca, quería saber qué pasaba, cuando por radio le preguntaron si era hermano de Nairo Quintana, el ciclista. Pensó lo peor. Se desesperó tanto que terminó gritando a su interlocutor. Cuatro batallones escucharon cómo echaba madres esperando que le dijeran qué había pasado con su hermano, hasta que hicieron el enlace.

Me dijeron que había ganado el Tour de l'Avenir y yo no creía, creí que le había pasado algo malo. No habíamos escuchado nada de la carrera en esa selva, ahí el radio no coge nada. Ahí cogía la emisora del Ejército y la de las Farc, nada más.

Cuando Nairo viajó a Europa para competir en esa carrera, coincidió el viaje de Alfredo a Tolemaida. La despedida estuvo matizada por una mezcla de sentimientos; por un lado, alegría, pero por otro, tristeza y a la vez preocupación. A Alfredo le preocupaba que su hermano se fuera a *destortillar* en esas carreteras de Europa, y a Nairo le preocupaba a qué lugar de la convulsionada Colombia iban a mandar a su hermano a patrullar. Los dos, hasta el día de hoy, en cierta manera, se juegan la vida, uno con la bicicleta y el otro, con el fusil. Al final, ambos ganaron: Alfredo fue sacado a Bogotá y Nairo ganó el Tour de l'Avenir.

El traslado de Alfredo a Bogotá no fue fácil. Por lo que se estaba viviendo en el área, lo mejor era poco movimiento de helicópteros y sacarlo requería un manejo discreto.

La idea era que me sacaran de la zona como se sacan los heridos. Mi sección tenía que hacer un espacio de 5 x 5 para descargar una camilla, y ahí debía colgarme para que me sacaran. Pero no se pudo. Me tocó esperar hasta que llegaran los abastecimientos. Ya en ese avión salí de la zona.

Por el triunfo de Nairo, Alfredo se volvió famoso en la tropa. Lo invitaban a los programas de radio que tiene el ejército y terminó comentando sobre cómo su hermano se había vuelto un campeón.

El comandante de la brigada tenía un programa y decía: pásenme al hermano de Nairo, que yo ahorita no soy Pinzón, su coronel, ahora soy Quintana Pinzón”, y ahí me volví popular en los programas.

Después de que Alfredo salió en el avión de abastecimiento, llegaron a La Macarena, Meta, y de ahí en helicóptero a Tolemaida. A la base llegó en horas de la tarde, estaban en plena operación en contra del cabecilla guerrillero, el Mono Jojoy, era tarde y le dijeron: “Mañana lo atendemos temprano, traiga sus cosas, recoja lo suyo que se va”.

Al día siguiente, amanecieron con lo de la muerte del Mono Jojoy, nadie atendía a nadie, las órdenes eran “lleve esto, traiga esto”, era un movimiento de tropas, una locura. No había dormido mucho, no tenía cobija, ni nada, ya en la tarde por fin pude entregar mis cosas y salí a las 6 de la tarde de Tolemaida, rumbo a Bogotá y luego a Tunja.

A Alfredo le dieron diez días de permiso. “Váyase para la casa a acompañar a su hermano”. Una labor difícil, pasar de la inhóspita selva a las comodidades de los grandes salones donde se reunía Nairo con la “crema y nata” del ciclismo colombiano. Para Alfredo era algo nuevo, algo a lo que no estaba acostumbrado.

Después de los 10 días de permiso que le dio la institución, fue trasladado a Bogotá, y allí tuvo que enfrentar una situación más difícil que la que vivía todos los días en las profundidades de la selva; tanto que llegó a pensar en pedir la baja.

No había el candelero de la selva, pero había otra clase de guerra en Bogotá. Los que llevaban tiempo en el batallón, pensaban que nosotros siquiera habíamos patrullado y me trataban con recelo por ser nuevo en esa unidad; un compañero me robó las llaves del carro, otro me robó el repuesto. Llegaba a dormir y no encontraba el colchón; me escondían las cosas, había que pagar un peaje por nuevo. Yo venía de una unidad donde todos, así hubiera pánico y zozobra, éramos uno solo, dejaba mis cosas tiradas y otro las recogía, no se perdía nada.

Cuando llegué trasladado a Bogotá, querían saber quién era el hermano de Nairo Quintana. Por un lado, es bueno que lo conozcan a uno, pero también genera mucha envidia.

Otro problema para Alfredo surgió cuando los jefes de división le exigían que debía llevar a Nairo para que estuviera en los actos militares; a veces, Nairo los acompañaba, pero en otras oportunidades, no podía por los

compromisos y, cuando no podía, era un grave problema para él al punto de que tuvo que enfrentarse con sus jefes y decirles que llamaran directamente a su hermano. Lo salvó que hubo cambio de jefes y eso mejoró la situación, no solo porque no se sentía presionado por ser hermano de Nairo, sino que, siendo conductor, en ocasiones podía llevar el carro a la casa y estar con su esposa e hijos.

“Estoy casado, tengo dos hijos. El esposo de mi hermana, la mayor, es hermano de mi esposa; o sea, él se me llevó mi hermana y yo no me dejé, me le llevé la de él”, recuerda riendo.

La Gobernación

Cuando Nairo quedó campeón, aceptamos que la Gobernación de Boyacá organizara el evento con sus respectivos discursos, llenos de hipocresía. Realmente no habían hecho nada para que Nairo lograra ese triunfo. Por nuestra voluntad de ser gentiles y caballeros, lo hicimos, después de que ellos le habían quitado el sueldo del sudor de su trabajo, después de que nos cerraron la puerta de la Gobernación, y no obtuvimos una ayuda para nada.

Y de nuevo se repetía la constante en la vida de Nairo. La vida le había dado algo muy importante. El triunfo en el Tour de l'Avenir de la mano de su nuevo equipo, pero también le había quitado hacía unos meses algo que era fundamental para vivir: el sueldo.

Don Luis le agradece a Víctor Hugo Silva, alcalde de Arcabuco, que les extendió la mano, a Rúsbel Achagua, a Jaime Poveda, concejal, a Raúl Malagón, quienes fueron artífices para que Nairo pudiera mostrar el potencial con el que había nacido.

A ellos sí, en el alma, les agradezco. La vida de Nairo fue en parte por su apoyo, y sé que mi hermano también lo piensa así. Nunca lo pensé. Nos cogió de sorpresa cuando prendimos el televisor y estaba en primera página la noticia: campeón del Tour de l'Avenir, el colombiano Nairo Quintana.

A don Luis, la noticia le cambiaría su rutina y la de su familia. De un momento a otro, su vida, como la de la mayoría del pueblo colombiano, que tiene que trabajar desde temprano para sostener a sus familias, cambiaba de privada a pública. Por su casa aparecieron los medios de comunicación y, sin estar preparado, trató de salir a flote ante la andanada de preguntas que hacían los periodistas.

Fuimos víctimas de algunos medios; no estábamos acostumbrados. Los medios gozan viendo las personas del campo hablar cuestiones que no se deben decir en la televisión; sin embargo, no me pesa, son experiencias de las que se aprende.

El triunfo de Nairo llenó de orgullo a don Luis. Veía recompensados esfuerzos hechos para que fuera lo que empezaba a ser su hijo en carreras tan exigentes como las que se corren en Europa. Recordaba cuando lo alzaba en brazos para enseñarle a dar sus primeros pasos y verlo ahora a través de la pantalla. ¡Campeón en Francia, era increíble! Para tener momentos como esos, se necesita mucho esfuerzo, pero cuando pasan, la emoción supera cualquier recuerdo de dolor. Se sienten ganas de llorar cuando se ve que su creación logra, no lo impuesto como meta, sino todo lo que puede dar. Por ese triunfo empezaría la admiración real por Nairo, no solo de sus vecinos y paisanos, sino de todo un país con hambre de victorias. Por ese triunfo hubo un gran recibimiento y reconocimientos, que son importantes, pero para un papá, lo más importante son las palabras que, después de esa gran victoria, abrazándolo, le decía su hijo:

Papasito, yo quiero que vuelva a ser lo que fue antes, y quiero que sumercé esté en Europa conmigo; yo quiero que no se desparte de mí, que yo voy a dar más rendimiento si sumercé está conmigo.

El triunfo de Nairo despertaría el interés de varios equipos europeos que se dieron a la tarea de observarlo, para corroborar que el triunfo no había sido cuestión de suerte.

Lo que más impresiona a un deportista desconocido, cuando lleva a cabo una hazaña, es el cambio que tiene su vida. La gente, creyendo que era un millonario, se acercaba a pedirle ayuda o le planteaban grandes negocios de inversión. Nairo recibía llamadas desde las dos de la mañana ofreciéndole carros, apartamentos, fincas, ganado y más negocios. Había gente esperándolo desde las cuatro de la mañana en la casa para plantearle sociedades de todo tipo. Nairo ni siquiera había recibido el premio. No tenía idea de cuánto era. De eso se encargaba el equipo: de recogerlo y luego repartirlo entre todos. Realmente son premios simbólicos. A raíz de ese triunfo, además de llenarse de medallas, reconocimientos y propuestas de todo tipo, se llenó de invitaciones a compartir su historia en charlas motivacionales, contando cómo había hecho para crecer como deportista. Con el pasar de los días, se dio cuenta de que su fama iba creciendo. Lo tomó con calma; no quería olvidar sus raíces, ni su origen y menos a Paola, con quien llevaba un noviazgo casi oculto de tres años.

Para Nairo, la realidad comenzaba a aterrizar. La gente piensa que ganar una competencia importante, es ganarse la lotería, pero no es así. La lotería es cuestión de suerte. Una competencia es cuestión de esfuerzo. Y puede cambiar la vida, pero en el caso de Nairo, no cambió su personalidad. A pesar del triunfo, él siguió siendo un muchacho sencillo, con ambiciones sí, pero sin pretensiones. Ni siquiera sabía cuánto era el premio y ni le importaba. Era más importante ganar por su país.



Belmer: con lo que me gane, le pago

Cuando Belmer, el cuñado de Nairo, se vinculó a la Secretaría de Educación, trabajó cinco años como profesor en el occidente de Boyacá, una zona esmeraldera a la que habían ido a parar muchos jóvenes de la vereda donde creció él y Nairo. A esa zona ningún docente quería ir, y a él, no le quedó de otra: o era Occidente o era Occidente. En esa convulsionada zona, siempre ha existido una guerra entre esmeralderos, paramilitares y narcotraficantes. En esa guerra habían matado profesores y, cuando Belmer llegó, solo se escuchaban historias de paramilitares, guerrilleros y ejércitos privados de esmeralderos.

Belmer vio y vivió en algún momento las fiestas del pueblo y también, cómo a muchos de esos que había conocido en la niñez, les decían los “duros”. Los identificó porque a su lado cada uno tenía su ejército de hombres armados que los protegían. Muchos de esos duros fueron muchachos con los que se había criado. Para aquel entonces, uno de los esmeralderos más renombrado era el famoso Pedro Orejas. Cuando llegaba “don Pedro”, había whisky y cerveza para todo el mundo. Se trataba nada más y nada menos que de un importante esmeraldero, protagonista de la denominada Guerra Verde en esta región del país, durante los años ochenta, noventa y dos mil.

Su guerra también llegó al radar de la justicia de Estados Unidos, que terminaría acusándolo de enviar cocaína a ese país entre los años 2002 y 2015, utilizando como fachada la industria de las esmeraldas.

Pedro Orejas nació sobre un suelo que escondía esmeraldas que, para los nacidos ahí, significaba riqueza y poder. Llegó al negocio de las esmeraldas a la misma edad que Nairo llegó al de las bicicletas: entre 13 y 15 años. Su gran motivación era la misma de la mitad de la región, hacerse rico de la noche a la mañana. Sus hermanos mayores, fanáticos del ciclismo, también probaron como gUAQUEROS en una de las grandes minas de esmeraldas en Boyacá. De esa misma mina salió la Guinness Emerald Crystal, de 1.759 quilates. En toda la región no hay un solo habitante de esa tierra que en algún momento de su vida no sueñe con cavar y encontrarse una esmeralda igual o más poderosa.

Durante el reinado en la zona de Víctor Carranza, el mayor esmeraldero de la época, el clan de Pedro Orejas se convirtió en su principal socio y a la postre en su enemigo. Ya en los años siguientes, tenía una estructura capaz de disputarse con el zar de las esmeraldas, Víctor Carranza, el negocio esmeraldero. Algo que no se debe mezclar se mezcló y el resultado fue la guerra entre ellos. A esa guerra se sumaban o restaban nombres de otro linaje. Las ansias de poder de unos y otros los llevaron a revolver el negocio de las esmeraldas con el de la exportación de cocaína a Estados Unidos.

A don Pedro, como lo llaman muchos, en algún momento de la historia lo capturaron en Bogotá, si las autoridades entraban a la zona a capturarlo, la gente no iba a dejar que se lo llevaran. Para ellos, eran dioses que se podían mover por la región a sus anchas, sin que nadie los pudiera tocar, y de esto da fe Belmer, que tuvo que vivir con esta situación a diario.

El colegio al que llegué era público. Dictaba clases a todos los alumnos de bachillerato, muchachos entre 11 y 18 años. Tratar de convencerlos de que terminaran el bachillerato era difícil. Desde los quince años querían

ir a trabajar a La Pita, una mina famosa por la cantidad de esmeralda que guardaba bajo tierra. Donde me “pite”, profe, lo invito a whisky y viejas. En ese tiempo en televisión, cuenta Belmer, emitían la serie El cartel de los sapos, y todos eran embobados viéndola. Mis alumnos me decían: “profe, mire, se llenan de plata rápido y no hay que trabajar ni estudiar tanto. Si a uno le “pita” una pepa, se vuelve patrón”.

Para esos muchachos, la mayor felicidad era “enguacarse”, o sea, encontrarse una piedra preciosa. Cuando lo hacen, compran dos casas, una camioneta, whisky y viejas. Y así sucedió con varios. Sus alumnos y exalumnos eran felices cuando tenían para una botella de Old Parr. Tomar Old Parr es de patrones, le decían. Eso “parece” ha cambiado mucho, si es que se puede llamar cambio. Los que cultivaban mata de coca ahora tienen un auxilio del gobierno. Entonces nadie en la casa trabaja; los señores, menos. Todos esperan que llegue el auxilio del gobierno. Tienen cultivos de guayaba, naranja, aguacate, pero no quieren arreglarlos y abonarlos, piensan que lo importante es el auxilio. Con esa política, los patrones se siguen lucrando y, los de abajo, siguen siendo los mismos pobres.

Cuando Nairo ganó el Tour de l’Avenir, Belmer estaba en Pauna, al occidente de Boyacá. Estaba seguro de que Nairo había terminado con su hermana, o al menos eso creía, porque cuando le preguntó a su hermana por él, le dijo: “Ya terminé con Nairo, me voy a dedicar a estudiar, ¡yo qué novio!”. A Belmer le pareció que esa decisión de su hermana era la mejor. La sorpresa fue que cuando Nairo ganó aquella carrera, él iba por una calle de Pauna, cuando le entró llamada al celular, no reconoció el número; sin embargo, contestó. Era Nairo: “¡Quiubo, Belmer! Para contarle que me gané el Tour de l’Avenir y pa’ decirle también que todavía estoy de novio con su hermana”.

Y así era Nairo: Entrón. Su cuñado le dijo muchas veces que cuando él fuera campeón, seguro terminaría con Paola, pero eso no estaba en el pensamiento de Nairo. Todo lo contrario. Siempre supo que Paola era la mujer de su vida y ahora, haber ganado el tour y empezar a tener ofertas de otros equipos, le

daba la oportunidad de formalizar. No de terminar con ella, como pensaba Belmer. Y para formalizar, su cuñado y amigo era el primero que tenía que conocer sus intenciones.

Belmer, por un lado, se alegró, pero por el otro, se preocupó. A pesar de las palabras de Nairo, insistía en lo mismo: Estaba seguro de que, si Nairo se volvía una estrella, su hermana podría sufrir. No es fácil que, de un momento a otro, le llegara la fama, aunque hoy cuenta que Nairo les dio un gran ejemplo de humildad, nunca ha negado su origen ni tampoco lo ha abandonado. Después de que colgó, Belmer se quedó pensando en cómo Nairo había comenzado y en cómo él lo había ayudado, particularmente la vez que compró el primer casco. Recuerda ese día como si hubiera sido ayer. No tiene que hacer mucho esfuerzo para recordar cada uno de los detalles. Relata que se quedaron de ver en el Parque Santander de Tunja, y Belmer llevaba ciento cincuenta mil pesos. Entraron a un almacén y preguntaron por un casco baratico. Trescientos veinte mil pesos costaba el más baratico. “No, esta vaina ni lo miremos”, pensó. Nairo no dijo nada. Luego fueron y preguntaron en otro lado y así a otro y a otro hasta que Nairo le dijo: “La verdad es que a mí me gustó el de trescientos veinte mil pesos, présteme que con lo que me gane este fin de semana en la carrera, le pago”.

Esa era su estrategia y el comercio de la región ya lo sabía. A pesar de su falta de recursos, Nairo siempre usaba su peculiar método para adquirir todo lo que necesitaba: compraba a crédito con la promesa de que en su próxima competencia ganaría lo suficiente para pagar sus deudas, pero no siempre hubo final feliz. Las caídas, los obstáculos, los semáforos, la gente, la bicicleta, muchas veces le jugaron una mala pasada y ahí le tocaba a él ir y poner la cara. Pero siempre se las ingeniaba para pagar. Los comerciantes de los pueblos conocían a Nairo y su compromiso. Aunque muchos se mostraban escépticos, otros lo apoyaban, admirando su tenacidad y pasión. Cada bicicleta, cada par de zapatillas, cada tubo y casco eran adquiridos con la misma promesa de pago poscompetencia.

Claro que, cuando se habla de esto, Nairo no puede olvidarse de su gran amigo Raúl Malagón. Siempre lo recuerda con una sonrisa de agradecimiento. ¿Y cómo no agradecerle, si Malagón siempre confió en él? Supo ver sus habilidades antes que nadie y lo aplaudía y le decía que él ya era un campeón, por eso se tenía que comportar como tal. En Raúl Malagón nunca hubo envidia. Esa venía del otro negocio de bicicletas. Y es que el hijo del dueño también quería ser ciclista, pero con envidia no es muy lejos a donde se puede llegar.

Cuando Nairo le pidió ayuda a Belmer para adquirir el casco, era porque Raúl Malagón no tenía en su tienda un casco de esa calidad, así que intentó tocar base con su futuro cuñado. Por dentro la cabeza de Belmer era un remolino, era eso o de una forma u otra acabar con los sueños de Nairo, él fácilmente pudo haberle dicho que no, pero se quedó callado; tenía lo de una “cadena”, una plata que en la región recogen de varias personas mes a mes y cada mes se le da a una sola persona el dinero recogido. Una especie de pirámide, sin que necesariamente tengan que sufrir al final la gran mayoría las consecuencias, o al menos eso no es lo que se percibe en apariencia: “Listo, hágale, yo le presto, compre el casco”. Ese fin de semana, Nairo no quedó de primero, quedó de segundo, pero en menos de un mes con otras carreras y mil vericuetos, pudo pagarle a Belmer. Las consecuencias de no haberle podido pagar cumplidamente a Belmer son cosas del pasado, pero que Belmer pasó las duras y las maduras, las pasó. ,

Para Belmer, Nairo es una excelente persona, con mentalidad ganadora y una fuerte disciplina. Si tiene que entrenar a las cinco de la mañana, lo hace. En el tiempo que iban a fiestas, llegaban a las cuatro de la mañana y a las cinco Nairo estaba entrenando. Para Belmer era una locura: dormir una hora y levantarse a entrenar. Eso es disciplina, la diferencia entre lo que es él y lo que somos el resto. Nairo para los colombianos, aparte de ser un ejemplo en cuanto a entrega y disciplina, también lo es en su humildad, Nairo es un orgulloso de sus raíces. Cuando lo piensa, hace un silencio y llega a una conclusión. Los que han querido dañarlo, de un modo u otro han fracasado.

Han tratado de perjudicarlo, de hacer correr rumores malintencionados, pero olvidan que Nairo es querido en su país, los colombianos creen en él, lo admiran, lo respetan y esto hace que sus enemigos lo odien más y se escondan en las sombras. Por eso, ni siquiera Nairo puede estar seguro de quiénes son.

Mientras Belmer trabajaba de celador y estudiaba en la universidad, se encontró a la hermana de un amigo. Lo que empezó entre amores y odios porque ella tenía pretendiente, se convirtió en noviazgo y, después de siete años, se fueron a vivir juntos. De esa relación hoy tienen una niña y un niño. Pero tiempo después se separaron. Ahí, como es costumbre, la historia tiene dos versiones: ella dice que él tenía otra. Y ante esa afirmación, Belmer se defiende. Dice que nadie es perfecto, y “había personas con las que se relacionaba, pero no sentimentalmente, amigas con las que se sale por ahí, se divierte, pero jamás como para enamorarse, y menos para llegar a pensar: me voy a vivir con esa persona, no, no, no”. El hecho fue que de esa relación, bonita para unos, amarga para otros, quedaron para los dos, unos hijos maravillosos.W

Cuando Belmer reflexiona sobre lo sucedido, llega a una conclusión:

Tanto que dudé de la relación de Nairo con Paola, tan seguro estaba de que llegaría el día en que no la querría más, y mira cómo terminó la historia. Fue mi relación la que se terminó. Nairo, como el gran cuñado que es, el gran amigo, me aconsejó, intentó que mi relación se salvara, pero no se pudo. La que sí se pudo salvar fue la de él. Tremenda lección de vida.

Nuevas noticias

Por un incidente que sucedió con unos fotógrafos, a los que luego de posarles querían cobrarle por las fotos, Nairo intentó alejarse de los medios de comunicación y todo lo que implicara invitaciones a dar conferencias, charlas o entrevistas. Sintió que los esfuerzos como deportista, su disciplina, y hasta su propia economía se veía afectada por medios que se lucraban con sus respuestas o apariciones. El deportista no busca ser famoso, siempre busca hacer lo mejor y, si es reconocido por su gente, su pueblo, es una alegría, pero de ahí a que se mercantilice un esfuerzo, hay distancia.

El deportista no necesita mostrarse. Toda su vida debe estar dedicada a sus entrenos y preparación; el día que no gane competencias, es un fracaso. A nadie le importa si entrenó, si lo hizo con hambre, si tuvo que trabajar diez horas al día para poder entrenar tres. Es invisible, y solamente cuando gana una carrera, es importante. A la fama, como se sube, se baja, y eso lo sabía muy bien Nairo Quintana.

Al final de la ecuación, el deportista, sin más posibilidades, termina utilizado por dirigentes o políticos, aprovechando su fama para beneficio propio. En el espectáculo del deporte todos cobran y el que la ha sudado, el que ha aguantado hambre desde diciembre hasta el día que termina la carrera, el que no se ha tomado ni una cerveza durante más de seis meses, debe aparecer con una bella sonrisa, como la de los que lo rodean, que son los mismos que no hacen nada ni por el deporte, ni por ese ser humano con necesidades iguales a las de todo el mundo.

Cuántos elogios y aplausos se han ganado muchos medallistas que luego llegan a su pueblo, a su barrio, y sigue siendo el mismo empedrado, el mismo encharcado de toda la vida. ¿Cuál es el orgullo de ese deportista, creer que con la medalla y la foto para el periódico va a dejar de pagar arriendo, o en un supermercado le van a dar mercado? Eso no funciona así, de la gloria no vive nadie. Luego de respirar hondo, Nairo continúa:

Una señora muy importante me dijo un día: “¿y quién lo manda a hacer eso? Ya que se metió a deportista, venga y tómese una foto conmigo”. Yo me quedé pensando en las miles de cosas que podría decirle, pero rápidamente pensé en lo positivo de “hacer eso”: en darle gloria a un país, cambiarle la imagen negativa a positiva, promover el turismo, lo que ella no podía hacer desde su gran puesto.

El día anterior irse para el Tour de l’Avenir, Nairo se vio con Paola en un centro comercial de Tunja. Ahí compartieron toda una tarde y se juraron amor eterno. Sin embargo, como de costumbre, cuando Nairo se iba, ella se quedaba con el pensamiento de que su amado se podría conseguir otra mujer. Veía a las europeas bonitas, y pensaba que Nairo era muy fácil de descrestar; en fin, son muchas cosas las que le pasaban por su mente, pero así se cayera el mundo, siempre hablaban todos los días. La primera gran compra de Nairo fue un computador con la única ilusión de que Paola se pudiera conectar para hablar con él por Messenger. El día que ganó el Tour

de l'Avenir, Paola estaba presentando la prueba Icfes y todo el día estuvo sin celular. En la noche, con su prima Yudy, que ya había puesto los ojos en Dayer, el hermano menor de Nairo, gritaron de la emoción viendo a Nairo en un televisor que le había regalado a Belmer un residente del edificio donde trabajaba como celador.

La angustia llegaría al día siguiente, cuando Belmer le contó que Nairo lo había llamado desde Europa y, además de decirle que había ganado, le dijo que no había terminado con ella. Ardió Troya. Al regresar de Europa, a Nairo lo recibieron en el aeropuerto con papayera, bombos y platillos. A Cómbita llegó en carro de bomberos, saludando a todo el pueblo, y ahí estaba ella, entre la multitud. Ese día, a ella y sus compañeros los hicieron quedar en el colegio para el gran recibimiento a Nairo Quintana, y ahí empezó el run-run de quién era su novia. Paola estaba en grado once, terminando. No le hizo reclamo por ser la última en recibir su saludo: “Si él dice que le reclamé, no me acuerdo, nunca hago reclamos”. Lo cierto fue que varios días duró esa pelea de los dos. Todo el mundo empezó a saber que eran novios; si antes no se sabía, ahora no había duda. Ese año a ella le fue muy bien en el colegio, en la prueba Icfes fue la segunda en el colegio, con el mejor puntaje, y fue la mejor bachiller de esa promoción. Nairo fue a su grado, lo recuerda con mucha satisfacción. Lo sentaron con los profesores. Cuando Paola entró del brazo de su papá, estaba nerviosa. Contrario de lo que ella pensaba, él ya sabía que eran novios. El encuentro entre el suegro y su yerno fue antológico. De lo que sucedió aquella mañana solo queda el recuerdo en la cabeza de los dos. Y de lo que se prometieron también. Pero Paola no sabía que Nairo le había dicho a don Próspero sin tapujos que quería estar con su hija: “Don Próspero, Paola y yo somos novios”, le dijo con firmeza.

Haber ganado el Tour de l'Avenir, pondría el nombre de Nairo en la agenda de varios equipos europeos que empezaban a preguntar por él. Dentro de los objetivos del equipo Colombia es Pasión estaba proyectarse como un equipo

grande de fama mundial, razón por la que no dejaban que sus ciclistas se marcharan. Los mantenían de alguna manera aislados. Sin embargo, por el correo de las brujas, Nairo se enteró del interés que tenían los equipos europeos de ficharlo.

Reuniones fueron, reuniones vinieron, pero al final, decidió para el 2011 seguir con el equipo nacional. A mediados de ese año, el patrocinador más importante se retiró. Pero apareció otro equipo llamado Colombia-Coldeportes, y Nairo, corriendo una vuelta a Colombia con ellos, se cayó. Iba de líder de la categoría sub-23. Era uno de los llamados a ganar la Vuelta a Colombia. Bajando el alto de Tierra Negra, en la ruta Bogotá-Tunja, se sobró de rueda y fue a dar al piso.

Vi que tenía suelta la rueda de adelante. No teníamos buena relación con el mecánico, le exigía mucho. Si soy un líder, tengo que ver que todo esté correcto y me gusta que las bicicletas estén bien. Conozco cuando no tienen ni grasa y eso viene desde cuando mi papá tenía carro; a la fuerza nos tocaba desvararlo y ahí de tanto hacerlo, se aprendió. Pero ese día me fui contra el pavimento. No sé cómo me subí a la bicicleta y bajábamos rápido, pero cuando me di cuenta de que me salía mucha sangre, pedí la ambulancia. De eso me acuerdo bien.

Luego de suturarlo, salió del hospital de Tunja para su casa. Fueron varios meses de recuperación. Más que terapias, eran curaciones para las laceraciones que ameritaban cuidado extremo. Un tiempo que aprovecharía para reflexionar sobre su carrera. Una caída, cuando sucede, no es tan peligrosa como cuando se reconstruye el hecho. Uniendo los recuerdos para ponerlos en la balanza, se pasa del miedo a la virtud propia de campeones: arriesgar. Lo que necesitaba hacer Nairo frente a la nueva propuesta que le llegaba. Aunque tenía algo pendiente que resolver: su vida al lado de Paola.

Paola II

La vida para Nairo ha sido como una gran etapa de una competencia de las grandes: con subidas duras y bajadas descansadas. Un devenir como el de la mayoría que piensa que vinimos a este mundo a tener experiencias para irnos formando. En ese cúmulo de experiencias, han sido unas de cal y otras de arena, como el apoyo que le prestó la familia Ulloa, regalándole ropa para que tomara en serio lo que para ellos brillaba con luz propia: cualidades innatas para que el ciclismo fuera lo más importante en su vida.

Todo eso empezó cuando él tenía 16 años, cuando apenas comenzaba. Una tarde llegó a su casa una buena noticia: un equipo requería sus servicios como novel ciclista. El equipo lo patrocinaba el “gato” Félix Cárdenas, exciclista profesional, con un palmarés importante. Nairo no lo pensó. Empezó a correr con el equipo Sauna Las Palmeras, nombre que se debía a los spa y saunas que tenía Cárdenas en Duitama.

Para un joven de esa edad, estar en un equipo que, además de proporcionarle la indumentaria necesaria para la práctica del ciclismo, les daba las directrices de un entrenador. Era un logro importante para la proyección de su carrera como ciclista. Implicaba tener disciplina, preparación y, lo más importante, participar en competencias departamentales, así no ganara premios. A la par de esa práctica, la autoestima de Nairo iría subiendo como lo hacía al Alto del Sote, su paraíso, su edén, donde encontraba la verdadera razón por la que su corazón podía aguantar las doscientas pulsaciones por minuto: verla a ella.

Desde los trece años, Nairo descubrió que le llamaban la atención algunas compañeras del colegio. Le gustaba admirarlas y también descubrir que ellas lo miraban. Como pasó por un corto tiempo con Otilia, su hermano Dayer se daba cuenta de que a Otilia le gustaba Nairo y él también la miraba, pero nunca le hablaba. Era demasiado tímido para hacerlo. ¿Y todo por qué? Porque su timidez era más grande que sus ganas de entablar una conversación en ese sentido. Con la única que logró sobrepasar esa barrera, fue con Paola y, sin embargo, no fue de inmediato. Pasaron años, antes de que se atreviera siquiera a saludarla.

Aunque a veces sentía atracción por quedarse a disfrutar esas conversaciones, las responsabilidades que cargaba no lo dejaban; era más fuerte el llamado a trabajar con su papá, a entrenar o cumplir con las obligaciones como hermano mayor, negándole el derecho a tener una vida de adolescente. Si lo invitaban a fiestas, no podía asistir, siempre tenía que hacer algo. Incluso en los bazares estaba al otro lado de la diversión, vendiendo cerveza. Con la conciencia de que había que trabajar, la diversión no hacía parte de su agenda personal. Un día pasó por la casa de Otilia y la niña ya no estaba allí. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había ido del pueblo. Se había marchado con su padre a otra región del país, sin despedirse, y así Nairo la buscara por cielo y tierra, con su corazón de infancia destrozado, nunca la encontró. Pasarían muchos años para ese nuevo encuentro, que parece una historia de novela. Cuando la volvió a ver, Otilia ya era una señorita

y, por muy bonita que se estaba poniendo, ya el corazón de Nairo estaba comprometido con el de Paola. Se dice que, así como él encontró el amor en los brazos de Paola, Otilia lo encontró en los brazos de otro.

Sin embargo, al verlo en retrospectiva, el hecho fue que Nairo, con una pena muy honda, no tuvo de otra que mirar para adelante y seguir su camino, así nunca hubiera encontrado respuesta a la desaparición de Otilia.

Y como Cupido no abandona ni a los más ocupados, de la manera menos pensada, luego de un tiempo, Nairo logró que su flecha diera en el centro.

Paola fue su gran amor, ella vivía a doscientos metros de la casa de Nairo, lo único que debía hacer era avanzar unos metros y cruzar la carretera de un lado a otro para estar allá. La casa está rodeada de un paisaje verde que recuerda cada mañana el milagro de la vida; allí las nubes se escondían para que la mirada de los dos llegase hasta el Nevado del Cocuy y les hiciera sentir que el horizonte no tenía límites, como no lo tiene el corazón cuando uno, como ellos, se enamora.

Nairo conoció a Paola desde que ella aprendió a caminar. Jamás pensó que llegaría a ser su esposa. A don Próspero le gustaba pasar por la tienda, pedir dos cervezas: “Una para la sed y otra para él”. Mientras se tomaba las cervezas, hablaba con Nairo, iniciando una bonita amistad. La visita del señor era un bálsamo en medio de tanto trabajo y tanta responsabilidad, descubriendo que las conversaciones con los mayores eran más interesantes que con los de su edad. Sin embargo, los dos amigos podían hablar de lo que fuera, menos de Paola. Para don Próspero, su hija era sagrada y, definitivamente, Nairo no era el hombre que quería para ella. Nairo sufría en silencio y, por respeto a su futuro suegro, tardó mucho para enfrentarlo, pero al final, todos salieron ganando.

Paola estudiaba en un colegio de Cómbita y, para tomar el bus que la llevaba todos los días, tenía que salir a la carretera central, frente a la tienda de

los Quintana. Nairo, con exactitud de relojero suizo, salía a la misma hora en bicicleta, para ir a su colegio en Arcabuco, esa era la razón por la que iba y venía del colegio dos y tres veces en el día. Siempre esperaba verla, tener con ella alguna mirada de reojo, una sonrisa, un cruce de dos palabras, pero, así como era con Otilia y las niñas de la escuela, también lo era con Paola, incapaz de decirle nada, sus diálogos no pasaban de un... “Hola”. Y así pasarían muchos años.

La mamá de Paola les compraba arepas, queso y fruta a los campesinos de la región para vender en Bogotá. Los Quintana, en el solar de la casa, sembraban mora, curuba y hortalizas. Una tarde, llegaría doña Nubia, mamá de Paola, que necesitaba que le vendieran la mora. Eran las tres de la tarde, Nairo estaba probando la primera cucharada de sopa, cuando escuchó el grito de su papá desde la tienda pidiéndole que fuera a recoger toda la mora. Se negó, se había pasado el día haciendo de todo y solo quería que le respetaran su hora de almuerzo, pero cuando vio que en la tienda estaba Paola con doña Nubia, dejó la sopa a un lado, se rasguño cogiendo la mora en el patio de su casa y, en menos de nada, estaba en la tienda con la bolsa de mora. Doña Nubia lo miraba extrañado, sorprendida del juicio del joven, que con esa acción silenciosa quería llamar la atención de su hija Paola. Nairo le dijo que había más mora por recoger. Paola se ofreció a acompañarlo.

Nairo trató de actuar natural, pero las espinas que nacen junto a la mata de mora lo delataban. Era tan evidente que Paola le tuvo que llamar la atención, si no sabía cómo recogerla sin arañarse tanto. Como no quería pasar como inexperto, le respondió: “Para disfrutar las cosas bellas de la vida, hay que sentir las espinas”. A Paola le pareció ridículo y, con un silencio manifiesto, Nairo pensó que iba por buen camino. Así que se lanzó y le preguntó si tenía teléfono. Afortunadamente hacía un mes, la mamá de Paola le había traído un celular de Bogotá y a escondidas de don Luis, Nairo la llamaba desde el teléfono que tenían para la venta de minutos. Tenía que estar muy pendiente de las promociones del operador. Cuando lanzaban oferta de minutos ilimitados, aprovechaba para llamarla.

Después de dos meses de hablar por teléfono, un día se animó a acompañarla a comprar sal para la fabricación del queso campesino. Los dos se sentían a gusto, eran muy parecidos: tímidos y de poca fiesta. Pero había dos problemas: don Luis, su papá –con un prestigio que andaba por los suelos por mujeriego– y don Próspero, que por mucho que se imaginaba a su hija del brazo de Nairo, no lo aceptaba.

La fama de mujeriego de don Luis era bien conocida, así él trate de defender su mancillado honor. Y cuando doña Nubia supo que Paola conversaba con Nairo, le prohibió la amistad con el argumento de que si el papá era como era, los hijos serían iguales o peores. Belmer, que recién se había graduado de ingeniero y guardaba la férrea esperanza de que Paola no pusiera los ojos en Nairo, hace mucho rato había advertido a la mamá. Al final, ni los consejos de sus hermanos, ni la advertencia de doña Nubia, tuvieron efecto sobre Paola. Al contrario, le entrarían por un oído y le saldrían por el otro. Así fue como Nairo un día la llamó para que fueran a un nuevo centro comercial que habían inaugurado en Tunja. Ese día, Paola salió a escondidas esperando que regresaran en menos de dos horas.

La risa de los dos se expresaba en sus manchados labios tratando de degustar el helado que para ellos era la máxima aventura. Más tranquilos pudieron compartir lo que cada uno vivía en su colegio, los compañeros y lo especial que resultaba salir a dar un paseo por tan moderno centro comercial. Pasando frente a la universidad, ya para tomar el bus que los llevaría de regreso a la casa, se llevaron la gran sorpresa: de frente se encontraron con el hermano de Paola. Nairo no le pudo sostener la mirada. Los salvó que Belmer iba con varios amigos y era aficionado al ciclismo.

Belmer era una especie de líder en la vereda. Sin ser político ni tener cargo en el gobierno, ayudaba a la gente, incluso lo haría aquel día cuando Nairo necesitó comprar un buen casco, el primer buen casco que tuvo como ciclista.

Una fuerte razón para que ese día, Nairo bajara la mirada. Sentía estaba traicionando la amistad que le había ofrecido Belmer. Regresaron a la casa en silencio, pensando que el amor era un pecado. Belmer recibió a su hermana en la puerta de la casa, también la esperaba doña Nubia que, con la mirada, expresaba lo que luego en palabras le repitió mil veces: no le gustaba ese muchacho para nada. Paola trató de argumentar que los hijos no eran culpables de lo que fueran los padres, y con un grito la enviaron a su dormitorio, castigada, sin poder salir en un mes. El siguiente fin de semana Nairo corría en una competencia de tres días, la que pensaba ganarse para pagarle el dinero que le había prestado Belmer para la compra del casco.

Belmer era un buen hermano y un buen amigo, pero no estaba interesado en descubrirse como futuro cuñado de Nairo. Sabía que era un buen muchacho, a pesar de que lo hizo quedar mal con el dinero de la cadena que Belmer le prestó para que comprara un casco. Y eso realmente no le importaba. Sabía que Nairo tarde o temprano le iba a pagar. El problema es que todos estaban esperando la transformación de Nairo en don Luis, y allí es cuando los padres y el hermano de Paola se sentían incómodos.

La competencia era de tres días. El primer día era en llano. Un circuito. El segundo, una cronoescalada y, el tercero, la etapa reina de Moniquirá a Tunja, con llegada en la Plaza de Bolívar. Como sabían que el domingo pasaría por el Alto del Sote, don Luis invitó a los vecinos para que vieran pasar a su hijo que estaba en los primeros lugares de la general. Paola se acercó a su padre, aprovechando que su mamá, hablaba afuera de la casa con unos campesinos que traían curuba para la venta. El viejo le preguntó si podía hacer algo por ella y, al ver el brillo en sus ojos, le prometió que lo haría.

Los vecinos acudieron a la cita. Don Luis, pegado del radio, anunciaba dónde venían los primeros ciclistas. Subiendo el Alto del Sote se iba desgranando el lote, quedando adelante los que iban a disputar la carrera y Nairo estaba dentro de ellos. La emoción los fue llenando a medida que los escapados iban a pasar por frente a la casa de los Quintana, donde con ruanas y sombreros

al aire, les daban apoyo a los ciclistas. El papá de Paola apareció con un ramo de flores recogido en el camino y, cuando pasó Nairo, se tuvo que detener un segundo para entender por qué don Próspero le tiraba flores.

Ese día Nairo ganó la competencia. Pasó primero en Tunja y se llevó el premio. Con el dinero en el bolsillo, lo primero que hizo fue pagar lo prestado para la compra del casco. Lloró cuando Belmer le contó que había sacado el dinero de una “cadena” que tenía con varios amigos, lo que le había costado las duras y las maduras, además de varios días sin dormir y una multa que no le cobraría, quería apoyarlo de corazón. Antes de que Nairo se fuera, le pasó un celular. Paola necesitaba hablarle y, mientras él le contaba, emocionado, que había ganado, Paola quería saber si le había gustado el detalle de las flores. Nairo entendió el mensaje, el verdadero triunfo ese fin de semana fue conquistar el corazón de Paola, a pesar de los regaños y las amenazas, los dos ya sabían que estarían siempre juntos.

Sin embargo, Belmer, muy protector de su hermana, le insistía a ella que lo mejor era que estudiara y se preparara. Estaba seguro de que Nairo se encontraría la fama en su camino, teniendo muchas mujeres y una vida como la de don Luis. Intentó, como buen hermano, hacerle ver que era un error ponerle cuidado a quien iba por el camino del éxito. Cuando Nairo se enteró de los consejos de quien luego sería su cuñado, se tuvo que poner las botas, literalmente.

Al día siguiente de regresar de correr el Tour de l’Avenir, en Francia, pasó por la casa de Paola. Esa era la razón real del porqué Nairo lo había llamado: quería tener con Belmer una conversación de hombre a hombre. Llegó a la puerta y tocó y en menos de quince segundos tenía a Belmer frente a él. Se saludaron con un quiubo lejano, hasta que Nairo, muy serio, le dijo que tenía que hablar muy seriamente con él y con doña Nubia.

En la sala y sin sentarse, con un tinto que le quemaba la mano, les dijo que estaba interesado en Paola, sabía de su reticencia por cosas de su papá, pero

él, aunque quería a su papá, era diferente, y si algo había aprendido con el ciclismo, era a ser responsable, y eso estaba dispuesto a ofrecerle a Paola. Doña Nubia y Belmer no sabían qué responder, era la primera vez que veían al “negro” serio y dispuesto a enfrentar lo que fuera necesario. Escondida, tras la puerta que daba al comedor, Paola sonreía. Se sentía feliz de escuchar a quien amaba, lo sentía un hombre dispuesto a dar la pelea por su amor. Y así fue.

La primera casa

Lo que hizo Nairo con sus primeros pesos ganados tras su victoria fue invertir pensando asegurar un futuro. Su hermano Alfredo, que vivía dándose plomo con la guerrilla en el monte, cada permiso que conseguía lo dedicaba a ayudarlo a su hermano menor. No era la primera vez que lo hacía. Esta vez habló con su superior, encargado de darle permiso para acompañar al campeón a ir de compras. Lo hicieron caminando. El norte de Tunja no estaba tan desarrollado como ahora, y todo se centraba en la Plaza de Bolívar o en el centro de la ciudad. Bajando la Avenida Colón había un almacén de venta de motos, y Nairo emocionado quería verlas, preguntar precios y formas de pago. Para Alfredo, comprar una moto no era tan esencial como comprar dónde meter la cabeza. Justo al lado del almacén de motos había una oficina inmobiliaria, solo necesitaban desviarse dos pasos y el objeto a adquirir cambiaría completamente.

Sin embargo, para pasar la fiebre y escuchar a la linda vendedora, Nairo se subió en una moto, se probó un casco y al final tuvo que inventarse una buena disculpa para no comprar nada y hacerle caso a su hermano, que del brazo lo llevaba a la oficina inmobiliaria. Nairo, que tenía contrato con el equipo Colombia es Pasión, sabía que tenía un sueldo fijo que le permitía pensar en adquirir una deuda que lo comprometería a seguir entrenando y ganando carreras.

Entraron a la inmobiliaria con la idea de comprar una casa. La señorita los vio tan jóvenes que no les prestó mucha atención, hasta que Nairo, con cierta seriedad le dijo:

-Queremos comprar una casa, ¿qué precio tiene?

La amargada secretaria por fin levantó la mirada y, con cierta desconfianza, le respondió:

—¿De qué precio la está buscando?

Cuando Alfredo, amablemente le contó que su hermano era Nairo Quintana y recién se había ganado el Tour de l'Avenir, en Francia, tanto la expresión como la disposición corporal de la mujer, cambiaron.

—Ahorita están vendiendo una muy buena, muy económica. ¿Toman tinto?

Nairo y Alfredo, que ese día no habían tomado café, ni una gaseosa, aceptaron y cuando la secretaria trajo galletas, entraron más en confianza.

—Hay una casa que está bonita, pues si quiere vamos y la vemos.

En par minutos estaban sentados en el carro de la vendedora. Nairo recuerda que, mientras la señora hablaba y hablaba, él se miraba con su hermano; lo de comprar casa era un arrebato surgido de la espontaneidad y de no saber

en qué invertir quince millones de pesos que tenía ahorrados. Después de ver la bonita casa, y de responderle a la vendedora que les gustaba, vino el crudo precio: costaba sesenta y cinco millones de pesos.

—Para serle sincero, tengo quince ahorrados, el resto sería un préstamo del banco.

Cuando Nairo expresó sinceramente cuál era su flujo de caja, la vendedora volvió a la mirada inicial. No creía que fuera posible el negocio. Estaba segura de que un banco no le iba a prestar una cantidad considerable de dinero a un joven de diecinueve años. Nairo lo tomó como todo lo que le dicen que no se puede lograr o no se puede hacer: en silencio. Sus pensamientos, pero más su fe, le decían que lo podía hacer; podría lograr que le prestaran un dinero del que, estaba seguro, iba a poder pagar.

Cuando le contó a don Luis, recibió de él todo el apoyo moral, el económico no lo tenía. Los dos fueron al banco, hablaron con un ejecutivo. Luego de la explicación de Nairo y de sacar a relucir sus dotes de comprar a crédito con la promesa de pagar en la próxima carrera, el gerente del banco les pidió, con el dinero de los ahorros y el precontrato de la compra de la casa, solicitar un préstamo. Después de hacer la solicitud, fueron a hablar con el dueño de la casa. Le había subido el precio al enterarse quién era el comprador. Nairo estaba enamorado de esa casa con la que había empezado a soñar una vida mejor para él y su familia.

—Es imposible rebajarle, dijo la vendedora. Pero tenemos otra...

Ninguna de las que veían les gustaba como la primera. Con la cabeza abajo, comenzaron a caminar por las calles de Tunja, pensando cómo “el señor” le había subido al precio inicial. En medio de las cavilaciones, a veces con tristeza y otras con rabia, se toparon de frente con un viejito que estaba pintando el frente de una casa y que en una de sus ventanas exhibía un aviso publicitario de SE VENDE; le preguntaron cuánto valía.

—Es para usted, le preguntó el viejito a don Luis, que le respondió:

—No, es para el “chino”, que está comenzando a trabajar.

El viejito miraba a Nairo de arriba abajo, volvía y lo hacía, hasta que dijo las palabras mágicas:

—Cuánto tiene, yo le colaboro.

Nairo le dijo los ahorros que tenía, la promesa de pagarle en el futuro y además la posibilidad de que el banco le prestara. También le contó de qué trataba su trabajo y en el futuro que visualizaba. El viejito seguía mirándolo con desconfianza.

—¿Cuántos años es que tiene?

—Diecinueve, le dijo Nairo.

—¿Y se va a comprar una casa?

—Sí señor...

—¿Sin plata?

—No, con plata, con una promesa y con otro poco que el banco nos presta, le respondió Nairo.

—¿Y les va a prestar el banco?

—Sí, sí, ya tenemos todo hablado y dijeron que nos prestaba.

—Pero la casa vale cincuenta millones.

Nairo, además de buen ciclista, se considera buen negociante. Aprendió de don Luis que las cosas tienen dos valores: el valor del que vende y el valor del que compra; el negocio es llegar a la mitad de esos dos valores y, para él, ese era el precio correcto. Así que le ofreció un precio al señor viejito, quien de nuevo lo miró con cierta seriedad para decirle:

—Mire joven... le voy a ayudar. Listo, por esa plata le dejo la casa.

Nairo ese día hizo precontrato con el señor y, esperanzados, fueron al banco a que le hicieran el préstamo que estaba casi aprobado. Cuando vieron la expresión adusta del ejecutivo, entendieron que algo pasaba. El ejecutivo les confirmaría que el préstamo no había sido aprobado. Don Luis, que no hacía más que hablar mal de los bancos, se sorprendió cuando Nairo lo llevó a otro banco. No le cabía en la cabeza que otro banco les fuera a prestar. Nairo estaba convencido de que esa casa sería suya, ya lo había soñado, se lo había prometido, y no era de incumplir promesas, menos a sí mismo.

Los recibió otro ejecutivo que se tomó el tiempo de escuchar a Nairo. Después de darle forma al modelo de negocio, les recomendó que abrieran una cuenta. ¡Cómo le iban a negar un préstamo al campeón! El ejecutivo resultaría ser un amante del ciclismo; además de admirar a los ciclistas europeos, en Colombia admiraba lo hecho por Nairo, así fuera un joven de diecinueve años. Ese día pasaron la solicitud de préstamo que, para alegría de la familia Quintana, sería aprobada en tres días. Seguía faltando una cantidad importante, con los ahorros y el préstamo pagaban buena parte. Nairo recurrió a sus buenos amigos, que le prestaron justo lo que le hacía falta. Para comprar esa primera vivienda y pagar lo que le habían prestado, tuvo que quedarse sin dinero por algún tiempo. Por fortuna, en el equipo les daban jeans, camisas, sudaderas, tenis y zapatos.

Había comprado la casa, pero no tenía efectivo para mantenerse y, lo que llegara a ganar, como de costumbre, ya lo tendría comprometido con el

banco. Nairo tuvo que tomar una decisión que no le incomodaba: arrendó la casa y siguió viviendo en la casa de sus papás.



Nairo con su esposa Paola Hernández y sus hijos Tomás y Mariana.



Paola Hernández y Nairo en su aniversario.



Nairo y su esposa Paola.



Nairo entregando su anillo de compromiso a Paola.



Nairo y su marca.



Don Luis Quintana, padre de Nairo.



Eloísa Rojas, madre de Nairo.



Nairo y su equipo.



Nairo y su mánager, Luisa Fernanda Ríos.



La mánager Luisa Fernanda Ríos junto a Nairo.



Nairo.



Luisa Fernanda Ríos, su mánager.



Luisa Fernanda Ríos, Jarlinson Pantano y Nairo.



Luisa Fernanda Ríos, su mánager.



Nairo y Giacomo Piombo



Eusebio Roncancio el señor al lado del papá de Nairo y Herney Santiago Ferro Roncancio el niño.

La otra casa

La hazaña lograda en ese Tour de l'Avenir sería la cuota inicial para convertirse en figura pública. A medida que pasaba el tiempo, sería invitado por el alcalde de Tunja y el gobernador de Boyacá a cuanto evento público se necesitara demostrar la garra boyacense. En sus intervenciones, Nairo contaba cómo se había ganado algunas carreras, pero también aprovechaba para hacer evidente la realidad del campesino boyacense, olvidado en todas sus áreas por los estamentos gubernamentales. Fue una lucha más dura que el mismo Tour: pedir asesorías para el campesinado, dotación para escuelas y colegios, y apoyo económico para los planes de desarrollo de la región. Hasta don Luis haría parte de esa gesta hablando con el presidente de turno para que en Cómbita se construyera una villa deportiva.

Las banderas de Nairo con el tiempo lograrían que los jóvenes que vivían fuera de Boyacá, reconocieran con orgullo su origen. Ya no decían negando sus ancestros “tengo una finca en Boyacá”, reconocían su origen como propio; habían nacido en la misma tierra donde nació el poderoso Nairo Quintana. Ese cambio también se dio a nivel nacional. El colombiano, por experiencias nefastas del pasado, negaba su nacionalidad, pero ahora con héroes como Nairo podían decir que eran de la misma tierra de Nairo, de Rigo, de Balvin, de Maluma, de Carlos Vives, Karol G o de Shakira.

El tema muchas veces pasaba por quién en últimas se aprovechaba de ese cambio que no lograba ni la política ni las campañas publicitarias. Nairo, en sus reflexiones, cavilaba acerca de los logros, de los aplausos que recibía de políticos, de gente famosa que lo felicitaban públicamente, del aprovechamiento que se hacía de sus figuras, pero que, al final, no se veía reflejado en mejor bienestar para ninguno y menos para él. El día que se atrevió a preguntarle en público al alcalde de Tunja cómo iba a ser en la práctica ese apoyo que tanto pregonaban para el deporte, la respuesta que obtuvo del burgomaestre fue:

—Pelado, vamos a darle una casa a usted. Nairo esperó un tiempo prudencial para que esa promesa hecha por el alcalde se hiciera realidad. Los meses pasaron y seguramente el burgomaestre, creyendo que Nairo se había olvidado del tema, lo invitó para que lo acompañara a él y al Presidente de la República a entregar unas casas. Estaban presentes celebridades de la política, la iglesia y las fuerzas militares. Cada casa que entregaban, las cámaras transmitían en directo por televisión la entrega de las llaves a los propietarios y el aplauso de las autoridades, aumentando el descontento de Nairo al ver que ninguna de esas casas era la que le había prometido. Lo pensó y se decidió.

Se acercó de sorpresa y, como era su costumbre, al Presidente le dio las gracias por la casa que le iban a dar, la ansiedad lo estaba matando y quería saber cuál era. El presidente llamó al alcalde, y sin fórmula de transición, le preguntó cuál era la casa de Nairo. El alcalde por poco se atraganta, no sabía qué responder, miraba a Nairo, luego miraba al Presidente, hasta que tuvo la genial idea de decir que era la que quedaba por entregar. Nairo, más rápido que una bajada a cien kilómetros por hora en bicicleta les agradeció con un fuerte saludo de mano, llamó a los camarógrafos, le iban a entregar su casa y esa sería la mejor publicidad para todos.

Una vez se la entregaron, lo primero que hizo fue tomar las llaves. Después revisó la carpeta con los documentos, descubriendo que donde debía

ir su nombre como propietario, estaba en blanco. Hizo las respectivas averiguaciones con una sola respuesta: debía comprarla. No lo podía creer. Después de semejante show para la televisión, la realidad resultaba más allá que la misma ficción. Empezaría una nueva lucha, más dura que correr el Tour de Francia y el Giro de Italia juntos: conseguir que le escrituraran la casa. Seis años tardó en la misión.

Ese día, después del show mediático de la entrega, se fue a vivir a la casa. Pensaba que fácilmente le podían cambiar la cerradura y lo podían dejar sin casa sin más nada. Ese momento coincidió con la caída que tuvo en la Vuelta a Colombia 2011. Vuelto nada se fue a vivir a su segunda casa, que en ese momento estaba a nombre de nadie.

Al inicio iba y hacía la ronda para dar la sensación de que vivía ahí. No se iba a vivir allá porque sabía que en su casa había trabajo y para nada quería dejar a su papá solo frente a semejante responsabilidad. Tenía que recoger y vender la fruta. Atender la tienda, amasar el pan, hornearlo y venderlo. Dar de comer a las gallinas, ordeñar las vacas, pastorear las ovejas. En fin, trabajo era lo que había. Y aunque su papá le decía que no trabajara, cuando lo escuchaba levantarse a las tres de la mañana, no podía seguir durmiendo pensando que don Luis necesitaba quién lo ayudara. Recogía los huevos de las gallinas, les daba de comer a todos los animales de la casa. Cuando llegaba reventado de entrenar y no había comida preparada, era porque estaban trabajando. Ahí se le ocurrió que debía haber una manera de cocinar sin que le quitara tanto tiempo. Aprovechando el horno del pan, metía dos o tres pollos despellejados a que se cocinaran parejo al pan y, por mucho tiempo, el almuerzo y la comida para la familia Quintana fue pollo con pan.

En medio de la lucha por mejores condiciones para los campesinos de la región, por una casa para él y por seguir entrenando sin quitarle la ayuda a su papá, había un tema paralelo pendiente al que Nairo sintió no le estaba poniendo cuidado: Paola se había graduado de bachiller.

El deseo de Paola era seguir estudiando, hacer una carrera profesional, pero en Boyacá, como otras regiones, el machismo impera y que la mujer estudie, no es tan importante como que lo haga el hombre. Paola, en cierta medida, era víctima de ese anacrónico modo de pensar.

Nairo, al percatarse de esa situación, habló con los padres de Paola; la intención era que pudiera estudiar sin que ellos lo supieran. Les pidió permiso para que Paola fuera en las tardes a su casa a ayudarlo. Nairo recién se había caído y no tenía movilidad en las manos. Una disculpa perfecta para que los suegros accedieran a su petición.

Tomar esa decisión por un lado les permitió afianzar su relación afectiva; compartían, pasaban más tiempo juntos y tener que afrontar la recuperación y los problemas que se iban presentando, los fue uniendo. Nairo, preocupado por el futuro de Paola, logró inscribirla para que hiciera una carrera técnica en sistemas.

Además de que estudiara, había algo que alegraba sus corazones: saber que tenían una casa para cuando decidieran hacer una vida juntos. Las ilusiones crecían, pero hacerlo era aún prematuro y mucho más cuando Nairo recibió la noticia de que el equipo Colombia es Pasión lo llevaría a correr a Europa, al Tour de l'Avenir 2011. Debía ir a defender con creces el título ganado en 2010.

Antes de salir para Europa, haciendo el balance de su vida, Nairo a los veinte años tenía un noviazgo en firme, dos casas y una carrera internacional que correr. ¿Qué más le podía pedir a la vida? Que lo ganara, pero a veces la vida no es como uno quiere. Y, sobre todo, cuando por defender a un equipo, o cuando se es un gran apasionado de lo que se hace, uno se gana tantos enemigos como se ganó Nairo Quintana desde aquella época.

Corredores miserables

En esta versión del Tour de l'Avenir, competiría nuevamente una promesa muy fuerte del ciclismo francés: Romain Bardet. Con la idea de repetir hazaña, los colombianos enviaron la misma nómina del 2010. El objetivo, además de defender el título conseguido, era ganar la versión 2011.

Dividido en ocho etapas que sumaban 1.100 kilómetros, el Tour de l'Avenir 2011 se corrió entre el 4 y el 11 de septiembre. Las etapas de montaña eran claves. Nairo tenía la sensación de que en ellas podría mostrar su madurez como ciclista; lo intentó en la quinta etapa.

Ese fue un día de ataques. Estaba en un grupo de 30 corredores a más de 2 minutos del lote de punta. Teníamos que subir un repecho y luego hacer una bajada para llegar a meta; Bardet y yo no nos miramos, y luego nos dijimos: “Vamos para adelante que se nos va la carrera”.

Arrancamos a tope, probando si él me dejaba o yo lo dejaba. La subida la coronamos solos y luego vino la bajada; cuando teníamos a los punteros a 25 segundos, dijimos: “Vamos rotando los dos a tope”. El grupo de punteros alcanzó a pasar la vía del tren y, cuando fuimos a pasar nosotros, bajaron la baranda. Era un tren regional, de esos que se demoran tiempo para pasar. Y espere, espere y espere. Esperamos tanto que perdimos más de 2 minutos. Cuando levantaron la baranda, nos llegó el pelotón. Ahí se nos fue la carrera.

En otra etapa, la bicicleta de Esteban Chaves tuvo un desperfecto mecánico y, como era el mejor clasificado de los colombianos, en ese momento el único de su estatura era Nairo y le tocó darle su bicicleta, mientras él debía esperar el carro para que le dieran otra de repuesto.

Me dieron otra bicicleta. Me monté e íbamos en una recta y comenzó a hacer viento de costado. El equipo de Bardet aceleró. Íbamos enfilados. Cuando aparece la pancarta de sprint especial, a lado y lado había vallas, pasamos el sprint pegados a las vallas, y seguramente un ciclista de África, buscando ir escondido al viento de costado, se enganchó con una de las vallas y me hizo caer. Me pegué una reventada ni la verraca. Intenté remontar; con rabia y dolor le di con todo, pero no alcancé al grupo de punta. Llegué como a un minuto y medio. Ese día ganó Bardet la etapa y Chaves quedó a un segundo del liderato.

En esa carrera pasó de todo, inclusive varias veces Nairo estuvo a punto de irse a los puños con ciclistas de otras nacionalidades por defender a sus compañeros ante los ataques indiscriminados del resto del pelotón. El ambiente llegó a tal punto una tarde que Saldarriaga le dijo a Luisa Fernanda que tenía que ir a conversar con los directores de los demás equipos, o él mismo iba a darles la orden a sus corredores que acabaran, así fuera a golpes, con el que fuera. Luisa Fernanda había sido testigo de primera mano, desde el carro acompañante, cuando Nairo Quintana, Esteban Chaves y Camilo Albarracín, el fortachón del equipo, al que llamaban para la pelea, se daban

trompadas con los ciclistas franceses y alemanes que los habían cerrado, haciéndolos caer a una cuneta.

Luisa Fernanda habló con los dirigentes alemanes y franceses, y les pidió que calmaran a sus ciclistas porque podrían descalificarlos a todos. El dirigente francés le dijo que tenía claro que ella y su equipo colombiano pretendían ganarse la montaña y que ellos la general, que ese era el acuerdo tácito que le podía ofrecer. Con el honor mancillado pero incentivados por Nairo, acordaron los ciclistas colombianos acelerar en la montaña para ponerlos a sufrir. Y así fue. Entonces cuando llegaba la montaña, los ciclistas franceses decían: “Hey, Colombie, piano, piano, piano”, y Nairo, aunque no hubiera necesidad, los hacía exigirse hasta quedar extenuados. Esa era su forma de ganar respeto y jerarquía en la carrera. Aparte de que la mejor estrategia que Nairo empleaba era hacerles caso a sus instintos. Y estos siempre le gritaban lo mismo: “Arranque a pedalear y no mire para atrás, usted siga pedaleando hasta que el cuerpo aguante”, y de eso sí que Nairo tenía. Desde hacía años así lo mostraban las pruebas y ahora lo comprobaba con su experiencia y su deseo de victoria. Y si el cuerpo le gritaba que lo siguiera dando todo, así lo iba a hacer porque unos cuantos ciclistas europeos no entendían que Nairo era pura pasión, era un hombre sin filtros que salió de Colombia con la idea de hacer una diferencia, de brillar fuera de su tierra, como lo venía haciendo. Solo que, a final de cuentas, seguía sumando enemigos.

Ese año, la carrera la ganaría Esteban Chaves. Lo que poca gente sabía era que el año anterior, luego de una votación del comité del equipo para aprobar o no la presencia de Esteban en dicha carrera, un fuerte viento lo levantó y lo lanzó a un potrero. Ese era el temor que ahora se tenía sobre Esteban, un temor que lo disipó un técnico que lo defendió a capa y espada, y supo respaldar al resto de corredores. Un segundo triunfo que glorificaba al equipo Colombia es Pasión, pero, sobre todo, al ciclismo colombiano.

Después de esa buena presentación, Nairo fue convocado a correr los Mundiales de ciclismo que se realizarían en Dinamarca. En el desarrollo

de la carrera, de nuevo fue a dar contra el pavimento, llegando en la mitad del lote de ciclistas. Desde su punto de vista, no hizo nada en ese mundial.

Para otros no era como él pensaba. A raíz de su forma de correr y sus triunfos hasta ese momento, varios equipos de Europa lo seguían observando y por esa razón recibiría una invitación para entrevistarse con el gran entrenador de equipo españoles, Eusebio Unzue.

Eusebio, que había preguntado por Nairo, lo citó. Él, bajo su propio riesgo, cambió el itinerario de regreso a Colombia para asistir a la cita, que podía ser una de las más importantes de su carrera deportiva. Llegó en taxi a un lujoso hotel de Copenhague. Mientras esperaba en la recepción, pensaba qué pasaría si se acababa el equipo Colombia es Pasión. No quería ir a otro equipo. Su preocupación se disipó cuando el empleado del hotel intentaba hacerle entender que si quería tomar algo. Nairo, tratando de hilar palabras en inglés, le repetía que no le entendía. El empleado, hablando más despacio, le repetía hasta que apareció Eusebio para pedir dos cafés, destacando que Nairo era del país donde se producía el mejor.

Nairo y Eusebio se presentaron. Nairo, sabiendo la importancia de quien sería su interlocutor, trató de controlar los nervios. El director español estaba interesado en fichar corredores nuevos. Primero tenía que ver cómo iba en la crono, en la ruta y la montaña. Nairo no temía que lo vieran; al contrario, le parecía mejor. Estaba seguro de su calidad como ciclista.

Después de los Mundiales de ciclismo, regresaría a Colombia a correr el Clásico RCN, y Eusebio se comprometió a que en ese clásico hablarían de condiciones y de contrato, recomendándole que esa conversación quedara entre ellos únicamente. Ni el equipo que representaba, ni a él, como director, les gustaba que se supiera nada antes de firmar. Esta advertencia la tomó seriamente. La emoción de ser fichado por un equipo europeo le alegraba, lo quería gritar a los cuatro vientos, pero no podía olvidar la promesa hecha.

Regresó caminando a su hotel en Copenhague. No tenía coronas danesas y no hablaba el idioma, dos impedimentos que luego se convertirían en tragedia. En el hotel estaba el presidente de la Federación Colombiana de Ciclismo, molesto por haber cambiado la hora de regreso. Nairo no entendía. Haciendo los cálculos, llegaba justo para el evento que tenían en Bogotá. El presidente no escuchaba razones, aumentando su furia. Pensaba si sería por tratar de salirse del libreto de los directivos lo que en realidad tanto le molestaba. Nairo siempre ha sido un defensor incondicional de sus compañeros ciclistas, y eso no les cae bien a los directivos. Nunca ha estado de acuerdo con la diferencia marcada entre directivos y ciclistas. El que realmente deja la vida en la carretera, para darle triunfos a un país, es el deportista, no el directivo. Saberlo en la práctica lo convierte en un rebelde, y esa noche no sería la excepción. El presidente de la Federación le advirtió que debía irse solo y en taxi para el aeropuerto. Su vuelo partía a las seis y media de la mañana a Madrid, donde debía hacer trasbordo a Bogotá. El presidente tenía vuelo a las cinco y media de la mañana con conexión por Estados Unidos, con solo dos horas de espera y en primera clase, mientras Nairo viajaba en clase turista, y en Madrid debía esperar seis horas para el trasbordo.

Lo pensó para responderle, entendiendo que la necesidad, a veces, tiene cara de perro. Le propuso que se fueran en el mismo taxi. El presidente no quería. Según él, las maletas no cabían. Nairo habló con el administrador del hotel en un inglés que parecía el *performance* de un mimo. Sin embargo, el administrador, con una sonrisa, entendió. Llamó al taxista, le preguntó si cabían sus maletas y, cuando vio que el espigado hombre de barba vikinga, asentía, su alma le volvió al cuerpo.

El aeropuerto estaba a cuarenta kilómetros del hotel. La cita era a las dos de la mañana para salir. Esa noche, Nairo no durmió. Desde la una estaba en el lobby esperando a que apareciera, con cara de acontecimiento, el presidente de la Federación. En todo el trayecto nadie dijo nada. Nairo apenas miraba por la ventana del taxi las luces que pasaban rápidas una

tras otra, llevándolo a esas mismas noches que recorría en su bicicleta para recoger a Paola de las clases y recorrer, maravillados, las nuevas avenidas que, a medida que construían, las iluminaban. Una noche tuvieron que parar, se terminó el pavimento, miraron a los lados y los dos comentaron que les gustaría vivir en ese lugar, con una casa grande, donde pudieran tener muchos perros y muchas matas. Sin despegar la mirada del cristal que recibía las gotas de una fría llovizna, también recordó que debía cumplirle el deseo de su amada Paola.

Una vez en el aeropuerto, tocaba pesar las maletas; debían pagar exceso por la bicicleta y él, sin coronas, solo se recibía moneda nacional. Los cajeros cerrados. La angustia se apoderó del presidente de la Federación, que seguía echándole la culpa de todo lo malo que les pasaba. Cuando intentaba protestar con más furia, le sacaba en cara lo que consideraba una actitud molesta de Nairo: quejarse porque, en vez de pescado, la noche anterior de la competencia, les habían dado de comer cerdo con salsa. Cuando se midieron los uniformes, les quedaban dos tallas más grandes; pidieron un acompañante que hablara el idioma como lo tenía el presidente de la Federación, que ni inglés hablaba, y le salía con excusas de que los ciclistas debían ser independientes, autónomos, al menos debían saber inglés. Después de sentirse humillado, pudieron sacar coronas de un cajero para pagar el exceso de equipaje, el afán era que los vuelos estaban por cerrarse. Tuvieron que pesar de nuevo las maletas, los de la aerolínea se negaban, así que tuvieron que hablar con el jefe del aeropuerto. Pesaron primero las maletas de Nairo, que salía una hora más tarde. Cuando fueron a pesar las del presidente, se negaron, debía cambiar de vuelo, y tomar otro más tarde. Su furia en contra de Nairo aumentó notablemente, estaba muy estresado de no llegar al evento que hasta ese momento Nairo se enteraba era para hacerle un reconocimiento por su “buena” labor al frente de la Federación.

Llegué a Colombia, dormí algo, me levanté, me preparé y fui al evento. El presidente de la Federación alcanzó a llegar, pagó otro vuelo, nuevamente en primera clase, tenía que estar en el evento... no le llegaron las maletas y no sé

de dónde sacó un traje. Cuando me ve, se viene más molesto de lo que se quedó en el aeropuerto de Copenhague y me gritó: ¡Usted es un irresponsable, el próximo año va a tener que viajar solo y voy a hablar con su nuevo equipo, ya sé que va a fichar con Movistar para que lo manden solo, para que se defiendan, ustedes son unos corredores miserables.

De ese tamaño fue el regaño de parte de quien iba a ser reconocido por llevar el ciclismo a escala mundial. A Nairo no le gusta guardar rencores, pero sí es firme en sus principios, y uno de ellos es estar cerca a la verdad, lo que se aprende cuando se arriesga la vida todos los días por una pasión que otros, supuestamente, se encargan de administrar. No es que esté en contra de los directivos, en el mundo del deporte son necesarios, pero no son lo más importante: el verdadero e importante protagonista es el deportista y su entorno familiar.



José

Al comienzo, cuando no se tiene apoyo, persiste en el deportista la duda de si esa será su profesión. Viendo ejemplos de deportistas colombianos que han sobresalido con esfuerzo propio, el deportista al principio lo duda, no de sus capacidades, sino por la creencia generalizada de que debe ser doctor o ingeniero, y el ciclismo, en su mayoría, es tomado como pérdida de tiempo, sin saber que es una profesión para tomar en serio; hay que dedicarle tiempo, incluso es más exigente que muchas profesiones. El deportista debe ser integral, con buena preparación, buena comida y buen descanso, ojalá en un entorno que sea apreciado y en el que la ausencia de recursos no sea el pan de cada día. En el caso particular de José Sarmiento, su amigo, un gran ciclista y un gran amigo. El estímulo vino por parte de los equipos que comenzarían a pagarle por lo que hacía. El primer contrato que tuvo José fue con Indeportes, Lotería de Boyacá.

En ese tiempo me pagaban quinientos mil pesos mensuales. Por año me daban 5 millones, y al año siguiente fue un poquito más, con Boyacá es para Vivirla, otro poquito.

Luego, por su buen desempeño, Raúl Meza, con el equipo Empresas Públicas de Medellín, le daría la oportunidad. José es bueno en todos los terrenos. En una de las Vueltas a la Juventud, se encontró con Nairo corriendo para la Lotería de Boyacá. Cualquiera de los dos se la iba a ganar, pero les hicieron una mala jugada: recortaron la última etapa que terminaba en montaña, y los planes de victoria se vieron truncados.

La base del equipo EPM era en Medellín, pero yo seguía viviendo en Boyacá; ahí entrenaba y cuando nos encontrábamos con Nairo, le decía lo mismo que le digo cuando nos encontramos en las competencias en Europa: péguese a mi rueda que yo lo llevo. Así no lo pudiera ayudar, trataba de hacerlo sin que fuera notorio.

Después de correr la Vuelta a la Juventud, José sería seleccionado para participar en el Girobio, la sub-23 del Giro de Italia, carrera a la que no pudo ir Nairo. Ganarla le significó a José saltar al profesionalismo con un contrato por dos años con el equipo italiano Acqua & Sapone, corriendo varios Giros de Italia, Dauphiné Liberé, siempre como gregario de oro, buscando hacer buenas presentaciones, como la que tuvo en el Giro de 2011, quedando en la posición 20 de la general.

Nairo un día lo llamó y, en tono bajo, le confió un secreto: el Movistar le estaba ofreciendo que se fuera a trabajar a sus filas. El tono bajo era porque Colombia es Pasión, el equipo de Medellín, en esa época le ofrecía más dinero del que se iría a ganar en Movistar.

Yo le dije, Movistar es un equipo Pro Tour y, por ley, hay un mínimo; menos de ese mínimo no le pueden pagar a usted.

Desde el punto de vista de José, era mejor irse a un equipo Pro Tour. Colombia es Pasión, así le pagaran más, no era un equipo profesional, era continental, razón por la que Nairo no podría correr las mismas carreras que sí podía correr con Movistar.

Le dije, hágale, coja eso rapidito que allá, si a usted en un año le va bien, el otro le pueden subir el sueldo a lo que quiera.

Nairo se quedó pensando en el consejo de su gran amigo. Mientras tanto, José pasaría a las filas del equipo Cannondale.

Nairo estaba un tanto frustrado en el equipo, el mal ambiente ya se sentía desde unos meses atrás y los resultados lo avalaban. Los ciclistas jóvenes, influenciados por los “élites”, argumentaban que el profe Saldarriaga les exigía mucho, les ponía demasiado entrenamiento y la táctica no era la mejor. Ese era el argumento que expresaban cada uno de los ciclistas juveniles en un momento en el que Luisa los abordó. Hasta que ella se entrevistó con Nairo y este, sin filtro alguno, le dijo que le iba a decir la verdad.

Sabe qué doctora, yo sí le voy a decir qué es lo que no está funcionando acá, ese hijueputa de fulano de tal, no deja trabajar; los tiene amedrentados en el lote porque está con el cuento, sonsacando a uno por uno y que se lo sostengan estos maricones. Están diciendo que si nosotros demostramos que este equipo no sirve, Coldeportes va a montar otro equipo que va a pagar mucho más y nos vamos todos para allá. Lo que tenemos que hacer es justificar que este equipo no sirve para que el gobierno lo tumbe.

Y con ese airado reclamo, terminó Nairo su confesión a la dirigente. Pero ahí no terminó su relato.

Ese fulano está diciendo que va a montar un equipo con un italiano y que ya tiene todo listo, pero que ya depende de nosotros si nos vamos para ese equipo o no. Y eso es lo que está pasando doctora, ese hijueputa no deja trabajar. Empieza uno a hacer el trabajo, va para adelante y comienza él, ay no, ahí va la niña, ay no ahí va el lambón, hasta que yo dije: ¡Vaya coma mierda! No le hice caso y me gané una etapa, me importa cinco ese man, que nos deje trabajar ese fracasado, y si está de salida, por qué va a venir a dañar nuestras aspiraciones.

Finalmente, Luisa Fernanda, según su versión, confrontó a ese corredor veterano por lo que estaba pasando, y este le dijo que ella no sabía nada de ciclismo y que les estaba faltando al respeto a las leyendas del ciclismo colombiano. La acalorada discusión terminó con el fulano de regreso a Colombia y los ciclistas colombianos disputando ese Tour de l' Avenir del 2011 y compitiendo el resto de la temporada.

Al poco tiempo, como suele suceder cuando hay intereses políticos de por medio, el equipo Colombia es Pasión desapareció. Solo quedaron deudas que fueron canceladas luego de convertir dos mil millones de pesos de ripio de acero, un abono que sirve para el cultivo de la palma de cera, que solo lo compraban los palmeros, en dinero. La historia en torno al triste final de este equipo, es toda una novela. Amores rotos, traición, odios, engaños y secretos se tejieron durante algún tiempo, luego del cual surgió un nuevo equipo de ciclismo en Colombia bajo la dirección de un italiano de nombre Claudio Corti y su Team Colombia.

La lógica política no es la misma lógica de nosotros. Hay unos contratos y no sabemos qué comisiones había de por medio en el gobierno central, concluye Luisa Fernanda.

Te toca hablar con mis papás

Paola, que estaba estudiando Administración en la universidad, vivía ansiosa esperando que Nairo le propusiera que se fuera a vivir con él. La universidad quedaba muy cerca a la casa que tenía Nairo, y como constantemente la carretera la cerraban por culpa de las manifestaciones o paros, ella se iba para la casa de él. Paola lo tenía sentenciado: “Te toca hablar con mis papás”.

Aquella mañana, Nairo se despertó ansioso, tenía una misión más complicada que escalar el monte Everest. Era el momento de cumplirle la promesa a Paola. Frente al espejo recordó el día que había tenido que ir a pedir permiso para que lo dejaran verse con Paola.

Si para que fueran novios, le pusieron tantas trabas, ¿cómo iba a ser ahora que el pedimento era más serio que un velorio? Irse a vivir juntos es una cosa muy seria, sobre todo cuando a ninguno de los dos les pasaba por la cabeza la idea de casarse. En muchas familias, una madre siempre sueña con ver a su hija salir de blanco de la casa, como la culminación del trabajo

que empieza cuando a esa hija se le trae al mundo. Tanto don Próspero como su señora, habían cedido demasiado: Aceptar el noviazgo, a pesar del miedo eterno de que un día Nairo empezara a ser tan irresponsable sentimentalmente como su papá, había sido un paso complicado. Pero ahora venía lo otro: Irse a vivir juntos. Con un poco de suerte, Nairo saldría airoso de esa temerosa hazaña.

Nairo se puso su mejor pinta, se llenó de valor y salió de su casa, bajó a la carretera central desde donde se divisaba la hermosa planicie boyacense. En días abiertos y soleados, se ve la imponente cordillera con sus picos que le daban la fuerza para caminar y llegar hasta la casa de los papás de Paola. Luego de calmar los perros, que lo saludaban con cara de pocos amigos, entró a saludar. Como Paola ya había anunciado su visita, los suegros lo esperaban. Se sentaron en la mesa del comedor y, luego de los saludos de rigor, sin fórmula de transición les soltó la perla:

—Vengo a decirles que con Paola nos queremos ir a vivir juntos.

La sorpresa del suegro fue más evidente que la de la suegra. Y es que las mamás siempre saben. Tal vez porque llevan a los hijos en el vientre por nueve meses y se crea un vínculo estrecho a través del cordón umbilical. Mientras la mamá de Paola veía venir este momento, don Próspero casi se atraganta con el sorbo de aguapanela que tomaba en ese momento. Su mirada buscó la de su esposa, esperando que ella pegara el primer grito, pero eso no sucedió. No solo porque ya lo intuía, sino porque, como madre al fin, también sabía que Nairo y Paola nacieron para estar juntos. Al sentir que no tenía respaldo alguno, don Próspero enfrentó la situación solo. Solo atinó a decir:

—¡Ella no se manda sola!

Un argumento fuerte de rebatir; a Paola le faltaban unos meses para cumplir la mayoría de edad. Sin embargo, Nairo alargó la respiración buscando que sus ideas fluyeran en esa misma medida. Luego de respirar hondo, les dijo:

—No se trata de eso. Se trata de que ella tome sus propias decisiones, don Próspero.

Y fue justamente esta respuesta la que llenó de nerviosismo a la mamá de Paola, que ahora sí miraba a su marido, pero queriendo calmarlo. Le tomó la mano y con solo un gesto, le rogó que escucharan a la niña.

Inmediatamente, las miradas expectantes de los padres se posaron sobre Paola, quien, hasta ahora, no había hecho parte de una conversación considerada para mayores. Sintió que, por primera vez, su opinión era importante, a pesar de que su punto de vista no se tenía en cuenta por ser una menor de edad. Estaba convencida de que cumplir dieciocho años no era garantía para pensar con madurez y responsabilidad; conocía personas con más años que se equivocaban en su proceder. Al igual que Nairo, tomó una bocanada de aire y les dijo:

—¡Yo quiero vivir con Nairo!

El padre miró a la madre, esperando una explicación. En esa mirada estaba contenida una forma de pensar, de reclamar y de juzgar: las madres eran responsables de lo que pensarán sus hijas. Una responsabilidad que, de ser cierta, confirmaría que la mayoría de mujeres madres desearían salir corriendo de relaciones machistas que para nada tenían en cuenta el pensamiento de quienes se encargaban de contener el mundo en sus brazos. La madre, sin aspaviento, dijo:

—Si es lo que quiere la niña, pa' mí está bien.

La molestia y un puño del padre chocó contra el cedro de la mesa. Nairo tragó saliva y sintió que de ahora en adelante todo se resolvería a los puños. No había de otra. O huir, pero eso no lo iba a hacer. Don Próspero, por su parte, sintió que su autoridad quedaba cuestionada y se había perdido el

temor en esa casa. Nairo, sabiendo que el que estaba al frente era su suegro, trató de encontrar el equilibrio a la situación:

—Le prometo que Paola va a seguir con el estudio que, de ahora en adelante, yo lo voy a pagar.

Ver a Nairo convencido y con una actitud responsable, haría que su suegro aquel día bajara de esa nube negra de la terquedad e hiciera varias recomendaciones que tenían que ver con cerrarles el paso a los chismes que volaban de casa en casa, en los que se decía que don Luis era un hombre mujeriego. Nairo entendía muy bien de qué se trataba, ya que, desde que formalizaron el noviazgo, don Próspero y el mismo Belmer nunca dejaron de juzgarlo por ser hijo de don Luis. Para don Próspero, era una nueva ocasión de seguir atormentando a Nairo con la misma cantaleta. Para Nairo era la oportunidad de aclarar de un modo definitivo y para siempre lo que había venido diciendo desde hace mucho. Hay cosas que no se heredan. Así que cerró la conversación con un tono tajante:

—Los hijos no somos iguales a nuestros padres.

Con esa afirmación, le estaba diciendo a su suegro que Paola no era como él, y lo que pensaba acerca de su padre, como de su hija y esposa, era relativo. Las afirmaciones acompañadas de juicios terminan estigmatizando, como si el ser humano no fuera un ser cambiante. Después de terminada aquella noche la conversación, hicieron acuerdos: cuando regresara de Europa, después de correr la segunda parte de la temporada de 2012, se dedicaría a definir el lugar apropiado en el que se irían a vivir.

La que por poco sufre un infarto, a pesar de intuir lo que acababa de pasar frente a ella, fue la mamá de Paola. Nadie sabe en qué momento se invirtieron los papeles. Durante la conversación, la señora apoyó a su hija, mientras el papá quería fulminar a Nairo. Y de pronto, un mes le duró la cantaleta, porque ella quería que, como cualquier otra hija, era costumbre

que saliera de su casa, casada. Su papá, por el contrario, le pedía a su esposa que le dieran una oportunidad al muchacho. Para él, las intenciones de Nairo eran serias. Luego de la conversación, finalmente Nairo y Paola se fueron a vivir juntos. Paola recuerda esa fecha como si la tuviera tatuada en la piel.

Llegué a la casa de Nairo el 10 de enero del 2012, enamorada, como salí de mi casa, con dos bolsitas de basura con mi ropa, siendo menor de edad.

Paola se levantaba a prepararle el desayuno a Nairo; jugo de borojó o jugo de naranja, caldo de papa, siempre. Luego le alistaba el uniforme, sus medias y zapatillas para su entrenamiento. Mientras Nairo salía, ella hacía sus tareas, el almuerzo y organizaba la casa. Él llegaba, almorzaba sopa, arroz, papa, carne y, mientras descansaba en la tarde, ella iba a clases. Paola acomodó los horarios en la universidad, y así no entorpecía uno la vida del otro. Nairo preparaba la comida y la recogía en la universidad, al principio en bicicleta y luego en una moto que compró para que ella llegara puntual, pero, por más que Nairo insistió, ella nunca aprendió a manejarla. Al ver esto, Nairo decidió ir a un concesionario a ver cómo lograba sacar a crédito un carro. Como de costumbre, convenció al gerente y le prometió que se lo pagaría. Por esos días, Nairo, a escondidas, se inscribía en cuanta carrera había en la región, que tuviera un premio económico. Y así, con mentiras, excusas, cuentos y más cuentos, logró juntar la cuota inicial para un Mazda usado.

Sin embargo, esto traería más problemas que beneficios. Cada vez que salía en carro, algo se le dañaba. Era muy normal ver a Nairo a la medianoche en cualquier esquina convertido en mecánico. Llegaba a la casa con grasa hasta el cuello y Paola lo regañaba. Sin embargo, en ese carro también pasaron sus mejores momentos. Eran dos muchachos adolescentes, sin licencia de conducir, recorriendo Colombia. Al principio, a Paola le costó aprender, y aunque Nairo le enseñó con paciencia, ella, de la frustración, muchas veces se paralizaba en el timón sin saber qué haría si se le apareciera de frente una tractomula. No existe en Tunja un solo andén que no tenga las huellas

de las llantas de ese carro. Lo más maravilloso vino después, porque fue precisamente en ese Mazda en el que Paola acompañaría a Nairo a su entrenamiento, haciéndole de escolta, en una época que vendría llena de triunfos.

El secreto de los ciclistas profesionales siempre ha sido entrenar detrás de moto o carro para mejorar la velocidad y andar con buena cadencia, sin importar qué tan intenso sea el entrenamiento. A medida que avanzan, se mueven con gran técnica, consumiendo kilómetros y produciendo una potencia que de otra forma no lograrían, y eso era lo que quería aprender Nairo. La idea era mejorar la velocidad de las piernas y, para lograrlo, era vital irse detrás del carro. Anteriormente, eran las bicicletas las que ayudaban a los atletas a seguir la marcha a un ritmo determinado. La situación cambió cuando los ciclistas comenzaron a incluir el entrenamiento tras carro. Luego vinieron las motos y permitieron alcanzar velocidades de 50, 80 y hasta 100 km/h. Lo que buscaba Nairo era simular los ritmos que se mantienen durante las carreras. El beneficio real es adaptarse a las variables en las competencias: inercia, aceleración y potencia. Nairo y Paola pasaban días enteros leyendo y estudiando el tema, los dos buscaban que el menudito Nairo desarrollara mejor sus fibras musculares y su cuerpo se adaptara a las exigencias. El problema era que, a medida que aumentaba la velocidad, el riesgo en los entrenamientos tras carro, era mayor. Si había un agujero en el camino, era más difícil responder a tiempo, y eso era lo que le pasaba a Nairo. Paola esquivaba el hueco, pero olvidaba que Nairo pasaba por la mitad y en milésimas de segundo: al suelo.

Me costó sudor y lágrimas aprender a hacerlo. Hay que conservar una velocidad constante, sin frenar. El ciclista va pegado al carro y uno tiene que estar pendiente del retrovisor, pendiente de la señal, si es más rápido o más despacio. Y él atrás de mí, gritando. ¡Oiga, cuidado, a la derecha, a la izquierda!, que me dejó tirado, que usted no sirve pa' eso, que vea, avise. En fin. Al comienzo aceleraba a fondo y otra vez venía el regaño: "Mire, que lo dejé, no sé qué, que esté atenta". Tenía que echar pito cuando viera un hueco,

y como lo hacía, me decía: “¿Qué cree, que echándole pito a los huecos se le van a correr? ¡Eche pito y esquívelos!”. Fue duro el aprendizaje, pero aprendí.

Como todas las esposas de los grandes deportistas, Paola sufre cuando están compitiendo. Ella también recuerda las caídas de Nairo contra el pavimento, cuneta o baranda. Quienes más saben del gran esfuerzo que hacen ellos para tener un buen desempeño son sus parejas. Si el triunfo llega, la esposa, la novia o la pareja no sale en la foto, pero cuando llega la derrota, quien de verdad está a su lado es su pareja. Como aquella vez en 2011, cuando en plena competencia, sufrió una enorme caída. Nairo quedó con el brazo destrozado y fue Paola quien estuvo a su lado hasta recuperarlo. Aquí hay dos historias, al final las dos ciertas, pero en momentos distintos.

Nairo dice que la enorme cicatriz que lleva en su brazo es de una pelea a las afueras del colegio, que el otro quedó peor, que eso fue a machete limpio, pero fue en el mismo lugar donde se hizo añicos en esa caída. Le volvieron a cerrar esa herida y a cogerle puntos. Al final, esos son accidentes que pasan, pero, sin duda, en la vida de una persona común, como en la de un deportista, los más difíciles de superar son los psicológicos.



Doña Eloísa

Para doña Eloísa, la mamá de Nairo, la ida a vivir de Paola con su hijo fue un golpe bajo. Ella no quería, como lo dice, que “se arrejuntaran”. Para ella, era imperativo que antes se casaran, pero no lo hicieron, y eso se lo reprochó a Nairo desde el primer día. Ella piensa que es mejor una familia casada y no juntada, prefiere lo que está bendecido. Aunque no tiene queja de ninguno de los dos, sigue esperando ese momento. Lo que piensa por sus creencias y su modo de ser en nada afecta su cariño por ellos. Al contrario, les agradece lo que han hecho por ella, haber viajado y conocido tantos lugares al lado de Nairo no se lo imaginó nunca. Sin embargo, para ella no existe en el planeta un mejor lugar que Boyacá.

Doña Eloísa es una mujer que no ha tenido la vida fácil. Enamorada hasta los huesos de su esposo, se casó con él con toda la ilusión del mundo, pero, como en todos los matrimonios, hay problemas. Aunque los de doña Eloísa han sido difíciles de superar. Ella siempre soñó con una familia feliz, llena de hijos, una familia en la que el padre de sus hijos fuera un hombre ejemplar, y aunque a don Luis, sus hijos lo adoran y no lo juzgan, estuvo muy lejos de ser ese hombre que doña Eloísa idealizó. Don Luis era difícil, entre el trago y las conquistas, le provocó mucho sufrimiento; sin duda, la sigue queriendo, pero a su modo. Lo difícil saber es cuál es ese modo.

A veces las peleas por los reclamos de doña Eloísa eran tan grandes que la señora se iba llorando a la casa de una hermana que vivía en la misma zona. Allí esperaba, con la eterna esperanza de que don Luis la fuera a buscar, y él terminaba haciéndolo. Eso le demostraba a ella que en el fondo sí la quería, así que regresaba de nuevo a la casa y el sosiego volvía a llenar su corazón. Hasta que llegaba la siguiente infidelidad, la siguiente borrachera y, por ende, la siguiente pelea. Ella se volvía a ir a casa de la hermana y así se repetía el ciclo. Ya era algo rutinario, algo que formaba parte de sus vidas. Por fortuna, sus hijos siempre fueron motivo de alegrías.

Lo que más disfruta doña Eloísa es tener a todos sus hijos juntos. Cuando van a visitarla y, sobre todo, cuando le cocinan, es la madre más feliz. Alfredo prepara un sudado de pescado delicioso, y Nairo no se queda atrás con el pan, la paella y la pizza. Ella lo considera un buen cocinero. Quisiera, y es lo que hace todos los días, pedirle a Dios que le dé muchos años de vida para disfrutarlos y compartir al lado de ellos. Muchas veces no puede hacerlo, por un dolor de espalda que la aqueja, como consecuencia de una desviación de su columna.

No le extraña cómo son sus hijos. Se refiere a que todos, siempre que puedan, ayudan a los demás. Desde pequeños ella les enseñó a trabajar, a ser respetuosos y solidarios. Es la forma como también le enseñaron. “El maltrato, el irrespeto y la envidia no le dejan a nadie nada, solo rabias y decepciones”, suele decir.

Lo que nunca imaginó es que Nairo le fuera a dar tantas alegrías. Recuerda, cuando empezaba, muy pequeño, que estaba viendo por televisión una etapa que corría Lucho Herrera, y Nairo le dijo: “Mamita algún día sumercé me verá por allá en otro país corriendo como esos duros”. Piensa que ha sido en parte influencia suya. Doña Eloísa no se puede estar quieta. Si tiene que ir a ver unas vacas, se levanta temprano, las ordeña, recoge leche para la casa con la que también hace el queso, o si tiene que ir a ver unas chivas, o a recoger huevos, también lo hace. A cada uno de los animales los llama por su propio

nombre y ellos la reconocen brincando de alegría. No hay una conexión más grande como la que ella tiene con sus animales. Tiene pollos y, cuando va Nairo, le prepara uno especial, aunque, según dice, “la gallina le hace daño, es muy grasosa”. Entre doña Eloísa y Nairo hay una relación especial. Son de esas relaciones de las que nunca se habla, pero que existen en la realidad. Parecido a su relación con los perros, que siempre ha sido muy singular.

Cuando Nairo estaba pequeño, muchas veces tenía que salir al campo por diferentes razones: recoger la leche, los huevos, las verduras, la papa, y en cada una de las fincas, los primeros que lo perseguían eran los perros. Nairo, sabiendo que un perro de enemigo es peor que tener un dolor de muela, buscaba la manera de hacerse amigo de ellos. Empezó por recoger los perritos que veía solos y perdidos. Cuando llegaba a la casa y doña Eloísa lo veía con esa carita de “mamita, no me vaya a decir que no”, era porque a sus espaldas traía un *canchoso* que para doña Eloísa significaba más trabajo, pero aun así, a ella no le han disgustado, ni le disgustan los perros. Al contrario, cada vez que puede darles de comer, lo hace y de la manera más maternal.

Con esa complicidad, Nairo iba por las fincas feliz de que los perros, así fueran los más bravos, iban a ser siempre sus amigos y ese recuerdo, como esa vivencia, marcarían su relación con los peludos toda su vida. Hoy, media casa es para los seis perros que tiene. Cada uno con su casita, con sus juguetes, con su plato de comer y, lo más importante, cada uno consentido por Nairo, que los trata como si fueran otros hijos.

Doña Eloísa tiene el mismo carácter hacia los peludos. Con una disciplina férrea, todos los días se levanta a las cuatro de la mañana para estar a las cinco, sentada sobre una butaca de plástico, ordeñando las seis vacas que tiene. Para ella, es el mejor momento de su vida. Las seis damas pintadas de colores negros y café la miran de reojo cuando ella pone su butaca, se frota las manos y a ordeñar se dijo. Mientras tanto, desde la casa de su hijo Dayer, los nueve perros que tiene, posan en fila, como integrantes de un equipo profesional, viendo a la señora que, después del ordeño y de dejar la pimpina

de leche para que la recojan los compradores, se acerca para darle a cada uno de los peludos, su recompensa por haber mantenido la calma y el silencio en la fría mañana boyacense que, como paisaje de cuadro naturalista, ve cómo el astro rey se despierta irradiando su luz desde las montañas del Cocuy hasta las verdes montañas del Alto del Sote.

Toda la vida hemos tenido ganado. Las vaquitas que tengo, de pequeñas, fueron criadas aquí en la casa. Cuando estuvimos en el Giro de Italia, nos robaron dos y eso nunca aparecieron.

El Movistar

Luisa Fernanda tiene su propia versión sobre la llegada de Nairo al Movistar: ella llama a Eusebio Unzué, amigo de antaño y a quien describe como todo un caballero, que la llenaba de atenciones y halagos por ser la única dirigente deportiva en un mundo de hombres, y le dice, con lágrimas en los ojos, que no puede mantener el equipo con la calidad que necesita, y Nairo Quintana tiene con ella un contrato de tres años que no puede cumplir. Tampoco quería que Nairo se fuera al Team Colombia, equipo que lo estaba pretendiendo. Eusebio le comentó que, casualmente, otro técnico también le estaba ofreciendo a Nairo y, si ella cedía el contrato, no veía por qué no podía hacerlo. Luisa lo único que le pidió fue que le diera buen salario, lo cuidara y lo tratara bien porque era un chico muy inexperto.

Luisa Fernanda es uno de esos ángeles que llegaron a la vida de Nairo. Quizá en aquel primer encuentro, cuando Nairo le dijo que lo esperara un año para irse a su equipo, porque ya se había comprometido con Chaparro, la hubiera hecho, si esas palabras hubieran sido de otro. Por el contrario, a ella le dio ternura, porque Nairo era un muchacho sin ninguna malicia, con un gran anhelo de triunfar. Pero esto también lo hacía especial. A Nairo no le importaba el reconocimiento y el egocentrismo que tienen muchos

campeones cuando son reconocidos. A él le importaba su familia, su país y el cariño de la gente. Eso hizo que Luisa Fernanda le tuviera un cariño y un respeto especial. Por eso, al recomendarlo, también lo estaba protegiendo. La relación de ellos sigue hoy en día y bajo los mismos términos. Con Nairo se han cometido muchas injusticias y Luisa Fernanda sigue allí, esperando que llegue el día en que a Nairo se le haga justicia. Su mayor ilusión es estar allí para verlo.

Para estar seguros del rendimiento de Nairo, Eusebio Unzué, gerente general del equipo Movistar, visitó Colombia. Luego de aterrizar en la capital colombiana, se dirigió hasta la casa de los Quintana y allí se reunió con don Luis.

Nos sentamos en un ranchito que teníamos, y ahí tuvimos la negociación. A Eusebio lo respeto y lo quiero mucho. De todas maneras, le dio muchas oportunidades a mi hijo, y Nairo le supo corresponder.

Luego de esa charla, comenzaría la carrera de Nairo que lo llevó a ser uno de los mejores en el escalafón mundial. A la par de sus éxitos, también vinieron las alegrías, como los buenos contratos que le permitieron a Nairo llevar una vida mucho mejor junto a su familia.

El primer contrato con el equipo español se firmó por dos años. Debía correr durante 2012 y 2013. El sueño de todo ciclista se le estaba cumpliendo; se sentía feliz. Aunque el sueldo era inferior al que ganaba con Colombia es pasión, la proyección mundial, como se lo dijo José, sería determinante para su decisión de firmar con la escuadra ibérica.

El cambio lo sintió en cuanto se vinculó. La infraestructura era diferente. Podía estar al lado de ciclistas que admiraba en la televisión y que le recordaban las palabras que don Luis le decía: “*Fácil es llegar arriba, lo difícil es mantenerse*”. Y, para mantenerse, debía pedalear como ningún

otro. Cuando entendió que, para ser grande, debía separarse de su familia, pensó fijar su nueva residencia en Pamplona, España; sin embargo, tras un corto tiempo lejos de Boyacá, volvería.

Después de las pruebas físicas y técnicas que le hizo el equipo, participó en la primera concentración con ellos. Por lo que ganaba y el tipo de contrato, fue recibido como un gregario más que iba a trabajar para el capo. Sus compañeros eran Alejandro Valverde, David Arroyo, Imanol Erviti, Juan José Cobo, José Joaquín Rojas, Jonathan Castroviejo y Andrey Amador, entre otros. Todos fueron amables, le ayudaron a instalar la aplicación donde los localizaban todo el año, las 24 horas. Para Nairo, no le resultaba fácil, vivía perdido. La experta en estas aplicaciones tecnológicas era y es Paola.

Después de la presentación al grupo, recibiría ropa, zapatillas y casco nuevos, aumentando la ilusión con la que empezaba una nueva etapa de su vida. Los días de la concentración los dividió en pruebas de ropa, tallas, preparación física de invierno, haciendo otro tipo de ejercicios en tierra, como fortalecimiento de músculos. La mayor parte del tiempo lo pasó en Colombia por su buen estado de forma; venían las fiestas decembrinas y luego sí debía presentarse en Europa.

Nairo pasó las fiestas al lado de su familia y, en particular, al lado de Paola. La celebración fue en grande. Regalos para todos. Era el diciembre que desde niño siempre había soñado. Nairo se levantaba muy temprano y salía a entrenar, así el día anterior hubiera trasnochado. Su felicidad era inmensa, y así lo quería demostrar. En la vereda hubo una competencia, que consistía en subirse a una guadua engrasada que, al final, tenía premios que los niños podían agarrar y se quedaban con ellos. Por ahí pasó medio pueblo, hasta que comenzaron todos a gritar que le tocaba a Nairo. El campeón se subió, con tan mala suerte que en la mitad del recorrido se descuidó y fue a parar al suelo. Un dedo de su mano recibiría todo el peso del cuerpo. Buscaron un sobandero y él se encargó de aliviar de cierto modo el dolor. A Nairo le

urgía recuperarse. Paola fue la encargada de ayudarlo. Eso lo enternecía, pero la procesión iba por dentro. Era la primera vez que se iba a separar tanto tiempo de Paola y de su familia. Pensar en ello lo agobiaba, sentía tristeza. El sacrificio de los campeones: entregar su vida por una pasión. Paola terminó comprendiéndolo y, como dulce paño de lágrimas, lo consoló, guardando en su alma un dolor que la quemaba por dentro.

Paola tampoco estaba pasando por un buen momento, la razón era que desde hace algún tiempo venía sufriendo desplantes y malos momentos ocasionados por la novia de su hermano Belmer, cuando visitaba a sus papás y esa era una situación desgastante en su casa materna, al no contar con el apoyo de su papá. Desde la perspectiva machista de don Próspero, el hombre, y si es hijo mayor, tiene la razón. Y aunque Nairo no compartía ese pensamiento, así su papá también rondara los campos del machismo, en su inconsciente había albergado la esperanza de expresarle a una mujer, lo que nunca le dijo a su mamá: no había ningún derecho a que ningún hombre las tratara mal.

Siendo coherente con su forma de pensar, tomó una decisión y, con el miedo natural, propio de la situación, le dijo a Paola que iba a hablar con sus suegros y con Belmer, una vez regresara de competir en Europa. En su casa, las cosas tampoco se veían bien, doña Eloísa seguía en su círculo recurrente: peleaba por las ausencias constantes de don Luis y, aunque lo vigilaba por medio pueblo, nada que lo agarraba con las manos en la masa. Todo lo contrario, ella al lado de Dayer, que ahora estaba de lleno dedicado a las antiguas labores de Alfredo y luego Nairo, trabajaba día y noche en la casa y en la tienda y don Luis no aparecía.

Sus desapariciones tenían una explicación: seguía teniendo aventuras por fuera de la casa. Y, para rematar, tenía el descaro de llegar a reclamarle a doña Eloísa, acusándola de tener un amante. Era tanta la rabia y la frustración de doña Eloísa que, de nuevo, agarraba sus cositas y se iba de la casa. Por más que tratara de alejarse de esa vida que estaba llevando, don Luis la buscaba

otra vez en la casa de su hermana, la convencía y, a las buenas o a las malas, ella regresaba. Y es que don Luis realmente nunca tuvo un escarmiento. La costumbre y el amor que le tenía su esposa lo hacía sentirse seguro de que siempre la iba a encontrar en casa de su hermana.

Ese era el cúmulo de emociones que pasaban las dos familias en el momento en el que Nairo se preparaba para irse a Europa. Y ni qué hablar de las hermanas de Nairo, que ya estaban también planeando con sus novios irse de la casa.

Mientras Nairo estuvo en Colombia, el equipo se comunicaba con él por correo. Cuando le llegó la ropa del equipo, supo que alguna no le quedaba buena y doña Eloísa, como podía, se la arreglaba; algunas veces bien, otras mal. Como aquella vez que la letra M del equipo Movistar quedó deforme.

En la despedida en el aeropuerto, no podían faltar las lágrimas y las promesas de volver pronto. Cuando Nairo llegó a Europa, le hicieron las pruebas finales; con base en el escáner en 3D de su cuerpo, un día lo dedicarían a la prueba final de ropa, otro al examen médico y otro a la prueba de la bicicleta.

En Pamplona, España, tuvo que buscar dónde vivir. Sabía que allí vivían Mauricio Soler, Sergio Luis Henao y Rigoberto Urán. Sergio y Rigo corrían para el equipo Sky y habían escogido Pamplona como centro de entrenamiento. Soler, después de la fuerte caída que tuvo en Suiza, no pudo volver a correr, y el cupo que tenía en esa casa, lo tomaría Nairo. Compartió más con Sergio porque Rigo, para la época, viajaba continuamente a Brescia, a compartir con su familia italiana y a Canadá, a visitar a Michelle, la novia.

El invierno aún no había pasado y las temperaturas eran bajas con tormentas de nieve. Aburrido de hacer rodillo día y tarde, con Sergio decidieron salir. Si bien eran compañeros de casa, sobre el pavimento, como en el pasado, eran rivales. Las subidas, aunque fuera entrenando, las hacían a tope. En el fondo

había una rivalidad entre Nairo y Sergio, que venía desde la contrarreloj que habían disputado juntos años atrás en una Vuelta al Valle en la que Nairo sentía la traición de Sergio con Luisa como propia. En el fondo no era una traición, era la necesidad de Sergio de buscar o pretender un mejor futuro, pero eso Luisa no lo veía así. Sergio y Nairo corrían para equipos distintos, y en esa etapa, Sergio salió adelante. Para demostrarle a Luisa y a Saldarriaga que era mejor, Nairo se quería lucir.

Saldarriaga, el profe, lo preparó psicológicamente diciéndole: “Tienes que salir a cogerlo, tienes que ir como un león, eres el mejor. Te toca meterle dos minutos”. Nairo salió motivado, lo alcanzó y le tomó un buen tiempo, y subiendo por las carreteras, cerca a Pamplona, ese recuerdo venía al presente en forma de dureza para subir. Uno corría para el Sky y el otro para el Movistar, dos equipos protagonistas de las grandes carreras del mundo. Sus entrenos, tanto en Colombia como en Europa, se hicieron tan famosos que varios ciclistas se unieron. Nairo y Sergio, al frente, halaban, reían, pero cuando decían pedalear duro, los demás ciclistas que se habían unido, quedaban reventados.

La primera prueba fuerte con el equipo Movistar la tendría en la Vuelta a Murcia 2012, en su versión 31, corrida entre el 3 y el 4 de marzo de 2012. Y esa carrera la describe Nairo con su buena memoria, cuando se trata de ciclismo:

Recuerdo que en la primera etapa estaban conmigo en el equipo Juan José Cobo y Vladimir Karpets; ellos me protegieron del viento de costado. El rival a vencer era Tiernan Locke y, cuando se fue del grupo, dije: “a este man tengo que emparrillármele a rueda...” Ya me habían contado, cuando ganó Contador, desde dónde había atacado. Entonces Locke me hizo un ataque y yo a rueda. Cuando vi dónde tenía que atacar, lo atacé, coroné la subida; luego teníamos que hacer 4 kilómetros bajando, bastante sinuosos; bajando le cogí más tiempo.

El tema era que decían que los colombianos no éramos buenos pa' bajar y le gané por 22 segundos.

Al otro día llegó la etapa de crono. Las orientaciones del equipo daban a entender que para ellos lo hecho por Nairo hasta ese punto era suficiente. Tenían la certeza de que iban a perder porque los rivales cercanos eran grandes contrarrelojeros. Nairo llamó a Paola y se lo contó. Ella, desde la distancia, le dio la fuerza que él tanto necesitaba y se llenó de valor. Cuando se subió al bus que los llevaría al punto de partida, los del equipo lo animaron para que no se fuera a poner triste porque iba a perder esa carrera, a lo que un Nairo envalentonado, muy serio, les contestó: “La carrera no la vamos a perder, la vamos a ganar”.

Contaba con una diferencia de 22 segundos sobre su inmediato perseguidor. Sentía que lo podía dar todo y los “consejos” del equipo no le estaban ayudando mucho. El deportista tiene un entrenador secreto que la mayoría de las veces solo habla para decir, “eres capaz”. El equipo se había contentado con que ganara una etapa. Nairo, que había sido campeón de la crono en Colombia, quería ganar la carrera. Era tanta su confianza que dieron la orden de prepararle bien la bicicleta para hacer la contrarreloj.

El mecánico le puso cariñito a la bici, bien engrasadita, sus rueditas bien y arranqué. Primer parcial iba ganando; segundo parcial por ahí íbamos más o menos empatados y al final cuando vieron que sí podía ganar, comenzaron a animarme desde el carro. Vamos, dale, tú puedes, con toda, macho, hostias, vas volando. Terminé ganando, no la crono, gané la carrera y, de hecho, hacía mucho tiempo que Movistar no figuraba en un podio, había tenido mala racha y ahí arrancamos el crecimiento.

Fue un gran triunfo para Nairo y para el equipo Movistar. No solo ganó la Vuelta a Murcia, sino también el respeto dentro del equipo. El director le dijo: “Vas muy bien en la montaña, te vamos a llevar ahora a la Vuelta a Cataluña”.

En la vereda de El Sote, por radio, todos los familiares oían la transmisión por una antena parabólica que se conectaba a otra y a otra. Y ni qué decir en el monte, donde Alfredo con sus compañeros soldados hacía lo mismo, y la historia se repetía en Muzo, donde hasta los esmeralderos celebraban unidos.

La Vuelta a Cataluña del 2012 fue del 19 al 25 de marzo con un recorrido total de 1.143 kilómetros. No le fue muy bien al equipo Movistar. Su capo, Alejandro Valverde, se retiró en la tercera etapa después de una caída. Nairo pinchó en la segunda etapa, alejándolo de los primeros puestos de la general. Esa carrera la ganó Michael Albasini, un suizo que solo tenía como objetivo ganar una etapa. Unas de cal y otras de arena. Como la vida misma, no siempre se gana ni siempre se está en la cima. Tanto en Muzo, como en Tunja, Arcabuco, el Alto del Sote y media Colombia se comenzaban a escuchar las hazañas de un tal Nairo.

De esa forma, el de Cómbita se había ganado un puesto en el equipo y comenzaba a sonar en el llavero de los grandes ciclistas en Europa, gracias a su contrato con Movistar. La orden era prepararse para el Giro de Italia, la primera de las grandes carreras en la que iba a competir. Esto llenaba a Nairo de alegría. El Giro lo había visto muchas veces por televisión y poder correrlo, era para él uno de sus sueños cumplidos. Un sueño producto de su disciplina, de su preparación y de algo esencial: fortaleza mental.

La Ruta del Sur

Al regresar a Colombia, Nairo se fue directo a visitar a sus viejos. En su ausencia, Dayer, que ya se entrenaba en bicicleta con la idea de seguirle los pasos, con su papá y un par de vecinos, además de nueva pintura, le habían puesto piso nuevo a la casa. Una alegría para quien hacía todos los esfuerzos corriendo, y una gran satisfacción al ver que sus pedalazos traían bienestar a las personas que quería.

Con Paola visitó a sus suegros. Conversaron poco el tema de la esposa de Belmer y, al final, eso no llegó a nada. Para no arruinar el poco tiempo que tenía, se dedicó a ser feliz al lado de Paola. Pasaron unos días juntos y se juraron amor eterno. Nairo pedaleaba y Paola lo entrenaba. Eran la dupla perfecta. Y con esas buenas sensaciones se regresó a Pamplona a terminar su preparación para correr el Giro de Italia.

En Pamplona entrenó con el equipo; se sentía bien, cada día mejor. Hasta el día que lo llamó Eusebio para decirle que no iba al Giro. Nairo tuvo que sentarse para asimilar lo que estaba escuchando. Cada día que se levantaba en Cómbita, muy a las cinco de la mañana para entrenar mínimo cinco horas, le agradecía a la virgen porque ese año, 2012, iba a correr una carrera con la que había soñado desde que había tomado la decisión de ser

ciclista. Las palabras de su director la cayeron como balde de agua fría. Solo atinó a preguntarle ¿por qué? “Porque va Andrey Amador, que tiene más experiencia que tú”, fue la respuesta.

Un golpe duro para su estado de ánimo. No lo esperaba. Y como no estaba preparado para una noticia de ese tipo, se fue al piso. Los compañeros trataron de darle ánimo, diciéndole que era muy joven, que era su primer año, así que Nairo entendió y aceptó que lo enviaran como líder a una carrera llamada Ruta del Sur.

La Ruta del Sur se corría a los 20 días. Aburrido, entrené, me subí de peso, pero finalmente fui a correrla. Primeras etapas muy bien y llegó la etapa de montaña con cinco mil metros de ascenso, y ese día el equipo había trabajado para mí. Me llegó la hora, atacué a 30 kilómetros de meta, una subida larga, luego una bajada y otra subida, y luego la bajadita y un repecho a meta y gané... el segundo llegó como a tres minutos.

Un triunfo con sabor agridulce. A algunas figuras del ciclismo en Europa se les hacía raro que un negrito, campesino, bajito, suramericano, llegara ganando grandes carreras. Eso le generaba dentro de su ser algo de tensión. La tensa calma se distendió cuando el equipo lo llevó para que corriera la Dauphiné Libéré. Aunque lo dejaron de atacar con comentarios de doble sentido, lo atacarían las alergias. Un día pesaba dos kilos más, otro día dos kilos menos, tres kilos más. Tuvo un día malo, suficiente para que quedara fuera de los favoritos de la general.

Para ponerle la cereza al pastel, el director le había dicho: “Tú ya no vas a ir por bidones. Los bidones los llevan otras personas”. En una de las etapas planas un compañero de equipo le reclamó: “Ey, tú, ¿vienes aquí de gratis? ¿vas a traer bidones o no?” Nairo, principiante en el equipo, le respondió: “Lo que quieras, yo voy y te traigo, no tengo problema”. Bajó al vehículo del equipo, para llevar bidones, cuando estaba al lado del carro, el director sorprendido le preguntó: “¿Qué quieres?” “No, es que voy a llevar bidones”, le

respondió, sabiendo que el compañero lo había hecho por broma. El director le respondió: “¿Cuántas veces te he dicho que tú no tienes que venir a por bidones? Toma tu bidón. Te lo bebes tú, y vas y le dices a ese corredor que te mandó que venga que lo necesito”.

En esa época había radio, pero hablábamos sin radio. Yo fui y cuando llegué al pelotón me dijo: “Joder, ¿no me trajiste un bidón? ¿No te dije que me traieras?” le dije “sí, yo bajé al vehículo, al carro, para traerte tus bidones, pero el jefe me acaba de decir, ni siquiera el director, el jefe que iba ahí me acaba de decir que vayas al coche, que te necesita”. Se quedó mirándome. Fue, y cuando llego allá, seguramente le dijeron tres palabras que bastaron para dejar de huevonear. Al rato llegó, me traía agua. La cosa cambió.

En la etapa reina de montaña, el director del equipo le dio carta abierta para que se luciera. En esa carrera se encontraría con su gran amigo José Sarmiento, que corría para el equipo Liquigas. José llevaba dos años corriendo en Europa y, para Nairo, era como tener un hermano corriendo al lado.

Nairo le colaboraba al ciclista bielorruso Vasil Kiryienka. A él y a Alejandro Valverde los estaban preparando para llevarlos a correr al Tour de Francia. Como el director le había dado carta abierta para que se luciera, Nairo se metió en una fuga, en la que también se había metido José, que iba líder de los premios de montaña. Para Movistar, estos premios no eran importantes ni las metas volantes, excepto las del Tour de Francia.

Ese día, nos escapamos con José e iba André Greipel con nosotros. De repente me comenzaron a pesar las piernas, dio un relevo Greipel y me reventó. Me quedé en el pelotón e iba tan rápido que casi me deja. Cuando miré a un lado, vi a Leonardo Fabio Duque, otro ciclista colombiano, gran persona, me decía: “Mire, estos son los polos”, “ojo con este cruce aquí”, “ojo con este cruce allá”, “camine corramos adentro”, “colóquese para mañana una camiseta más suave...”, “¿Qué le pasó,

mi viejito? ¿Lo dejaron de la fuga o qué?”. Le dije: “Sí, esos manes van muy rápido. Entonces me dijo: “Espere y verá, déjeme recuperar”. Salió el sol y comencé a sudar, estábamos pasando por una parte limpia de polen y el director me dio la orden de que me quedara en los primeros puestos, sabía que los que iban adelante del pelotón iban a comenzar a apretar. Hicimos un valle, y llegaba la última subida, quedábamos uno de cada equipo, y seis del Sky, alineados tirando a tope. Adelante iban José y Greipel escapados y, aunque iban rápido, yo dije: por lo menos me hago ver en televisión. Les voy a arrancar, y cogí y le metí ese traque y arranqué ahí para arriba y se quedaron mirando, entonces yo estaba adelante 10, 12 segundos, 15, 18 segundos, y pasé por el lado de José, que había ganado el premio de montaña, y me dice: “Vamos, mi negro, que vienen lejos”. Esas palabras de mi amigo me animaron más, el comentarista de televisión decía: “Alcanza a coronar el colombiano, pero ahora bajando o se va a salir en una curva o lo van a alcanzar”. Cadel Evans se lanza a bajar, alcanza a llegarme como a 10, 12 segundos, pero no me alcanzó. El colombiano que no bajaba comenzó a bajar bien, 12, 15, 17, 20, 22, 25... y ya cuando llevaba 25 segundos, el director me dijo: “No, no, no, ya, tranquilo, no arriesgues más, ya no te pillan, vas a ganar”, y gané la etapa reina del Dauphiné Libéré.

Júbilo total y un abrazo con José que pasará a la historia. Eusebio quedó tan contento con la actuación de Nairo en la Dauphiné Libéré que, luego de terminar la competencia, en las tardes iban a comer chuletones con buen vino y, en medio de esas delicias de platos, creció una bonita amistad. En cierta medida, Eusebio buscaba que el ciclista boyacense firmara con el equipo por más años. Nairo regresó a Boyacá para preparar la Vuelta a España. Como no lo habían llevado al Giro de Italia, querían que compitiera en La Vuelta.

Paola III

A pesar de su juventud, Nairo Quintana demostraba en muchas de sus decisiones una temprana madurez. Sabía muy bien para dónde iba y sabía que, para lograr los objetivos que se había propuesto, por un lado, debía entrenar juicioso y, por otro, en competencia debía obedecer las órdenes del director. Entendía claramente la oportunidad que le estaba dando el equipo, pero también era consciente de sus capacidades. Saber bajar la cabeza en signo de humildad, así parezca resignado, es de grandes. Nairo no es de los que se resignan, siempre quiere ir a fondo, hasta el final. Con esa mentalidad llegaría a correr la Vuelta a España 2012. Su objetivo: trabajarle lo mejor que pudiera a Alejandro Valverde.

La relación con Valverde era buena, siempre y cuando Nairo se mantuviera a su disposición y, esta vez, se había preparado conscientemente para colaborarle en las etapas de montaña y ser su gregario cuando lo necesitara. Y aunque lo sabía, no faltaron advertencias de los compañeros que le decían “no intentes de primera”, “colócate la camiseta grande, en la que caben las barritas energéticas, caramañolas y así, como tú seas, así serán tus compañeros”.

En La Vuelta, la primera semana tuvo un día malo, pues el calor lo golpeó duro y perdió tiempo. La segunda semana fue mejor, pero seguía siendo regular. La tercera se sintió mejor, y era el que mejor andaba del equipo. Nairo “tiraba” en los ascensos y a su espalda iba Valverde, que después de 21 etapas, subiría el podio en el segundo lugar, superado por Alberto Contador.

Participar en La Vuelta le dio mucha confianza. Luego compitió en varias carreras pequeñas en Italia, apoyando a Valverde, lo que le valió seguir ganándose la confianza de Eusebio Unzué. Cuando supo que Nairo tenía un nuevo representante italiano, quedó sorprendido. Nairo había dejado lo de su nueva contratación en manos del representante Giuseppe Aqcquadro. Cuando un apoderado habla por el ciclista, se crea una distancia entre este y el equipo. Los apoderados saben de contratos, salarios y alcances contractuales. La relación del equipo con el ciclista pasa a ser netamente deportiva y eso lo sabía muy bien Eusebio, que quería negociar a Nairo por más años al servicio del equipo, y Nairo le tuvo que decir que lo hablara con Giuseppe, su representante.

Los equipos, muchas veces prefieren negociar con los ciclistas directamente; saben que los representantes no se casan con un solo equipo, tienen contacto con todas las escuadras y, lo más importante, saben cómo está el mercado contractual de ciclistas. Manejan precios, tarifas, compromisos, lo cual para el deportista es mejor. Es una manera de estar tranquilo de que le van a asegurar un contrato digno.

El 2012 fue un buen año. Además de ganar algunas carreras, corrió la Vuelta a España, primordial para un ciclista de alto nivel que tenga dentro de sus objetivos a largo plazo ganarse una de las tres grandes que se corren en Europa. Trabajando al lado de Valverde, aprendería cómo se afronta una competencia de tres semanas. Si un corredor desea ser capo de un equipo, debe acudir a la experiencia y a sus capacidades. Nairo tenía lo segundo, pero le faltaba lo primero. La condición del ciclista es fundamental, pero la forma como afronte la carrera es esencial y, al final, para subir al podio, se necesita una combinación perfecta de las dos.

Finalizada la Vuelta a España, tenía pensado regresar a Colombia para poner en orden sus negocios y, particularmente, organizar su hogar con Paola. Antes de regresar, lo invitó a comer Eusebio para desearle unas buenas vacaciones. Después del vino, le pidió que no se desconectara del equipo. Los entrenadores le enviarían los entrenos que debía cumplir al pie de la letra porque en el 2013 pensaba llevarlo al Tour de Francia. Para este entonces, la noticia de que le darían esa oportunidad era el mayor motivo de felicidad. Aún ni siquiera pensaba en el sueño amarillo que, tiempo después, no solo se convertiría en una promesa a su suegro, sino en una gran ilusión que, como le dijeron una vez, tiene que cumplirse para que sea real.

Ir al Tour de Francia significaba un mejor contrato, subiendo ostensiblemente sus ingresos. Nairo le agradeció, se sentía feliz que lo tuviera en cuenta, le prometió que se prepararía de la mejor forma y, con esa buena noticia, regresó a Colombia con la firme intención de cumplir su promesa. Compró unos buenos baldes, viruta, palustre, rodillos y pintura para dejar como una tacita de plata la casa donde estaba construyendo un hogar al lado de la persona que siempre ha amado: Paola.

Para Nairo y Paola resultaría una experiencia novedosa. Los dos venían con creencias y enseñanzas aprendidas en casa. Si querían crear algo nuevo, tendrían que dejarlas atrás y formar un hogar a partir de sus propias convicciones. Nairo ya había dado el primer paso cuando fue a la universidad y la inscribió. La duda sobrevino cuando ella le confesó ignorar la carrera a seguir. Aquella noche se sentaron en las dos sillas, lo único que tenían en la casa nueva. Nairo dio tres vueltas y le propuso:

—¡Contaduría!

Paola abrió los ojos sorprendida. Estaba pensando que tal vez los sistemas era lo más conveniente, pero cuando escuchó contaduría, su mente quedó en blanco.

—Cuando vayamos a tener dinero, ¿quién se va a encargar de nuestras finanzas? Tiene que ser alguien de confianza, dijo Nairo.

Para Paola fue una decisión acertada. En el momento en que se lo planteó, ella se sorprendió. Sentía compromiso de acompañarlo como novia. No se había proyectado como esposa. Cuando lo descubrió, sintió alegría en su corazón. Los celos que sentía cuando se le acercaban modelos o famosas a darle besos, que pasaba con frecuencia, pasarían a un segundo plano. Si Nairo la veía como su compañera de vida, era porque la amaba y con ese mismo amor, ella aceptaría la propuesta visionaria que a futuro los podría poner en una situación económica estable. Y fue así como Paola comenzó sus estudios de Contaduría, sabiendo que era la mejor decisión para el futuro de ellos como pareja.

Paralelo a la vida que llevaba con Paola y al arreglo de la casa, se dedicó a entrenar solo con su novia y a su ritmo.

Cuando faltaban pocos días para regresar a Europa, a Nairo se le ocurrió pensar en una nueva mudanza. No habían terminado de arreglar esa primera casa, y ya andaba haciendo planes. Esa ha sido la constante en su vida, no ha terminado algo y ya está pensando en lo siguiente. Le dijo a Paola que tuviera las cosas listas porque seguramente en poco tiempo vendría una nueva mudanza. Estaba seguro de que le iba a ir bien en el Tour de Francia 2013, y la situación económica, según lo conversado con el mánager, iba a cambiar del cielo a la tierra. Ya había terminado de pagar la deuda de la primera casa y estaba seguro de que el banco le prestaría de nuevo para comprar un lote y otra casa. Esta segunda casa era una herencia de ocho hijos a los que tuvo que reunir Nairo; algunos no estaban de acuerdo con venderla, hasta que se enteraron de que el comprador era él.

A Nairo le han gustado los negocios de finca raíz porque le recuerdan a su papá. Cada vez que tenía oportunidad, les decía: “La finca raíz es la plata

más segura, siempre está ahí, creciendo, jamás baja el precio de una tierra o una casa”. Después de organizar los negocios pendientes, y ya con la casa prácticamente asegurada, se escapó para hacer algo que tenía en mente para la comodidad de Paola: reacondicionar el Mazda. En una semana el carro había quedado como nuevo. Como se dice coloquialmente, “lo engalló”. Le puso equipo de sonido, rines, llantas, spoiler y hasta le cambió la silla del conductor por una de un avión para que Paola sintiera que iba conduciendo un Fórmula 1. Cuando le dio las llaves, le dijo:

—Mi amor, le arreglé el carro para que no la vuelva a dejar tirada y de una vez vaya buscando otra casa donde no haya mucho ruido y nadie nos moleste.

Su sueño era tener muchas casas. Con la tranquilidad de dejar las cosas en orden, empezó a alistar su viaje a Europa. Pero antes recibió una llamada de Giuseppe, que le decía:

—Tú puedes ganar el Tour este año, solo si el equipo te ayuda.

Aunque tenía la fuerza y la preparación, estaba claro que su objetivo, al llegar a Europa, era ponerse al servicio de Alejandro Valverde. Pensar que podría ganar el Tour, se le hacía un tanto iluso, pues creía que Valverde era quien debía ganar.

—Sí, pero no tengas miedo, que yo sé que tú puedes ganar el Tour —le aseguraba Giuseppe.

Y entonces, en sus entrenos en Colombia, aceleró la máquina. Parecía una bestia. Recorría el departamento de Boyacá de lado a lado. La gente lo saludaba a su paso. Lloviera, tronara o relampagueara, ahí estaba Nairo con su corazón a mil por hora. Subía y bajaba montañas como si estas fueran solo repechos. Hasta que un día se le atravesó un perro y, por no arrollarlo, fue a parar al otro lado de la vía. En ese sentido venía un camión que ya no

tenía tiempo de frenar, lo último que se escuchó fue el ruido de las llantas quemando el pavimento. Por un segundo, Nairo, que como pudo se levantó, se había salvado.

Luego de ese accidente, las cosas no salieron tan bien. Faltando un par de días para su viaje, se sintió mal. Era un malestar con fuerte vómito y diarrea que lo dejaba sin fuerzas. De España lo llamaban para saber cómo estaba, y Nairo respondía: “excelente, muy bien, muy bien”. Como debía seguir entrenando, se fue para Paipa, a lo plano, repechos pequeños, y llamó a dos amigos: “Acompañenme, vamos para Paipa a entrenar”.

Alcancé a rodar 20 kilómetros, ni siquiera la mitad del entreno. 20 kilómetros y me tocó sentarme a descansar. Vomité un poco, reposé y de vuelta casi no llego a la casa. Iba para el Tour de Francia y no era capaz de llegar a la casa, ahí empecé a preocuparme.

La niña está embarazada

Nairo viajó a España y llegó a Pamplona, donde estuvo concentrado por una semana en la que logró recuperarse del malestar que casi le daña el viaje a Europa. Después de esa concentración, salieron directamente a competir en el Tour de Francia que, en 2013, cumplía cien años e iniciaba en la isla de Córcega. La explicación al malestar que sintió antes de viajar, la tendría el día anterior de comenzar el Tour. Le estaban haciendo un masaje y, mientras el terapeuta le aprisionaba los tendones buscando distensión, Nairo pasaba, en su celular, las fotos de las casas que Paola estaba viendo para cuando regresara. Lo sorprendió que, en medio de las fotos, aparecía una prueba de embarazo con dos rayitas. Nairo quedó sentado de una, ante la mirada desconcertada del terapeuta.

—¡Miércoles! ¿Qué pasó?

El terapeuta no sabía qué decir. Nairo sonrió sin decirle nada. La felicidad que sentía la quería solo para él. No era egoísmo. Le parecía tan personal la situación que no quería que el equipo se enterara hasta cuando fuera el momento indicado.

Paola, acompañada por don Luis, estaba en un concesionario dejando el Mazda e intentando comprar una camioneta. Cuando el vendedor le dio el precio, se desmayó. Rápidamente le prestaron los primeros auxilios, el vendedor no sabía dónde meterse, pensaba que haberle el dicho el precio, a secas, la había afectado. Para don Luis, el desmayo obedecía a que Paola no había desayunado.

La llevaron al hospital en ambulancia. Don Luis era el más preocupado, y así se lo manifestó al médico que atendió a Paola. Este, pensando que era hija de don Luis, le respondió: “La niña está embarazada”.

Ahora era a don Luis a quien le había dado un desmayo, pues no sabía qué hacer. Caminaba de lado a lado, pensativo. No sabía si alegrarse o preocuparse. Aún no estaba claro si Paola iba a ser la esposa de Nairo. Aunque la conocía desde pequeña, le preocupaba qué iba a pensar su familia. Sería la misma Paola quien lo sacaría de ese embrollo. Le dijo que un hijo siempre sería una alegría y, pensando que tenía razón, don Luis empezó a sentir regocijo.

Pero Paola tenía sentimientos encontrados, pues, aunque su alegría era plena, en el fondo también sentía nervios y susto, mucho susto.

Después de un tiempo de estar viviendo juntos, Nairo quería un hijo, entonces yo como que... ¡Dios! O sea, tenía 18 años... ¿un hijo? ¡No!... Él llegó en abril de 2013 de Europa, yo me había aplicado mi método anticonceptivo en marzo, que me servía hasta abril. En abril no me apliqué nada y dije: “imposible que vaya a quedar embarazada”, y tenga pa’ que se entretenga: quedé embarazada. Fue un hijo buscado. Cuando él viajó al Tour de Francia de 2013, ya estaba embarazada, pero yo no sabía, ni él tampoco. Le dije un día antes de empezar el Tour.

Justo en el momento del masaje de Nairo. Él me vendió el cuento de la motivación. Tener un hijo te motiva a trabajar, a sacrificarte más. Es una responsabilidad. Me convenció y yo dije: vamos a intentarlo y ya,

quedé embarazada. Antes de viajar me dijo: “Empaca todo y ten todo listo porque si me va bien, tenemos que irnos de acá, no es el barrio más adecuado para que estés sola”. Nairo tenía la confianza de que le iba a ir bien.

Después de que terminó el masaje, Nairo llamó a Paola. Ella, con su voz entrecortada y emocionada, le contó que estaba esperando un hijo suyo. El mundo parecía detenerse por un momento, mientras Nairo asimilaba la noticia. Sus ojos se llenaron de lágrimas y no salía de su asombro, pero al mismo tiempo le surgían sentimientos de preocupación y responsabilidad. Inmediatamente le recomendó no hacer nada de fuerza. Debía ponerse bajo las órdenes del médico. Se sentía muy feliz y se lo agradecía a Paola.

En un momento, se enfocó en la carrera que se avecinaba y en los cambios que esta nueva realidad traería a sus vidas. Nairo sentía una mezcla abrumadora de emociones, mientras imaginaba cómo equilibrar su carrera en el ciclismo profesional con su nuevo papel de futuro padre. Con el corazón latiéndole más rápido que nunca, se enfrentaba a una encrucijada: ¿debería seguir adelante con el Tour de Francia, persiguiendo su sueño deportivo, o abordar un avión para estar al lado de Paola y apoyarla en esta nueva experiencia de sus vidas?

Ahora su realidad se tejía en torno a la dualidad entre la pasión por el ciclismo y el amor por su familia. Nairo luchaba por tomar la decisión correcta, de ahí en adelante enfrentaría desafíos, triunfos y adversidades en su camino hacia la carrera y la paternidad. Este sería su primer viaje emocional en el que descubriría la verdadera importancia del equilibrio entre sus sueños personales y sus responsabilidades familiares.

Luego de terminar de hablar con Paola y de digerir la noticia, al primero que le contó fue a Mikel Otero, su masajista. Un gran ser humano. Excelente amigo. Defensor de las luchas de los ciclistas latinos. Los dos se fundieron en un gran abrazo, alegrándose por esa etapa de sus vidas. A partir de ese

día, a Nairo le pasarían las maluqueras que, en algún momento, pensó le entorpecerían su objetivo de correr el Tour de Francia 2013.

El comienzo de ese primer Tour fue duro. Las etapas iniciales se corrieron a unas velocidades promedio altas. Compitiendo en La Vuelta, Nairo se proyectaba ganando etapas en el Tour, pero estando ahí, pasando el día a día, la realidad, los competidores y todo lo que implica una carrera de tres semanas, lo bajarían a una realidad más cruda. Una competencia de esa dimensión se debe tomar de acuerdo con las sensaciones que se vayan sintiendo día a día.

Era su primera vez ahí y Nairo estaba impresionado por su organización. Estaba en la carrera más famosa del mundo. El día anterior de la partida debían estar con traje formal para los medios. Los ciclistas respondían preguntas y posaban para la prensa de todo el mundo, haciendo que Nairo se sintiera en las grandes ligas; con nervios, pero en las grandes ligas. Estaba pendiente de que le preguntaran algo, pero la verdad era que, a ese nivel nadie lo conocía, y por muchas ganas que tuviera de responder, ningún medio le preguntó nada. Sin embargo, era una experiencia emocionante para un joven de 23 años.

En el Tour se reúnen los mejores ciclistas del mundo. Es la cita mundial del ciclismo internacional. Para un principiante, es una carrera dura. Las velocidades son vertiginosas; muchas carreteras son angostas. Muchas etapas son pruebas rompepiernas, con subidas insufribles y descensos peligrosos, que estresan a los competidores. Con una mínima desatención, pueden caer al piso y terminar en el hospital hechos trizas. Todos los ciclistas quieren estar adelante y eso causa estrés. Veintiún etapas, corriendo en promedio seis horas cada día, con el riesgo de caerse en cualquier momento, y sometidos a las inclemencias del tiempo.

En el Tour no se compite solo contra los adversarios, sino que hay que sortear los obstáculos de la naturaleza: los fuertes abanicos producidos por el viento, las gélidas nieves de los Alpes y los Pirineos, los descensos mortales en los

que los ciclistas alcanzan los 80 kilómetros por hora, el calor abrasador en las etapas llanas, el polen... En fin, toda esta exigencia extrema termina por reventar el cuerpo y genera un enorme desgaste mental. Los favoritos del equipo Movistar para el Tour de Francia 2013, eran Alejandro Valverde y Rui Costa. De otros equipos estaban Chris Froome, Purito Rodríguez, Alberto Contador e Iván Basso. Comenzarían las etapas de montaña en los Pirineos. Nairo recibió la orden de atacar. Por poco gana una etapa después de un ataque que haría a más de 50 kilómetros de la meta. Aunque no ganó, obtuvo reconocimiento en los demás equipos. Lo empezaron a vigilar. Figurar en las etapas, además de ser protagonista en la televisión mundial, le gustaba y hasta saludaba mientras la cámara lo enfocaba; lo hacía como otra manera de ganarse el respeto de sus compañeros y de los demás equipos. Podía subir y bajar del lote, con libertad.

En una etapa de mucho viento, los ciclistas del equipo Movistar iban bien posicionados. No les afectaba demasiado, pues, aunque se hicieron abanicos, ese día se movieron muy bien. Estaban a pocos kilómetros de pasar por la zona de alimentación y del equipo recibieron la orden de no tomar comida, con la que tenían en los bolsillos, aguantaban. La orden obedecía a la experiencia del director. La zona de alimentación se presta para caídas. A Nairo, en particular, le dijeron: “Tú estás atento adelante en caso de que haya algo”.

Nairo estaba pendiente, de pronto escuchó un barullo atrás, volvió a mirar y vio a un tumulto de ciclistas y, entre ellos, Alejandro Valverde, que estaba en el piso. Su bicicleta, efecto de la caída, estaba arruinada. De inmediato todos los equipos aceleraron. Avisó por radio. Llamó a sus compañeros para que se quedaran a apoyar al capo. El director se acercó y le dijo a Nairo que él debía estar adelante, no ahí con ellos. Nairo le volvió a preguntar: “¿Seguro que voy con ellos o me quedo ayudar a Valverde?”. “No, con el viento que hace, tú no nos puedes ayudar en nada”.

El director en carrera era José Luis Arrieta. Nairo fue a buscar las mejores posiciones. Como pudo, se abrió campo dentro del pelotón. Se peleó con

unos, discutió con otros, se amenazó con unos cuantos con quienes, al final de la etapa, se verían las caras, pero él no se dejaba, estaba ahí. Le tocó guerrearla, los abanicos aparecerían, y por nada quería quedarse rezagado. El equipo atrás trataba de llegar con Valverde, pero el desgaste para todos era mayor, y nada que podían entrar al pelotón. Por efecto del esfuerzo que estaba haciendo el equipo, se quedó sin bebida y sin comida. La única salvación era que pasaran por algún pueblo donde amainara el fuerte viento. En uno de esos pueblos, se quedó para recibir del carro comida y bebida, los carros de los otros equipos se oponían a que recibiera auxilio. La animadversión llegó al punto de que los carros se rozaban buscando sacar al contrario de la carretera, sobre todo a Nairo.

Nairo luchó como un gladiador y pudo volver a entrar al pelotón. En los pueblos se adelantaba buscando un falso paso que permitiera que su equipo los alcanzara. En uno de esos pueblos el equipo estuvo a diez segundos de entrar al pelotón, con tan mala suerte que salieron a campo abierto y el viento se hizo más fuerte. Al final de la etapa, Alejandro perdió más de diez minutos, eliminando toda posibilidad de estar en el podio en París. Y Nairo, estaba ahí, solo, golpeado, herido de muerte, pero no derrotado.

El Pit Bull

Después de esa etapa, Eusebio llamó a Nairo y le dijo: “Tú vas a ser ahora nuestro líder del Tour y todos vamos a ayudarte, te vemos muy bien”. Nairo le respondió: “Hágale, cuente conmigo que, si todos me ayudan, yo lo intentaré”. A pesar de ser un ciclista nato, que siempre le quería hacer caso a su instinto vencedor, estaba aprendiendo a escuchar y a respetar jerarquías. El líder era Valverde y Nairo así lo entendía, pero con la caída que tuvo, cambiaron las cosas. Ahora Nairo, no solo tenía una oportunidad, sino que se le había dado una orden: él sería el líder. En su corazón ingenuo, sus compañeros tenían que acatar las órdenes y mejor aún, alegrarse por él. En la carretera, tenía que demostrar la oportunidad que le estaba dando el equipo.

En la etapa que Nairo atacó a 50 kilómetros de la meta, quedaría séptimo en la general. Pasarían las etapas de viento y aún se mantenía en la misma posición, a menos de un minuto del líder. Llegaría una jornada que terminaba en Gap, toda llena de polémica: es una etapa que se repite cada cierto tiempo en el Tour. Antes de llegar, hay un repecho que se vuelve una bajada sinuosa, hasta terminar en una recta de unos tres kilómetros. Ese día, solo un grupo reducido subió el repecho. Una vez pasaron la punta, Alberto Contador se puso adelante, sus condiciones para bajar daban para que siguiera seleccionando el grupo. Nairo lo seguía en segundo lugar. Alberto se cayó y Nairo, líder de los jóvenes, pasó a halar el grupo. Atrás, impulsado, venía su directo rival en esa categoría: Kiatowsky.

La velocidad que había tomado Contador bajando era para dejar a atrás a todo el pelotón. Si Nairo no hubiera expuesto su vida en la bajada, lo hubieran alcanzado. En la carretera, en algunos momentos, para todos los ciclistas lo único que cuenta es ganar, sin importar el riesgo inminente, pero ese era el día. O ganas o te ganan.

En Mont Ventoux, el equipo quería que ganara la etapa. Iba una fuga adelante. Para reducir tiempo, pusieron a trabajar a Castroviejo. Iban a tope, cuando los del equipo Quick-Step intentaron desplazar al Movistar de la punta del lote. Al grito de guerra ordenado por Nairo, sus compañeros reaccionaron, advirtiéndoles que no se iban a dejar sacar. Los Quick-Step los rodearon para pegarles codazos y sacarlos de la punta del lote. Cuando Nairo se percató de la encerrona, se enfureció; subió dos cambios, se paró en la bicicleta, salió por un lado y, derrapando, se atravesó frente al lote y les gritó: “Todos nos vamos al piso, pero aquí nadie saca a nadie”.

Cuando ven que me cruzo y meto la frenada echando humo porque era verano, los de mi equipo me decían: “No, no, Nairo, tranquilo, déjelos que nosotros nos quitamos”. Les dije: “Nosotros no nos vamos a quitar, se tienen que quitar ellos”. Entonces Mark Cavendish me dijo que yo era el Pit Bull. “No, nada de Pit Bull, ¡respete!”, le respondí. Aquí nos respetamos todos.

Cavendish, con un ademán, calmó a sus compañeros del Quick-Step. La rabia que Nairo sintió aquel día la dejaría luego sobre el pavimento cuando tomó la decisión de atacar a 12 kilómetros del Mont Ventoux. Nadie lo podía contener. El único era Froome, que no solo le descontó la ventaja, sino que lo pasó y ganó la etapa, consolidándose como líder del Tour de Francia.

Fue impresionante, yo le llevaba más de dos minutos y, en un arranconazo, me los quitó, dejando muertos a Contador y Valverde. Cuando me alcanza, me dice si vamos juntos. “No me atacas y tú ganas la etapa”. Me lo dijo en español, italiano, inglés; así yo no hablara ninguno, me tocaba hablar en todos los idiomas. Yo le dije: listo, llevaba seis kilómetros escapados, y a Froome lo había traído un buen gregario como Richie Port. Yo, cañando, le dije que sí, que le hiciera, pero cuando vio que iba muy despacio, faltando mil trescientos metros para coronar el Mont Ventoux, prendió la moto, se fue el marica y me dejó solo.

Nairo recuerda que ese día llegó segundo a 29 segundos de Froome. También recuerda que a Froome, lo metieron a una cabina de oxígeno para recuperarlo, lo que no pasaría con él, que ya se perfilaba como seguro subcampeón del Tour de Francia, a partir de esa etapa.



Día de la Independencia

El 20 de julio, Nairo reunió el equipo para decirle dos cosas: “Bueno compañeros, estamos de segundos en el podio, pero no hemos ganado una etapa ni ni mierda y hoy, no sé si ustedes lo saben, se celebra la fiesta de la Independencia nacional. Para los colombianos es una fecha especial, y muchos estarán pendientes de la transmisión de la carrera”.

Los compañeros rápidamente entendieron y mostraron su solidaridad. Como era el día de la fiesta nacional de Colombia, irían a trabajar todos para Nairo. Era la etapa 20 del Tour de Francia.

Iniciada la jornada, Nairo en el camino, iba indicando qué corredores irían tirando con todo para cuando llegara la montaña, acelerar lo máximo buscando que los escaladores y los corredores que venían atrás, sufrieran. Y así fue: para muchos corredores, ese fue uno de los peores días de su vida.

Hicimos la etapa durísima. Cuando atacué, me ataca Froome y se aleja unos metros; luego vamos con Purito y lo ataco, le llevo a Froome, y luego me dice el director: “Dale, que ellos están muertos. Yo también estaba muerto, pero ante el director, me le hice el marica.

Yo sentía que le podía ganar a Froome. En diferentes ocasiones, mano a mano, dándonos los dos candela, ya lo había sentado. Entonces ya sabía. Antes de entrar al puerto, había un repecho que estaba dividido en dos, y luego una recta donde comenzaba el puerto. Allí seguimos tirando, llegó el repecho, y todo el mundo se reventó. Coronamos esos dos repechitos y quedaríamos por ahí 10, 15 corredores... de mi equipo iba solo.

Entonces comenzó a apretar Purito, iba en los puestos de arriba de la general, y comenzó a ceder Contador. Purito me dijo: “Nairo, ayúdeme”, le dije: “Yo no le puedo ayudar, yo no me voy a meter en líos, si usted quiere hacer pódium, hágale”. Le dimos a tope a rueda de Froome. Uno piensa que Froome está muerto, pero uno de ese marica no se puede confiar, cuando menos se piensa, ataca. Seguíamos los tres y la diferencia con los de atrás aumentaba. Purito me dice: “Dale Nairo, y Froome escuchó y nos dice: “Si ustedes quieren darle, háganle. Ustedes son los que quieren ganar, yo ya tengo lo mío asegurado”. Estábamos a pocos kilómetros de la meta. El que ganaba ese día la montaña, ganaba la montaña del Tour; hasta el penúltimo día se definió la montaña. Entonces, arranca Froome, y Purito se sienta y me dice el director: “Vaya con Froome”, y lo cojo, y ya venía Purito detrás y me vuelve a decir: “Atácalo, que él va muerto”, y es cuando doy mi ataque, muriéndome hijueputa, porque ya no daba más y me voy solo para meta, solo pensaba en Paola, en nuestro hijo que ella estaba esperando, en mi papá y en mi mamá, mis hermanos, y se me hinchaba el corazón orgulloso pensando que era 20 de Julio, la Independencia de Colombia, todos me estaban viendo por la tele y gané la etapa y la montaña, y luego aseguré la camiseta del mejor joven y el segundo puesto en la General del Tour.

A Nairo esos recuerdos lo llenan de lágrimas. Desde lo más profundo de su corazón describe que sintió una oleada de emoción indescriptible cuando cruzó la línea de meta en aquella etapa del Tour de Francia, el día de la Independencia de Colombia. La bandera nacional ondeaba en lo más alto de esa montaña, mientras él levantaba los brazos en señal de victoria. Las lágrimas vuelven a rodar por sus mejillas y se le hace un nudo en la garganta narrando lo sucedido ese día glorioso.

Nairo es consciente de que esa no fue solo una victoria personal, era mucho más. Era el triunfo de un sueño que empezó cuando era solo un niño y se lo había prometido a su mamá cuando pedaleaba por las carreteras de Boyacá con una destartalada bicicleta. Era el esfuerzo y la dedicación de su familia y de todo el que lo apoyó y lo alentó en cada paso del camino. Era el orgullo de representar a su país en la competencia más importante del mundo y ganar en la fiesta nacional, era como si todo el universo conspirara para que su logro fuera aún más significativo.

Mientras sus compañeros de equipo lo felicitaban y los flashes de las cámaras capturaban su rostro agotado, Nairo pensaba en Paola a la distancia, en sus padres que trabajaron la tierra sin descanso para brindarle las oportunidades que él aprovechó. Paola lo apoyó incondicionalmente, incluso cuando la noticia del embarazo trajo cambios y desafíos a sus vidas. Y esa bebé, en el vientre de Paola, quien, sin saberlo, ya era la mayor fuente de inspiración de Nairo.

Sin embargo, ni él ni Paola sabían lo que les tenía preparado el destino. Una prueba muy grande de amor, de lucha, de graduarse como padres incondicionales estaba a punto de saberse. Solo faltaba que se hiciera el milagro, que naciera su hija para que los dos supieran lo fuertes y grandes que eran.

Para Colombia, esa victoria representaba mucho más que un logro deportivo. Era un rayo de esperanza y alegría en tiempos de incertidumbre,

un motivo para celebrar y unirse como nación. De hecho, así lo vivieron hasta los grupos delictivos en todo el país y así lo relatan tanto Belmer como Alfredo cuando lo cuentan. Hubo fiesta nacional, y eso se sintió en cada rincón del país. Nairo se había convertido en un símbolo de perseverancia y éxito, un ejemplo para las generaciones venideras de que los sueños pueden hacerse realidad con esfuerzo y determinación.

Nairo sentía que el mundo estaba a sus pies, y que cada uno de sus esfuerzos valían la pena. Las dificultades que enfrentó, los sacrificios que hizo, las lágrimas que derramó, las humillaciones que soportó, todo se transformaba en un torrente de satisfacción y alegría. Su corazón latía acelerado, inundado de amor por su país y por su familia. Como era 20 de julio, los colombianos estaban emocionados viendo el Tour de Francia. Hacía años no se ganaba en esa competencia. Nairo, rompiendo esa mala racha, volvió a abrir las puertas de lo que todo un pueblo recordaba con emoción.

En la quietud de la noche, después de la celebración, mientras mira la luna y las estrellas, Nairo sonríe con humildad y gratitud. Sabe que ese momento quedará grabado en su corazón para siempre y promete que seguirá pedaleando con la misma pasión y determinación, no solo por sí mismo, sino también por su familia, su país y ese hijo que pronto conocería. Esa victoria se convierte en el faro que guiará cada uno de sus pasos en el largo camino de la vida.

El día de la premiación del Tour de Francia en los Campos Elíseos, Nairo, al comienzo estaba tranquilo, pero cuando escuchó el himno nacional de su país, un país que lo vio nacer, que creía en él, que comenzaba a quererlo y admirarlo, que lo reconocía como el campeón que era, un país del que Nairo se sentía orgulloso, se le desgranaron las lágrimas, no las pudo contener, estaba conmovido. Eusebio se acercó, lo abrazó y le dijo: “Hoy es el día que la vida nos cambió y estás bendecido y tocado por la varita mágica”.

Todos sus compañeros de equipo estaban emocionados. Castroviejo le había ayudado muchísimo; Rubén Plaza, Imanol Erviti, José Joaquín Rojas y Rui Costa, a todos les agradece porque, sin ellos, no hubiera llegado a donde llegó.

Al terminar el Tour de Francia 2013, Nairo cruzó palabras con Froome, con Purito y, como campeón de los jóvenes, lo felicitaban; le decían que tenía madera. Después de una competencia tan dura, las molestias bajan y todos se sienten de una sola familia, saben que cada uno ha dado todo lo que ha podido y han sacado de lo más profundo de sus seres, esa reserva que marca la diferencia y los convierte en campeones. Nairo llamó a Paola para confesarle que ese, y el día que se enteró de su embarazo, habían sido los dos días más felices de su vida.

Solo faltaban unos meses para que a esa felicidad se sumara otro día: El del nacimiento de su niña. Dos meses después, una noticia, una impresión, un nuevo reto que afrontar con la misma fortaleza con la que había afrontado las otras dos noticias que conformaban la trilogía.



Los oportunistas

A Alfredo en el ejército le dieron permiso para que se fuera a ver las etapas finales que su hermano estaba corriendo en el Tour de Francia, en compañía de su familia. Cuando llegó a la casa de sus papás, recordando lo que había pasado para la celebración del Tour de l'Avenir, en la que don Luis repartió cerveza sin mirar a quién, puso orden.

En esos días de permiso me tocó hacerme cargo del negocio. Cuando Nairo ganó el Tour de l'Avenir, hubo cerveza para todo el mundo, mi papá regalando trago, se quebró; ahora que Nairo iba de segundo en el Tour, la gente pensó iba a ser igual y no señor, esta vez era diferente, yo puse orden.

Terminamos ese día de vender como a las siete de la noche. Se acabaron las reservas, se acabó todo; había cerveza guardada de dos y tres años atrás y eso se vendió todo; quedaron las tapas y las botellas vacías.

La noche que Nairo subió al podio en París, como subcampeón del Tour de Francia, la familia Quintana se reunió en pleno para celebrar, lo que, para ellos, era otro triunfo de uno de los miembros más queridos de la familia. Fue una cena donde la alegría hizo parte del menú, y don Luis repetía que, así como Nairo había logrado ese triunfo, todos en lo que hicieran, lo podían hacer. Ignorando que, otros muy cerca de ahí, pensaban igual a don Luis.

Empezaron a aparecer por todo lado, cosas con el nombre de Nairo. Incluso tuvieron problemas cuando una señora que vende en el pueblo -que no es conocida de la familia Quintana- se autoproclamó tía de Nairo. En todo Boyacá resultarían tías y primas que ninguno de la familia conocía. Ahora por cuenta de la fama, los que por casualidad llevaban el apellido Quintana y Rojas, resultaban siendo familiares de Nairo.

Hace poco fui a comprar un pollo en Tunja y el señor del negocio me dice: 'Lléveme los huevitos que estos son los que consumía Nairo Quintana cuando era pequeño, los trae la mamá'. Uno, por decencia, los escucha, sabiendo que todo eso que usan para vender, es mentira.

La noticia del triunfo de Nairo recorrió cada rincón de Boyacá y de Colombia, pero sobre todo en Boyacá, los vendedores callejeros, siempre ingeniosos y oportunistas, no tardaron en aprovechar la coyuntura. De una forma u otra intentaban vincular el éxito de Nairo para vender sus productos.

“¡Aquí, aquí!, el hermano perdido de Nairo, sí, el famoso ciclista. Llévate tus lentes de sol con el estilo del ciclista de la familia. No puedes quedarte sin los lentes de Nairo, si quieres ser tan rápido como él”. “¡La mamá de Nairo lo confirma!, su camiseta de la suerte es nuestro amuleto de la victoria, llévate una y serás como Nairo, invencible en tus competencias. Aprovecha, solo por hoy, la bendición materna de Nairo a bajo costo”. “¡Atención, atención!, el tío lejano de Nairo ha llegado a la ciudad con la receta secreta de la energía del ciclista. Compra nuestros productos mágicos y te aseguramos que volarás en

tu bicicleta como si estuvieras en el Tour de Francia”. “Aquí, aquí, el primo octavo de Nairo te trae el agua de la fortuna embotellada, el huracán Nairo, el mismo tipo de agua que bebe Nairo en las carreras, bebe un sorbo y prepárate para sentirte como un verdadero campeón”. “Nuestro puesto de frutas y vegetales ahora con el sello y aprobación de Nairo. Come nuestras frutas y verduras y serás la próxima estrella. Quién necesita batidos cuando puedes tener los súper poderes de Nairo en un solo plato”.

Los vendedores se entusiasmaban con cada historia inventada, intentaban conectar sus productos con el éxito de Nairo. Las risas y los comentarios jocosos del ciudadano de a pie, mientras la gente se divertía con las ocurrencias de los vendedores. Algunos compraban los productos por pura diversión y, como recuerdo de la hazaña de Nairo, mientras otros simplemente disfrutaban el ambiente festivo que se creó en torno a su triunfo.

Aunque las historias de parentesco con Nairo son exageradas y cómicas, todos en el país se sienten orgullosos de que un joven de Boyacá haya alcanzado tal éxito en el escenario internacional. El país celebra su triunfo con alegría y camaradería, y estos episodios jocosos agregan un toque divertido a la forma en que la comunidad se une para festejar el logro de su querida estrella. El problema fue cuando toda esa venta de productos comenzó a afectar la vida de don Luis y doña Eloísa, que también tenían un espacio en la tienda donde vendían los productos de Nairo. Ellos vendían los de verdad, pero cuando la gente llegaba a la tienda, ya venía cargada de productos que Nairo ni siquiera conocía. Y no es que los huevitos que comía Nairo lo hicieran ganar. Lo hacía ganar su empeño, su disciplina de levantarse de madrugada, bajo cualquier circunstancia para entrenar, pero la gente siempre idolatra a sus ídolos y comer los huevitos de las gallinas que doña Eloísa tenía hasta bautizadas con un nombre específico a cada una, era algo que no se querían perder, pero se perdían, porque antes de llegar a la tienda, ya habían sido abordados por todos los vendedores farsantes que, si hubieran podido vender a Nairo, también lo hubieran vendido.

La creciente competencia y la atención centrada en los productos que tenían que ver con Nairo, redujo significativamente las ventas en el negocio de sus padres. Muchos clientes, atraídos por la fama reciente de su hijo, optaron por comprar en otros lados. Esa situación generó sentimientos de frustración y preocupación en ellos porque comenzaron a sentir que su negocio estaba siendo opacado y perjudicado por la repentina popularidad de su hijo en manos de los vendedores ambulantes.

Nairo comenzó a sentirse culpable por ser la razón indirecta de la disminución de las ventas de su negocio familiar, a tal punto que se planteó la posibilidad de intervenir para ayudarlos de alguna manera o intentar resolver la situación. El ambiente en la familia se volvió tenso, debido al conflicto comercial y emocional. Nairo se sentía atrapado entre querer celebrar su logro y proteger los intereses de sus padres. La necesidad de equilibrar su éxito, lo llevaría a tomar una decisión.

Comenzó a aprovechar su popularidad para promocionar los productos que vendía su mamá en su tienda. Incluso hizo que algunos vendedores ambulantes se asociaran con su mamá de tal forma que la colaboración fuera beneficiosa para ambos. Algunos productos se podían vender, pero siendo distribuidores autorizados. La relación funcionó por algún tiempo, hasta que pudo más el oportunismo de los vendedores que la honestidad de su madre.

Las bicicletas del presidente Santos

Haber logrado la hazaña de subir al podio de la carrera más importante del mundo, hizo famoso a Nairo. Para su gente era un ídolo. En cierta medida, a través de él, el colombiano de a pie, que se levanta todos los días a trabajar, a conseguir para llevar el pan a la casa y el campesino que desde la madrugada está jornaleando, se sintieron representados en un pequeño ciclista encarnando su esfuerzo y dedicación. Nairo se convertiría en un referente obligado de los medios, pero tampoco se puede negar de algunos dirigentes que intentaron aprovecharse.

A Movistar Colombia le interesaba el marketing. Se lo plantearon y él les dijo: “con todo gusto, hágale”. Contrataron un bus descapotable de doble piso para el recibimiento que contemplaba llevarlo de Bogotá a Tunja. Había tanta gente cuando arribó que, subiendo al bus de dos pisos, se le cayeron los zapatos. Los aficionados lo querían recordar. Querían algo de su ídolo, la multitud era algo nunca visto, la ciudad y el país se paralizó.

Pasaron por pueblos donde la gente, frenética de alegría, salía a saludarlo. En Boyacá, el recibimiento fue apoteósico. Desde el Puente de Boyacá hasta Tunja se conformó una caravana de carros, gente en bicicleta y hasta a caballo, lo acompañaban. El bus entró a la Plaza de Bolívar de Tunja y allí, Nairo dijo unas emotivas palabras, resaltando la fortaleza de su raza, la humildad y la entrega para lograr sus objetivos.

Ese día les dije: recuerden, hoy estamos en la gloria, hemos hecho podio y nos ha costado mucho trabajo y eso es de valorar... no es como me dijo una vecina: a usted lo veo en la bicicleta pa' arriba y pa' abajo y va a las carreras y gana. ¿Es que los demás son muy malos ¿o qué?

Por supuesto que estos comentarios eran fruto de la envidia de la que no estaba exento Nairo. Ya hubieran querido los envidiosos ver a un hijo o a un sobrino, haciendo la mitad del entrenamiento de Nairo, o ganando siquiera una cuarta parte de las competencias que él había logrado. Para la gente muchas veces es fácil juzgar, cuando lo que deben hacer es ponerse en el lugar de esos muchachos y apoyarlos, y darles aunque sea unas palabras de aliento. Eso ayudaría mucho, pero no. En muchos casos termina siendo todo lo contrario, y personas comunes, como esta vecina, se iban sumando a la lista de los enemigos del campeón. Lista que iba creciendo y que él no le daba importancia, hasta que se dio cuenta de lo terrible que puede ser tener un enemigo entre una larga lista y no poder identificarlo.

Ese día de las bicicletas la gente lo aplaudía, le gritaba palabras de aliento. A nadie le importaba que el sol fuera implacable. Allí estaban con Nairo, con su ejemplo a seguir, con la estrella boyacense.

Nairo tendría luego una entrevista con el presidente de ese entonces, Juan Manuel Santos. En la rueda de prensa, muy orgulloso, dijo el presidente que una marca de bicicletas iba a donar algunas para que las regalara a los niños de Boyacá. En realidad, fueron cinco bicicletas.

Imagínese: mis sobrinos que querían montar: Tío, ¿por qué no me da una bicicleta de las que le dio el presidente? ...mis primos: no, es que el pelado va a montar en bicicleta, ¿por qué no le da una de las que le dio el presidente? Los vecinos, los clubes: oiga, mándenos una bicicleta de las que le dio el presidente". Y como solo eran cinco, no podía responderles a todos, entonces ¿qué pensaba la gente?, este desgraciado de Nairo se las robó.

Cuando Nairo fue a recoger las cinco bicicletas, no tenían portabidones, estaban pinchadas, los manillares rotos, las cadenas rotas. En general, eran bicicletas viejas y destrozadas.

¿Qué es esto? No, no recibo esas bicicletas, yo hablo con el Presidente y le digo que muchas gracias por su regalo, pero es un regalo envenenado, me vale más arreglarlas, que lo que valen nuevas. El asunto era que el presidente no había dicho le vamos regalar bicicletas a 5 niños; dijo le vamos a regalar bicicletas a los niños de Boyacá... ¿y cuántos niños hay en Boyacá? Imagínese el embale en el que me metieron.

Los amigos de mi papá llamando para que les dejara una bicicleta a sus hijos. Contando por lo bajo, mínimo necesitaba dos mil bicicletas y yo, ¿de dónde me iba a sacar dos mil bicicletas? Las cinco bicicletas las mandaban a la Federación para que me las entregaran a mí, pero algo no me cuadraba. Cuando les dije que no iba a recibirlas, los de la Federación dijeron: vamos a entregarles otras bicicletas de parte de la Federación. ¿Cómo va a entregar el presidente cinco bicicletas no más y dañadas?

Por la protesta de Nairo, luego le entregarían diez bicicletas más para los niños de Boyacá. Sabiendo que era una cantidad ínfima, Nairo creó un sistema para que las bicicletas en su conjunto, las tuvieran por temporadas en las diferentes escuelas de Boyacá, bajo la responsabilidad de los alcaldes, comprometidos a cuidarlas y devolverlas, pero como es costumbre en el país, al final, nada de eso fue así.



Familia es familia

Después del podio, se llevó a su familia a Europa, de vacaciones. Paola tenía seis meses de embarazo. Don Luis no había salido del país y la familia pocas veces había estado junta en vacaciones, siempre había que trabajar. El lugar escogido: Italia. A Nairo le faltaba terminar algunas carreras y ya entendía un poco el idioma. Alquilaron una furgoneta, siendo el primer destino la ciudad de Milán.

El primer recuerdo que salta como un resorte de Milán es la cantidad de multas que le pusieron a Paola. Nairo le había comprado un GPS para que se movilizara por Italia, mientras él terminaba sus compromisos deportivos. Milán tiene varias vías mixtas compartidas entre el tranvía y los carros, pero los carros no pueden invadir el carril que ocupa el tranvía; cada vez que se haga, es una multa para el infractor.

Como en el 2014 se iban a celebrar elecciones en Colombia, uno de los candidatos, para ganar visibilidad, llamó a Nairo directamente para decirle que le había conseguido una cita con el papa, en el Vaticano. Don Luis, que poco cree en políticos, le decía en voz baja: “Usted qué va a estar creyendo en un mentiroso de esos”. El candidato insistía. La promesa era que, después de que el papa diera la misa de las diez de la mañana en la Plaza San Pedro, los recibiría. Cuando don Luis le pidió al candidato el número del teléfono del papa, les respondía que todo estaba cuadrado. Después de la misa, en la puerta esperaban a la familia Quintana, para que los llevaran al recinto donde el papa los recibiría.

La familia Quintana salió de Milán para Roma el martes en la noche. Ya estaba amaneciendo, cuando divisaron la hermosa capital italiana. Buscaron en el GPS “Piazza San Pietro”, y antes de que el papa diera inicio a la misa de las diez, la familia había encontrado un lugar donde estacionar y desayunar.

Se acercaron a la plaza, comenzó la misa en la que se celebraron varios matrimonios, y cuando terminó el ritual católico, Nairo y su familia esperaban que alguien los contactara. Según el candidato, tenía gente en la plaza que los iría a buscar.

En vista de que nadie llegaba, don Luis le dijo a Nairo que no iba a perder semejante viaje, ni se iba a ir de Roma, sin saludar al papa, y se acercó a los corrales rodeados en un primer anillo por la policía italiana y, en un segundo anillo, por la policía del Vaticano. Miró cómo era la situación, y de frente se fue a hablar con el policía. En español le decía: “Venimos a ver la papa”. El *carabinieri* le respondía en italiano: “¡No, no, fuori, fuori! Don Luis insistía que eran conocidos del papa. “¡Fuori, fuori!”, repetía el policía.

Don Luis, que no entendía el italiano, pero sí entendía el lenguaje universal de las señas, insistía en ir a ver al papa, obteniendo la misma respuesta de los carabinieri: retirarlo de las barandas. Para don Luis, debía cambiar de estrategia: se hizo el que estaba mirando para el cielo y se acercó lo que más

pudo a la valla, sin llamar la atención de los policías. Cuando la familia se dio cuenta, había franqueado la vigilancia, logrando pasar el cordón policial. Ahora la preocupación de Nairo, todavía esperando la gente del candidato, era que don Luis se perdiera en medio de la gente que tenía permiso para entrar.

Pues nos tocó lo mismo: irnos recargados contra las barandas como quien no quiere la cosa; pasamos el primer anillo, el segundo, y ya veíamos el papa a la distancia, cuando: “pa’ fuera”. Mientras nos sacaban, no sé cómo hizo mi papá, se tiró al piso y por debajo de las vallas, se pasó. Al rato, también lo sacaron, “pa’ fuera, pa’ fuera”. Nos llamó la policía, uno de los carabinieri me dijo: “Yo he visto lo que ustedes vienen haciendo desde atrás, sus pasaportes”. Y cuando miramos para atrás, mi papá no estaba, se había colado de nuevo para estar cerca al papa. Era su ilusión y cuando lo tuvo cerca, se puso a llorar. Después de que el papa se fue, nos volvimos a encontrar y me dijo: “¿Vio que tenía razón? Ese hijuemadre candidato nos dijo mentiras, el papa no nos estaba esperando.

Ese fue el primer viaje que se dio don Luis a Europa. Y Nairo, entre risa y emoción, sintió admiración por su papá. Ellos son una familia muy creyente y Nairo, desde chiquito, siempre iba a misa y rezaba por todo y por todos. Por su familia, para que no perdieran sus tierras, por sus hermanos, por su mamá y su papá, para que fueran felices, por él, para que se convirtiera en un gran ciclista. Y en este viaje, en el fondo tenía la ilusión de ver de cerca a la máxima autoridad eclesiástica. Nairo no lo logró, siempre ha respetado las reglas, pero su papá sí, y para él eso era suficiente. Ese acto lo llenó de orgullo.

Sin ofender a nadie, a mí me gustó Europa; la primera vez duré catorce días; la segunda, veinticuatro que, para mí, fueron años. Uno tiene sus pocas pertenencias acá, y cuando se va, deja algo en casa que a todo momento no lo deja estar allá feliz. Colombia es Colombia.

La idea de visitar al máximo jerarca de la iglesia católica en el Vaticano, aunque descabellada, le parecía una experiencia única. Años atrás, Don Luis, por molestar, solía decir que, si algún día podía viajar, sería a conocer el papa, y ese sueño ahora era una realidad. Verlo en persona y a tan corta distancia era algo inolvidable, y si eso incluía un estrechón de manos y la bendición, sentía que ya podía descansar en paz. Cuando Nairo pensó en invitarlos a esas vacaciones, se acordó de lo que su padre tanto repetía cuando se sentaban a comer en familia, sin imaginar que parte de ese sueño se les iba a hacer realidad, aunque en el intento, por poco todos terminan presos.

Por nada del mundo don Luis quería quedarse con la frustración de no haberse visto con el papa, así eso costara lo que costara. Necesitaba estar cerca de quien él creía podría salvarlo, y por eso hizo todo lo que pudo para lograrlo.

Quería ver al papa por la cuestión de la salvación. Si llegaba a él, tenía salvación, si no llegaba, me quedaba a medias y así estoy, a medias. Casi nos meten a la cárcel por salvarme.

En ese paseo también estuvo José, quien recuerda con especial satisfacción la última vez que había visto a Nairo en Europa. Fue en aquella etapa especial del Dauphiné Liberé de 2012. José iba en el grupo de fuga, iban subiendo y Nairo se le acercó y le dijo: “Voy jodido, bajo de fuerzas”. José puso un ritmo que pensó que Nairo iba a seguir, cuando miró para atrás y no lo vio, se preocupó, pero siguió subiendo. En la siguiente cuesta los alcanzaron, y ahí fue donde se conformó ese grupo de no más de veinte corredores dentro de los que estaba Nairo, luchando contra cuatro gigantes del Sky. Nairo arrancó, ninguno le aguantó el paso y ganó la etapa. Cuando se encontraron, José lo felicitó por la etapa, pero también porque estaba aprendiendo algo esencial en el ciclismo: actuar.

Después de ese abrazo único entre dos amigos de la infancia, se miraron a los ojos. Los dos recordaron la única pelea en sus vidas. Por el chiste que José

le hizo a Nairo. Esos golpes que se dieron en aquel antaño, ahora les causó risa. Desde ese entonces empezaron a respetarse más, a quererse más y, aunque estuvieran en equipos distintos, son hijos de la misma Colombia. Esa tierra que los vio nacer, que los llevó a la misma escuela y los hizo sufrir del mismo acoso por parte niños que los menospreciaban por ser campesinos. La amistad entre ellos se había fortalecido mucho. En esa carrera que los dos recuerdan, José le dio una enseñanza y Nairo la entendió. Ahora, sin presión de alguna competencia, los dos estaban con la familia en Italia, relajados, contentos y riendo por las ocurrencias y los momentos vividos. Aunque esta no fue la última vez que se vieron. Todo lo contrario, era solo el comienzo de otra etapa de sus vidas.

Luego del subcampeonato de Nairo, José lo encontraría en la Vuelta a Burgos, mientras su familia paseaba por Milán y ahí planearon verse en Roma.

Lo encontré en el lote. Lo saludé y le dije: felicitaciones. Sumercé lo que hizo fue una maravilla, no lo hace nadie. Y nos pusimos a hablar, a contar anécdotas mientras podíamos, después, cada uno por su lado, otra vez concentrados en su equipo respectivo.

Nairo me propuso ir a Roma, al Vaticano. Se suponía que el sumo pontífice les había dado una cita. Estábamos como a un kilómetro de distancia de donde él estaba. Nos acercamos quinientos metros, pasando unas vallas. ‘Tenemos que llegar donde él está’, me dijo don Luis. Le hicimos “pategallina” para pasarlo por encima de las vallas. Hasta llegamos a un retén de policía, donde nos pidieron pasaportes. Don Luis me seguía diciendo: ‘José, tenemos que ir donde el papa, llamemos’, “¿A quién vamos a llamar? “Aquí no podemos llamar”. “Que sí, tenemos una cita con él y tengo que cumplírsela”. Hasta que Nairo le dijo: “Papá, ¿cómo se le ocurre? Si esto no es como cuando llegamos al potrero y nos dejan entrar, aquí es cosa seria”. Y, sí señor, nos tocó devolvernos rogando a Dios no nos metiéramos en más problemas.

Luego de aquella inolvidable aventura, la familia, en la furgoneta, dio una vuelta por el norte de Italia, donde conocieron la Torre de Pisa, la Lombardía...

Luego vinimos a España. Yo vivía en Pamplona, cerca hay un pueblo que se llama Estella. Fuimos a comer con botella de vino incluida, y cuando me descuidaba, mi papá pedía otra y otra. Nos tomamos cinco botellas y yo quedé medio borracho. El carro, para darle la vuelta e irnos, me iba pitando el sensor. De repente comienzan desde el restaurante a hacerme señas. Mi papá me decía: "No sea orgulloso, mijo, despídase de la gente que se está despidiendo de usted". Acababa de llegar un Audi de un aficionado que quería un autógrafo, pero, por hacerle caso a mi papá, voltéé a mirar para adelante y, como el sensor no me estaba avisando, me despedí de ellos, dando reversa, pero ellos no se estaban despidiendo, me estaban avisando que me detuviera, ¡que iba a estrellar el Audi! Cuando sentí fue el golpe. Me baje, y claro, le había dado al carro del aficionado. Después de que hicimos toda la documentación para los seguros, le pedí disculpas y le di el autógrafo con una disculpa por escrito. Ese día me convencí de que gasolina y licor no se deben mezclar.

Regresando a Colombia, la vida de cada una de las familias volvió a la rutina, con un ingrediente especial: el viaje de vacaciones había dejado varias cosas sobre la mesa: una de ellas, Paola, era la mujer fuerte de Nairo.

Así llegó la fecha tan esperada, 10 de febrero de 2014. Ese día nació Mariana, la primogénita de Nairo y Paola. No cabían de la dicha. Dayer publicó la noticia en sus redes sociales. Se sentía el tío más feliz del universo. Cuando nace un bebé, sus papás lo miran, lo estudian como si tuvieran la pericia de un pediatra. Si le ven sus ojitos, sus dos manos, sus dos piernas, es porque el bebé está bien. Agradecen a Dios, a la virgen y a lo que sigue.

Y lo que siguió en este caso, le cambió la vida a la familia.

Mariana nació con una displasia de cadera. Esta consiste en que la cavidad de la cadera no alcanza a recubrir por completo la porción esférica del extremo superior del fémur. Esto hace que la articulación de la cadera se disloque total o parcialmente. Cuando recibieron la noticia, lo primero fue llanto total. Ni Nairo ni Paola entendían por qué les había tocado esta situación. No le hacían daño a nadie, no sentían envidia, ayudaban a la familia y a todo el que podían. Entonces, ¿por qué? Estando Nairo en la iglesia, pidiendo a Dios por la salud de su hija, una pregunta saltó a su mente. Después de tanto tiempo preguntándose ¿por qué? Nairo pensó: ¿Y por qué no? Esta simple pregunta lo hizo descubrir que el dolor lo cegó por un tiempo. Tiempo en el que fue arrogante, al preguntarse tantas veces por qué. Por qué no fue lo que lo hizo actuar. ¿Qué tenía él de especial sobre los demás mortales? Un niño siempre es un niño y ninguno merece estar enfermo, y mucho menos cuando se cree que una enfermedad es un castigo divino que recibe una persona por el mal comportamiento de sus papás. Esta respuesta lo llenó de fuerzas. Fue a buscar a Paola y los dos acordaron dejar de lamentarse. Lo que tenían que hacer era actuar. No quedarse pasmados, viendo cómo su hija era consumida por su incapacidad. Mariana necesitaba a sus padres y los necesitaba fuertes. Así que el siguiente paso sería buscar la mejor ayuda médica posible. Se dedicaron a investigar hasta que encontraron un doctor que les prometió resultados, y ellos creyeron en él.

Una vez que la niña estaba en las mejores manos médicas, y Paola y él estaban dispuestos a hacer lo que hubiera que hacer por su hija, Nairo se tuvo que regresar a Europa para seguir trabajando.

Después de conocer Italia y no poder ver al papa, don Luis se puso a recapacitar sobre algo que llamaba su atención: a qué horas su hijo había oficializado la relación que tenía con Paola. Aunque ya había nacido la niña, trataba de encontrar cómo había iniciado esa relación. O mejor, quería saber desde cuándo. Un día le preguntó a Nairo, y cuando escuchó que le gustaba desde que tenía once años, no hubo más espacio para que sus ojos

se abrieran con sorpresa. Cómo que desde los once años y nunca se había dado cuenta. Y él que se creía tan observador. Cuando Paola se graduó de bachiller, empezó a sospechar. Su hijo era el invitado especial de esa noche, pero él pensó que se debía a triunfos que había obtenido en el ciclismo, no pensó que tuviera que ver con una razón más de corazón.

Paolita no es una nuera, es una hija. La quiero mucho. Verdaderamente la familia nos estima y los estimamos, también. Paola es incomparable persona.

Después de aceptar que los hijos crecen y se van de su lado, don Luis siempre fue optimista con el futuro de cada uno. Así como no imaginó que esa primera bicicleta que le compró a Nairo lo llevaría tan lejos, pensaba que sus otros hijos podían hacer lo mismo, cada uno en lo que sabe hacer. No se necesita ser famoso para cumplir cada uno sus metas que lo hagan feliz. Haber recibido el consejo de Héctor Perilla, tener convicción y confianza en su hijo, fue la única manera de saber de qué estaba hecho. Creía que, si no hubiera comprado esa bicicleta, no hubiera pasado nada. Hay industriales, comerciantes, deportistas, médicos qué, sin apoyo, les es difícil surgir. Algunos lo hacen, pero como Nairo, son la excepción.

Por eso, hasta ahora, no se pierde ninguna carrera de su hijo. Todas las ve, aunque a veces sea para sufrir. Hay noches que no duerme orando por él. Se acaba una etapa y ahí mismo piensa, mañana cómo será, cómo llegará, preguntas que se hace sabiendo que el ciclismo es un deporte de esfuerzo, mentalidad y riesgo, y cada día es un nuevo reto. Lo ha visto caer y siente como si fuera él, como si fuera su sangre la que queda en el piso. Es doloroso, y para un padre, que está con la mente fija en sus hijos, es peor.

Ese dolor no es de ahora. Comenzó cuando Nairo se iba para el colegio en bicicleta, y varias veces se cayó. Luego en las competencias. En una Vuelta a Colombia en Ubaté, don Luis casi se muere, buscándolo en todos los hospitales. La preocupación por los hijos nunca pasa. Eso será hasta el

día que muera. En el futuro se ve al lado de Nairo, gozando en uno de los mejores carros y tomando las mejores bebidas.

Nairo Quintana, definitivamente es un hombre especial, y quizá muchos piensan que esto se debe al nombre que tiene en el mundo del ciclismo y no es solo por eso. Es especial porque tiene una familia, con sus defectos y virtudes, que adora con todas sus fuerzas. No por ser un personaje que goza del cariño general, dejan de pasarle cosas que les pasan a las personas comunes. Sus suegros no lo querían. Trabaja con ahínco por lograr sus triunfos, así no siempre estos lleguen. Tiene a su hija por la que lucha para que el problema de salud con el que nació no la afecte por el resto de su vida. Nairo cuenta con seguidores, gente que lo quiere mucho y su encanto está en que el triunfo no lo ha obnubilado, no se le ha subido a la cabeza. Aunque ha ganado competencias importantes que lo pudieron haber cambiado, sigue siendo el mismo que de niño se levantaba a las 4 de la mañana para ayudar a su mamá en el corral y a su papá en la tierra. Esta sencillez, esta humildad, es la que hace de Nairo un verdadero campeón, admirado por todos los que sueñan algún día ser como él.



Ángel y demonio

Cuando Nairo comenzó a hacer negocios, inversiones y movimientos comerciales al lado de Paola, que ya sabía mucho de finanzas gracias a sus estudios en la universidad a la que seguía asistiendo, los comentarios que hacía la familia en voz baja eran que Paola lo tenía dominado, lo manipulaba y hasta le manejaba la billetera. Hubo problemas porque las cuentas bancarias estaban a cargo de Paola y don Luis. Precisamente, un día que fueron a hacer un negocio con el que don Luis no estaba de acuerdo, reaccionó de manera airada, vociferando “es que es de mi hijo y yo no voy a hacer las cosas como a mí me digan, yo las hago como yo quiera. Para eso es la plata de Nairo, ¡de nadie más!”.

Esa realidad lo molestaba cuando veían que su estrella, su sostén, le hacía más caso a la novia que a la misma familia. En cierta medida, fue tomado como una traición a un tácito mandato de que los hijos se deben a la familia, y el hecho de que se independicen, es visto como una traición que molesta.

Cuando Nairo regresó de España y se enteró de lo sucedido, tuvo que hablar seriamente con don Luis, que a Paola no la llamaba por su nombre, sino que le decía “la señorita”.

Le dije a mi papá: usted no se ha dado cuenta, “la señorita” ya está viviendo conmigo y “la señorita” es mi mujer, entonces si no le gusta de esta manera, pues va a ser que no vamos a volver a compartir nada.

Esa discusión tendría sus consecuencias. Era la primera vez que Nairo mostraba independencia como individuo. Por lo general, se piensa que la familia es una masa amorfa donde el único que tiene la voz dominante es el padre; algunos por miedo, otros por resignación o comodidad, se acoplan a esa voz y terminan viviendo dobles vidas: una, la que quisieran, y otra, la que la familia, en últimas, dice hay que vivir.

Nairo, al mostrar su individualidad, ni estaba siendo egoísta, ni desagradecido; al contrario, era claro que, si estaba logrando objetivos, era gracias a que su familia se había sacrificado por él, y la mejor manera de retribuirles era mostrando independencia. Con esta también se puede ser solidario, y eso lo entendería don Luis después de la discusión. Como los pájaros: “Amor no es que su copetón se quede en el nido, es que pueda volar lo más alto”, y eso era lo que trataba de explicarle Nairo.

Después de que don Luis le pidió disculpas a Paola, la relación con la nuera mejoró ostensiblemente, al punto que hoy no hace movimientos comerciales sin consultarle. De igual manera, Paola lo adoptaría para sí como un segundo padre al que le debe respeto y consideración. Esa buena relación se extendió a las dos familias teniendo como centro de atención a Nairo, por una razón: se iba volviendo famoso y serlo le permitía tener buenas relaciones con políticos, dueños de empresas, gente importante, que le ayudaría cuando él lo solicitara. Nunca se ha negado a ayudar al que lo necesita, y menos si se trata de su círculo familiar. Muchos que no estudiaron, había que ponerlos a estudiar y, cuando terminaran, darles el empujón final. La filosofía que

aprendió de don Luis era muy sencilla: “Usted tiene un pan, lo parte en dos, y la mejor porción es para el otro, porque cuando usted no tenga pan, el otro va a partir su pan en dos y le va a dar la mejor parte”. Una filosofía que vivió en la práctica, cuando de niño debía romper su lápiz para compartirlo con su hermano. “Compartir y ayudar”, era lo que había hecho don Luis con su familia, con su mamá y sus hermanos en todos los aspectos de la vida. Bueno, ese era el ángel, porque por el otro lado, cuando escuchamos a doña Eloísa, era un demonio.

En pocos días recibirían hojas de vida de las dos familias. La encargada de revisarlas y de mejorarlas era Paola. Como Nairo debía estar en las competencias, Paola se fue convirtiendo en catalizadora de necesidades que luego se ampliaron a otros ámbitos, como la atención médica para niños, familias que demandaban ayuda para comida, salud o educación. Paola, con la gente que había conocido, por intermedio de Nairo, resolvía esas ayudas, siempre a nombre de Nairo Quintana, figura a mantener, en el recuerdo de las personas favorecidas y de los seguidores.

Ni Nairo ni Paola olvidan su origen y menos el esfuerzo hecho para tener lo que tienen. Cada vez que pueden, lo recuerdan para mantenerse más pegados a la tierra que a las nubes, de las que podrían caer estrepitosamente. Algunos de los primos de Nairo son maestros o pertenecen a las fuerzas militares, con los que ha tenido una buena relación, ayudándoles en diferentes campañas que buscan la protección y la educación de la niñez. Y siempre recordando la educación que recibieron de su papá, de ayudar a quien lo necesitara, uno de los favorecidos sería el mismo don Luis.

Le compramos un Renault 4. Lo llamaban los vecinos, que los llevara a Tunja o que los llevara a la vereda, como un Uber. A los campesinos que llevan pollos y bultos de papa para Tunja, los conductores de busetas, como llevan gente bien vestida para el trabajo, pensando que un pollo en el baúl los va a impregnar de ese “mal” olor, no los llevaban. Y como mi papá es muy servicial, lo llaman. Al comienzo fue de chévere, pero se

dio cuenta de que debía cobrar por cada una de las carreras. Después, como vio que podía ser rentable, dejó de hacer pan.

Doña Eloísa, para no quedarse atrás en el tema de los negocios de la casa, ahora que Nairo había puesto un poco de orden con los vendedores ambulantes, mandó a hacer pocillos, llaveros, camisetas, bufandas y gorras con el nombre y la foto de su hijo. Como muchos turistas querían conocer la casa de Nairo, saber dónde había nacido y dónde se había forjado el subcampeón del Tour de Francia, su mamá montó un puesto de artesanías donde vende todo lo que tiene que ver con Nairo. Para ella resultaba ser una buena entrada; sin embargo, nuevamente aparecieron los problemas para Nairo porque ahora también los artesanos habían instalado puestos fijos donde vendían lo que fuera con el nombre suyo.

Nairo volvió a pedirles de buena manera que no usaran su nombre y que se fueran del lugar, pues estaban ocupando terrenos privados. Después de que se fueron, Nairo encontró hasta chatarra que vendían con su nombre. Luego se daría cuenta, por más que luchara contra eso, de que su nombre ahora era utilizado por el comercio de la región: *“Aquí para Nairo a comer almojábanas”*. *“Aquí toma Nairo jugo”*. *“Aquí viene Nairo a comer”* y *“Como Nairo no toma leche y no come cerdo, la cazuela para deportistas que no engorda, se llama la cazuela Nairo”*.

Que eso suceda es difícil evitarlo. Al final, en la casa todos aprendieron a vivir con eso. Nairo comprendió que esa situación con él y con tantas otras glorias del deporte es un recurso que aprovecha la gente para vender más; el tema es cuando personas inescrupulosas lo hacen.

Rivalidad o envidia

Para que un ciclista colombiano pueda disputar competencias en Europa, además de tener una condición especial para rodar parejo en todos los terrenos, un buen equipo y haberse preparado bien, debe adaptarse rápidamente a una cultura diferente a la suya. El europeo está educado de otra manera y tiene una forma de ver la vida distinta al latino. Asumen sus compromisos con profesionalismo, y la necesidad no es la motivación; por tanto, la entrega al deporte es más una decisión. Por las noticias que se ven en Europa de nuestros países, se crea una idea falsa de que el ciclista suramericano va a hacerse matar en las carreras porque su motivación es el hambre. El ciclista suramericano corre con ansiedad. Y desde ahí comienza la adaptación, por derrumbar estigmas que le hacen daño al deportista. Nairo no fue la excepción.

Escuchar hablar a los directores, entrenadores, acompañantes en español, francés o italiano, obliga al ciclista a acercarse a su cultura y modo de pensar. En el Movistar era normal que se hablara en todos los idiomas y, si el deportista los comprende, mejor. No tienen que repetir en cada idioma, atrasando los procesos y generando cansancio en los directores. Es casi una obligación que el ciclista sepa mínimo tres idiomas.

Conversar en diferentes idiomas también es interesante desde el punto de vista cultural. En las charlas, cada ciclista habla de su cultura, orígenes y formas de ver la vida, haciéndose a un panorama amplio de lo que pasa en el mundo. Algunos creen que este es un mundo injusto; otros creen que es lo que es y ya. Y eso se refleja en el modo de correr y asumir los retos. Un equipo es un microcosmos donde está representado el mundo. Generalmente, se reúnen quince o veinte culturas diferentes, quince o veinte formas de ver la vida, quince caracteres que, en muchos momentos, así no quieren, deben andar sincronizados con un solo fin. El riesgo es que se conviertan en máquinas tan perfectas, con potenciómetros, computadores, tecnología de punta, terminando por minar la sorpresa y el espectáculo que espera el aficionado de ciclismo.

No estoy en contra si la tecnología se utiliza para la preparación. Sería espectacular que nos dejaran básicamente por seguridad de la carrera, el GPS y el recorrido. Yo antes atacaba a corazón, pero cuando me van doliendo las piernas y los números no son muy altos, aunque quiera, no me puedo mover. “¿Y por qué no ataca?” Pues, porque no estoy en condiciones. Si no existiera el potenciómetro, se lo dejaría a la intuición: voy a atacar porque de pronto los otros van fundidos y resulta que se revienta usted, pero también se revientan los otros. O arranco, no, tengámoslo ahí, y ya con ese quemamos un cartucho y los otros lo guardamos. Me parece que se pierde un poco la emoción natural del deporte.

Por ejemplo, en la Vuelta a Burgos que corrió ese año, en la que se encontró con José, en la subida a las Lagunas del Neila, sucedió algo con Vincenzo Nibali, otro corredor, que demostraba que, inherente a todas las culturas, de manera transversal, en todas existe la envidia, y que otros llaman viveza, rivalidad o emprendimiento. Como Nairo se caracteriza por no saberse cuándo va sufriendo o cuando está bien, en esa vuelta pudo comprobar que la rivalidad es diferente a la envidia.

En una etapa que era llana, el equipo de Nibali no quiso ayudarnos a tirar para controlar la carrera; por el contrario, nos querían atacar. Hubo un abanico en el que se cayeron ellos. Luego, más adelante, calmó el viento y entraron al pelotón, gritándonos: “Bravo campeones, richioni di merda. En la etapa de montaña que era en las Lagunas del Neila, Nibali me comenzó a atacar, me torcí el casco y me quité las gafas, cuando miró para atrás, le hice una cara de que iba mal, muy mal, y eso le dio confianza para arrancar más a tope, pero no me podía dejar. Faltando 2 kilómetros, me hizo el último ataque, antes de ese ataque, ya me había cuadrado el casco y me había puesto las gafas porque iba a salir en televisión. Cuando pegó la arrancada, le salí a rueda, y cuando se sentó, le hice un ataque. Nibali se quedó haciendo eses sobre la carretera, quedó aburrido, confiado de la cara que le había hecho.

Este era el tipo de cosas que hacían a José morir de la risa. Nairo había aprendido la lección: Aprender a actuar.

Contador, Valverde, Nibali y Froome veían a Nairo con mucha rivalidad. Algo muy natural en el deporte. Ellos lo sabían. Sabían que eran rivales directos y, por eso, se respetaban tanto afuera como dentro de la carretera. Si algo ya había aprendido Nairo era que a ningún rival se le debe subestimar. Y si algo no tiene es ser “mano izquierda”, no podía ser político o hipócrita. Él les pagaba con la misma moneda y más. Porque para sus colegas, Nairo era un rival y uno muy bueno, pero seguro que, terminando la carrera, no habría quién se acordará de él. En cambio, para Nairo, era una cuestión de amor propio, de orgullo. Quizá no sabía de estrategias pensadas como si se tratara de un juego de ajedrez, pero sabía de solidaridad, y estos otros ciclistas no lo eran con él.

Hoy día, cuando reflexiona sobre el tema, expresa:

Muchas veces me peleé con quien no debía. Siento que me equivoqué al no hacer más amigos porque veía a mis rivales como enemigos. Pero

los veía así porque también me humillaron mucho. Siento que eso fue producto de los atropellos que me tocó vivir, pero hoy comprendo que estaba equivocado. Mis adversarios no eran mis enemigos. Ahí fallé.

En las carreras, si vas a pelear con todo el mundo, a la final, lo que termina pasando es que no las vas a disfrutar. Y para ganar, además de tener la fuerza, la disciplina, el equipo, las buenas sensaciones, el estado anímico con el que se corra, es importante. Tengo una anécdota especial con Richie Porte. Aunque no habláramos por cuestiones del idioma, cada vez que nos veíamos, sentíamos una energía especial. Solo con vernos, sentíamos que ya estábamos comunicados. Tal vez le recordaba a alguien y él, por su sencillez, me recordaba mi entorno en Boyacá. En el fondo de mi corazón lo recuerdo y lo admiro por sus grandes capacidades y porque me transmitió una buena energía que, en otro continente, lejos de los tuyos, es un gran alivio.

Contado en retrospectiva, vemos un panorama mucho más profundo. Nairo representaba el cambio generacional. Lo mismo que pasa ahora: se comienza a hablar de otros jóvenes, “qué hacen para dar tanto”, “cómo vienen, hasta dónde aguantarán”. Siempre se escuchan comentarios de ciclistas que están de salida sobre los jóvenes, algunos comentarios son positivos y otros, negativos.

Con Contador siempre tuvimos una sana rivalidad. Yo creo que él sabía muy bien de mis condiciones de escalador y él también era uno de los mejores, no se puede negar, su palmarés lo comprueba. En la carretera, como en el campo de fútbol, o en cualquier campo deportivo, siempre se tienen rivales especiales. Es gracias a ellos que uno cada día mejora, es gracias a ellos que cada día somos mejores, incluso como personas. Hoy lo hace muy bien como comentarista de televisión. El equipo Movistar inicialmente me ponía siempre a marcarlo, seguirlo, para ayudar a Valverde. Yo hacía la labor que me ordenaban, y por la que me pagaban, tenía que hacerlo. Hay momentos en que a uno no le gusta eso, pero es una cuestión deportiva, nada más.

En La Vuelta a Cataluña, que gané, subíamos y atacamos a los demás, ya quedábamos los dos solos y los aficionados empezaron a gritar: “Así te queremos ver, Alberto, así te queremos ver. Reviéntalo, déjalo”. A mí eso me llenó de tanta fuerza que lo atacué y lo dejé sentado frente a sus seguidores. Ese es el tipo de rivalidad que al final termina siendo positiva para los objetivos que se están buscando. Claro, la afición de Alberto contra mí era fuerte, además, en esa época, yo era un desconocido.

No es fácil correr con tantas estrellas. Un corredor que quiera ser campeón, tiene que competir con inteligencia. Las estrategias de los equipos contemplan hostigar la carrera, y para eso se utilizan medios para sacar de sus cabales a los ciclistas, buscando que pierdan la concentración. En muchas etapas deben bajarse de la bicicleta para enfrentarse casi a puños con quienes han sido enviados para esa labor. Esa estrategia es necesario ubicarla muy rápido para no caer en la trampa. Nairo, por su estatura, era de los más pequeños de su equipo y del pelotón, dando la sensación de no poder defenderse. Físicamente, es muy difícil ir más rápido que los europeos, por la potencia que manejan. La longitud de sus piernas, su composición ósea, el fenotipo, es diferente al suramericano. A menos que sea una escalada, donde juega a favor el poco peso, salen victoriosos, pero finalmente los europeos han aprendido y se han vuelto escaladores también.

Con la experiencia que tiene corriendo, Nairo concluye que lo más importante es ganarse el respeto y eso se hace demostrando capacidades, además de tratar bien a los compañeros y rivales. El deporte es una expresión del ser humano, no es el ser humano. Es claro que lo que pasa en la carretera se queda allá, fuera de ella, es una persona como todas, que no guarda rencor, ni envidia, y menos tiene rivalidades con nadie. Cuando se es consciente de sus capacidades, se respeta las de los demás, sean más que las de uno, o menos. A todos por igual.

Si su amigo y protector Raúl Malagón pudiera verlo, se sentiría tan orgulloso como José. Fue difícil, fue largo el proceso, pero Nairo finalmente había comprendido la lección.



Giro de Italia 2014

Uno de los grandes problemas que debe afrontar el ciclista suramericano en Europa, en la época de primavera, es la polinización de las flores que, al no tener pétalos, se expanden a través del viento. La alergia al polen puede causar lagrimeo, picor, enrojecimiento ocular, rinitis alérgica, fatiga, cansancio, irritabilidad, dolor de cabeza, depresión, migraña y asma bronquial. En el Giro de Italia 2014, Nairo sufrió las consecuencias de la alergia y, por la retención de líquidos, subió de peso, afectándolo particularmente en las etapas de crono, en las que cedió tiempo a sus competidores. La esperanza eran las etapas de montaña, en especial la reina que se corrió entre Ponte di Legno y Val Martello, de 139 kilómetros.

Esta etapa debía cruzar por el Stelvio, uno de los grandes pasos que tiene cuarenta y ocho curvas, y en los descensos se alcanzaban velocidades mortales. Una etapa polémica. Caía nieve, hacía frío y la visibilidad era reducida.

Sigue la luz roja de la moto, me decían por radio. Y yo lo único que veía era una luz roja a la distancia. Yo sentía cómo la rueda iba quebrando hielo. Para que se hagan una idea de las condiciones climáticas del sitio donde estábamos corriendo. Algunos ciclistas pararon, se cambiaron de ropa, de gafas, porque literalmente no se veía un reverendo... Yo les decía a mis compañeros que no podía pedalear, no veía absolutamente nada y ellos me gritaban: ¡Sigue pedaleando! ¡sigue pedaleando! En una curva había una moto y saca una bandera roja para señalar peligro.

Una moto de la organización, en esa etapa, sacó una bandera roja para que los ciclistas tuvieran cuidado con las caídas. Algunos de los que iban en esa bajada, creyeron que esa bandera significaba que se paraba la etapa.

Cuando pasé la curva, vi otra moto y eso me dio más confianza para seguir bajando a buen ritmo. Luego ya pude ver a más de cincuenta metros, pero el piso seguía mojado, con nieve, y aparecieron los túneles. Entrábamos a esos túneles derrapando, haciendo equilibrio. Teníamos frenos de zapata, que eran menos precisos que los de disco. Llegamos al valle, nos organizamos, qué pasó, no que unos vienen con nosotros, otros se quedaron y la fuga, pregunté, la teníamos a pocos segundos. En el valle, llovía y sin poder recibir comida porque los carros no podían acercarse por temor a un accidente. Seguimos pedaleando alternadamente con los otros equipos y, cuando venía la última subida, los de atrás, los que nos estaban persiguiendo, donde venía Rigoberto, que era el líder, estaban a diez segundos nada más.

Antes de correr la etapa, el equipo Movistar, esperando la decisión de la organización si se corría o no, le daban ánimo. Eran escépticos de que se corriera. Hacía mucho frío y salir de los dieciocho grados que marcaba la temperatura al interior del bus, para nada les llamaba la atención. Cuando en la televisión entrevistaban a los ciclistas mientras se tomaba la decisión, también entrevistaron a Nairo, que les respondió que le parecía una etapa espectacular; si se hacía, sería lo mejor, una opinión muy personal, pero si era un riesgo, mejor no, la seguridad primaba por encima de todo.

Mientras se tomaba la decisión, tenía la sensación de que podría ser un día histórico, estaba seguro de que les iba a ir bien. Con ese convencimiento, de que sería una etapa especial, los compañeros se fueron contagiando de optimismo y se le fueron uniendo de a uno. Por las condiciones de la etapa, era difícil tener un pronóstico positivo. Todos querían ganar y sabían que esa etapa era la oportunidad. Estaban Malori, Capecchi, Castroviejo, Amador, Ventoso, todos a tope con Nairo, su cercanía al liderato los animaba, convencidos de que debían hacer el esfuerzo. Lograron convencerse y una vez listos, se dispusieron a lo que dijera la organización. Muchos corredores de otros equipos salieron con la mentalidad de que la carrera la cancelaban, entonces sufrieron.

El director me decía por la radio, tú sigue adelante, sigue adelante, que ninguno te va alcanzar, que eres el más fuerte... sigue solo, que eres el más fuerte. Mis compañeros hasta ahí me acompañaron, dieron todas sus fuerzas... yo seguí solo, acompañado de varios rivales en la general. Me iba a quitar la chaqueta y se me acerca Rayder Hesjedal y casi nunca me hablan en español, pero ese día no sé de dónde sacó un español fluido para decirme: 'Te ayudo a cambiar, pero yo gano la etapa'. Le dije, si me puedes ganar, gáname, yo sigo a mi ritmo. En una de las rampas, se quedó y gané la etapa y me vestí ese día de rosado.

El esfuerzo valió la pena, Nairo ganó la etapa, y no solo eso, ese día tomó el liderato.

Hasta que crucé la meta y bajé las pulsaciones, fue que vi a los demás corredores, porque subiendo solo estaba pendiente de ir para adelante, pensando que los que venían atrás nunca me fueran a alcanzar. Yo imaginaba que ellos venían a diez segundos, pero seguramente le di tan fuerte que los de atrás se fueron quedando, en particular Rigo, que seguramente entró en crisis, y ese día, contó con la ayuda de un ángel que lo ayudó a subir hasta el final de la etapa. Llamo ángeles a aquellos corredores que, por encima del uniforme, le dan a uno la mano. Para

mí, hoy contarle me llena de sentimiento, porque es un gesto que va más allá de lo deportivo, un gesto humano, que ya en el transcurso de la vida, uno agradece, así ese día, esa ayuda fuera en contra mía o de mis intereses como ciclista.

Después de que gané, comienza la polémica. Algunos afirmaban que la carrera había sido neutralizada. Acusaban a mi equipo de haber aprovechado esa situación de manera fraudulenta. Pues ni corto ni perezoso, Eusebio los enfrentó. Les dijo en su cara los errores que habían cometido. El más grave de ellos fue haber parado a sus corredores en la montaña para cambiar de ropa y comida. Nosotros lo habíamos hecho antes de llegar a la montaña, así lo habíamos previsto y así lo habíamos preparado. La organización de la carrera siempre afirmó que nunca habían parado la carrera.

Esa fue una etapa que en Colombia se vio en la mayoría de los hogares, y en el campo había pantallas gigantes. En el caso de Paola, siempre le ha gustado ver a su gran amor, correr en la soledad de su hogar. Siente que es más íntimo, más de ellos. Ese día, sintió que amaba a un campeón. Un campeón que había llamado a su familia para que se alistaran. Iban a estar en Italia, en el Giro, para las dos etapas finales. Era el segundo viaje de la familia a Europa. El Alto del Sote era una fiesta y, dentro de la familia Quintana, gravitaba una incommensurable alegría.

Hubo una controversia que me parecía muy triste. Recuerdo que mi papá llegó muy bravo a Italia. Me dijo una noche antes de la etapa al cronómetro: ‘Mijo, como usted no ve televisión, no ve noticias, no ve lo que están diciendo en Colombia de usted, y eso me duele. Allí dicen que usted se robó esa etapa del Stelvio, que fue trampa, que se aprovechó. Así que me pidió de corazón que, al otro día, en la cronoescalada de 26 kilómetros, les demostrara que no me había robado nada y que los Quintana no éramos ni ladrones ni tramposos. En la anterior crono, Rigo me había tomado más de dos minutos. Para esta cronoescalada

había otros rivales importantes como Fabio Aru, que estaba corriendo en su país. Verdaderamente ese era su terreno, no tanto el mío. La etapa tenía una parte plana y otra gran parte era subiendo a Piancavallo. En la primera parte, Aru la iba rompiendo y Rigo me iba tomando tiempo. Cuando apareció la subida, el director me dijo: ‘Recuerda las palabras de tu padre, tienes que ganar’. De ahí para arriba iba feliz porque mi familia estaba ahí, mi niña había nacido los primeros días de febrero, y pensar en ella me inspiraba y además estaba vestido de rosa. No niego que me llegaban a la mente esas infamias que mi papá me había contado, que hacían sobre mis triunfos en días anteriores.

De todas maneras, la cosa no estaba tan fácil para ganar la etapa. Como dije, Aru estaba en su país, tenía todo el apoyo de su gente y el director me repetía: ‘Vamos, vamos que ahí está toda tu familia, tu papá’. El último kilómetro de la etapa, para mi fortuna, creo, estaba vallado. Lo que quería decir que había que hacerlo en franca lid, sin interferencias de nada, y fue en ese último kilómetro que le gané la etapa a Aru. Hoy digo que fueron las vallas, pero en el fondo de mi corazón es la fuerza que da la familia. El origen, la tradición y lo orgulloso que me sentía de defender la dignidad de una raza, de un pueblo, de una región, de una rica humildad que fue la que me vio nacer.

Ese día gané la etapa. La di toda. Creo que saqué fuerzas de donde no tenía. Hay momentos en los que uno se olvida del cuerpo, y lo que pedalea es el deseo, el sueño, la dignidad. Cuando supe que había ganado, de una corrí y abracé a mi papá. Él, con lágrimas en los ojos, me confesó que había rezado por Rigo, lo estimaba, le había enviado saludos los días que iba de líder, era para él un orgullo tener un colombiano en el primer lugar y, como siempre, se puso en los zapatos de él pensando que no era fácil para Rigo y para su familia haber perdido una carrera como el Giro de Italia.

Paola estaba muy, pero muy feliz por Nairo. Aunque no estuvo de acuerdo con la actitud que tuvo la prensa de esa época. Le parece que, para ganar

audiencias, se generó una discordia que, para ella, era innecesaria. “Una pelea y unos odios que no eran sanos”. En algunos programas radiales ponían de una parte a la familia de Rigo y de la otra a don Luis. Es obvio que cada uno tiene que defender a su hijo, es natural, y no puede ser objetivo. Son sus afectos. Ella entiende muy bien a la familia de Rigo, como también entiende a don Luis. A ambos los estaban utilizando para beneficio de los medios.

Por su lado, el plan de Alfredo, que por esos días estaba en Bogotá, era al día siguiente ver la última etapa con sus jefes, pero antes de irse a dormir, lo llamaron de una emisora para preguntarle qué pensaba del triunfo de su hermano en esa etapa. Alfredo respondió lo único que sabía: sus papás y Paola habían viajado para celebrar con Nairo otro de sus grandes triunfos. Sin embargo, cuando lo llamó su jefe para que se presentara, pensó que le iban a reclamar por haber dado esa declaración, pero no fue así. El jefe le ordenó que alistara su uniforme, lo quería ver al otro día muy temprano, para enviarlo a una misión especial.

Esa noche Alfredo no pudo dormir. Le daba rabia que, precisamente, era la última etapa del Giro de Italia y él no iba a poder verla. Era frustrante. Estaba seguro de que lo iban a mandar a alguna misión donde no iba a poder ver la etapa. Llamó a la casa para que se la grabaran. Pero nadie sabía cómo hacerlo. Eso le dio más rabia. A las tres de la mañana se levantó, se vistió con el uniforme que había alistado la noche anterior y se presentó ante su jefe. Lo subieron a un camión que, para sorpresa suya, iba solo. Eso le trajo más dudas. En los estamentos militares es normal que se maneje la discreción, cuando se trata de operaciones secretas, pero eso que estaba viviendo no tenía, por ningún lado, cara de operación y menos de secreta. Los pensamientos le hervían como en olla a presión.

Cuando le dieron la orden de bajar del camión, estaba amaneciendo, vio para los lados y reconoció el lugar, estaba en el aeropuerto de Catam. Caminó hacia donde lo esperaba su jefe que, ceremonioso, le gritó muy serio: “La misión para la que va es, tal vez, la más importantes de su vida, Quintana”:

tenía que acompañar al Presidente de la República a ver la última etapa del Giro de Italia, en Cóbbita, Boyacá.

En camuflado, llegué a mi pueblo en helicóptero, como si fuera un héroe. Nos reunimos con las autoridades del pueblo y toda la pesada, emocionados, vimos la etapa, en la que le entregaron la copa a Nairo. Luego el Presidente me dejó en la casa de mi papá y ahí nos reunimos todos los hermanos. Fuimos a un almuerzo que nos tenían preparado unos amigos.

La emoción que causa en Alfredo recordar esos momentos tan felices, no es para menos. Nairo se había convertido en el primer colombiano en ganar un Giro de Italia, un gran paso en su carrera deportiva y gran triunfo que celebró el pueblo colombiano.

En retrospectiva, no hace mucho tiempo eran, junto a Dayer y Nairo, niños que vendían hortalizas y frutas mientras estudiaban. Y ahora, llegando a Cóbbita en helicóptero, con el Presidente de la República, algo que por su mente jamás pasó, y que era posible gracias al cariño que despertaba Nairo en un país necesitado de héroes con carisma y sus victorias. Luego, los viajes en helicóptero serían una rutina cuando diferentes instituciones querían a Nairo para que los acompañara a sus grandes eventos deportivos. Que una carrera por aquí, otra por allá, que los 5K de las mujeres de tal cosa, que tal otra, que los 10K de la Policía Nacional... en fin.

Alfredo, siempre sufriendo en silencio, ha seguido la carrera de sus hermanos. Ahora es más fácil, los puede seguir en su celular. Cuando escucha que un ciclista se cae, ruega que no sea ninguno de sus hermanos. Para él, ojalá no se cayera ninguno, todos están en el mismo trabajo, y caerse hace sufrir el corazón. Es igual que tener un accidente de trabajo. La más dura que le ha tocado ver, de las caídas, es la de Nairo en la Vuelta a España. Ver a su hermano vuelto nada le dio duro, porque cuando hay cariño, lo que le pase a uno, lo siente el otro, y verlo de esa manera era muy triste y le partía el corazón.

El apoyo familiar en los Quintana lo es todo. Cuando Nairo rueda por el piso, Alfredo ve al hermano, no al deportista. Por un momento se queda sin aire. Su corazón vuela al lado de su hermano. Su cabeza le grita que quiere estar junto a él, tomarle la mano, mirarlo a los ojos y decirle con seguridad que todo va a estar bien, porque se va a recuperar de esta. Pero la realidad es que Alfredo siempre está lejos de ahí, frente a la televisión que quisiera atravesar y, sabiendo que eso no puede ser, se limita a guardar silencio y pedirle a Dios que sus deseos se hagan realidad.

Bogotá es una ciudad que, con el tiempo, se puso más difícil para manejar. La relación vías-carros es desproporcionada, y Alfredo no aguantaba ese estrés. Le molestaban los trancones, los pitos y el desorden en general. Un día le dijo a Nairo, “estoy mamado en Bogotá, ayúdeme a salir de aquí”. Nairo solo le preguntó a quién debía llamar. A los tres días Alfredo se estaba presentando en Tunja, tiempo justo para alcanzar a entregar en Bogotá el armamento, la radio y el carro que estaban bajo su cargo y responsabilidad. Prestó sus servicios en reclutamiento. Con su persistencia, buen trato y disciplina, logró que lo dejaran en Tunja, donde pudo ahorrar para comprar una casa en Motavita, un pueblo camino al Alto del Sote, que ahora es como un barrio de Tunja.

Para que un soldado profesional viva en su casa, depende de la unidad en la que se encuentre ubicado. En el caso de Alfredo, ser hermano de Nairo le ayuda, pero no quiere decir que no tenga que hacer bien su trabajo, ni deba cumplir con su deber como lo cumplen todos los soldados que hoy prestan sus servicios a la institución, que quiere tanto como su segundo hogar. Allí tuvo muchos compañeros que hoy recuerda, como parte de su familia. Vivir en medio del peligro hace que afloren sentimientos de solidaridad y colaboración, que con el tiempo no se olvidan. Aunque algunos de esos compañeros han ido cayendo en diferentes combates contra grupos ilegales, a ninguno olvida. Fueron sus compañeros en un ambiente de trabajo solidario, pero muy duro, cada uno arriesgando su vida.

Para Alfredo, sus hermanos, como sus papás, son su prioridad. Don Luis les enseñó a quererse, en las buenas y en las malas. Por eso no desaprovechan ocasión para ayudarse entre sí. Es el caso de Dayer, el menor. Don Luis, con su especial forma de educar, lo fue induciendo, como él dice, “por el buen camino”. Dayer es incluso más fuerte que Nairo.

Dayer sube, baja, en el plano, le rinde, es un animal; como dicen vulgarmente: “es una mula de trabajo”, pero no sé, no se le han dado las cosas, no sé si será algo de disciplina.

Dayer, Nairo y Alfredo se quieren, se respetan, y aunque tienen diferente carácter, se complementan. Dayer se da más, es más abierto, le gusta compartir, conversar, reír, disfrutar y esa unidad dentro de la diferencia les ha permitido tener muy buenos amigos, entre ellos el eterno José Sarmiento y Rúsbel Achagua.

José es un hermano que no tuvimos. Ellos, con Nairo, desde el colegio han estado juntos. Inclusive andamos los cuatro. Nairo necesita estar en una reunión con alguien que lo acompañe, entonces vamos el combo de los cuatro pa’ todo lado.

Alfredo piensa que a Nairo le hace falta ganar el Tour y unos mundiales de ciclismo, aunque, cuando lo piensa con calma, concluye que ha hecho mucho por darle satisfacciones al pueblo colombiano. Son innumerables los logros y las alegrías que ha dado.



La estabilidad

Belmer estaba trabajando en la Secretaría de Educación como ingeniero, con un contrato a seis meses, y se le presentó un dilema: renunciar o irse de docente. Así que prefirió la docencia. Después de 13 años, puede decir que tomó la mejor decisión. La docencia no la cambia por nada, pero también acepta que sigue siendo una persona inestable.

Después de estar cinco años en esa zona esmeraldera, por concurso, Belmer logró que lo trasladaran a Ventaquemada, a 40 kilómetros de Tunja. Es relativamente cerca a la casa de Nairo y a la de su familia. En el colegio de ese municipio tiene alumnos de bachillerato a los que siempre les dice: “Los límites los tiene uno en la cabeza”. Les pone la vida de Nairo como ejemplo: “Tenemos que ser alguien, meterle empuje, nuestros papás no serán perfectos, pero no está en ellos. Si nosotros queremos ser diferentes, piensen diferente...”.

Don Luis y doña Eloísa, cansados del ir y venir diario de la tienda que tienen en su casa, pensaron en cerrarla, hasta que a Belmer se le ocurrió una idea: rentarla. Luego de varias peleas, discusiones y separaciones, Belmer vivía con la mamá de sus hijos, y cuando a ella le comentó la idea, empezó: “Una tienda para irse a tomar allá, usted con sus amigos, pa’ irse a celebrar, para ir buscar viejas...” No, y dijo: “No, si agarra ese negocio, se va de la casa”.

Sin embargo, como le seguía pareciendo que podría ser un buen negocio, para matizar la cosa, le dijo a su señora que no era una tienda, era una cafetería. Entonces regresó donde don Luis a ver si le dejaba el negocio. “Claro, mono, eso ni más faltaba, siendo de la familia, *cómo no se lo voy a dejar*”. *Pasó un mes y nada que* don Luis le definía. Llamé a mi hermana: “Paola, ¿qué pasaría que le hice una propuesta a don Luis? “Ahí están mirando otros señores que van a arrendar”. Le dije: “¿cómo así? Si don Luis me dijo...”. “No, es que él ni se acuerda”. Llamé: “Don Luis, se acuerda de...” “Uy, mono, cierto que usted me dijo, uy no, no, no qué pena con usted, no, y ahora cómo hago, es que lo tenía comprometido, hay mucha gente detrás de ese negocio, pero si yo le di mi palabra, se la sostengo”.

Hicieron los arreglos, adecuación para la cafetería y, para la siguiente carrera de Nairo, ya Belmer tenía su negocio. Los mejores días son cuando Nairo está corriendo porque llega gente desde la mañana, como es natural, llegan periodistas a hablar con don Luis y doña Eloísa. *Lógicamente*, para ver con los papás de Nairo la carrera, cómo lo celebran, qué hizo, qué dijo, entonces puede haber clientela toda la semana; los ciclistas llegan ahí, los camioneros, los taxistas, los uber, los transeúntes, todo el mundo. De hecho, cuando hay carreras, Belmer aprovecha, saca unas sillas y comienza a hacer reservaciones porque se forman las “barras” en un ambiente, unas veces cordial, y otras, no tanto.

De estrato uno a cinco

Pasamos de estar en estrato 1 a estrato 5. Adaptarnos a la nueva gente, nuevos vecinos, nuevas rutinas y nuevos compromisos, no fue fácil, todo va cambiando. Hoy tengo una gran responsabilidad, dice Paola: Nairo pasa mucho tiempo en Europa y yo tengo que manejar la casa, la familia, generar dinero, abrir y ampliar nuevos negocios.

Cuando Paola piensa en esto y en todo lo que pasó con su hija Mariana, los ojos se le llenan de lágrimas. Cuando la niña cumplió un año, el médico que la atendía les informó a ella y a Nairo que había que enyesarla de la cadera hacia abajo. Vamos a hacerlo, fue la respuesta de los padres optimistas, pero no sabían a lo que se enfrentaban. Causaba tanto dolor ver a su hija así, prácticamente inmovilizada. Pero ya habían tomado una decisión. No quejarse, sino actuar.

Paola estudiaba de noche, por lo que de día cuidaba a Mariana. Nairo, que entrenaba de día, cuidaba a Mariana por las noches. Había que bañarla sin estropear el yeso, cambiarle pañales, hacerla sentir que pasara lo que pasara,

ella era una niña normal y muy pronto estaría jugando y corriendo con otros niños de su edad. Sin embargo, la realidad les partía el alma a los dos. Mariana veía a niños de su edad que ya caminaban y hasta corrían, mientras ella estaba atrapada en ese yeso. Sin embargo, respiraban profundo y de nuevo los sueños volaban en sus mentes.

Esto es momentáneo, es por el bien de nuestra hija y más pronto de lo que creemos, ella también estará caminando y hasta corriendo. Incluso más que otros niños, porque va a recuperar el tiempo perdido.

Un abrazo de la pareja les regresaba la confianza. Supieron esperar. Le pudieron cumplir a su hija, quien ya camina, y de esa enfermedad con la que nació, ya solo queda la experiencia vivida. Después de recordar esta situación, con mucho sentimiento, Paola vuelve a la realidad. Ahora que es toda una mujer, piensa en ella cuando era una jovencita de 17 años.

Aquella menor de edad que llegó con su ropa en dos bolsitas, ahora tiene a cargo un deportista con una imagen muy fuerte y ayudarle con los negocios, una casa con dos hijos, suegros, familias, de alguna manera la ha ido cambiando; sin embargo, asegura que, más que cambiar, diría que se han ido adaptando. Nairo, además de responder con su trabajo, tiene que estar pendiente de la casa. Cuando está en competencia, aprovechan para hablar en las mañanas, como papá, es consentidor y a la vez fuerte. Como esposo, es tierno, pero también exigente. Los dos mandan en la casa. Para Paola, el Nairo (niño) que la enamoró, no ha cambiado, sigue igual de humilde, no ha perdido su horizonte ni su esencia. Lo de exigente viene de su papá, que aún lo regaña con malas palabras y Nairo se le para firme, pero con respeto. Esa experiencia le enseñó a Paula a querer más a su papá, que para ella era un regañón, pero nunca con malas palabras. Nairo decía que a los padres hay que quererlos como son, con sus defectos y virtudes, aciertos y desaciertos, es la manera en la que aprendieron, y pedirle peras al olmo, es vivir amargado por algo que no es necesario.

Aunque Paula ha pasado los mejores momentos de su vida al lado de Nairo, también admite que hay cosas que la amargan, como por ejemplo una fan que desde el primer día ha vivido enamorada de Nairo. “La verdad es que creo que no le cuajó, me di cuenta a tiempo. Era una admiradora que le escribía, sobre todo cuando no estaba conmigo y andaba en Europa”. Él también le escribía: “No, es que no hay internet o estoy en una zona fuera de señal”, pero ella le seguía insistiendo. ¿Cómo se enteró Paola?

Nairo en su casa dejó una vez el celular y, “sin querer”, terminó husmeándolo. El hecho fue que, desde ese día, Paola se convirtió en “hacker de la tecnología”. La fan era gordita, muy gordita. Y nada que ver con la clase de mujer que le podía gustar a Nairo, pero había otras, como una modelo de al menos 1.80 de estatura, delgada, de ojos verdes, hermosa, con un rostro perfecto. Cualquiera se imaginaría que a Nairo le podría llamar la atención la súper modelo, la súper ¡wow! Y esto sí alarmó todas las antenas de Paola. Esta no era una muchacha cualquiera. Se trataba de una modelo de mundo que había puesto sus ojos en “el negrito de Boyacá”. Pero sucede que ese negrito ya tenía “su amada”, y Paola no se lo dejaría quitar tan fácilmente. Se trataba del padre de sus hijos, pero más allá de eso, se trataba del amor de su vida, el único que ha conocido, su único novio, su amigo, su socio y la persona con la que espera pasar el resto de su vida.

Paola habló con Nairo, que puso cara de sorpresa, pues aseguró que no sabía de qué le estaba hablando. Fue entonces cuando ella le puso el celular en medio de los ojos. “Te estoy hablando de esto”, y allí comenzó la cantaleta. Nairo sabía que iba a perder esa discusión, así que esperó hasta que Paola se quedara sin palabras, y ya con la garganta seca. Fue entonces cuando él la miró con la sinceridad que siempre lo ha caracterizado. Le tomó la cara entre sus manos y, con todo el amor del mundo, le juró que ella era la única mujer de su vida, la madre de sus hijos, su socia, su compañera y la mujer con la que quería pasar el resto de su vida. Paola confirma que la situación les sirvió para hablar y aclarar lo que tal vez no lo estaba tanto:

Yo siempre he estado con él en las buenas y en las no tan buenas. Cuando empezamos como novios, yo no pensaba en el dinero, era de mente inocente, nunca me imaginaba que iba a ser uno de los ciclistas más famosos del mundo. No. Ni siquiera sabía que un buen ciclista ganaba plata.

Lógicamente a Nairo, desde que comenzó a brillar, se le acercan muchas mujeres, unas como la fan enamorada que dice Paola, y otras como la modelo. Hubo otras que se sentían atraídas por él: morenas, ojos claros, azules, verdes, flaca, esbelta, el punto es que él ahora puede discernir si es por amor o por interés que se le acercaron y acercan, y saberlo lo ha llevado a tomar buenas y malas decisiones, como la que a su parecer tomó con la fan enamorada. Por consejos de sus amigos, le envió una foto autografiada, simplemente que la foto era de él al lado de Paola y su hija.

Tour de Francia 2015

Mi comienzo en el Tour de Francia 2015 fue regular. En la segunda etapa, por el viento tan fuerte, hubo abanicos y quedé solo, el equipo no pudo estar; unos habían tenido caída, otros se habían quedado, tuve que levantar el pie y esperarlos. Perdimos minuto y medio, con la esperanza de recuperarlo en la montaña. Llegamos a la montaña, el primer día en los Pirineos, iba líder Chris Froome, hacía mucho calor y hablé con el equipo. Era una buena oportunidad para aprovechar, me sentía bien y mi propuesta era que el equipo tirara en llano para tomar un ritmo alto y luego miráramos qué pasaba en la subida. Entramos a disputar el ascenso a Plateau de Beille a tope y reventé a mi propio equipo en los tres primeros kilómetros. Qué cagada. Entró al relevo el Sky uno por uno. A falta de 4 kilómetros, arrancó Richie Porte, el último hombre de Froome. Pude seguirlo, pero cuando contraatacó Froome, ya no tenía con qué, no pude. Seguí mi ritmo, después me alcanzó Richie Porte y llegamos a minuto y veinte de Froome. Ya eran 3 minutos los que iba perdiendo.

Subiendo en los Alpes, Froome se quedó; tuvo un percance. Aceleró Nibali y le dije a Valverde que me ayudara, intentando cerrar el hueco con Nibali; el equipo quería ayudar a Valverde cuidando su tercer puesto. El punto es que Nibali se nos fue. Debíamos subir a Toussuiere. Ataqué y gané más de un minuto. Al otro día vino la etapa que terminaba en el Alpe d'Huez y una vez más atacué y Froome tuvo una crisis. Ese día entré en las estadísticas de los ciclistas que más rápido hemos subido el Alpe d'Huez.

Ese Tour tuve oportunidad de ganarlo. Cuando se está en la cima y crees que todo lo puedes, muy pocas veces se valora; luego uno se pregunta: ¿por qué no lo hice?, ¿por qué no aproveché?, ¿por qué no lo disfruté?, ¿por qué no lo celebré de la manera que debía celebrar? Como ganábamos prácticamente lo que queríamos y donde nos presentábamos éramos reyes, finalmente nos daba igual una más. No celebrábamos con una comida especial, ni siquiera con una botella de vino, nada, porque era normal ganar. Hoy, que no es fácil, ni normal ganar, me doy cuenta del valor que realmente tiene y el esfuerzo que se necesita para ganar, aunque sea una etapa.

Finalmente, terminé feliz por el podio de ese año. Como teníamos las piernas y las condiciones, pensaba que podía ganar el año siguiente. Aún conservo la esperanza de que es posible; si se alinean los astros y hay suerte, seguiré intentando.

Haber estado en el podio, le regresaba a Nairo el sueño que inició cuando llegó segundo en el Tour de Francia de 2013. En ese año, sus amigos, familiares y principalmente su mánager, Libardo Leyton, le metieron en la cabeza que podía ganar el Tour. Justo de aquí sale el famoso “sueño amarillo”, que era una especie de ilusión y promesa que no solo buscaba él sino todo el país, una promesa hecha a su suegro antes de morir que, con el tiempo, se estaba aproximando. Y junto a él, a esa promesa y esa ilusión, se sumaba don Próspero, su suegro, mucho antes de que se muriera. Se le dice el sueño

amarrillo porque la camisa que porta el líder de la carrera es de ese color. Pero tanto en el 2013, como en el 2015, Nairo se quedó con el mal sabor de no haber cumplido el último deseo del padre de Paola. Sin embargo, no pierde las esperanzas. Se recompone y sigue él contándonos su relato:

A partir de 2016, las cosas se pusieron difíciles, fueron llegando rivales más fuertes y realmente no aprovechamos el momento que se debía aprovechar. Por eso repito: “Cuando usted, que va a leer esto, tenga ese momento en su vida, ni lo piense”. Puede que haya una segunda oportunidad, pero, si no la hay, será un lamento toda la vida; la frustración es peor que el lamento. Cuando llegamos a París, pensaba: “Un segundo puesto más, un podio más del Tour de Francia, qué más da, el siguiente volveremos y cada uno para su casa”. Ese día comimos en el sótano de un hotel como si no hubiera pasado nada, mientras los demás, los que habían hecho tercero, quinto o habían quedado dentro de los diez primeros, estaban en la Torre Eiffel, celebrando y nosotros comiendo en el sótano del hotel, reflexionando si pudo ser mejor, si nos lo hubiéramos propuesto, pero nos llenamos de ego, éramos “todo-poderosos”. “Vamos allá y ganamos, y si no ganamos, segundos, pero ganamos etapas y lo que queramos”. El cuarto de hora no es para toda la vida. No es que ya estamos bendecidos, y así es, entonces perdíamos la noción: “Ah, veinte, treinta, cuarenta carreras ganadas, cuatro años los mejores del mundo, ¿qué más queremos? ¿Qué vamos a cambiar? Mucha tecnología, mucha ciencia, ¿de qué nos va a servir si somos los mejores del mundo? Eso era lo que vendíamos y lo que creíamos. Llegó el momento en el que no hacíamos ni pruebas de esfuerzo para mejorar, o no se tomaba con seriedad el Túnel del Viento. Estábamos en la zona de confort. Por hacer segundos y terceros lugares, no ganamos. Nunca nos arriesgamos a ganar por hacer segundos y terceros puestos.

Para la mayoría de los ciclistas colombianos, el verdadero reconocimiento lo perciben y lo sienten con cada una de las manifestaciones expresadas por todos los medios de sus seguidores; aquellos seguidores que se apostan

a lado y lado de las carreteras, en los finales de las etapas, luego de esperar horas enteras para ver pasar a sus ídolos en dos o tres segundos, tiempo suficiente para sentir que cada ciclista lleva las fuerzas de sus piernas y, en el palpar de su corazón, la identidad de un país que, independientemente de obtener buenos o malos resultados, los quiere y se siente representado en ellos. Para Nairo es lo más importante: el cariño de la gente. No lo es una comida en un elegante hotel, ni lo son las fiestas de frac, ni las celebraciones con los dirigentes donde siempre se quiere colar la política como invitada. Es estar con su gente, con su pueblo, con su razón de ser como ciclista que lo hace vibrar, lo hace volver a la disciplina, al entreno, al dolor y a la satisfacción de estar haciendo las cosas bien.

El verdadero premio no lo es una copa, o una medalla, es el cariño de su gente. La satisfacción llega cuando es puesto como ejemplo a emular, como el hombre orgullo de una raza que sabe salir adelante, que sabe hacer esfuerzos, levantándose todos los días con el amanecer para sembrar y recoger los alimentos que cada uno de sus admiradores tendrá sobre su mesa. Ese es el mayor estandarte de un podio: el cariño, la admiración, la comprensión. Un ciclista no es una máquina, es un ser humano como tal, a veces está en la cima, y otras, en el suelo. Pero siempre tratando de hacer lo mejor por ese gran premio: el cariño de su gente, única garantía de ser inolvidable para todas las generaciones.

Al comenzar la temporada en Argentina, Vuelta a Cataluña, País Vasco, Tirreno-Adriático, hasta llegar a las grandes como el Giro, La Vuelta y el Tour, antes de partir, Nairo observa las banderas de Colombia. Verlas agitándose por el viento son el aliciente a su preparación, son las piernas del alma que en los momentos difíciles extienden su potencia para sacar fuerzas de donde no las tiene y ganar, para satisfacción de un pueblo que ondea su bandera, una etapa, una clásica o una carrera.

Otro que tampoco la estaba pasando bien en ese momento era José. El equipo Cannondale, para el que corría, no le estaba renovando el contrato;

de hecho, el equipo se estaba terminando. José llamó a Nairo convencido de que su amigo le podía echar una mano.

Cuando me quedé sin equipo, llamé a Nairo y le dije que me ayudara en el Movistar. Él me dijo que estaba hablando con Eusebio, pero que no le sonaba mucho la idea. Nairo me contó la conversación con él y, cuando lo escuché, le dije: Lo que tenga que pasar, pasará.

José asegura que conoció capos de equipos de ciclismo que no habían ganado lo que Nairo había ganado, y los consentían más que si tuvieran el palmarés de él. Para él, lo que hizo su amigo en el equipo Movistar fue apoteósico, un gran aporte al equipo y, a la vez, para la vida de Nairo.

En el Tour de Francia 2016 tuvimos una etapa inolvidable en los Pirineos; inolvidable en el sentido de que tuvimos que aprender. Era la octava etapa de Pau a Bagnères de Luchon. Pasando por el Tourmalet, el equipo nos puso un punto de hidratación en el premio de montaña. No hacía falta bajar y llegábamos a la meta. Froome vio que íbamos a hidratar y atacó. Yo tenía malestar debido a una reacción alérgica que me había dado antes de comenzar el Tour. Me salieron ronchas por todo el cuerpo, lo que me impedía tener buena oxigenación. Antes del Tour, hice La Ruta del Sur, una carrera que había ganado por dos años consecutivos, y en esa edición no me sentía bien, el equipo no puso atención. Les decía: “estoy muy mal”, “no pasa nada, tenemos tiempo para el Tour”. Finalmente, no le pusimos atención y gané Ruta del Sur, pero no me sentía en buenas condiciones. Había llovido mucho en la primera época del año y se había retrasado la polinización, así que me cogió parte de la alergia al comienzo del Tour y, en esa etapa, persiguiendo a Froome, lo sentí, le dábamos a tope y no, no lo pudimos alcanzar; al contrario, en esa etapa nos sacó tiempo a todos. Ese Tour hice podio de tercero, me llamaron para los Juegos Olímpicos y tuve que decirles que no me sentía en condiciones. Preferí cederle mi plaza a un compañero que fuera a aportar bien para nuestro país, y así lo

entendieron. Para un deportista, ir a unos Olímpicos es especial, y para mí lo era, pero realmente sentía que no podía, la reacción alérgica me había afectado más de lo que pensaba... Solo me restaba pensar en el próximo reto.

La Vuelta a España 2016

En esta vuelta se comenzó con una contrarreloj por equipos. Buen tiempo. Buenas sensaciones. En las siguientes etapas, Nairo se sentía tan bien que, en Santander, se planteó como propósito tomar el liderato, pero el equipo le argumentó que no era el momento, era mejor dejar que otro equipo lo hiciera. El director explicó que el equipo que tenían, no aguantaría la presión de llevar el liderato el resto de la carrera. Esa afirmación para Nairo era como avanzar con freno de mano, hasta que llegaría la etapa en la que los favoritos comenzaron a hacer los ataques más fuertes: La Camperona, mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, sitio de llegada en muchas vueltas. Ese día, cuando los ciclistas comenzaron el ascenso a un premio de montaña, el eterno rival de Nairo, Chris Froome, comenzó a quedarse. El problema era que Nairo sabía que se recuperaría. Nairo iba a rueda de Valverde y Contador. Cuando, de repente, los alcanzó Froome y comenzó a acelerar, buscando el momento perfecto para su ataque. Ese acelerón de Froome hizo que Contador se reventara. Nairo siguió a rueda de Froome; cuando él hacía un ataque, estaba seguro de que iba solo, pero volteó a mirar, *y ahí estaba Nairo*, que aprovechó un aire y lo atacó, logrando abrir un hueco de varios segundos en un puerto de menos de 3 kilómetros. Ese día Nairo quedó de líder.

Al día siguiente, no vino la motivación sino la frustración. Muy temprano, Eusebio le dijo a Nairo que, por estrategia de equipo, lo mejor era que dejaran el liderato a un elemento de cualquier otro equipo. Entraron en un callejón sin salida. Varios minutos duró el debate entre “que sí, que no”. Una situación compleja para un ciclista que siempre quiere ganar. Luego vino la etapa 10, Lagos de Covadonga, y cuando Nairo ganó, Eusebio le repitió: “Tenemos que ceder el liderato porque el equipo no aguanta hasta el final de la carrera”, “y lo que yo quería era trabajar como líder”. Finalmente, Nairo y su equipo dejaron que otro corredor asumiera la responsabilidad de tener sobre sus hombros el liderato. Llegaron los días en los que las etapas subían a los Pirineos. Froome estaba más fuerte, y Nairo no le pudo sacar tiempo. Luego llegaron a Formigal y Nairo vio a Alberto Contador con una actitud bastante extraña. La salida de esa etapa era dura, cuando Nairo vio que, en plena subida, Contador les hizo señas a sus compañeros de que comenzaran a atacar fuerte. La moto de la televisión, para bien o para mal, le sirvió para abrirse camino frente a otros rivales y, cuando volteó a ver quién había aguantado, ahí estaba Nairo, quien se mostraba *más concentrado que nunca*, y eso, más su talento innato, serían fundamentales. La etapa era corta y explosiva. Subiendo con el corazón a mil por hora, los aficionados españoles, apostados a lado y lado de la carretera, apoyaban a Contador, que representaba el sueño de todos ellos. Tanto así que un aficionado le tiró un puño a Nairo que él alcanzó a esquivar, luego vino otro y otro. Era una lucha contra un estamento que en ese momento representaba uno de los mejores ciclistas ibéricos de los últimos tiempos. Si cualquiera de esos golpes hubiera hecho caer a Nairo en forma contundente, seguramente el sueño de ganar la Vuelta a España se hubiera frustrado.

Faltando nueve kilómetros para la meta, las emociones de José Luis Arrieta, el director técnico de Nairo, en el coche, lo hicieron tomar una decisión: “Ponte tú solo, eres el más fuerte y tienes que ir a meta así. No mires para atrás, no le pidas relevo a nadie”. Ese golpe de pecho era lo que necesitaba Nairo y, sacando la rabia, por su honor mancillado, que tenía desde *hacía* algunos años, aceleró como nunca antes. Contador se quedó y el único

que sobrevivió aquella batalla fue Gianluca Brambilla, un corredor de otro equipo, que mientras hacían relevos, le dijo a Nairo que le dejara ganar la etapa, accedió, pues le parecía justo. Brambilla cruzó la meta de primero y Nairo se quedó con el liderato.

Los gritos en la tienda de Belmer retumbaron en cada rincón de Colombia. La celebración duró varios días, las ventas rompieron todos los récords y los vendedores ambulantes, artesanos y el comercio en general hicieron su agosto.

Luego del recuerdo, Nairo rememora como si estuviera viviendo nuevamente ese momento. Cuenta que esa había sido la estrategia de su equipo, la de dejar el liderato y que en algún momento no entendía, como también era normal que se dejaran ir ciclistas en fuga para que muchos aprovecharan las cámaras de televisión y los equipos brillaran. Hoy asegura que un solo corredor y su equipo quieren ganarlo todo y, para que eso no pase, dice que la chequera de un equipo deber ser la misma de los demás para que de esa forma haya un equilibrio en las competencias. La evolución del ciclismo en los últimos años es notable; hoy las marcas y los anunciantes se disputan el estar en la competencia como verdaderas fieras. No hay límites en nada. Cuando un patrocinador y un equipo quieren ganarlo todo, a eso le apuestan.

Aquel día, tanto para Nairo como para Contador fue una bonita experiencia que se traduce en respeto y admiración mutua. Nairo lo admira porque dice que es de esos ciclistas que, si se le mete algo en la cabeza, hace hasta lo imposible por lograrlo, así tenga que sortear las peores dificultades.

Para cualquier ciclista, ganar una carrera de tres semanas no es nada fácil. Por lo general, participan 22 equipos y cada uno lo hace con una estrategia diferente. El ciclista que muestre estar en buenas condiciones se convierte en enemigo de todos los demás equipos y, en esa Vuelta a España, Nairo no fue la excepción. Cuando la diferencia es de segundos o pocos minutos, los

ataques son sin misericordia. Si el ciclista pestañea, pierde. En esa vuelta, en las etapas finales, tanto Contador como Froome lo quisieron atacar, mermando sus fuerzas, momento que aprovecharía Esteban Chaves, el Chavito, amigo de Nairo, para escaparse en una etapa y quedar tercero en la general. El podio lo completó Froome, segundo, y Nairo, el campeón.

No sé cómo explicar lo que significó para mí ganar esa vuelta. No tengo palabras. Es la oportunidad de brindarle una alegría a mi gente. En ese momento nuestro país pasaba por dificultades económicas y políticas; se hablaba mal de Colombia en el mundo. Se acercaron personas del gobierno a celebrar, en Madrid, parecía que hubiera ganado una Vuelta a Colombia y no la Vuelta a España. Me decía la gente: “Esto es Colombia”. Entonces mis palabras: “Colombia no es guerrilla, Colombia no es guerra, Colombia es paz y amor. ¡Bienvenidos a Colombia!”. La gente lloraba de emoción, fue algo especial, sobre todo para nuestro país, algo que cambió la perspectiva de cómo nos veían. Pienso que se ganó respeto y se recuperó que la gente que vive en Europa se sintiera orgullosa, cambiando un poco la forma que nos ven. Hicimos un trabajo importante: el cambio de imagen a cambio de nada, porque ese trabajo, soy sincero, los gobiernos pocas veces o casi nunca, lo agradecen. Pero eso no importa, con lo que me quedo al final del ejercicio es con el amor de la afición, que a los deportistas nos vuelve eternos. Un triunfo de Nairo Quintana es un triunfo de Colombia.

Un año deportivamente muy importante para el ciclismo nacional fue 2016. Nairo ganó la Vuelta a España, la Vuelta a Cataluña, tercero en el Tour de Francia y ganador de la Vuelta a Romandía. Esteban Chaves tercero en la Vuelta a España, segundo en el Giro de Italia y ganador del Giro de Lombardía. Fernando Gaviria ganó la París-Tours. Miguel Ángel López ganó la Vuelta a Suiza y la Milán-Turín. Un año rutilante en resultados.

Tres años de cal y de arena

“Al final del 2017 escuché la noticia de que había un nuevo fichaje en el equipo: Mikel Landa. Ahora quedábamos como líderes Valverde, Mikel Landa y yo, acompañados por un joven que comenzaba a pedir pista: Marc Soler. Éramos cuatro cabezas de carrera. En ese Tour 2018, se estrenó la ley que reducía de nueve a ocho, lo ciclistas por equipo. En Movistar éramos tres líderes y con dos ciclistas para cada uno. Se comenzó a dividir el equipo, no corríamos en bloque con un solo objetivo. Mikel Landa quería ganar el Tour; Valverde quería ganar el Tour y yo también. Un día atacó Gerain Thomas, yo estaba con Froome y necesitaba escuchar del director algo como “ojo con Froome, el ataque, se está yendo, le van a colaborar”. No; el director estaba con otro líder atrás: “Venga, venga, tienes que estar adelante con los otros”. Me animaba a mí y al que estaba adelante. Como experimento, creería que no funcionó. No estábamos trabajando en equipo y eso trajo consecuencias: perdimos tiempo, pinchamos, pasaron otros de largo, nos quedamos. Los objetivos se estaban perdiendo.

Antes de que terminara ese 2018, al *mánager* comercial de Nairo se le ocurre la idea de hacer un gran fondo, una competencia para ciclistas aficionados, que tuvo su primera versión ese año, pero que empezó y terminó mal porque esperaban seiscientos competidores y terminaron llegando más de dos mil. No había alimentación, hidratación, logística ni mucho menos prendas para tanta cantidad de ciclistas. A Nairo no le quedó de otra que subirse a la tarima para calmar los ánimos de los ciclistas, unas fotos, un saludo a algún familiar, la promesa de enviar las medallas a la puerta de la casa y asunto arreglado. Empezando el 2019, Nairo se reunió con Luisa y ahí surgió la idea de hacer de él una marca. Luisa Fernanda lo convenció y además le prometió comenzar a destacar sus triunfos comercialmente. Una semana después se reunieron en la casa de Nairo y ahí ella se puso al día: tengo esto, tengo lo otro, con aquel no me ha ido bien, con este otro tampoco. Y luego de poner sobre un papel los pros y los contras, empezaría entre Paola, Nairo y Luisa una relación laboral que los tiene hasta la fecha trabajando: gran fondo, tiendas de ropa, restaurantes, proyectos y más proyectos son el pan de cada *día*.

Nairo debía hacer lo que le tocaba: entrenar. Lo hizo como siempre, concentrado, empeñado y con la intención de que ese año sería mejor que todos los demás. Las fuerzas las tenía, las ganas y la disposición también, por eso confiaba en que los resultados llegarían.

El Alto de Palmas es como hablar de La Línea, Letras o Patios. Es una subida mítica para los colombianos y para los aficionados que la hacen en bicicleta. Escalarla es como ir a un estadio lleno. Ese día, además de lleno, se desbordaba, era la última etapa del Tour Colombia. Iba de líder Superman López, nosotros habíamos hecho una crono regular porque nuestro equipo había llegado a última hora a Medellín, no estaba adaptado a la altura y nos dedicamos a conseguir etapas. Comenzamos a subir Palmas, atacamos desde abajo con Richard, con Winner.

La idea de Nairo era que Winner o Carapaz le sirvieran de enganche y soporte para que le ayudaran después de que él hiciera su ataque y lograra

despegar a los demás ciclistas que estaban con él en el pelotón y arrancaban a subir el Alto de Palmas.

Hice el primer ataque y quedan conmigo Egan, Superman y Sosa. Luego intentó acercarse Rigo con Daniel Felipe Martínez y Alaphilippe, que había aguantado, pero se reventó. Subíamos los seis, en tensión, pendientes quién atacaba, cuando sale un aficionado y nos hace caer a Sosa y a mí.

La familia Quintana, pegada al televisor junto a los aficionados presentes en el lugar, sufrían con cada uno de los pedalazos de Nairo. Paola sentía que se le iba a salir el corazón, sus pulsaciones iban a la par de las de Nairo que, como pudo, se paró y siguió.

Miguel Ángel sigue con un ritmo muy fuerte hacia adelante y sigue también Egan, pero Miguel Ángel y Sosa estaban a pocos segundos, cualquiera podía ganar la carrera. Me levanté y seguí adelante.

Nairo atacaba y atacaba, y Egan se le pegaba a rueda. Atrás Rigo, Daniel Martínez, Supermán López, Sosa y Sergio se batían como leones. Era un espectáculo sin precedentes en la historia del ciclismo colombiano poder ver a semejantes ciclistas de élite en tremenda batalla deportiva. El público en Medellín abarrotaba las calles, la gente en la televisión disfrutaba tanto la carrera local como si estuvieran viendo y viviendo en vivo y en directo el Tour de Francia. Los ciclistas transmitían esa alegría a todo el país, la gente paraba sus trabajos por ir a ver la transmisión de televisión de una carrera en la que unos gladiadores lo dejaban todo.

A Egan lo hicieron quedar para ayudar a Sosa y me les metí a rueda, pero estaba mermado, los otros iban mejor. Pero como el perro viejo ladra echado, dejé que se atacaran. Cuando vi que era el momento, me acerco y les hago el primer ataque pensando: “Si les hago un ataque y no los logro dejar atrás, ya no gano”. Les hice ese primer ataque y Miguel Ángel se da cuenta y se pone a mi rueda.

La carrera era un espectáculo, adelante se fueron Superman y Sosa, y Nairo intentaba aguantar. Entraron al último kilómetro en el que las vallas de los patrocinadores contenían al público desbordado. Las banderas colombianas a lado y lado cuando, de repente, como si fuera una estrella fugaz, pasa Nairo por el lado izquierdo de la carretera, dejando la vida en cada pedalazo. Superman y Sosa se quedaron viéndolo. Los Quintana gritaban de alegría. Alfredo lloraba, Belmer hacía su agosto en la tienda, con un ojo en la pantalla y otro en el refrigerador, vendiendo cerveza sin descanso. Doña Eloísa estaba a punto de un infarto y, al fondo, don Luis se mordía los labios, mientras empuñaban las manos como si cada pedalazo de Nairo fuera de todos los Quintana.

Setecientos metros, seiscientos metros, quinientos metros para el final, y a Nairo se le hinchaba el alma. Era como si la frustración y la rabia de sus dos últimos años la hubiera dejado ahí. El sudor rodaba por toda su cara, las gafas colgaban del casco a punto de caerse, pero eso no importaba. La gente gritaba y aplaudía a los ciclistas, era su forma de agradecer tantos triunfos y alegrías que les habían dado. Nairo miraba para atrás y *veía* que venía solo. Respiraba hondo, bajó dos cambios y se paró en los pedales. Doscientos metros para el final, la meta se le *hacía* eterna. Mirando el pavimento, como suplicando que sus piernas no desfallecieran, vuelve y se para en los pedales y comienza a empujar su bicicleta de lado a lado, sintiendo que faltaba poco. De repente, la imagen imponente de Nairo se asoma en lo alto de la montaña; ve que ya no lo alcanzan, que la meta está a diez metros y levanta los brazos, triunfal. Juntó las manos, le agradeció al cielo y se persignó. Acababa de ganar quizá la etapa más emocionante que se ha corrido en Colombia en toda la historia y el público y el país entero se lo agradecían.

¿Pero qué pasaba con los amigos y compañeros que dejó atrás? ¿Estaban felices por él? ¿O un nuevo motivo le agregaba envidia a la que ya le tenían? Solo ellos, en lo más profundo de su alma lo sabían. Nairo y todos los Quintana prefieren pensar que, al menos, algunos sí se alegraban. Esta era su forma de apaciguar un poco el sentimiento del gran sacrificio que hace

un deportista de alto rendimiento. Para ellos, todo en la vida se resume a una sola palabra: “Entrenar”. No van a fiestas porque al día siguiente tienen que madrugar; no invitan a nadie a su casa porque, si se van tarde, ya se echa a perder el entreno de la madrugada. No llaman a sus amigos porque llevan tanto tiempo entrenando, que les da pena aparecer de la nada. Llegan un momento en el que el sacrificio de un ciclista como Nairo es quedarse sin amigos y olvidarse de vivir.

Sin embargo, un triunfo les produce esa gran satisfacción: Luego de tanto esfuerzo, valió la pena.

Ha sido de los mejores escenarios que he podido tener para ganar una etapa reina en mi tierra, un día bonito que siempre recordaré por el agradecimiento a quienes nos impulsan nuevamente a soñar, a creer, a vivir esa ilusión de conseguir retos, de trabajar por algo tan noble como la afición. Mis triunfos no han sido regalados ni fáciles; han sido con mucho sudor y honradez y, de una forma u otra, todo se lo debo a ellos.



Mikel Landa

Nos presentamos nuevamente Mikel, Valverde y yo al Tour de Francia. Me sentía bien, pero tuve una caída y el director nos dijo: “Si Nairo es líder, es líder”. Era difícil para el director porque, mientras estaba atento a unos, otros quedaban desprotegidos. Era confuso y, además, complicado para la gente que iba a ayudarnos. En una de las etapas voy en la fuga y escucho por la radio que iba líder del Tour de Francia. Mis compañeros me empezaron a perseguir porque uno de ellos decía: “Me siento muy bien, puedo atacar”. Yo estaba fuerte. Gané la etapa, una etapa recordada porque fue cuando me manché de rojo la camiseta. Mi ilusión y mis ganas eran tan grandes que, entre el labio que me mordí y un gel que se me salió mientras me lo tomaba, la camisa se manchó.

Iba tan bien que puse récord en la subida del Galibier. En el Tour 2019 terminé siendo el segundo mejor del equipo. Finalmente, Landa también estaba fuerte y lo entendía; él quería ganar el Tour, lo habían llamado para eso. Con él finalmente aceptamos que nuestra responsabilidad era dar buenos resultados e intentamos hacerlo de manera honesta, cada uno haciendo lo que tenía que hacer. Sin nunca decirnos una mala palabra y sin ni siquiera discutir, nos potencializamos con gregarios fuertes y, lo más importante: una claridad de que el deportista antes que nada es un ser humano, lo que en la carretera lo convierte en un profesional. Un profesional que siempre debe entender que está al servicio de un equipo, un equipo que tiene toda la autonomía de prescindir de sus servicios.

Con el dolor más profundo en su alma, sabía que su momento había llegado en el equipo Movistar. Una tristeza lo embargaba, pero como muchas veces en la escuela, en la plaza de mercado, en las primeras competencias la resiliencia salió a flote en él, y una noche, en medio de una cena, aprovechó y se despidió formalmente de todos. Luego de las palabras de agradecimiento, lloró.

Nairo estaba ahí, lleno de emoción y gratitud, para expresarles lo que el equipo significó para él. Desde que era un niño, soñaba con pedalear con los más grandes, y la gran mayoría de sus compañeros hicieron ese sueño realidad. Fueron su familia, su apoyo incondicional y sus pares de aventura en ese viaje asombroso de aquel niño. Cada kilómetro que Nairo recorrió con el equipo, al final también fueron un privilegio. Juntos enfrentaron desafíos que parecían inalcanzables para un deportista colombiano venido del campo. Y con la fuerza de los dos lados, superaron cada obstáculo que parecía insuperable. Las hazañas que Nairo logró en el equipo Movistar a cada uno de los colombianos le quedarán grabadas para siempre.

Cada triunfo, grande o pequeño, fue posible gracias al esfuerzo y la pasión con la que Nairo abrazó el ciclismo y el apoyo de un gran equipo. Muchos

ahí fueron sus guías, sus aliados y amigos. A sus rivales les agradeció porque fueron el motor para levantarse después de cada caída. Los buenos fueron su motivación para dar siempre lo mejor y para nunca rendirse, incluso cuando las cosas se ponían cuesta arriba.

La unión trasciende las competencias, y Nairo quería que supieran que siempre llevará en su corazón el recuerdo de los logros que consiguieron juntos.

Sus palabras eran una forma de agradecerles a todos que hubieran confiado en él desde el principio y haberlo acompañado en ese camino lleno de éxitos y frustraciones. La historia de Nairo y su equipo, con momentos buenos y momentos difíciles, debe seguir siendo una fuente de inspiración para todos los ciclistas de las generaciones venideras.

Hoy, en la soledad de su casa, y sentado en una noche de luna llena, reflexiona y concluye que, en cada victoria futura, en cada nueva meta que alcance, pensará en sus compañeros y en todos los que le han ayudado a forjar su camino.



Eusebio Unzué

La historia de Nairo en el equipo Movistar la resume, bajo su propia óptica, el dueño del equipo:

Bueno, yo vivía en un pueblecito a las afueras de Pamplona, e iba a estudiar cada día en bicicleta y eso pues, bueno, me tenía un poco dentro de esta afición. Era mi medio de transporte y a la vez disfrutaba. En mi pueblo, un primo y otro amigo empezaron a correr en juveniles y yo empecé, era tres años más joven que ellos... Vi que tenía un buen nivel y nada, me hicieron comenzar a correr en la categoría juveniles y ahí me enganché, empecé a correr unas carreritas y estuve dos años y medio corriendo juveniles, y el que era mi director, me dijo: "Tú el año que viene, conmigo al coche". Estuve corriendo el 71', 72' y 73' con 16, 17, 18 años, y ya a partir del año 74, comencé de director en labores de dirección en el equipo con mi director deportivo, y desde entonces no he parado. Los primeros seis años con corredores de la categoría sub-23 y desde el 80', cuando montamos Reynolds, con profesionales ininterrumpidamente.

Esta es su temporada 43 de profesional y su Tour de Francia número 41.

¿Qué ocurre? Que yo soy un desastre, tengo mala memoria... vivo abrazado a tantas historias, tantos Nairo, y cada uno con sus preocupaciones, cada uno con sus historias. Entre las historias de uno y otro no hay tiempo para poder disfrutarlas, entonces se van acumulando. Viene la de Nairo, viene la de Landa; cuando no, la de Valverde, si no, la de Carapaz. Me gustaría hacer una especie de isla y decir: “Coño, a ver, centrarme un poco en Nairo, y bueno, realmente ver las cosas tan espectaculares que se han hecho, que te puedo asegurar que es un cañonazo. Para mí ha sido un tipo excepcional. Fueron ocho años magníficos de los que estoy agradecido y me considero afortunado de haber podido compartir, casi podría decir, en familia.

Como director, ha ganado siete Tours de Francia; cinco con Induráin, uno con Perico Delgado y otro con Pereiro. Desde 2011 hasta 2019 fue director de Nairo Quintana en el equipo Movistar. Luisa Fernanda fue pionera en enviarle mensajes de un chico con una calidad bárbara. Condiciones que ratificaría Nairo cuando tuvo la oportunidad de ir a Europa a correr.

Nairo era el prototipo del escalador. Corredores que normalmente tienen ventaja por su poquito peso, pero lo que lo hacía diferente era la capacidad que tenía para pelear sin ningún tipo de problema en el llano con animalotes europeos de 1.90 y en carreras donde se rodaba a 70 kilómetros por hora. Muchos corredores, de los colombianos que había conocido, tenían dificultad para aguantar en el plano. Nairo supo adaptarse.

Comenzar a competir joven sería la base estructural para que Nairo se adaptara rápidamente a los equipos europeos. Solía ocurrir que el ciclista colombiano corría en Europa determinadas carreras que no le garantizaban una regularidad, esencial a la hora de pelear buenos puestos en la general del calendario europeo.

A Nairo, la desgracia que le ha privado de tener todavía un palmarés mucho más brillante del que ya tiene, son sus limitaciones en la contrarreloj y que le ha tocado un Froome que ha sido su verdugo. Sin ser mejor escalador, no pudo descontarle o igualar en las contrarreloj, impidiéndole ganar un Tour, tanto en 2013 como en 2015. En el ciclismo como en la vida, necesitas un poco de suerte, y Froome, además del gran equipo que tenía alrededor, nunca desfalleció.

El vínculo de Eusebio Unzué con Colombia comienza en 2011, obedeciendo a un plan estratégico de la marca que había lanzado el proyecto Movistar América con la idea de nutrir el equipo de corredores provenientes de los países donde estaba presente Telefónica. Colombia fue elegida la sede del Movistar América por ser el país con mayor número de competiciones cíclicas al año. En esa oportunidad, Eusebio viajó a conocer los papás y la familia de Nairo, y quedó impresionado por la belleza del paisaje boyacense.

Nairo fue una especie de embajador de su país. Tiene esa capacidad de ilusionar con grandes victorias, compitiendo con los mejores corredores del mundo. Ha ganado un Giro de Italia, Vuelta a España, tres veces en el pódium del Tour, dos de ellas acariciando realmente la victoria. Yo me sentía un afortunado por ver que un país que, de alguna forma estaba anestesiado después de aquel ciclo de Lucho, Patrocinio, Fabio Parra, Santiago Botero; ahora llegaba una nueva época con Rigo y Nairo. A partir de su irrupción, comenzaría a llegar esta especie de “nairomanía” y los nuevos Nairitos van a ser los que entusiasmen el país. Estoy seguro de hay muchos niños deseando emularle. Nairo es el gran referente y la verdad es que, como país habéis tenido la fortuna de tenerlo, disfrutad de vuestro gran referente.

Eusebio siente que Nairo aportó y bastante para cambiar el destino y la ilusión de millones de personas en Colombia y Latinoamérica. Cree que ha cambiado la opinión que se tenía del país y de la serie de ciclistas que han estado paralelamente y que han reforzado la imagen que se podía tener en

Europa de Colombia. Se ha endulzado asociándola a la bicicleta y al ciclismo. Está seguro de que los émulo de Nairo, Egan, Rigo, Martínez e Higueta se van a multiplicar; son una consecuencia de la explosión de Nairo y han aprendido a convivir en la distancia, otra gran diferencia con los ciclistas de los años ochenta y noventa; sufrían mucho, eran demasiado apegados a la familia, al país, y estar fuera significaba desarraigo. Les afectaba la distancia para correr en Europa. Gracias al buen trabajo de la Federación, Luisa y algunos otros valientes que comenzaron la conquista de Europa, lograron acabar con ese miedo en los jóvenes colombianos de salir de su terruño para correr en las grandes ligas del ciclismo mundial.

El carácter es genético. Viene de serie con lo cual uno lo lleva y lo lleva encima. Simplemente lo va exponiendo conforme se va sintiendo más seguro. Lo recuerdo como un gran chaval, un escuchador, sobre todo escuchaba y escuchaba y le encantaba ver historias, leer... cuando le podías hablar de Induráin, veías cómo disfrutaba, por supuesto encima de la bicicleta, pero luego también aquellos años en Pamplona, donde estuvimos muy próximos y bueno, ayudándole a sentirse que estábamos en diferentes casas, pero unidos por una familia cuando estaba el equipo cerca para cuando lo necesitara, y creo que esa sensación de sentirse arropado le ayudó a crecer sin traumas. Luego, pues muy inteligente, él rápidamente dio a entender que era un tipo ambicioso, peleón e inconformista; una especie de máquina. En su cabeza no había otra cosa que ganar, y para eso sabía que tenía que estar dispuesto a montar, a hacer lo que fuera. La verdad es que siempre fue muy noblote, nunca se entregó. Había una serie de compañeros colombianos acá en Europa, pero no tenían el prestigio que podía tener Nairo. Ya no se le cuestiona, entre otras cosas por la gran calidad que tiene, porque los primeros años el ciclista colombiano se desasociaba, provocaban caídas, y esto lógicamente a él esos conceptos no le iban... Era un tipo encima de la bicicleta muy habilidoso, con todos los cojones; nunca para él había un tío más grande. No pasaba miedo; yo creo que la palabra miedo no está en su diccionario. Nunca le ha asustado absolutamente nada, cuando

le argumentabas un objetivo y las razones de porqué, vamos, lo metía en su cabeza y él era el más convencido de lo que había que hacer. Yo te diré que en ese sentido no he conocido a nadie como él, un hombre tan seguro de sí mismo, era una cosa curiosa, las guerras las llevaba todas, medía 1,60, pero sus cojones no le cabían.

Cuando un deportista quiere sacar adelante objetivos, muchos de esos logros, o la mayoría, dependen en lo fundamental, del equipo que lo rodee. En el caso de Nairo, contar con el apoyo del director y de la mayoría de los ciclistas, fue esencial. Claro, si no le hubieran visto las condiciones, no se hubiera ganado ese afecto y ese respeto. Imanol Erviti fue uno de los grandes apoyos, fue su guía recién llegado al equipo Movistar. Luego serían buenos amigos al coincidir en los entrenamientos en Pamplona y en muchas de las carreras que compartieron como equipo.

Con Alejandro le vino muy bien, para adoptar su formación de cosas muy interesantes que luego, como ha sido un tipo con gran olfato y ambición, las ha aplicado a lo largo de su carrera. No es fácil ser ciclista profesional de élite con sus 1.60. El esfuerzo para permanecer en un lote que rueda a más de cincuenta kilómetros por hora es enorme. Una de sus virtudes fue haber encontrado el equilibrio entre el riesgo de la profesión y el riesgo que estaba dispuesto a correr. Luego vendría esa especie de astucia que se adquiere con el paso de los años, esa capacidad de análisis para saber cómo pueden estar tus rivales. Me acuerdo de ciertos ataques y ciertas peleas con Contador, o con el propio Froome, que fueron de sacarse los ojos, como se dice en nuestro argot. Además de adaptarse rápidamente al frío y al calor, nunca le vi sentir miedo absolutamente por nada, siempre con una tranquilidad para estar en los puestos de cabeza en el pelotón, algo que parece muy fácil y que yo te puedo garantizar: es algo muy difícil.

Sin embargo, después de los años de competencia, la fortaleza o debilidad de un ciclista se puede resumir en pocas palabras. En este caso, se habla de

debilidad simplemente para determinar lo contrario a fortaleza. La debilidad es la fortaleza que no alcanza su máxima expresión. En el caso de Nairo, era peso y estatura. Si partimos de la teoría de que es natural que un cuerpo humano que tenga más fibra muscular repartida en toda su extensión, pueda mover más masa de fuerza, lo contrario sería ir contra lo natural. Y así lo entiende un director experimentado como Eusebio, explicando que no solo pasa con Nairo, pasa con muchos ciclistas que, siendo espigados, su rendimiento no es el máximo en las contrarreloj.

Si la crono tenía pequeñas subidas, se reducía el tiempo perdido. A eso le sumaba que era astuto, intuitivo y, en nuestro deporte, es muy importante la posición. Tenía ese bemol de la contrarreloj, que lo suplía con ayuda de sus compañeros peleando por estar muy cerquita de donde se pueden jugar las cosas importantes. La ambición no le permitía que se cansara con nada y ayudaba que era un hombre muy feliz, sobre todo los primeros cinco años; luego un poco menos, cuando la dificultad apareció con nuevos rivales obligándonos a potenciar el equipo y eso no le gustó, lo tomó que podría ser una pérdida de confianza. Yo le dije: “Nairo, creo que este ciclo se está agotando y reforzar el equipo a ti te va a costar entenderlo, tú quieres seguir liderando, eres ambicioso, sigues confiando en ti y quieres tener libertad o un equipo a tu disposición, ahora yo no te lo puedo asegurar, los cambios son buenos, la capacidad de ilusionarse es motivadora”. Él lo necesitaba y ya veis, ha aparecido en un inicio de temporada 2021 muy bueno, incluso en 2020 había hecho segundo en París-Niza, además de ganar en Colombia. Los inicios de temporada siempre fueron buenos, pero esos años estuvo impecable y lo está disfrutando, a lo mejor echará alguna en falta o ninguna y está feliz y está en su nivel, le sigue permitiendo estar ahí con los mejores.

El director de un equipo debe tener muy claro cuáles son sus afectos para que, cuando tenga que hablar duro, no haya confusión. Sabiendo de antemano que el material de su formación es humano, siempre hay reglas que respetar y exigencias que determinar. El director es ese camino medio

entre la exigencia y la mano en el hombro, evitando, en este caso, que tanto el ciclista como el directivo no caigan en ninguno de los dos extremos. Lo fue así con un ciclista como Nairo, que venía de un continente donde, comenzando, el clima y la cultura son diferentes. Sin embargo, entendiendo esa realidad, Eusebio tuvo con Nairo momentos de confianza absoluta, manteniendo una amistad que, cuanto más profunda, tanto más clara resultaba sobre el papel que desempeñaba cada uno dentro del equipo.

Estos últimos ocho años juntos fue espectacular; cuando uno siente que nace y crece a tu lado, lo disfrutas más. En 2012 ganó una clásica en Italia, luego ganó una etapa en la Dauphiné Libéré, su primera Vuelta a España con veintiún añitos, dejando datos impresionantes. París-Niza, Tirreno-Adriático, algunas Clásicas, Volta a Cataluña, Ruta del Sur, Vuelta al País Vasco, grandes victorias con espectacularidad porque tenía que ganar después de soltar a todo el mundo para arriba y bueno, pues todo esto nos ha hecho, es eso como cuando te nace un crío y has visto toda su evolución. Hasta el final que hemos estado coqueteando con pódiums en el Tour, en La Vuelta, el Giro, o sea, es un hombre que te garantizaba esa regularidad y nivel; el saber que cada vez que salías a una gran Vuelta, pues venías con algún triunfo. Son corredores que tienen esa capacidad de ilusionar, de poder esperar cosas, y eso durante ocho años ha sido algo que no olvidaré. Hemos pasado momentos súper emotivos, momentos muy difíciles, pero yo creo que siempre con muchísimo respeto y, la verdad, que me siento muy, muy orgulloso de este ciclo que hemos compartido.

Para un veterano como Unzué, la globalización ha cambiado el ciclismo y se refiere particularmente a los nuevos ciclistas como Nairo, con veintiún años llegan a ser campeones de alguna de las grandes de Europa. Hace algunos años, el ciclista estaba maduro a los veintiocho, hoy se vive algo diferente, y es porque el ciclismo, además de ser una fuente de economía, es visto en todas partes del mundo, convirtiéndose en un deporte espectáculo que atrae a las grandes audiencias frente a una pantalla de televisión, y a miles de

espectadores que lo quieren vivir en vivo, en las carreteras, donde sus gritos son motivadores de fuerza y contundencia.

Parece que está todo alineado con la bicicleta y, de hecho, con nuestro deporte, con lo cual, bueno, estamos teniendo cada vez más miles de corredores preparándose, trabajando para llegar aquí arriba y bueno, eso hace que esté llegando por aquí tanto prematuro y muchos de ellos de vuestro país obligando a los veteranos, el caso Nairo, a mantenerse en gran nivel, pero que cada vez se la estás poniendo más complicado para ganar. Los años no pasan en balde y, aunque estés ganando mucho dinero, si no hay una parte de ti que se siente satisfecho, no es posible llegar a los niveles que exige el sufrimiento de un ciclista. Tiene que estar uno realmente muy enamorado de lo que hace, de los entrenos, de la dureza, de la exigencia. Prácticamente todas esas cosas haberlas convertido en virtudes, que no sean limitantes; todo lo contrario, que eso te produzca placer: entrenar, cuidarte, que encuentres el a cambio de ganar, el a cambio de poder ganar, intentarlo, o sea, esa maquinaria que mueve un poco la ambición y la cabeza y pues, que todo se haga pensando que te puede aparecer otro Messi, otro Ronaldo. No deja de ser un privilegio que un tío como Nairo, que ves que no baja la guardia, se cuida, a la hora de comer es meticuloso como nadie, o sea, no se va... los demás podrán ir... “Hoy vamos a permitir el lujo de comer un chuletón y beber un poquito de vino”, eso no le va a saber a él jamás de los jamases.

Los directores como Eusebio Unzué tienen a su cargo la dirección técnica del equipo, que comprende preparadores físicos, médicos, auxiliares. Con ellos diseñan las estrategias de cada etapa de acuerdo con el recorrido y, en lo fundamental, según como se encuentran los corredores física y mentalmente. En el documental “El día menos pensado”, de Netflix, hay una etapa del Tour de Francia, año 2019, Nairo va en una escapada y le lleva ocho minutos al lote. El lote aprieta el acelerador y terminan descontándole tres minutos. Una decisión que debió pasar por la mente del director, quedando en el recuerdo de los aficionados como una mala estrategia que afectaría a Nairo.

Nairo ya estaba fuera de carrera. Para la general no había ninguna opción. Él estaba en aquella fuga un poco de manera consentida que nosotros habíamos planteado precisamente para que, cuando luego arrancó Landa, intentar ahí sí tener corredores en la fuga, como teníamos a Nairo, a Marc Soler y a Amador. Nairo había hecho aguas el día anterior precisamente en la etapa del Tourmalet. Había perdido varios minutos y, de alguna manera, se había despedido de la posibilidad del andar en el Tour. Nosotros íbamos gastando la bala de Mikel y bueno, lógicamente el planteamiento de la etapa había sido ese, que Nairo estuviera en la fuga, lo habían dejado marchar porque no contaba como hombre peligroso en la general, y entonces le iban a dejar tener una ventaja. Entonces, nosotros teníamos un plan preconcebido para arrancar en el Puerto donde arrancó Mikel: parar a Marc y a Andrey Amador y con ellos hacer una caza espectacular y bueno, cuando llegó ahí Nairo, pues hombre fue una pena porque no fue bueno para su imagen. Él sabía que estaba fuera de la general, pues le costaba poco hacer un mínimo intento por lo menos para haberlo llevado a Mikel unos metros y te apartas ahí un poco de toda suspicacia.

En el Tour de Francia 2019, también hubo una etapa, la dieciocho, que ganó Nairo, recordada cuando llegó con su camiseta manchada de rojo y subió ese día el puerto del Galibier en tiempo récord. Luego, David Lappartient, director de la UCI (Unión Ciclista Internacional) declaró: “Nairo es un gran ciclista, ganó una etapa este año, pero no recibió apoyo de su equipo”.

Cuando el Tour queda reducido al interés de tres o cuatro corredores, los que están a más de ocho minutos, donde estaba Nairo, ya no cuenta. A Nairo otra vez le permiten ir un poco a esa etapa porque estaba a diez minutos, si no, no le iban a dejar ir. Allí nosotros por un lado habíamos pensado en hacer un poco como en Pirineos: probar. Estaba la fuga ya hecha, que para mí la etapa ya sabíamos que podía ser interesante, íbamos guardando a los tres que teníamos en la fuga, Amador, Nairo y Verona. Pues nosotros fuimos a poner un ritmo muy

fuerte con el ánimo de ver si se quedaba gente de la general para, bueno, con Landa si podíamos adelantar y, como teníamos a estos tres corredores adelante, ver si podíamos hacer algo. Pues, nada, al final lo probamos. Era un poco por probar, porque no teníamos el equipo para ganar, pero teníamos precisamente un nivel medio muy bueno. Yo creo que pusimos mucha emoción para la gente que no es del Movistar o que no es de Landa o que no es de Nairo o que no es de Valverde o que es de todos, les pareció todo aquello acojonante, espectacular. A la gente que estaba viendo y bueno, a la propia Organización, pues a mí me felicitaron como responsable del equipo por haber dotado a 4-5 etapas de un nivel de espectacularidad por lo que estuvimos haciendo.

A sus sesenta y ocho años, Eusebio es uno de los más longevos directores de equipo, su amor y su afición por el ciclismo lo mantienen con una vitalidad, y parece que nunca piensa retirarse de un deporte que, como trae derrotas, trae triunfos, y con los triunfos vienen las satisfacciones. En últimas, uno de los peldaños más cercanos a la felicidad. Sin embargo, intenta ser consciente de una realidad: las generaciones van cambiando.

Es verdad que cada día, para conseguir triunfos, es más complicado porque el nivel de competitividad es impresionante. El ciclismo se ha transformado en exigencias y se necesita un ejército de personas para su buen desarrollo de todo tipo: nutricionistas, médicos, preparadores, la gente del desarrollo; con la llegada de las chicas al ciclismo profesional, se abrió otra ventana muy interesante. Telefónica las dota prácticamente de los mismos medios técnicos y bueno, esto me llena de ilusiones. Por el lado de los varones, esperar si me llega otro Alejandro, otro Nairo, porque, al final, necesitas un corredor de esos para que tenga sentido el resto de la pirámide.

Los triunfos han sido emotivos, escalofriantes, han sido muchísimos, probablemente el sentimiento que expresaba de joven, sin control sobre mis emociones eran más intensos que ahora. Después pasa la vida y,

cuando se repiten, siguen siendo maravillosas las formas de ganar, pero no es lo de la primera vez. Luego los disfrutas porque has podido hacer cosas que tengan mucho más valor, porque has trabajado, porque incluso has sentido que una parte de esa victoria es tuya.

Los patrocinios vienen y van cumpliendo ciclos, con el Movistar espera sea por mucho rato, sin dejar de ser realista, pues a veces los mismos equipos dan motivos para que una marca deje de invertir en un deporte masivo y de trascendencia mundial.

Pallete, presidente cuatro años va a ser ahora, pero en Telefónica lleva casi veinte, es un deportista nato. No había venido a una carrera y vino al Tour 2018 precisamente el día que hacíamos la crono por equipos. Vio un poco todo el montaje, el esfuerzo límite que necesitan esas cronos y, al ver todo aquello, dijo: “Pero si es que lo que tenéis aquí no lo entiendo, esto no se ve en la televisión, es muy importante, hay que hacerlo conocer a la gente, la gente por estas cosas se volvería loca”. Me dijo, además, me acuerdo cuando ya se iba: “Esto es producto Netflix para que lo vea y disfrute el mundo que todas esas interioridades, todas esas cosas que hacéis previas”. Impactado por lo que había descubierto, nos fuimos con una cámara a correr el Tour Colombia y bueno, pues, donde ya habías visto, imágenes de todo, luego la verdad es que tuvimos suerte porque fue un año muy interesante, ocurrió todo lo de Richard, que también tiene un componente emocional fuerte.

Para un director técnico con tanta experiencia, el argumento de que el deportista escoge el deporte porque tiene una necesidad económica es muy simplista. Puede ser un elemento principal, siendo fundamental la ambición personal que, como individuos, influye en una decisión. Lo importante es ser claros al escoger la especie de ídolos que se les muestre en el horizonte.

Eusebio ve con mucho optimismo y esperanza el ciclismo colombiano. Cree en muchas partes del mundo, donde se creía no había afición por el ciclismo,

hoy está despertando con un ingrediente más: el material humano que hace que la competencia sea cada vez más fuerte. En su caso, se siente alegre haber podido aportar, además de su conocimiento y experiencia, su vida al servicio de un deporte difícil de amar.

Estoy convencido, lo mejor del ciclismo colombiano no ha llegado. Con el tiempo se van a reproducir divisiones como en el fútbol, porque tenéis la suerte geográfica y el recurso humano.

Arkea

En el 2020, Nairo terminaría su acuerdo laboral con el equipo Movistar. Una labor por la que, en años de estar corriendo para ellos, no se había preocupado, la de empezar a buscar un equipo que le brindara las mismas o mejores condiciones de las que había vivido en Movistar. Había diferentes alternativas que tomar, pero un ciclista profesional debe analizarlas para tomar la mejor decisión. Nairo llegó a Movistar siendo un muchacho sin experiencia de vida, solo tenía sus inmensas ganas de montarse en una bicicleta y correr y seguir corriendo. Cualquiera le pudo haber preguntado en ese entonces: ¿De quién vienes huyendo? Y la respuesta de Nairo hubiera sido: De nadie. Entonces una nueva pregunta: ¿A quién vienes persiguiendo? A nadie, hubiera respondido Nairo. Pero en Movistar creció, se terminó de hacer hombre, y ahora que ya no estaba con ellos, no podía seguir corriendo sin un objetivo determinado. Para el 2020, no solo era un gran ciclista, era uno que había adquirido gran experiencia y ahora tocaba pensar muy bien antes de actuar y antes de decidir. Hay equipos que ya tienen líder, o hay otros que tienen problemas económicos.

Después de su salida del Movistar, Alfredo lo ve más ambicioso para ganar, con una buena actitud que lo mantiene siempre tranquilo. Piensa que su hermano le cambió la imagen a Colombia. El país se ha hecho conocer, promoviendo el turismo, incluso, muchos compañeros de Nairo vienen del exterior a conocer Colombia con una mirada diferente, con la mirada del turista que disfruta los más hermosos paisajes.

Nairo les cambió la vida a todos; ahora los hermanos Quintana tienen amigos, contactos, buenas relaciones, llevándolos a cambiar hasta su manera de vestir. De esos niños que vivían rodeados de penurias y necesidades, que no importaba si vestían una pantaloneta y se la llenaban de lodo para seguir caminando sin tener que preocuparse, de esos padres que no tenían malicia alguna, porque nadie criticaba, porque a nadie le importaban, no queda mucho. De su sencillez sí, de su modo de ver la nueva vida que tienen frente a ellos, nada.

Hasta la manera de hablar nos cambió. Ya no andamos con los mismos de siempre. Muchas veces teníamos contacto con gente importante y no podíamos llegar hablando como se habla con los amigos o con los vecinos.

Alfredo es un convencido de que lo hecho por su hermano es heroico. Generalmente, en algunas familias los hermanos son subestimados por los otros hermanos en sus capacidades y, por ende, se les minimiza sus logros. Cada conquista es motivo de burla o de crítica. En el caso de los Quintana Rojas, no fue así. Tal vez el hecho de que hayan tenido que lucharla tan niños, les dio esa unión necesaria para cada uno salir adelante, siempre pensando en sus hermanos. En el caso de Alfredo, además de soñar ser un militar de alto rango, quería ser un profesional con una carrera universitaria. La realidad es que le falta poco tiempo para pensionarse y se siente orgulloso de haberle prestado su vida al servicio de una institución que a él le ha dado todo lo que tiene y por la que se siente agradecido, siendo lo que es: un soldado de la patria.

Cuando se le pregunta quién es su héroe, sin titubeos responde: Nairo. No solamente es un héroe, como ser humano le tiene admiración por sus capacidades, entrega, inteligencia, disciplina, coherencia y bueno, porque es su hermano. En un nuevo equipo, estaba seguro de que contaría con todos y que serían fieles a él y eso hace que un ciclista sea grande y gane cosas grandes.

Como visionario, Alfredo cree que su camino, después de que se pensione, es ser empresario. La marca Nairo, es una marca importante que, según su experiencia, se puede desarrollar. El cariño y la recordación que le tiene la gente es una garantía de éxito, pero para eso se tiene que preparar y lo está haciendo. Desde Boyacá, además de la parte empresarial, quiere, en compañía de su hermano, lanzar muchos “Nairos” que rindan en todos los equipos. La materia prima está, falta lo que siempre Nairo ha dicho son pilares en su carrera deportiva: mentalidad y disciplina.

Se acerca la gente de Arkea y me dice: “Nairo, ¿estás libre?”. Los escuchamos, nos dijeron del proyecto que querían a futuro, contratarían la gente que se necesitara y harían el Tour de Francia 2020 sin ser World Tour. Tenían una serie de carreras garantizadas donde no me interesaba ir, quería centrarme en el Tour de Francia. Cuando llegué al equipo, estaban contentos, había 2 o 3 a quienes no les simpatizaba, “los reyes del mambo”, y no les simpatizaba porque sabían los cambios que se venían. Ellos fueron fríos, precavidos, mientras los demás se volcaron hacia mí, su apoyo fue total. Arkea tiene una infraestructura parecida a muchos equipos World Tour y, para llegar al equipo, mi exigencia fue hacer cambios para mejorar; el tema de las bicicletas, por ejemplo, necesitábamos una mejor, venían corriendo con BH y se cambió por la Canyon con grupo Shimano. En mi caso, me encantan esos pedales porque me dan más soporte y son más rígidos. Los directivos me dijeron: “Vamos a hacer las cosas lo mejor que podamos, queremos que el equipo crezca”. Les compartí mis experiencias, creando una especie de sinergia, entre lo que traía y lo positivo que ellos tenían.

Debo admitir que no ha sido fácil, uno: la lengua. Transmitir lo que verdaderamente uno quiere, a veces se complica y, segundo, el tema del Covid. Hubo mucho tiempo que no estuvimos juntos. La primera parte de la temporada fue muy corta, comenzamos las primeras carreras, íbamos bien hasta que la pandemia...

Cuando se declaró la pandemia mundial por el Covid-19, Nairo estaba corriendo la París-Niza. Después de que la interrumpieron, viajó de Niza a París y de ahí a Bogotá. Todo le resultaba ridículo cuando llegó a inmigración, no había pruebas PCR, ni toma de temperatura, ni confinamiento, nada. Voluntariamente, junto a Dayer, se internaron en un hotel, cerca de una clínica donde les hacían todo el tiempo controles para saber cómo estaba la sangre, esperando llegaran las pruebas PCR. Pidieron que les enviaran la Secretaría de Salud para encontrar una solución, pero tampoco obtuvieron respuesta. Nairo estuvo confinado catorce días comenzando el mismo día que comenzó el confinamiento en Colombia. Lo aterraban las imágenes que veía en noticieros de cómo el virus se ensañó primero con los italianos. Terminada la cuarentena, viajó a Tunja y afectado por el miedo que vendían los medios, la gente desinformada y el popular “chisme”, compró un gran congelador donde metió pescado, carne, pollo, fruta y conservas para él y toda su familia como para tres meses, evitando tener que ir al supermercado o a cualquier sitio; sentía que la pandemia era algo grave.

Después, con el paso de los días, en la medida que fue cediendo la histeria colectiva, Nairo y su familia se fueron comiendo lo que había en la despensa. Tunja, por ser frío, la conservación de los alimentos, a diferencia de la Costa, donde las temperaturas llegan a los 40 grados centígrados, es más duradera. Después de que autorizaron a un miembro de la familia salir a comprar el mercado, lo hacía Alfredo; dejaba las bolsas en un sitio al que, luego de tres horas, llegaba Paola a desinfectar. Para el gusto de Nairo, era exagerado, pero ayudó. El miedo a contagiarse lo llevaba a pensar cómo iba a hacer para regresar a las competencias. Llegó a estresarse pensando que el virus lo iba a matar. La preocupación más grande era pensar en sus hijos porque para

la fecha, Tomás, su segundo hijo, ya tenía dos años. Paola recuerda perfectamente que, ya no hacer parte del show en la llegada de los campos Elíseos esos años a Nairo le dolía. Nairo de frustración lloraba y le contaba la rabia que le daba cuando en la carretera ya no lo respetaban y el resto de corredores le cerraban el paso y lo miraban como si su palmarés no importara.

El virus en su momento Nairo lo vio con respeto: no es un juego, fueron millones las muertes que cobró a nivel mundial como para pensar que pasó y se pueda relajar.

Otras de las preocupaciones que no le dejaban conciliar el sueño era pensar si montar en casa correspondía exactamente a un buen entrenamiento o no; no lo sabían, era la primera vez que lo ponían en práctica y no tenía referentes que lo convencieran de que ese tipo de entrenamiento era el más apropiado. Podía ser exagerado al no poder saber qué sensaciones iba sintiendo sin tocar carretera. El entrenador del equipo, con experiencia en corredores lesionados por caídas, le decía: “Vamos a hacer algo parecido a una rehabilitación y, sabiendo que estás bien físicamente, vas a trabajar de esta manera o de esta otra”. En el caso específico de Nairo, cree que no funcionó. No era lo mismo que estar en carretera, como lo estaban haciendo los corredores europeos, lo que consideraba podía ser una desventaja que se reflejaría cuando llegaran al Tour de Francia. El problema radicaba en el encerramiento. Sin embargo, Nairo le ve cosas positivas al estar encerrado: se dio cuenta de que tenía una buena relación con Paola, se divertían por momentos y, como el resto de la humanidad, debía colaborar con los oficios de la casa. Barría, arreglaba baños, cocinaba y limpiaba, como lo había aprendido de doña Eloísa. Una bonita experiencia que le iba gustando.

En marzo de 2020, todos los ciclistas en el mundo tenían autorización para entrenar. Nairo fue el primer deportista que en Colombia comenzó a enviar cartas al Ministerio de Salud y al Ministerio del Deporte pidiendo autorización para poder entrenar afuera. Su argumento central era que el ciclista, a diferencia de los futbolistas u otros deportistas, podían salir solos

a hacer sus entrenos sin tener que relacionarse con nadie. Se preguntaba: ¿quién tenía más probabilidad de contagiarse, un domiciliario, que en todo momento tiene contacto humano, o los ciclistas, que podían entrenar solos? Después de un mes de tiras y aflojes, dieron la autorización. Un mes que afectó al ciclismo profesional porque muchos perdieron el pico alto de rendimiento que traían, teniendo en pocos días que iniciar nuevamente competencias contra corredores que no habían suspendido sus entrenamientos. Y así logró salir a carretera unos días, hasta que vino una nueva desgracia: lo atropelló un carro.

A punto de viajar a Europa, un día teníamos que correr 5 horas y salimos temprano. Estábamos haciendo el Alto del Sote y comenzamos a hacer una serie de relevos. Como yo los hacía más fuerte, Dayer se quedó y detrás de él venía el carro que siempre nos acompaña. De repente, otro carro adelantó nuestro carro acompañante, adelantó a Dayer y, al meterse de nuevo a su carril, me atropelló. No hay explicación por qué lo hizo, si estaba nuestro carro acompañante con las luces de estacionamiento accionadas. Nuestro conductor tuvo que acelerar a fondo para alcanzarlo; cuando lo hizo, el tipo no paraba de decir mentiras: que era pobre, que lo habían contratado, que no tenía ni para el hotel, que se había perdido, que lo iban a robar. En conclusión, por su imprudencia, tuve que dejar de entrenar, lo que para mí fue fatal.

En su etapa de recuperación en casa, el estado de ánimo de Nairo no era el mejor: peleaba con todos a causa del encierro, se desesperaba y se sentía impotente con su situación. Hasta que llegó un salvavidas: lo llamaron para que regresara a Europa; los equipos habían iniciado gestiones para que pudiera haber un vuelo con los deportistas que irían a competir en Europa en el segundo semestre de 2020.

Lo llamaron el Vuelo del Deporte en Colombia, obviamente cada uno se pagaba su tiquete. Vuelo de Colombia, Tierra de Atletas, cada uno pagando. El presidente fue a despedirnos y a darnos la “bendición”,

cuando no habían siquiera dado el permiso para entrenar. Después de que se analiza, se entiende la embarrada que cometieron: se retrasó la preparación de muchos deportistas en un momento tan importante y específico. En ese viaje tuve problemas en Madrid cuando los de aduanas me encontraron las vitaminas que he tomado toda la vida. Cuando se viaja a Europa, no sabemos cuándo se regresa. Puede ser en dos, tres, seis meses y era claro que no llevaba vitaminas para una semana; llevaba para dos meses. Me preguntan los policías: “¿usted por qué lleva todo esto?” “¿Por qué tanto?” “¿Qué hace con esas vitaminas?” Cuando veo ese asedio, les dije: “Si creen que hay algo que estoy haciendo mal, me lo dicen, me lo quitan o lo examinamos, pero me lo dicen de una vez”. Éramos muchos deportistas, a unos los interrogaban, a otros no.

Dayer, que también iba en el mismo vuelo, cuenta también su versión:

A todos los que íbamos ahí nos revisaron las maletas, a la de Nairo y a la mía le empezaron a tomar fotos y nosotros les decíamos a ellos que si había algo que no se podía entrar aquí al país, nos dijeran y lo votaríamos para evitar inconvenientes. A todo el mundo le revisaron las maletas, a una gente le decomisaron unas cosas, a otros otras, pero en la mía y la de Nairo se quedaron tomando fotos y videos. Que mire esto que lleva aquí, que mire esto que lleva allá, entonces nosotros le repetíamos, díganos si tenemos algo prohibido y nos deshacemos de eso para evitar problemas. Eran como veinte policías, pero con Nairo y conmigo eran cuatro, dos para cada uno.

Luego de dos largas e interminables horas, los agentes de aduana españoles terminaron su trabajo. En palabras de Nairo, lo que sucedió al final fue lo siguiente:

La aduana española me miró, me observaron y, después de un largo y suspensivo tiempo, me dejaron pasar para tomar el avión que me había puesto el equipo para viajar hasta Niza.

Esta anécdota, aparentemente casual, pasó sin mayor importancia por la mente de Nairo. En su momento pensó y le dijo a Dayer: “Nos pasó a nosotros, como le pudo pasar a cualquiera”. Pero lo que sucedió después con la vida de Nairo, hace pensar en que, desde este evento en el 2020, alguno de esos enemigos ocultos empezaba a planear algo.

Los mejores amigos

Después de trabajar varios años para equipo europeos y sin haber tenido buena suerte con la mediación de Nairo, José regresó a Colombia contratado por equipos nacionales. Aunque Nairo le decía que se bajara de la bicicleta en unos cuatro o cinco años para que lo esperara, el tiempo jugó en su contra y José se retiró. Hoy trabaja en un proyecto de la Gobernación para la formación de niños en escuelas de ciclismo. Cada escuela tiene monitores en su región, buscando sacar nuevas promesas. También tienen formación en pista y equipo femenino. Los muchachos formados en este proyecto han ganado Vuelta al Porvenir, Vuelta al Futuro y Vuelta a la Juventud.

Cuando Nairo está en Colombia, entrenan juntos. Según José, su amigo tiene mucha experiencia en cuanto a ciclismo y manejo de relaciones. Se defiende bien en sus negocios y se sabe desenvolver en público.

Lo más importante es que no ha cambiado, así lo tengan en un pedestal. Con nosotros, es la misma persona que cuando niño. O sea, “recochamos”, nos divertimos, reímos, pero él para mí, es el mismo que conocí en el colegio Humboldt.

El día del accidente, cuando Nairo entrenaba, José no alcanzó a estar ahí porque los hermanos Quintana venían de Tunja hacia la casa y José se acercaba, pero en sentido contrario. Al llegar a la casa de Nairo, lo vio bien, pero se quejaba de que la rodilla no la podía estirar bien. Luego de que el doctor le mandara a hacer chequeos, los exámenes confirmarían que la rodilla estaba lastimada. Debía tener reposo y una buena recuperación. Ayudándole a los cuidados, José pensaba lo frágil que es la vida. Cuando menos se cree, sobreviene lo que tanto se teme. Al verlo a veces triste por el accidente, pensaba en el ídolo que se había convertido, su amigo, particularmente en Boyacá y en toda Colombia. Un ídolo de niños, grandes y adultos. De ricos y pobres, de gente de la ciudad y del campo. Lo más grande que tiene Nairo es que conserva su humildad y siempre quiere ayudar su gente.

A pesar de que la vida de todos cambió: doña Eloísa y don Luis se sabían padres de un hombre con relaciones y, en cierta forma, ya no podían seguir siendo los mismos. Habían aprendido a comportarse para que una figura pública como su hijo estuviera un ambiente alejado de escándalos. Paola, por su parte, se había graduado de Contaduría Pública, alternando sus responsabilidades profesionales con las familiares. Nairo seguía luchando por su futuro, pero siempre recordando sus raíces y sintiéndose orgullosos de ser quienes son. Como buen boyacense, constantemente está pensando cómo generar recursos para el municipio, cómo ayudar a la comunidad. Nunca se da por vencido, cuando quiere conseguir algo para su gente, habla con el gobernador, el ministro y hasta con el Presidente, con el que sea, con tal de lograrlo. Es un abanderado del deporte y su “Gran fondo”, carrera que organiza desde 2019, se ha convertido en una gran fuente de turismo y empleo.

Por esa y por muchas razones más, José lo considera su ídolo y su gran amigo. Toda una vida compartiendo alegrías, tristezas e incluso humillaciones, los ha hecho más que compañeros de entreno: son hermanos. La bicicleta tiene una magia especial: a todos nos vuelve más seres humanos. Blanco,

negro, alto, bajo, europeo, indígena, campesino, todos somos iguales sobre una bicicleta y, aunque se separan por temporadas, cuando se vuelven a encontrar, es como si se vieran por primera vez.

Cuando Nairo está, entrenamos juntos, me invita almorzar, me la paso en su casa arreglando cosas, compartiendo, riendo. Cuando se va, lo extraña uno bastante. Me gustaría acompañarlo en un Tour de Francia, para motivarlo, en una carrera tan grande como esa se necesita, porque cuando se le baja a uno el ánimo, es duro, muy duro.

Para José, la bicicleta le cambió de vida. La define como un oficio, un estilo de vida y una profesión. Le dio para un par de casas, para vivir bien, para estar estable.

No es que tenga mucho, pero lo poco que tengo es gracias a la bicicleta. Yo podría haber tenido las mejores condiciones, pero si no me hubiera montado en una bici, no lo hubiera logrado. Mi papá se ponía sentimental acordándose cómo me regañaba: “Usted qué es lo que está haciendo, ¿perdiendo el tiempo? Cuando se toma sus cervezas, se arrepiente: “No, es que es ser uno bruto”. Le da melancolía de lo negado que fue cuando le decían “deje al chino que entrene”.

Con dos niñas y dos matrimonios, José piensa si a sus hijas les va a gustar el ciclismo, las apoyaría totalmente. Para él ha sido lo mejor que le ha pasado en su vida, y siempre se quiere lo mejor para los hijos.

En 2018, Nairo y José regresaron al Humboldt, el colegio donde se conocieron y estudiaron en su infancia. Una mirada al pasado los llevó a aquellos días de humillación que pasaron, de burlas y escarmentos, incluso de algunos de maestros. Pero definitivamente, aunque eso marcó su pasado, no marcaba su presente, y no iban a permitir que marcara el futuro de los niños, nuevas generaciones del colegio. Estaban allí para apoyar, para brindarles una oportunidad de sonreír. Nairo entregó *tablets* para los

estudiantes, cedidas por Movistar. A José le dio nostalgia volver. No era el mismo colegio, lo vio un poco descuidado. Se sentía la ausencia de Miguel Moya. Los niños, contentos por la visita, contentos de ver a Nairo y ellos, nostálgicos, recordando el día en que se conocieron cuando Nairo lo invitó a comer fruta, mientras José lo invitaba a comprar trucha.

El atropellamiento y sus efectos

Nairo corrió primero el Mont Ventoux, y luego vino la Dauphiné. En esa carrera pudo comprobar que los ciclistas europeos estaban muy rápidos, en especial el equipo Jumbo.

En alguna ocasión, Alberto Contador decía: “Debe haber un límite de dinero de los equipos, no puede ser que uno tenga de presupuesto 40 millones y el otro tenga 15; que todos tengan 30 millones”. Y yo digo: que todo el mundo tenga un tope, pero no un tope máximo, que sea un tope mínimo. Hay corredores a quienes les pagan una miseria y están dejando la vida en la camiseta. Hay profesionales que consiguen su patrocinio, lo colocan en su camiseta y se pagan por correr o por tener la oportunidad. A otros les dicen: “les firmamos por 50 mil, pero cuando le consignemos, usted nos devuelve el 60% y solamente le queda a usted veinte mil”; “nos devuelve el 70%, nos devuelve el 50% en euros”. No hay regulación de la UCI y nadie denuncia ni tampoco lo demanda. Decía Contador: “Un corredor no puede ganar cinco millones de euros y el otro solo cien mil, que haya un límite.

Esta discusión por años ha llenado páginas, pero, en realidad, de poco o nada ha servido. Mientras el ente regulador lo permita, será una práctica común. La diferencia de salarios se da al interior del equipo y también con respecto a otros deportes. El salario mínimo para un jugador de la NBA se acerca a los 750.000 dólares, mientras el mínimo para un gregario puede ser entre 50.000 y 100.00 euros. Dependiendo de su palmarés, puede ganar más, pero jamás acercarse a lo que gana el líder de un equipo que oscila entre 4 y 6 millones de euros al año. Sin embargo, para los ciclistas colombianos, ganar cien mil euros resulta siendo un buen ingreso, comparado con lo que puede ganar en un equipo nacional, donde el deporte de las bielas ha perdido apoyo. Sin embargo, algunos quijotes se empeñan en que perdure en pulmones y piernas de la juventud lo que podría ser un futuro promisorio.

Faltando un día para que terminara la Dauphiné, Nairo tuvo que retirarse, el nivel era muy alto, y su rodilla, consecuencia del atropello, le molestaba. Así que debía decidir: si hacía la última etapa al máximo, la rodilla –que literalmente le temblaba– no iba a aguantar para el Tour de Francia. Habló con el equipo, y puso el pie en tierra antes de una subida al final larga porque debía estar bien para el Tour.

Para el Tour había logrado que mi rodilla se recuperara con fisioterapia. No estaba al ciento por ciento, pero me sentía mejor. La primera semana en el Tour 2020 estaba contento porque mis sensaciones eran buenas. En la segunda llegaron los “abanicos” y el segundo día de esa segunda semana me caí. Como consecuencia, se me hizo una pequeña fisura en una vértebra lumbar y, a pesar de que también tenía un raspón en el brazo, seguí. La etapa 13 que terminaba en Puy Mary y que ganó Daniel Felipe Martínez, la tenía marcada para hacerla muy bien y la última caída que tuve en el Tour, la tuve ahí estúpidamente: empecé la zona de avituallamiento, en carrera, un compañero de confianza sacrifica su fuerza para poder coger mi bolsa de comida y me la entrega. En este caso, fue Winner. Él comenzó nervioso, en esa zona había un repecho, donde se iba tranquilo y luego comenzaba un ligero descenso,

donde se cogía velocidad. Íbamos casi a 60 km/h. Winner se acercó y me dijo: “tome la bolsa”, la cuestión fue que se le enredó en la cabeza, se le cayeron las gafas y en el momento que me la entregó miró hacia atrás y se enganchó con mi bicicleta. Mis dos rodillas nuevamente al piso y fui a parar en una cuneta llena de ortiga. No había un milímetro de mi cuerpo que no me doliera, fueron los dolores más fuertes que he sentido en mi vida.

La ortiga es una planta caracterizada por tener pelos urticantes que liberan sustancias alcalinas que producen escozor e inflamación en la piel.

Con el sudor, eliminaba las sustancias alcalinas dejándome ampollas en todo el cuerpo. Luego me las tenía que reventar una por una. Era impresionante, me salían en la cara, los ojos, la barriga, el cuello, los dedos, debajo de las uñas, acompañadas de un dolor insoportable. Me duele recordarlo. Ese día debí haberme retirado del Tour, aun así, seguí entre los 10 primeros de la general. Luego vino una etapa llana con un repecho de salida que se hizo rápido con la intención de seleccionar el grupo, llegué muy bien y el equipo me dijo: “No pasó nada, lo que estamos es bien; mañana, que hacemos dos veces el Grand Colombier, la vamos a romper”. Les dije: “Estoy vuelto mierda, no se imaginan el dolor que tengo en este momento, mírenme la cara”. No era solo la cara, las rodillas me temblaban; para bajar las escaleras, tenía que hacerlo marcha atrás, para mis músculos era doloroso. Yo decía: “¿hasta dónde vale la pena seguir? Me dolían los dientes, la lengua, ¡todo! Y era terrible. Pensé retirarme, pero viendo el trabajo hecho por el equipo durante todo un año, lo menos que uno quiere es que digan: “Ese hp no sirve para ganar nada”, y la gente no sabe lo que uno sufre, así sea muy profesional. El dolor es el mismo para un atleta de alto rendimiento que para una persona que lo hace por recreación, y es mucho peor si se cae de una bicicleta en una cuneta llena de ortiga: a la final, siempre vamos a decir: “¡Gracias a Dios, lo que estoy es muy bien!

Desde su experiencia, el mes que los confinaron fue desastroso para la mayoría. Nunca terminaron de acondicionar el cuerpo. Nairo corrió los inicios de la temporada 2020 ganando varias competencias. Los ciclistas nacionales, enseguida que corrieron el Tour Colombia, llegaron directamente al Tour de Francia; en cambio, los equipos en Europa habían tenido mucha competición. Los ciclistas colombianos estaban desubicados frente al desempeño, y también sobre cuál era la mejor forma de prepararse. “Piensen en los que tuvieron Covid, como mi hermano o Egan Bernal después del Giro. No es que llegó, lo sentó 15 días en casa, pasó y arrancamos”. Este virus, como cualquier infección, para que se vaya, el cuerpo ha gastado su arsenal de defensas, traducido en pérdida de energía. El cuerpo, como tal, debe regenerarse, empezando poco a poco y lentamente a normalizarse.

La policía francesa

Estaba en la sala de masajes desnudo recibiendo mi respectivo masaje, cuando llegó la policía gritando en francés: “¡Necesitamos verificar qué es lo que tienen, tenemos una orden judicial! Llamé al director del equipo que hablaba español, le conté la situación y me dijo que dejara que la policía hiciera su trabajo. Sin terminar el masaje, me vestí, recuerdo ese día estaba dolido y reventado, llegué a mi habitación y comenzaron a revisar absolutamente todo. Les dije: “Pueden revisar lo que quieran, no he entrado aquí, solamente está mi maleta”. Vieron mis vitaminas, las llevaron para analizarlas. Al siguiente día nos dijeron que el lunes –el Tour terminaba el domingo– debíamos ir a dar una declaración sobre la investigación. Ese lunes fuimos y dimos nuestra declaración, lo que sabíamos sin ocultar absolutamente nada porque nos hacían preguntas como: qué agua bebíamos, qué llevábamos en el segundo bidón de la bicicleta, qué comíamos. Ahí nos dijeron que

nos darían una próxima noticia, no sabrían cuándo y hasta el sol de hoy, no se han comunicado. ¿Qué había pasado? Al médico oficial del equipo le había dado Covid, y en una semana perdió 15 kilos. Con una afección en el corazón, estaba internado en un hospital. En su reemplazo propusieron un médico español, pero estaba ocupado con otro equipo; pensaron en un italiano, y también estaba ocupado. De esa manera, llegaría a Francia el doctor colombiano.

Dayer, que estaba en la sala de masajes en ese momento conversando con Nairo, fue quien primero vio al grupo de agentes de la policía francesa, cuyas miradas venían cargadas de sospechas. Cuando tocaron a la puerta, ordenó que siguieran, pero al ver que nadie había entrado, fue a la puerta y se encontró de frente con varios policías; como Nairo estaba desnudo y boca abajo, les pidió un momento para que su hermano se pudiera vestir. Luego de eso, los hermanos Quintana, por orden de las autoridades, fueron conducidos hasta la habitación que compartían. Ahí llegaron a eso de las 7 de la noche y la inspección a todo lo que tenían tardó más de 7 horas. Revisaron meticulosamente la ropa, prenda por prenda, la maleta, levantaron colchones, almohadas. Eran más de 20 policías que se habían repartido por varias habitaciones del hotel. En la habitación de Nairo encontraron vitaminas, y preguntaron muchas veces por qué tenían esos frascos. Ante la pregunta, la respuesta era la misma: “Porque los traje de Colombia”. “Y ¿por qué tiene este frasco nuevo y estos dos empezados?”. “Porque algún día llegué de una etapa y no encontré el frasco abierto y abrí el otro”. Las horas pasaron y los policías no dejaron a Nairo y Dayer cenar, hasta que lo permitieron, siempre y cuando lo hicieran frente a ellos. Así lo hicieron y, como si fueran dos detenidos, sin estarlo, fueron tratados como presos.

¿Qué fue lo que pasó esa “noche negra”? Hasta ahora nadie lo sabe. Muchos piensan que el enemigo envidioso, que seguramente hizo lo propio en España, volvía a hacer su jugada. Ahora acusaban a Nairo, incluso a su hermano Dayer, de cosas peores. Aunque la policía no encontró nada, fueron tratados como delincuentes.

Los agentes estaban convencidos de que Nairo era un distribuidor de drogas, una acusación que parecía una pesadilla imposible de creer y así lo trataban. Sin que lo supiera, durante todo el año había tenido sobre él la sombra de la vigilancia porque cada uno de sus movimientos eran seguidos de cerca por las autoridades francesas. Pero nunca sospechó o pensó que algo así le pudiera pasar. Nairo cooperó con calma y confianza, sabiendo que era inocente y que nada vinculaba su nombre a actividades ilegales. Sin embargo, la noche se alargó, mientras los agentes revisaban cada rincón de su habitación en busca de pruebas. La tensión en el ambiente era palpable, y la noticia de su inspección se extendería rápidamente por todo el mundo, manchando su imagen y reputación.

Luego de llenar formularios, de ver que los agentes empacaban cada medicamento que encontraban en una bolsa distinta y sin dormir, a las tres de la mañana dieron por terminada la inspección. La policía se marchó luego de desbaratar las camas y tirar las cortinas al piso. Los closets también sufrieron las consecuencias de la inspección. Tres pedazos de tabla en el suelo fueron testigos mudos de lo que había pasado aquella noche.

En paralelo, las habitaciones del médico y del otro ciclista colombiano, Wynner Anacona, también fueron inspeccionadas. Bajo la amenaza de que nada de lo que había pasado aquella noche ahí se podía hablar, los policías se fueron por la misma puerta por la que llegaron.

Al día siguiente, todo el equipo amaneció con la cara larga y con gesto de preocupación. La situación era tensa, nadie hablaba nada. El único que se atrevió a contar algo de lo que había pasado la noche anterior fue uno de los masajistas, que pudo cruzar palabras con los policías y en ellas el agente argumentaba que iban por un pez gordo: Nairo Quintana.

La policía se escudaba detrás del hecho de que, según ellos, habían hecho una denuncia anónima y era su deber investigar. Nairo asegura que eso no es cierto. Pero las autoridades tampoco van a decir quién lo denunció. Lo

que sí es cierto es que esta calumnia que le levantaron fue como el comienzo de un final.

Fue un Tour de Francia en términos generales muy duro para los colombianos. Daniel Felipe Martínez, Sergio Higuita y Egan Bernal se retiraron. Nairo quedó en el puesto 17. Rigoberto Urán y Miguel Ángel López hicieron parte del top 10.

Finalmente, no pasó nada, no estuvimos acusados de nada y menos de haber encontrado absolutamente nada anormal en la requisa. Pudimos seguir haciendo nuestra vida, mientras investigaban si las vitaminas eran vitaminas o era otra sustancia.

La realidad, era que Nairo y Dayer tampoco tenían pruebas de nada. Y mucho menos de que alguien los quisiera ver derrumbados. No podían acusar a nadie, ya que, por más de que pensaban en quién podría hacerles daño, no se les ocurría ningún nombre. Entonces, todo quedó como lo dijo la policía: Por una denuncia anónima que llegó a la policía francesa en Marbella, en enero de ese año, las autoridades llevaban meses siguiendo el rastro y los movimientos de Nairo. En cada hotel que se hospedara, en cada lugar que pernoctara, ahí llegaba la policía para recopilar cualquier cosa que para ellos se pudiera usar como evidencia. La inspección en España no había sido fortuita, ni mucho menos la visita diaria a cada uno de los hoteles y, en especial, a la habitación que había usado Nairo mientras competía en el Tour.

A pesar de las investigaciones exhaustivas, las autoridades francesas nunca pudieron demostrar ninguna actividad ilegal por parte de Nairo. En teoría, el caso se cerraría, pero eso no lo confirma nadie. La realidad es que, si se cerró, si la investigación sigue o no, ya poco importa; el daño a su imagen ya estaba hecho. La falsa acusación dejó cicatrices en su carrera y vida personal. Aunque regresó a las competencias con determinación, sabe que siempre llevará consigo el estigma de aquella noche.

La injusticia y las acusaciones infundadas pueden impactar profundamente en la vida de una persona, incluso cuando se demuestra su inocencia. La resiliencia y la perseverancia de Nairo en el mundo del ciclismo son un fiel testimonio de ese carácter indomable que siempre ha reflejado.

El medico regresó a Colombia. Me quedé en Europa, me dolían las rodillas y tuve que decirle al equipo: “Señores, no puedo seguir, creo que me van a tener que operar las rodillas”. Comenzó el procedimiento, al comienzo me decían, “no es tan grave”, y yo decía, “me siento mal, creo que no es el diagnóstico correcto. ¿Por qué no lo vemos con otros doctores? Vi otro doctor, deportólogo, que trabaja con el Ministerio del Deporte de Colombia, y me dijo: “Nairito, hay que hacerle cirugía a esa rodilla”.

El equipo Arkea consultó otras fuentes médicas, como a una eminencia residente en Italia, especialista en rodillas de futbolistas. Le enviaron la resonancia magnética y su dictamen fue claro: tenía que operarse la rodilla. En Francia consiguieron otro doctor experto que cuando vio la rodilla de Nairo, dijo: “Hay que operar la rodilla”. Nairo pidió una resonancia para la rodilla derecha porque a veces le dolía más que la izquierda. Se la hicieron y el medico fue enfático: “Tenemos que operar ambas rodillas”. De ahí hasta que lo operaron, pasaron más de dos semanas. Como había mucha inflamación, después de la cirugía tuvo que pasar varios días en Mónaco, y luego sí pudo viajar a Colombia.

Me hicieron la operación por artroscopia. Llegué a Colombia y, después de dos semanas, comencé a hacer la rehabilitación. Fueron tres meses sin caminar, sin moverme, porque la cicatrización se llevó doce semanas, y después la flexibilización comenzaría lentamente. Siento que no quedé al ciento por ciento; algunos días me duele, otros días, no... pero tengo que seguir fortaleciendo, y haciendo todo tipo de rehabilitación, buscando que la rodilla esté firme para que, cuando haga fuerza, no haya mucho roce entre la rótula y el resto de articulaciones. La operación como la recuperación me han permitido reflexionar sobre mi vida. Esto es bueno

porque uno puede ver cómo era antes y cómo es hoy. Me siento orgulloso de haber podido darle la mano a mi familia, ayudándoles a mejorar su economía, sus trabajos, su forma de vida, creciendo de la mano cada uno. Para mí es un orgullo verlos exitosos, bien formados, tranquilos, en comparación a lo que hubiéramos podido haber sido si no nos hubiera regalado esta oportunidad Dios y el ciclismo. Por mi país lo haría todo de nuevo. Cuando en las entrevistas me preguntan qué cambiaría, pienso: tomaría decisiones con calma. Pocas veces lamento mis decisiones porque, finalmente, creo que el destino lo va llevando a uno a cumplir ciertas labores en el mundo, y eso es lo que somos, independientemente de las decisiones que tomemos, tratando siempre de elegir la mejor.

Luego de duros y dolorosos meses, en julio de 2021, Nairo se embarcó en una travesía épica que marcaría un nuevo capítulo inolvidable en su carrera. Desafiando todas las posibilidades, luego de enfrentar esa nueva adversidad con la cirugía en ambas rodillas y una ardua recuperación, regresó a la competición, con un ojo puesto en el Tour de Francia.

Los meses de entrenamiento, sacrificio y perseverancia prepararon a Nairo para el desafío que se avecinaba. Montaña tras montaña, carretera tras carretera, pedaleó con una pasión que encendió el fervor de los aficionados y el respeto de sus competidores. Era un valiente guerrero de las rutas que, luego de esa cirugía, estaba decidido a que volvería a brillar. Ese Tour de Francia se convirtió en un campo de batalla donde Nairo luchaba al lado de Michale Woods, Wout Poels y Wout van Aert por la codiciada camiseta de los premios de montaña. Cada ascenso era una oportunidad para demostrar su valía, para desafiar sus propios límites y para inspirar a quienes lo miraban con asombro. Cada descenso era una muestra de coraje y agilidad.

A pesar de las colinas y los picos desafiantes, Nairo no logró asegurarse la camiseta de los premios de montaña al final del Tour de Francia 2021. Pero su historia no era solo sobre victorias y derrotas, sino sobre la fortaleza de su espíritu, la perseverancia y la pasión por su deporte. Nairo había

dejado nuevamente una huella imborrable en el mundo del ciclismo, demostrando que, incluso en la adversidad, un verdadero campeón siempre se alza y lucha. Aquella epopeya en ese Tour de Francia se convirtió en un recordatorio de que, en la vida y en el deporte, lo más importante es la lucha y la determinación para superar obstáculos, y Nairo personificó estas virtudes como un auténtico héroe mundial.

Ese año, se había prometido que al siguiente Tour de Francia volvería y lo cumplió. El 2022 sería para Nairo un año recordado como ninguno, regresaba a la competencia herido y con fuego en el corazón. Había aprendido de las lecciones del pasado y se había preparado mejor que nunca. A pesar de enfrentarse a rivales con equipos mucho más fuertes y con menos años en las piernas, Nairo luchó como un auténtico gladiador en cada etapa. Cada subida, cada descenso, eran batallas épicas que demostraban su compromiso con el ciclismo y su deseo de redimirse.

Ese Tour se convirtió en un campo de batalla, donde Nairo, como un guerrero solitario, desafiaba a los elementos y a sus adversarios con un coraje indomable. Cada etapa era un enfrentamiento con los mejores ciclistas del planeta. Luego de 21 días, Nairo logró un meritorio sexto puesto. Había demostrado al mundo y a su equipo que su determinación podía superar las barreras más altas. Sin embargo, lo que sucedió después, además de ser un completo misterio, arrojó una sombra oscura sobre su hazaña.

A las pocas semanas de concluir el Tour, se anunció que dos pruebas rutinarias de dopaje habían arrojado un resultado positivo por la presencia de rastros de tramadol en su organismo. La UCI tomó medidas drásticas, más de las acostumbradas, y descalificó a Nairo, lo que dejó su reputación en entredicho.

Nairo, un hombre de honor y principios, juró su inocencia. Negó vehementemente haber consumido cualquier sustancia prohibida. Apeló el fallo y lo perdió. Ese día se convirtió en un defensor apasionado de su propia

integridad y en un luchador incansable para limpiar su nombre. Desde aquel día pedalea con una misión en mente: demostrar que tarde o temprano la justicia estará de su lado. La batalla que hoy libra es una lucha feroz de hombre contra máquina. Sus seguidores y admiradores, millones, se han unido a él en esta lucha, exigiendo justicia y apoyándolo en su cruzada para probar su inocencia y que le den una nueva oportunidad. La historia de Nairo es una muestra de que, en la vida, a veces las batallas más difíciles se libran fuera de la carretera. Hoy pedalea con el viento en contra, pero con la esperanza de que al final, la verdad prevalezca y su honor sea restaurado.

Don Luis

A mí me gustaría que, cuando Nairo se retire, disfrutara lo que no pudo disfrutar en su juventud, por allá en unas islas, en otro municipio, en otro departamento, departiendo y gozando.

Para don Luis, es claro que sus hijos son lo más importante. Siente que cumplió una tarea y, cuando se sientan a departir, hablan como si fueran amigos. Aunque dicen que el papá no es amigo de los hijos, después de un tiempo, cuando la madurez empieza a colarse por las rendijas de los años, él se ha vuelto más amigo de sus hijos y eso lo mantiene en una dinámica de estar pendientes de todos, de reír, de compartir y de disfrutar de sus éxitos como de sus derrotas. Una bonita lección que les quiere dejar a sus nietos.

Tengo nueve nietos; ellos son el bordón de la vejez. Se deja de mimar a los hijos y empieza uno con los nietos. Si alguno me dijera que quiere ser ciclista, le compraría su bicicleta, así estuviera sin plata.

Por Nairo, la vida de don Luis tuvo un cambio que jamás esperó. Pudo visitar países que no conocía, tierras que en las que nunca soñó estar y tener, como él dice, “rango” con grandes personas, como presidentes de la República, senadores, gobernadores, alcaldes, en fin.

Me atrevo a decir que todos los colombianos nos quieren mucho, nos aprecian y nosotros también. Les pedimos que sigan orando por esta familia, especialmente por mis muchachos, Nairo y Dayer.

Dayer empezó la bicicleta por influencia del hermano. Donde estaba Nairo, él lo acompañaba, siguiendo sus mismas ideas, sus mismas expectativas. Nairo ha sido el faro de él y de todos nosotros.

Doña Eloísa, que tiene una luz en sus ojos que habla por sí sola, también da su versión de lo que sucedió aquella vez en el Vaticano: “No alcanzamos a entrar al Vaticano. Nos iban a echar a la cárcel porque estábamos violando la seguridad del papa”, y suelta una risa pícaro, como aquellas que soltaba cuando era una niña.

Así recuerda doña Eloísa su aventura más extrema. Para ella, lo más importante ahora son sus nietos. Afirma que los ama más que sus propios hijos, porque los hijos crecen y se van, y luego los que vienen son los nietos. Desea profundamente que, cuando sean grandes, sean unos buenos profesionales y, ante todo, buenas personas.

Doña Eloísa, aparte de estar en la casa alimentando a sus animales, que bautiza con un nombre religiosamente, también conserva el negocio de artesanías en su casa, contiguo a la tienda de Belmer. Ahí vende lo que producen artesanos de la región con los que ya hizo las paces, mezclado con gorras, camisetas y ruanas que llevan el nombre de su ilustre hijo Nairo. Con los vendedores ambulantes también hubo humo blanco y pasan horas negociando los artículos originales que ella les consigue firmados por su

hijo. Aún siente que es útil y puede producir y, mientras pueda tener una entrada que le garantice independencia, lo hará; a ella le ha funcionado, y a sus hijos, a los que enseñó igual, también.

La vida personal de Nairo y de Paola siguió su curso. Un día, sin sentir presión de nadie, Nairo le pidió matrimonio. Para Paola ha sido la más bella sorpresa de su vida. Hace unos meses se casaron y sus hijos fueron los pajecitos.

¿Qué más le puede pedir Nairo a la vida? Teniendo a su familia lo tiene todo y el ciclismo, así como llegó a su vida, sin avisar, él está seguro de que volverá a llegar, cuando sea el momento, pero lo más importante, con un nombre limpio.

Paola, como todas las esposas de los grandes deportistas que se juegan la vida todos los días, sufre siempre que Nairo está compitiendo.

Quiero estar con él hasta viejitos. Siempre he pensado que, si en algún momento me llego a separar por equis o ye razón, no conseguiría a nadie más, no conseguiría una pareja, me quedaría sola, con los niños. Nadie como Nairo. Lava los carros, cuida los perros, hace jardinería, siembra matas, siembra papa, saca los perros, prepara el pan, hizo el arenero donde los niños van a jugar, lava la bicicleta, tenemos una huerta con lechugas, coliflores, cebolla, tomate, de todo, él las riega, es contador, administrador, gerente, empresario, ciclista, amigo, esposo, hijo, hermano, médico, masajista, diplomático, canciller, embajador, emprendedor, psicólogo, en fin.

Toda esa actividad ha hecho que también tenga desencuentros con uno de sus vecinos, un magistrado que, cuando llegó Nairo al barrio en el que hoy vive, decía: “Llegó el ciclista, pero viene del campo, no ha estudiado, como que no merece estar en este barrio”.

Yo creo que Nairo no se retira antes de los 36, aunque, si decide irse hasta los cuarenta –espero que no–, y decide hacerlo, siempre estaré apoyándolo como lo hice cuando nació su gran sueño “El Gran Fondo de Nairo” en 2018, mismo año que nació nuestro hijo Tomás.

Desde el 2019, con la ayuda de Luisa, su mánager, consejera, entrenadora, amiga, Paola, luego de graduarse de contadora, ha podido estar más al frente de todos los negocios de su esposo y ha sido una experiencia enriquecedora. Nunca pensó que Nairo tuviera un poder de convocatoria tan fuerte:

O sea, le decía a Nairo, ¿de dónde vas a llamar a dos mil personas a que vengan a correr contigo, solo por correr contigo? Aparte de ser gratificante, resulta muy chévere y recreativo para la gente que monta bicicleta.

El profe Saldarriaga también recuerda a Nairo con inmensa admiración:

En 2012 vino a Medellín y me dijo: “Profesor, yo quiero quedarme con el equipo, ustedes me han acogido y lo que he logrado es con usted”. Le dije: “Nairo, nos retiraron los patrocinios, ya es hora de que vuele, hora de que se apropie de lo que tiene”.

Esas fueron las palabras del profe cuando Eusebio se presentó en Colombia y se lo llevó al equipo Movistar. Con el pasar de los años, sintió que Nairo se había vuelto un poco más conservador, analítico, consecuente de sus actos. El Word Tour es otro contexto. En Colombia los resultados tienen que aflorar inmediatamente. Los equipos invierten mucho dinero y no hay espacio para las equivocaciones. El ciclismo se ha vuelto un deporte metódico por el tema de los vatios. Se puede predecir cuántos minutos dura un corredor a tantos vatios o cuántos minutos puede expresar tantos vatios o cuánta velocidad puede desarrollar. El de hoy es un ciclismo calculador y, así se han vuelto los corredores. En el caso de Nairo, es un boxeador en bicicleta, su fortaleza es la resiliencia, pero su debilidad, para el profe, ser introvertido: “Debería buscar la manera de expresar más lo

que siente, aunque sea a la mitad. Para el profe, el ciclismo es lo mejor que le ha podido pasar en la vida. Haber construido una familia dentro de este hermoso deporte, sus hijos son del ciclismo, su esposa trabajó en el mismo. El profe enseñó ciclismo, lo practicó, no necesitó nada más, según dice. El ciclismo se lo dejó todo, mientras un suspiro de nostalgia pasa por su mente.

En las profundidades del campo, donde el tiempo parece transcurrir sin prisa, la vida de don Luis, el rudo y apasionado hombre de la tierra, dio un giro inesperado. Cuando parecía que la pandemia era cosa del pasado, el covid golpeó implacablemente su casa, don Luis cayó víctima de su furia invencible justo cuando Nairo corría en Europa.

Nairo sabía que algo andaba mal en su casa, pero nunca pensó que tuviera que ver con su padre, y menos que se lo ocultaran. En el fondo, la familia no quería preocupar al hijo, que debía estar enfocado en su carrera, y tampoco –pensaban–, era mucho lo que él pudiera hacer por su padre. La fuerza de la enfermedad lo arrastró desde su hogar, resistiéndose con todas sus fuerzas, hacia un hospital. Allí, en una batalla contra un enemigo que no podía ver, pasó días y noches sumido en la oscuridad, conectado a un respirador que lo mantenía con vida, luchaba tenazmente por seguir en este mundo. Cada latido de su corazón era un eco de la lucha que libraba por su existencia.

Cuando Nairo se enteró, regresó a su lado. Una fuerza interior le decía que su padre sí lo iba a lograr. Para muchos, esa fuerza interior se llama fe. Nairo de nuevo le pedía a su Dios por su padre, el mismo Dios a quien siempre le pidió desde niño, el mismo al que le pidió cuando su niña fue diagnosticada con displasia de cadera.

Finalmente, cuando parecía que el abismo reclamaría a don Luis, de la mano de su hijo, su viejo emergió de las sombras de la enfermedad, pero las secuelas eran profundas. El hombre, que había trabajado desde los ocho años en los campos, ahora enfrentaba una nueva realidad, marcada por la

debilidad y la incertidumbre. Su historia, a veces bonita, a veces no tanto, cruda, difícil y hasta machista, pero, al fin y al cabo, humana, es fiel reflejo de la realidad en el campo.

Un día, cuando Nairo salía de visitar a su papá, un sacerdote se le acercó y le dijo que tenían que hacerle un exorcismo porque tenía una fuerza del mal dentro de él. Era una forma de liberar su espíritu de las sombras que lo perseguían. Nairo quedó petrificado. No tuvo de otra que acudir a ver al sacerdote con su papá y su hermano Alfredo. El exorcismo se llevó a cabo en un lugar tranquilo, lejos del ruido del mundo y el estruendo de las competencias. Nairo, con humildad, se sometió a este ritual espiritual, rodeado de la paz que solo la fe puede brindar. El sacerdote, con manos firmes y palabras de aliento, comenzó el exorcismo. Inciensos perfumados llenaron el aire, mientras las oraciones resonaban en el lugar. Nairo cerró los ojos y se sumió en un profundo estado de meditación, buscando liberarse de las sombras que últimamente lo habían perseguido.

Al final del exorcismo, Nairo emergió con un espíritu renovado, lleno de esperanza había enfrentado sus temores y sus dudas, y estaba listo para continuar luchando por su honor y su legado. Sin embargo, luego, el que le mandó no uno sino varios recados de que lo necesitaba también con urgencia fue un brujo. Era tanta la insistencia del personaje que Nairo, angustiado por la insistencia, terminó yendo. Y, aunque no creía en brujerías, pudo comprobar que había enemigos que de tiempo atrás le hacían daño y, ante lo desconocido, era mejor prevenir que lamentar. Mientras el brujo hacía su trabajo, Nairo, en silencio, le pedía solo a Dios que lo protegiera de una persona de la región que le quería hacer daño.

Un héroe de carne y hueso

Para entender la vida de un deportista, hay que buscar profundamente en sus raíces y, en el caso de un ciclista como Nairo Quintana, a pesar de la gran muralla que ha construido alrededor de sus sentimientos, por las ventanas ha dejado que entren rayos de luz que dejan ver sencillez y humildad en un ser humano que descubrió en el ciclismo sus virtudes, y lo que hizo fue mejorarlas con la intención de que fuera reconocida su raza y su origen.

En Colombia, por desgracia, es fácil estigmatizar y también subvalorar al campesino. Desde que se tomaron decisiones económicas, como abrir la importación de los principales alimentos que componen la canasta familiar, tanto el campesinado como el agro quedaron desprotegidos y, si antes era un trabajo difícil, ahora lo es mucho más. Ese desencanto por subvaloración y estigma, Nairo lo ha llevado en sus piernas, y si se ha tenido que enfrentar a encopetados ciclistas, no solo deportivamente, lo ha hecho porque lleva su origen entronizado en cada una de las fibras musculares de sus piernas, exigiendo, a veces a puños, un respeto que no se ha tenido por muchos años, décadas y siglos en otros ámbitos, no solo en Europa, sino también en Colombia, por su gente y por el campesino.

Nairo reconoce que su vida deportiva ha sido un proceso de maduración por el que pasa todo ser humano que enfrenta situaciones que no maneja y desconoce.

Los años críticos que he tenido últimamente, han sido –y puede sonar a excusas– falta de suerte. En nuestra especialidad, la suerte juega un papel más importante de lo que se cree. Puedo estar súper preparado, pero si la suerte no me acompaña, no voy a lograr los objetivos. Tal vez por eso el ciclismo es un deporte con magia, por eso gusta verlo directamente, o por televisión. El espectador está viendo en vivo y en directo el sufrimiento y cómo la suerte juega a veces a favor y otras en contra de cerca de doscientos deportistas que se han preparado para competencias tan exigentes como las tres grandes que se corren en Europa. Ese intangible, eso que no se ve y que todos llamamos suerte es lo que, en últimas, genera atractivo. Les aseguro que todos los ciclistas que vamos a un Giro, a un Tour o a La Vuelta, nos preparamos a conciencia. ¿Qué es lo diferente? La suerte.

Y Nairo no se refiere a la suerte que se tiene para ganar en un juego de azar, se refiere a esa combinación mágica entre la preparación mental, la física (incluyendo el equipo, entrenadores) y la naturaleza. Tres elementos fundamentales a la hora de obtener una victoria. No guarda resentimientos por lo que no ha podido ganar. Ni mucho menos por lo que ha podido ser y no fue. Inclusive, sigue sin saber quién lo odia tanto para seguir queriendo dañarlo, mientras permanece escondido bajo las sombras y ya poco importa. Nairo siempre ha trabajado con todas sus fuerzas dejando la vida misma. En algunas lo ha logrado, en otras ha estado muy cerca; el común denominador es que ha hecho su mejor esfuerzo y, para él, ese es el gran podio en la vida.

Seguirá buscando victorias hasta donde le den las fuerzas, de eso no hay duda. El amor por el ciclismo sigue y el tiempo le irá dando la razón, la vida jamás se equivoca. Hay que dejarla que llegue como es. No es fácil. “Los rivales que llegaron al ciclismo, hoy día son muy poderosos.

Otra de las conclusiones importantes de su experiencia como ciclista con muchos años corriendo en Europa, es el profesionalismo con el que se asume el deporte que se practica. El profesionalismo no se limita solo a entrenar el cuerpo, también hay que entrenar la mente y el espíritu. El ciclista de élite es un ser integral que asume una responsabilidad consigo mismo, con un equipo y con una afición.

Para Nairo, cada triunfo, cada lágrima, cada lucha contra el viento y cada ascenso victorioso ha sido vivido sobre esas dos ruedas. Pero ahora, las fuerzas del tiempo y esa sanción comienzan a cobrar su precio.

El metal que una vez le ofreció alas para volar por las carreteras y montañas de su tierra, ahora le susurraba historias de días gloriosos pasados. Las marcas en su cuerpo, como cicatrices de batallas ganadas, son testigo mudo de una vida entregada al ciclismo. Cada pedalada había sido una danza de libertad, una sinfonía de esfuerzo y pasión, y ahora Nairo teme que esa sinfonía llegue a su fin. La idea de abandonar la bicicleta, su fiel amiga, le oprime el corazón como un nudo de marinero, imposible de desatar.

Pero en su mirada, más allá del brillo nostálgico, se enciende una llama de sabiduría. Sabe que, aunque algún día tendrá que despedirse de la bicicleta física como deporte, el espíritu del ciclista nunca morirá porque el ciclismo es más que un deporte; es un estilo de vida, una filosofía que trasciende el paso del tiempo. Cada una de esas bicicletas que hoy descansan en la vitrina del museo de su casa, fueron el vehículo de sus sueños, el medio con el que alcanzó la grandeza. Pero ahora, con sus años, encuentra un nuevo camino: compartir su sabiduría y su pasión con las nuevas generaciones que lo siguen viendo como lo que es, un héroe de carne y hueso.

Así sus manos ya no empuñen el manillar con la misma firmeza, ni sus piernas de plomo soporten el torque de otros años, su voz sigue siendo el viento que inspira a otros a alcanzar la gloria. Las historias de todas sus hazañas serán las semillas que germinarán los corazones jóvenes, impulsándolos a

perseguir con más ahínco sus propios sueños con intensidad y una absoluta convicción. Nairo aprendió que, aunque la bicicleta física más temprano que tarde descansará, la esencia del ciclista perdurará en cada pedalada de aquellos que, como él, se atrevieron a soñar en dos ruedas.

Y así, mientras sus lágrimas surcan su rostro, comprendemos que su legado vivirá en el corazón de todos los colombianos y, sobre todo, en aquellos a quienes ha inspirado a pedalear con pasión y entrega.

No quiero que me retiren a la fuerza. Lo único que pido es una oportunidad porque sé que me la merezco. No he hecho nada malo. Sé que algún día me tengo que retirar, pero antes de que eso pase, me quiero ver ganando, me quiero ver disputando. Si no gano, al menos ver que terminé codo a codo con los grandes. El día que sienta que no tengo esa chispa, ni ese sueño, ni esas capacidades, ni ese anhelo, dejo de luchar y me retiro.

No es fácil para un deportista como Nairo tener que parar, tener que dejar lo que más ama y, por encima de todo, dejar de expresar lo que su cuerpo quiere expresar en pedaleadas. Tiene la convicción de que sus piernas dan más, pero también siente un gran monstruo que no alcanza a definir y que trata de venir por él en sus sueños.

Los dolorosos en 2023

El momento más duro y doloroso como deportista de élite, fue en medio de una sesión de fotos, tres días antes de empezar a correr la Vuelta a España 2022.

Realmente estaba feliz, luciendo con orgullo el uniforme del equipo; uniforme que comienza por el casco, el enterizo, las medias, las zapatillas, los guantes y las gafas.

Es una característica del deporte de las bielas que el vestuario de los ciclistas combine perfectamente con el orden que mantienen como equipo, y mucho más si se trata de una presentación ante los medios internacionales. Para el equipo, como para los patrocinadores, es importante que todo se vea impecable. Es su vitrina ante el mundo.

Estando en medio de esa alegría, lleno de buenas sensaciones para enfrentar una de las tres grandes de Europa, me sentía pleno, en buena forma, con muy buena disposición. Siempre en la Vuelta a España me siento cómodo.

Los destellos de los flashes opacaban la vista de Nairo, cuando de pronto, en esos claroscuros, vio que le pasaban un celular. Pensó que, si lo interrumpían en un momento tan importante, debería obedecer a algo relacionado con su familia en Colombia. Pero no, no lo era.

No sé por qué, antes de contestar, recordé un presentimiento que había tenido. Es algo muy personal. Desde pequeño soñaba con el futuro. Desde niño soñé teniendo dinero; soñé siendo un gran líder con comodidades. Y había soñado con un tema que luego relacionaría cuando, antes de viajar a Europa, yendo al aeropuerto, por la gran avenida 26, mientras veía los avisos luminosos, en mi corazón empecé a sentir que algo estaba mal, pero no sabía qué era exactamente. Inclusive pensé que después de mucho tiempo, empezaba a sentir miedo por los viajes, pero no era eso.

Haciendo un inventario, todo marchaba bien. Incluso cuando Nairo llegó a Europa, bajándose del avión, ya estaba entrenando y esos días entrenaron en equipo la contrarreloj marcando unos números muy buenos. Todo pintaba bien, menos la llamada que estaba recibiendo por celular.

Era el director técnico del equipo, necesitaba hablar conmigo. Supe que algo serio estaba pasando. Faltaban las últimas fotos y de donde no tenía, saqué ánimo para sonreír y quedar a tono con los demás compañeros. Una vez terminamos, fui al hotel y pasé de una vez a la habitación del director. No quise sentarme, así él me lo sugiriera amablemente. La ansiedad solo me daba para preguntarle ¿qué pasa? Con cara de acontecimiento, me respondió: ‘Te acaban de suspender, por un positivo’.

Una noticia inesperada no solo para Nairo, sino para todo el mundo ciclista. Nairo era de los ciclistas insignes en la lucha contra el uso de medicamentos que no estuvieran dentro de los permitidos por la organización de las carreras. Fue un golpe a la médula.

Les confieso que se me nubló la mente, era como si por mi cerebro hubiera pasado un asteroide trayéndome recuerdos que ni yo mismo recordaba. Mi cuerpo cambió de temperatura, mis labios no me obedecían, no podía decir nada, de las pocas palabras que pude hilar fue para preguntarle al director técnico: Positivo de qué, si nunca en mi vida he consumido nada. Por “tramadol”, me dijo.

El tramadol es un analgésico opioide atípico que alivia el dolor, actuando sobre células nerviosas específicas de la medula espinal y el cerebro.

Me quedé pensando, en ese congelamiento que tenía, intentando recorrer mentalmente en mi diario vivir si había algún momento en el que, conscientemente, hubiera ingerido esa medicina y no, no había ningún momento por lo que le dije al director, es imposible, es imposible...”

Evidentemente, Nairo no recordaba ni recuerda haber ingerido ese tipo de medicamento. ¿Cuándo se supone que fue eso?, le preguntó al director técnico. “Fue en el Tour de Francia”, le respondió. Mientras a Nairo se le empezaba a caer el mundo en pedacitos, intuía, además, que la noticia iba a ser publicada en un par de horas. Se le helaron las venas; era como si la sangre de su cuerpo hubiera detenido su marcha. No lo podía creer. Tal vez por su temperamento, en lo primero que pensó, fue en la injusticia. Tenía que haber una equivocación. Seguía pensando que era imposible.

Nairo, sumido en el universo de la desolación, recorría su niñez, las plazas de mercado, los esfuerzos, los días que aguantó frío, hambre, luego en las carreras la alegría de la gente, el amor de los aficionados, el amor de su familia, los valores inculcados por sus padres.

El director técnico me seguía diciendo que me habían suspendido del Tour de Francia, podía correr la Vuelta a España, pero perdía lo que había logrado en el Tour del 2022.

Nairo tuvo que hacer un proceso de elaboración para entender muy bien qué era lo que estaba pasando. “Me habían tomado unas muestras y esas muestras, según la institución, arrojaban que había ingerido tramadol”.

La noticia cayó muy fuerte en su familia, particularmente en Paola, que se convertiría, a partir de ese momento, en su paño de lágrimas. Nairo estaba totalmente destrozado. Desde cualquier punto de vista le parecía absurdo, no sabía si era otro sueño más, si era una pesadilla, si era una broma, no encajaba para nada en su vida, en su desarrollo deportivo ni en su forma de pensar. La vida en el campo le había enseñado a ser honesto, sincero, directo, la mayoría de las veces en silencio, controlando las palabras, pero esto que le estaba pasando se salía del libreto que había tenido y que iba a seguir teniendo por el resto de su vida; es más, el equipo para el que estaba corriendo hace parte de una organización que lucha contra el dopaje en el ciclismo; pero ningún razonamiento que hacía, lo calmaba.

Nairo le sugirió a Paola contarle primero que nada a Luisa Fernanda, su mánager en Colombia, con la que siempre han coincidido en que hubo un error. Luego debía avisarle a la familia; debía hacerlo con mucho cuidado, explicando muy bien la situación. En la región que vive la familia de Nairo, cerca de Tunja, es muy fácil que las cosas se entiendan de otra manera, terminando en comentarios equivocados y mal intencionados.

Sentado en la sala del hotel, viendo cómo la vida continuaba para todo el mundo, quería que la mía parara. No era fácil sentirme vulnerable frente a una situación que pensaba jamás me iba a pasar, y que, cuando me pasó, me di cuenta de que no estaba preparado para afrontarla.

La montaña rusa de emociones que sentía Nairo no lo dejaban pensar con claridad; se le mezclaban rabia, desconsuelo e impotencia, sentimientos que, a medida que pasaba el tiempo, los sentía más fuertes, mucho más que los vaticios que podía hacer en carrera; más fuertes que los regaños de su padre, o los consejos de su mamá cuando en las madrugadas la acompañaba

a ordeñar las vacas. Todo se le tornó tan turbio y complicado que dentro de él se formaría un torbellino de emociones, recuerdos, pensamientos y sentimientos, hasta que dijo: “¡No más!”.

Tenía que decidir, junto al equipo, si corría la Vuelta a España. Había que tener cabeza fría para hacerlo, y yo lo que tenía era un caldero lleno de dudas y los malos presentimientos; sin embargo, en esos momentos tan difíciles, siempre llega una luz que ilumina las ideas. Me llegó para proponerles que lo mejor era no correr La Vuelta, por el bien del equipo y del ciclismo.

Nairo no estaba obligado a no hacerlo. Pero el mensaje que quería enviar, así pensara que era un error de la organización, era que las sanciones se deben cumplir y no le parecía honesto que, habiendo recibido una sanción, fuera a correr como si nada pasara. Sería un mal mensaje para el mundo del ciclismo y el mundo del deporte en general.

Después de que tomaron la decisión de no correr La Vuelta, tuvo un poco de calma. Llamó de nuevo a Paola y, junto a Luisa Fernanda, lograron subirle el ánimo. Claro que era posible que fuera un error, pero para demostrarlo, se necesitaba tiempo. Por lo que de inmediato se pusieron a pensar en la parte legal; había que contratar un abogado que se encargara de la defensa y él, por su parte, comenzar a aceptar las consecuencias de un hecho que en ese momento era irreversible.

La primera consecuencia recayó directamente en el equipo. Nairo debía renunciar y, para no afectarlo, debía afrontar la situación de manera personal, y eso era lo que más le preocupaba.

En otras palabras, se quedó sin trabajo. Porque así fue, después de la sanción, lo primero que tuvo que aceptar es que se quedaba sin equipo. Para un deportista de alto rendimiento, es como si le quitaran el alma. Regresó a Colombia y le dijo a Luisa y a Paola que tenían que reaccionar y, como sabía que había

equipos que necesitaban puntos para clasificar para las siguientes temporadas, la tarea era comenzar a hacer *lobby* en todos los equipos World Tour.

Esa es la reacción natural que se tiene cuando la situación es caótica: hacer y hacer, y mover, y llamar y volver a llamar, y mientras tanto pasa el tiempo y, cuando pasa mucho tiempo, las esperanzas, como las ilusiones, se van perdiendo. Y eso fue lo que le pasó.

Por estar preocupado por conseguir un equipo para la temporada del 2023, a veces no iba a entrenar y eso me daba duro. Los días que no lo hacía, me cuestionaba, llegaban a mi mente interrogantes que nunca me había hecho: ¿Para qué me está pasando esto? ¿Por qué? ¿Las obligaciones? ¿Los compromisos? Cada pregunta que me hacía me llevaba más a ese fondo al que necesitaba llegar para poder reaccionar. No era solo yo, estaba detrás el soporte de los demás, mi vida, mi familia y la empresa y, como empresa, no podía parar. Tenía que seguir funcionando, así no tuviera deseos de hacerlo.

Son dos elementos que se contraponen para que, de alguna manera, haya una reacción equivalente a la gravedad de la situación: la necesidad y la aceptación. La vida debía seguir y Nairo no era el centro del mundo, debía seguir a su ritmo, pero seguir a final de cuentas.

Después de respirar profundo, de hacer la catarsis, surgió algo gracias a los diferentes empresarios con los que hablé: surgió la fe. Una fe activa. Cuando se tiene un problema, quien lo resuelve es uno mismo, nadie más. Los demás pueden ayudar, pero, en últimas, quien lo resuelve es uno. Lo comprendí cuando hablé con los empresarios y ellos hablaban con los directores de los equipos. Nadie se negó, pero debían consultarlo, analizarlo con los demás directivos. ¿Y qué pasaba? Eso se convertía en tiempo, y el tiempo me seguía haciendo mella, hasta que un día dije... si esta mente y estas piernas son mi empresa, lo que tengo que cuidar es mi cuerpo, después, con fe, las cosas aparecerán.

Dicho y hecho, Nairo volvió a las carreteras de su tierra a entrenar como si tuviera equipo y como si fuera a competir en Europa. Sentir la respiración en la garganta era la adrenalina que necesitaba para superar una situación que por momentos veía insuperable.

Entrenando, resolví una preocupación que hacía parte de mi ADN deportivo, pero como seguían pasando los días, y no había noticias de ningún equipo, me di cuenta de que estaba haciendo bien una parte de lo que debía hacer, pero faltaba otra, algo muy importante cuando se trata de conseguir metas. Yo estaba muy bien con mi familia, entrenando en mi tierra, me sentía cómodo, pero si no estaba en Europa, nadie, ninguno de los directores me iba a ver, y eso sí que resultaría siendo importante. Algo que siempre me enseñó mi papá: “El ojo del amo engorda el buey”. Cuando le conté la decisión a Luisa Fernanda, literal puso el grito en el cielo. ¿Cómo te vas a ir? Todos tus amigos, tus compañeros, van a estar corriendo en equipos, van a estar en competencia y tú, ahí, como si fueras un niño regañado, vas es a sufrir, vas a sentirte mal.

No era descabellado lo que decía Luisa, pero en el fondo de su alma, sabía que eso podía pasar. Lo que tal vez nadie sabe es que, para poder crecer y surgir como el campesino que trabaja la tierra, hay que tener algo que es importante: resiliencia. Si el campesino no se curte de esa cualidad, es difícil que aguante tanta humillación, tanto abandono y tanto racismo. Y aunque cuesta decirlo, es así. Entonces, curtido como lo estaba, le dijo a Paola que, si lo querían seguir viendo como un profesional, tenía que estar al lado de los profesionales. Se fueron a vivir definitivamente a Andorra; si no lo hacía, pensaba, terminaría su carrera, y él sentía que sus piernas todavía estaban fuertes para seguir conquistando las montañas más altas del mundo.

Pensar que entrenar al lado de los profesionales y vivir en Andorra iba a solucionar la situación, terminaría por hundir a Nairo. La advertencia de Luisa resultaría verdad. No era para nada fácil ver a los compañeros y amigos compitiendo y, al mismo tiempo, sentir que él lo podía hacer a la par.

Eso me golpeaba muy fuerte. Veía un muro invisible entre ellos y yo, aún sin comprender la verdadera razón del porqué. No era fácil. Aunque algunos salían a rodar conmigo, la gran mayoría de los colegas me saludaban de lejos y muchos ni me determinaban. Me sentí como una basura. Era triste, muy triste, pero ese sufrimiento me lo guardaba solo para mí porque tampoco quería que Paola ni mi familia sufrieran. Se había establecido un juicio moral: no me había dopado; según los exámenes, había tomado una medicina prohibida. El tramadol no te da más fuerza, te puede causar somnolencia y eso a ochenta kilómetros por hora en un pelotón de más de ciento cincuenta pedalistas, resulta peligroso.

La reflexión sobre una situación que lo desbordaba, no se hizo esperar. Era tan necesaria para el descanso de su espíritu que debía hacerla en solitario. En esos momentos, las voces de aliento son importantes, y eran pocas las que le llegaban; la de Paola y su familia, la de Luisa Fernanda y la de algunos contados amigos. Sin embargo, como dice Nairo: “La procesión va por dentro, y el único que carga las maletas de desesperación, dolor y angustia era yo”. Y no se trata de que los demás deban hacerlo, simplemente las leyes de la existencia son así.

Cuando lo comprendí, dejé la rabia, los rencores, dejé de esperar y me dije: Nairo, esta vuelta la resuelve usted solo y, para comenzar, lo primero que tiene que hacer es llenarse de esperanzas; eso era lo que necesitaba para ser consciente de dónde me había equivocado, qué debía mejorar y qué debía aprender.

En esa bajada a los infiernos, Nairo pudo percibir que, en ocasiones, fue vehemente, orgulloso y egoísta.

Y viendo cada una de esas situaciones, me convencí de que era un ser humano de carne y hueso con aciertos y errores. Gracias a esta experiencia que estaba viviendo, los podía ver y los podía corregir.

Un trabajo arduo, y más cuando todo el entramado social está construido para que nos alejemos de nosotros mismos. Si Nairo lo lograba hacer, tocaría los linderos de la nobleza y de la humildad, a veces distantes para cualquier figura pública exitosa.

Hablé con Paola y así me sintiera un David luchando contra algo grande y poderoso, debía hacerlo. Lo que más me interesaba era mi dignidad y los mensajes que debía enviar al mundo. Debía difundir que seguía en buena forma, y para eso entrenaba con ciclistas que estuvieran corriendo para diferentes equipos. Estaba seguro de que ellos les contarían a sus directores técnicos que ‘estuvimos entrenando con Nairo y está en excelente forma; Nairo no ha perdido la calidad, está andando muy bien; Nairo nos hizo subir por tal lado y está como nunca.

Si Nairo se mantenía en boca de sus colegas, seguro que no iba a desaparecer del panorama ciclístico. Paola, por su parte, organizaría un grupo de esposas de corredores para apoyarse mutuamente. El ciclista que estuviera sin trabajo, sería apoyado por los demás; harían una de las labores más importantes: contenerlo; hablándole, dándole fuerzas, entrenando con él, con el fin de mantenerlo activo, para que no caiga en depresión, muy frecuente cuando en la vida y en el deporte no se obtienen los resultados que se quieren.

Como decía antes, las voces de ayuda son importantes. Pecas, mi amigo de Tunja, fue una de esas voces. Me llamaba todos los días, ‘vamos negrito, tenemos que fortalecer esas piernas’, y me daba impulso para que no me ganara la frustración, cuando las noticias de los empresarios eran que había que esperar, que hablamos con el uno y el otro y tal vez... hay una posibilidad allí, que la de allá se cayó, entonces nada, a entrenar. Pero un día que estaba, como se dice, con la malparidez rebotada, mi amigo Pecas me contó algo: ‘mi mamá soñó anoche que lo

iban a contratar en un equipo y ella, en agradecimiento, –si eso pasaba a pagar penitencia yendo todos los días, sin falta, a misa’. Y aunque lo que había soñado la mamá de Pecas lo veía lejano, cuando se tiene fe, no lo es tanto.

A pesar del sueño y de las elucubraciones que tienen que ver con los presagios, las cosas se fueron complicando para Nairo cuando, en una de esas citas con los empresarios, uno de ellos le dijo que, no habiendo ningún impedimento para que lo contrataran, ningún equipo se atrevía a hacerlo. Eso lo puso a pensar en que algo debía cambiar; evidentemente, algo no estaba funcionando.

El fin de semana que la Vuelta a España 2023 pasaba por Andorra, me acerqué con unos amigos a saludar a los compañeros y colegas que estaban corriendo: es muy agradable volver a sentir esa sensación de estar en medio de tanto ciclista, técnicos, directores, masajistas, médicos y muy cordialmente me invitaron a que pasara por el bus de Movistar, me presentaron al nuevo gerente del equipo. No lo conocía y me pareció muy simpático; además, sentí algo que me alegró: me veían con respeto, lo que resultaba ser gratificante.

Después de tomarse un café hablando con algunos de ellos y de hablar de los grandes logros del equipo, Nairo se despidió con el corazón arrugado y se fue para su casa. Seguramente alguno de los que estaba ahí, después le contó a Eusebio que Nairo había estado visitándolos y Eusebio esa noche le escribió para que se vieran a la mañana siguiente antes de que partiera la etapa.

Antes de dormir, Nairo hizo un recorrido por todas las expectativas que había pasado en 2023 y realmente habían sido muchas, pero ninguna se había concretado. Algunos empresarios le decían que lo iban a contratar para que corriera el Giro; Nairo se preparaba y nada; otros, que lo iban a contratar para que corriera el Tour. De nuevo, se preparaba, y nada. Y así

lentamente la pesadumbre fue tomando su lugar por más que no quisiera y, cuando eso pasa, toma fuerza la ansiedad, el enemigo número uno de la tranquilidad y la cabeza fría.

Aunque estaba cerca de una gran oportunidad, a la mañana siguiente se entrevistó con Eusebio. Como siempre, su jefe fue un tipo muy amable, con una gran sonrisa lo recibió y tuvieron una conversación nada formal. Ese día Eusebio, después de que se terminara la etapa, se quedaría en Andorra, por lo que lo invitó a cenar en la noche. Fue una cena agradable. Le contó que los corredores hablaban muy bien de sus entrenamientos, de la forma en que estaba, incluso le dijo que lo veía *fit* y con una expresión positiva. Mientras se lo decía, Nairo recordaba cómo días anteriores, estando ahí en Andorra, se había entrevistado con dos empresarios italianos que le dijeron que le iban a colaborar para que encontrara equipo, pero a la final, a la hora de concretar, siempre llegaban al mismo punto: el único que te puede ayudar es Eusebio y esa noche, mientras tomaba café, después de comer un delicioso postre, Eusebio aumentaría su incertidumbre cuando le dijo que no le podía prometer nada, pero tampoco le podía negar nada.

Con esa incertidumbre, Nairo tuvo que viajar para correr una competencia amateur que él mismo organizó en México: El Gran Fondo de México. Cuando iba de regreso a su casa, lo llamó un importante empresario del ciclismo en Europa para decirle que no había noticias positivas de ninguno de los equipos que corren las tres grandes.

De nuevo sentí caer a los infiernos. Tal vez porque la había luchado tanto, en esa oportunidad le dije a Luisa, ¡ya no más, se acabó, hasta aquí llego yo! Luisa respiró profundo y me dijo algo muy sabio: Nairo, estamos a merced de las razones del uno y del otro, pero nosotros no hemos hablado directamente con quien tenemos que hablar porque te puede ayudar y me pasó el celular. Me quedé pensando y decidí marcar el número de Eusebio.

Al no obtener respuesta, la sensación de Nairo fue de las peores que ha sentido en su vida. Llegó a pensar que, por la ansiedad de correr con un equipo, estaba perdiendo su hogar, su esposa y sus hijos a los que poca o atención les estaba prestando.

Regresé a Andorra. La reflexión acerca de lo que estaba pasando en mi vida me llevó a ser consciente de que lo mejor para mí y para todos era aceptar la situación, aceptar la realidad. La ansiedad siempre es lucha. Sentí que estaba rodando en sentido contrario a un pedaleo constante, tranquilo y, sobre todo, sin tensión. Estaba tan convencido de que las oportunidades habían pasado que dije esa mañana temprano, antes de ir a entrenar, lo que sea para mí, que lo sea.

Esa mañana, Nairo iba saliendo a entrenar con un par de compañeros. Iba con la firme idea de pasarla bien, cuando le sonó el celular e identificó, por las letras que aparecieron en su teléfono, quién estaba del otro lado: Eusebio Unzué.

Pensé por un momento en no contestar, no quería malas noticias y mucho menos quería perder las últimas esperanzas. Sin embargo, lo hice: Qué más Nairo, ¿cómo estás? Me dijo. “Bien, señor. Saliendo a entrenar”, le dije. Me invitó a una reunión con los directivos, y estando en esa reunión, me preguntó si estaba dispuesto a volver a correr con el equipo. Le respondí que no era solo yo, era toda una afición que lo pedía y lo quería. Me dijo que lo tendríamos que comunicar unos días más adelante, advirtiéndome que no lo podía saber nadie, ni Luisa, ni Paola, ni mi familia. Luego me quedé pensando, no podían saber qué. De los nervios, nunca le pregunté directamente si me iban a contratar o no.

Fue una conversación con sobreentendidos en la que, por nervios de ambas partes o por lo que fuera, nunca tocaron el tema de contrato.

De nuevo caí al pavimento de las dudas, de la angustia por no ser claro y lo llamé, me dijo que no podía verse conmigo porque viajaba a Madrid; de “casualidad”, yo tenía un compromiso en Madrid y de “casualidad” también era muy cerca donde él iba a estar, así que ese mismo día me embarqué con la ilusión de ir al encuentro de mi destino.

Para Nairo, era cuestión de vida o muerte. Sabía que estaba ante una gran oportunidad y por esa bendita o maldita costumbre de no hablar claro y fuerte, la podría perder. Así que echó las culpas a la basura, subió el mentón y se dijo: ¡Allá voy Madrid!

En la comida, en Madrid, Eusebio lo felicitó, y le dijo que estaba contratado por el equipo Movistar para la temporada 2024. La condición, que no debía salir de su boca, se mantenía vigente hasta una fecha y hora determinada en la que iba a poder contarle a la afición la buena nueva: Nairo Quintana es nuevamente integrante de uno de los mejores equipos del mundo; un equipo que supo darle la mano a quien realmente se lo merecía.

Después vendrían las pruebas, los exámenes, las buenas sorpresas cuando vieron sus números, a pesar de no haber competido en 2023. No había perdido sino el 5% del total de su potencia. Realmente era como si hubiera estado en la alta competencia todo el año.

Ahí fue donde le encontró sentido a sus entrenos. Nunca se sabe por dónde va a saltar la liebre, lo importante es estar listo y, cuando lo hizo, Nairo estaba pendiente.

Hicimos una concentración corta, fue una gran sensación volver a encontrarme con algunos de mis compañeros, y lo más gratificante fue escuchar a los más jóvenes, a esas grandes promesas del ciclismo español diciéndome que, para ellos, cuando empezaron a correr, yo era uno de sus ídolos. Agradezco a la mamá de Pecas y a todas las mamás,

incluida la mía, que nunca perdieron la esperanza y a todos los que en algún momento me dieron su voz de apoyo. A Eusebio, que siempre ha creído en mí. Regresar a un gran equipo como el Movistar, es como regresar a casa cuando uno está perdido...Estoy seguro de que en cada una de las carreras que vienen, pondré siempre el ciento por ciento de mis capacidades, de mi experiencia, la única forma que tengo para responder al cariño y al amor de la gente, que siempre ha tenido fe en mí". Gracias: Nairo

Hoy, Nairo ya no corre para callar a quienes dudan. Corre por los que aún creen. Por los que madrugan para verlo subir. Por los que llevan su nombre en una camiseta, una bandera o el corazón. No necesita demostrar nada, pero aún sueña con ganar algo. No por él. Por todos nosotros. Para volver a darnos, aunque sea por un instante, esa sonrisa que solo él sabe dibujar en la cara de un país entero.



Las fotografías incluidas en este libro
son cortesía de Nairo y su familia.